REFLEJOS

DE LA

VIDA MILITAR

POR

D. Luis Otero y Pimentel,

TENIENTE CORONEL, SARGENTO MAYOR

DE ESTA PLAZA.

HABANA.

IMPRENTA Y PAPELERIA "LA UNIVERSAL" DE RUIZ Y HERMANO,

PROVEEDORES DE LA REAL CASA.

SAN IGNACIO 15.

1894

Esta obra es propiedad de su autor, quien se reserva cuantos derechos le corresponden, con arreglo á la ley.

REFLEJOS DE LA VIDA
MILITAR
ADIOS
J. López Crespo
TRIVEIRA C.

Grato Homenaje.

Rindiendo culto al Trono de San Fernando y al sentimiento de la lealtad, como base fundamental de las instituciones militares; al disponer la impresión de este libro, escrito por un modesto miembro de la gran milicia española, el autor se inclina respetuosamente para reiterar el grato y profundo homenaje de acendrada adhesión, á sus Augustos Monarcas, (que Dios guarde.)

Esto es: á S. M. el Rey Don Alfonso XIII, que ostenta la brillante aureola de la candorosa inocencia y ha venido providencialmente al mundo para continuar la obra de paz, progreso y libertad admirablemente iniciada por su animoso y malogrado padre, el Rey Don Alfonso XII, (que en gloria esté;) y á la bondadosa Reina y Señora Doña Maria Cristina de Hapsburgo, cuyas excelsas virtudes, después de cautivar el amor de nuestra noble nación, acaban de ser consagradas por la mas sábia, solemne y elocuente palabra del Vicario de Jesucristo, Su Santidad Leon XIII.

He aquí mi primero y muy grato homenaje.

El Autor.

Dedicatoria.

Al Excmo. Sr. Teniente General

Don Marcelo de Azcárraga y Palmero,

EX-MINISTRO DE LA GUERRA.

Excmo. Señor:

Ni el grande, distinguido y merecido prestigio que V. E. goza en la opinión de todos nuestros compatriotas, ni la profunda consideración que le rinden las clases pensadoras del ejército, ni los fulgorosos destellos de su claro y modestísimo talento, son prendas que me inducen á consignar en esta página, el respetable nombre de V. E.

Muévenme á ello, alentando mi espíritu, los generosos, humanitarios y elevados sentimientos que resplandecen en todas las disposiciones emanadas de su concienzuda y brillante pluma, llevando al ánimo de sus subordinados la satisfacción y la tranquilidad compatibles con los azares de la carrera: y á los huérfanos y viudas de los veteranos encanecidos en el servicio de la Pátria, la justa y equitativa reparación de la antigua y notoria desigualdad que existía en los estatutos del Monte Pio Militar.

A V. E., por su iniciativa en tan benéfica obra, y á S. M. la Reina Regente, que, en nombre de su augusto hijo el Rey Don Alfonso XIII (Q. D. G.) se ha dignado patrocinarla, tiene el alto honor de ofrecer la mas viva y sentida expresión de su agradecimiento, como uno de tantos favorecidos, su respetuoso y atento seguro servidor y subordinado,

Q. B. L. M. de V. E.

Excmo. Sr.

Luis Otero y Pimentel.

Habana, Mayo de 1894.

Discurso Preliminar.

DESPUES de un largo descanso, comparezco de nuevo en el ameno y florido campo de las letras, animado del deseo de sostener dulces pláticas con los discretos lèctores, y, especialmente, con los consecuentes y apreciables amigos que, por su benevolencia en atender y juzgar mis anteriores escritos, cautivaron mi agradecimiento.

Requiero la pluma en aislado recinto, libre del confuso y molesto bullicio de la capital, solo y pensativo en la penumbra de una húmeda y *festoneada* bóveda del famoso, excelente y no siempre bien juzgado castillo de San Cárlos de la Cabaña, situado en la línea defensiva de la ciudad de la Habana. Castillo tan alto y de tanto renombre, que, según expresión tradicional, llegó á merecer la honra de que un soberano español intentase dirigirle su investigadora mirada, desde el Palacio Real de Madrid.

Aquí estoy con la vista fija en la inmensa mole de granito que me circunda, como si del centro de tan sólidos é impenetrables muros, hubieran de surgir las ideas que necesito para pergeñar el presente discurso.

Me presento en acción más libre de ilusiones y con menos alas para remontar el vuelo por los inmensos dominios del espacio, que cuando tracé aquellas extrañas aventuras de *Don Quijote de la Mancha*, que tanta sorpresa causaron en los centros de la crítica literaria, alcanzando el honor de ser vituperadas por algún émulo vidrioso, al extremo de mandarlas arrojar en el insondable abismo del desprecio—que es una gran prueba de la eficacia de las mismas—al propio tiempo que eran ensalzadas por los escritores más benignos y lisongeros, hasta el egrégio templo de la fama en que vive y resplandece el glorioso nombre de Cervantes.

Los años, la experiencia y el desencanto—pues encantado me hallaba—despojando mi candorosa inocencia, me tornan más cauto y precavido que cuando me lancé á *desfacer* los innumerables entuertos que existen en el mundo; sin comprender ¡insensato! que semejante empresa solo puede acometerla victoriosamente, una imaginación fantástica y soñadora.

¡Admirable coincidencia! Aquella heróica epopeya, cuya sola iniciación requería el concurso de un poder excepcional; la concibió mi mente hallándome en las históricas celdas de un antiguo convento de sábios religiosos, donde, por mucho tiempo, brilló, con la luz del evangelio, la de las inteligencias superiores destinadas por Dios para propagar en la tierra las máximas redentoras de la triste, cautiva y afligida humanidad.

Y en el presente caso, en que pienso contraerme á un trabajo, no menos interesante, pero llano, sencillo y humilde, como la vida del soldado; el pensamiento generador del mismo, fecundó en aquella gran fortaleza

que alberga á muchos y muy dignos miembros de la noble milicia española. Mansión que enlaza sus anales, de un glorioso pasado, con los tiernos recuerdos de millares de hombres que por ella han desfilado; llevando frescas en su mente las tristes lágrimas de sus cariñosas madres, ó el regocijo más halagüeño, proporcionado por la honrosa licencia que, ya cumplidos, les abría el camino del hogar paterno. No puede darse más clara y elocuente demostración de que, según vemos, pensamos.

El perfecto soldado, que gustoso ofrece su vida en aras de la lealtad y del amor á la patria, es la viva representación del libro que voy á escribir. Su patriotismo, su valor y su abnegación, serán el caudal de riquezas necesarias para el monumento que me propongo erigir á las virtudes militares; y los hechos que consigne para honrarle y enaltecerle, serán la más cautivadora labor de mi pluma.

Los episodios interesantes, los buenos ejemplos de los jefes, las narraciones de las vicisitudes y privaciones sufridas con humilde resignación, y todas las nobles acciones de los compañeros, superiores é inferiores á quienes me contraiga, serán presentados como espejo del buen militar; y con la expresión necesaria para que el discreto lector pueda comprender y analizar la moral que aquellos hechos y ejemplos encierren.

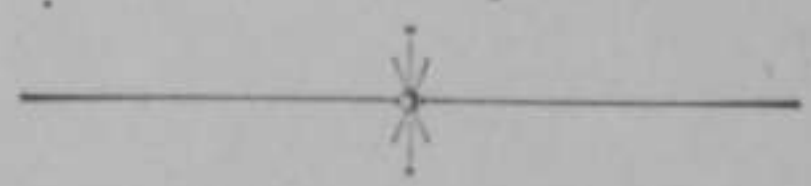
Los cuadros que constituyan la obra, serán de indiscutible originalidad, la síntesis histórica irrefutable, los principios de fidelidad y subordinación, tan edificantes como sinceros; y la enseñanza que de todo se desprenda, será tan clara, como moralizadora.

Tal es mi fundamental pensamiento.

Nada diré en este breve discurso acerca del plan —aun confuso en mi cerebro—que me propongo adoptar para dar forma á mis ideales; pero de dicho cometido se hará cargo oportunamente, con el manuscrito

de la obra á la vista, mi antiguo y distinguido amigo el ilustre Doctor en Leyes y bizarro Teniente de Caballería, Don Francisco de Francisco y Díaz; quién se ha dignado aceptar mi indicación relativa á este asunto, en los términos mas plausibles y propios de su notoria caballerosidad. [1]

Me complazco en ofrecer á los lectores esta agradable novedad en mi más íntima y sentida producción; pues tan culto prologuista sabe esmaltar el brillo de la toga con las galas de su elocuente palabra, el de las armas con el culto que rinde á las mismas y el de las letras con los atractivos de su distinguida y seductora filosofía.



(1) Cuando salgan á luz estas líneas (que hasta ese momento no serán conocidas del Sr. de Francisco), ya mi prologuista deberá hallarse en posesión del empleo de Capitán que, hace tiempo, le correspondió por antigüedad. Dadas sus condiciones y su pundonor, donde el Escuadrón de su mando no pueda conquistar la victoria, hallará la gloria.

PRÓLOGO

> No basta vivir en un órden social perfecto; es preciso vivir en él con seguridad.
>
> La fuerza y el derecho son como el alma y el cuerpo.
>
> La justicia misma nada vale si no está apoyada por las armas.
>
> GENERAL MORAND.

«Siendo, pues, los *ejércitos* seguridad de las instituciones, descanso de los gobiernos, garantía del órden y de la propiedad, fundamento del derecho y defensa de la libertad, ¿es posible que haya quien combata todavía las instituciones militares?

Sí lo hay, como hay en todas partes agitadores que esperan medrar con la revolución; díscolos mal avenidos con todo gobierno; bandidos más ó ménos encubiertos, que esperan su ganancia en el desórden; pícaros á quienes estorba el

Código penal y embusteros de oficio que llevan para sus fines *pátria* y *libertad* en los lábios, *tiranía* y *perfidia* en el corazón.

MUÑIZ Y TERRONES.»

(Cartas á Alfonso XIII.)

«.....la misión del militar se engrandece á medida que aumentan los peligros sociales, para conjurar los que, parece que las demás clases carecen de medios y de energías. Por eso la Pátria, esa Pátria que para muchos es una idea abstracta, es para el soldado algo más que el suelo, el hogar, los amores de la familia; algo más que consiste en la religión de la bandera, que todo lo simboliza y abarca, puesto que lleva entre sus pliegues el honor del ciudadano y el corazón del hombre.

FRANCISCO BARADO.»

El soldado es esa víctima propiciatoria dispuesta siempre al sacrificio no solo de la Pátria, sinó del que aprovechándose de lo sagrado de su disciplina, que obliga á obedecer sin analizar ni discutir, lo toma como instrumento de sus pasiones, como escaño de su ambición y como escudo protector de su egoismo; noble escudo que santifica los hechos y con el heróico ejemplo de sus virtudes disfraza el egoimo y la ambición de ese Feudalismo á los ojos de la muchedumbre.

F. DE F.»

LA obra del señor Otero Pimentel, no es la sencilla narración de los hechos. Esa obra comprende una série de observaciones provechosas, acompañadas de un comentario lleno de concisión y acierto que el autor emplea en todas las cuestiones de que trata.

Hace el esbozo, deja hecha la indicación, presenta al estudio otras tantas cuestiones importantes que no se detiene á desarrollar completamente porque no encaja su desarrollo en los límites de este libro.

El estilo del autor es de los que graba en la imaginación el hecho sin que permita olvidarle la manera gráfica y brillante con que se ofrece al lector, de modo que, sin darse cuenta del acto, queda estereotipado imborrablemente. Este es el secreto del estilo descriptivo.

Lo que primero se admira en este libro es el capítulo que dá cuenta de la despedida de los quintos, de ese momento inolvidable para el hijo que abandona el hogar y para los padres que le ven ir; de ese momento que señala los preludios de la vida militar con el acto de abnegación que envuelve la abdicación relativa de la libertad; hermoso sacrificio hecho en holocausto de la pátria, consagración grandiosa que encierra el brusco cambio de la vida, la designación del nuevo estado, el cambio de la independiente y tranquila vida del ciudadano por la servidumbre honrosa y noble; pero austera y dura del estado militar, donde el rigor de la ordenanza no reconoce rival entre todas las instituciones modernas, porque es lo único que conserva la tradición de puro y verdadero como principio divino á través de los tiempos. Bien merecía tan interesante asunto la ternura con que le trata el Sr. Otero, derramando su pluma delicada, conceptos verdaderos en la descripción de un episodio que le resulta un acabado cuadro, donde pone de relieve detalles que determinan un modelo; episodio donde se vé á través de tan bellas páginas los personajes de su relato con sus ideas y sentimientos; episodio que hace sentir al que lo lee las emociones mas puras del alma porque tiene elocuencia que mueve el corazón y hace derramar lágrimas.....

Pero donde el autor nos dá una idea completa de su vocación, de sus aspiraciones, de sus ilusiones mas acariciadas, de lo que constituye su sueño de niño, su mayor anhelo, su deseo constante de toda la vida y la esperanza firme y llena de fé en el porvenir es al hablar del entusiasmo que siente por la carrera de las armas,

del entusiasmo de que está su alma poseida y determina su inclinación y su aptitud.

Con la natural modestia que le es habitual se presenta ante sus lectores el héroe del libro, el simpático protagonista de una sencilla narración de hechos que constituyen los albores de su vida militar. El mas puro patriotismo, el mas acendrado amor al ejército y los sentimientos mas hidalgos se revelan en sus palabras, en sus conceptos, en la descripción de los hechos, en las apreciaciones que hace de cuanto ve y siente, en las consideraciones á que se prestan los mismos y en el análisis pronto á su buen criterio de crítico reservado y discreto; sin exageraciones ni vanas apariencias, con la verdad siempre en los labios, pasando de su corazón á su pluma con la ingenuidad propia del que expresa lo que siente y con el acierto constante del que siente bien.

*
* *

Como estímulo determinante que tanto influye en su resolución irrevocable de seguir la noble carrera de las armas, impresiona poderosamente su delicado sentimiento, con hermosa inspiración, la época mas gloriosa para las armas españolas, en el presente siglo, desde la guerra con Napoleón: La guerra de Africa. Esa epopeya que hace recordar la lucha titánica de los esforzados españoles contra los ejércitos Sarracenos desde su invasión hasta la rendición de Granada, y que pudo realizar una sucesión de

conquistas en el territorio de los árabes que es el campo natural de la guerra para España por ley de Dios y por situación geográfica; territorio que otras naciones aprovechan con detrimento de la Iberia ocupada mas en luchas intestinas que en nobles propósitos de gloria para el antes tantas veces glorioso Pabellón Español.

En estos momentos en que se imprimen estas cuartillas, la intervención de un caudillo ilustre, gloria de nuestra pátria, el General Martinez Campos ha salvado de un conflicto que pudo afligir á España, suscitado por las temerarias economías de que se hace víctima al Ejército por algunos hombres civiles contra cuyas economías han luchado heróicamente nuestros dignos generales y actualmente el ilustre Ministro de la Guerra señor López Dominguez.

Recordar aquella hermosa época con los variados tonos de su amor y entusiasmo el señor Otero, constituye para él grande y sentida felicidad, inmenso regocijo que se trasluce á través de los años como revelan las páginas de este libro á lo largo de sus líneas impresas; la dicha inmensa, el placer noble y franco que despertó en su ánimo el triunfo de nuestro ejército, los lauros obtenidos por el heróico soldado español, el primero del mundo, las victorias alcanzadas, tantas como combates se dieron en el vecino continente, el territorio conquistado y sobre todo el prestigio elevado, la ofensa vengada, la altivéz de la raza española haciendo sentir la consiguiente humillación á los poderosos enemigos, el orgullo pátrio satisfecho por el esfuerzo de sus hijos; España á la altura de su dignidad, el gobierno en posesión de la magestad propia de su rango, la honra del

ejército halagada por su justa y merecida fama, el mundo civilizado aplaudiendo en masa la aptitud demostrada por nuestros generales y la abnegación de nuestros soldados y el pueblo, ese pueblo español grande y generoso, pueblo entusiasta que simpatiza por todo lo grande y esforzado, delirante de amor, exaltado hasta el paroxísmo de la inmensa alegría que le embargaba, derramando lágrimas de júbilo, atronando el espacio con sus vítores y aclamaciones y abriendo sus brazos apasionados para estrechar en ellos á los valientes que habían derramado su sangre por la honra nacional.

Tan hermosas demostraciones constituían la consagración del triunfo y unida al cariño que expresaban envolvían en sí tales agasajos una profunda veneración que en todos los tiempos, tributaron al elemento armado de sus respectivas naciones todos los pueblos de la tierra.

*
* *

Describe después el señor Otero la impresión halagüeña que produce en su ánimo la gloria de pertenecer al Regimiento de Infantería, número 1, llamado el Inmemorial del Rey y el noble orgullo que le embarga cuando, hecha su filiación forma en sus filas. Efectivamente que á su esperanza correspondía aquella ilustre filiación y su vocación merecía tan honrosa plaza en el ejército; pues á manera de providencial destino cábele en suerte, sobre la gloria que su Regimiento representa,

la de ser camarada más tarde de su Soberano el Príncipe heredero del Trono.

No es solo el estilo descriptivo, ni el tono patético ni la fogosa elocuencia del soldado que siente en su pecho el amor á la guerra, lo que tenemos que admirar en la obra del señor Otero. A cada paso, en el siguiente capítulo, en la nueva página se nos presenta el autor con nuevo aspecto á manera del brillante cuando, en distintas posiciones hiere cada una de sus facetas la luz. El tono festivo brota de la pluma del señor Otero Pimentel, y pinta graciosamente con colores propios de situaciones y personajes los nuevos temas que nos va ofreciendo, dando su propio color á cada cuadro con lo cual nos demuestra su buen gusto de escritor y las várias aptitudes de su talento.

La entrada en un cuartel, el aspecto que ofrece la habitación del soldado, el lenguaje gráfico empleado por los que en ese escenario se mueven, las atenciones del servicio de cuartelero, la interpelación del cabo de cuartel cuando le exige á aquel el cumplimiento de su deber, todo esto está dicho con la exactitud propia de la verdad y refleja en los rasgos de la pluma los de la escena.

Tras la ligera amargura que siente el novel recluta, vecina del arrepentimiento, recibe la hermosa impresión de encontrar un digno compañero suyo, ilustrado como él y de sus mismos sentimientos y aspiraciones, tal es don Alfredo Ballesteros de Talavera, el Conde de San Salvador.

En el capítulo sexto se presenta nuestro protagonista de cuerpo entero autobiografiándose con la senci-

llez propia de su modestia; y al hablar del ejército y emitir su concepto acerca de nuestro soldado, no puedo resistir el deseo de copiar aquí sus propias palabras, pués estas encierran una definición y una completa y acabada idea digna de recordarse textualmente.

«Fíjese V.—Pone en labios del Conde de San Salvador—y verá que el buen soldado es un conjunto de las mas nobles y encantadoras cualidades de que puede enorgullecerse el género humano; al extremo de qué, siendo el hombre creado á semejanza de Dios, Dios tiene su verdadera representación en el soldado. Sus virtudes rayan en lo sublime, porque sublimes son su valor, pureza, sencilléz, desinterés, agradecimiento, subordinación, patriotismo, abnegación y obediencia á los mandatos superiores; la virtud mas difícil de imprimir en el ánimo de las tropas, y sin la cual no hay honor ni prestigio para las armas. También es sublime su fé, porque nunca lucha y muere con mas heroísmo, que cuando combate á los enemigos de su venerada religión.»

Para conocer el gracejo del autor y su estilo festivo de que antes hablaba, tenemos buena muestra en el capítulo en que nos dá cuenta de su aprendizaje militar, de su bondadoso Mecenas, el gastador que se presta voluntariamente á imponerle en los conocimientos necesarios del buen soldado para cuidar de las prendas de armamento y fornitura. Cargo de confianza titula con sin igual ingenio y gracia este capítulo, llamando así al destino privado de que toma posesión cerca del expresado gastador, constituyéndose en secretario particular de dicho personaje, alto cargo que pasa inmediatamente

á desempeñar, sin que tenga ya para qué ocuparse de la limpieza de sus prendas, pues aquel veterano pasa sin darse cuenta á ser ordenanza y ayuda de cámara de nuestro héroe. Peregrina aventura que relata con sencillez y gracia que hace asomar la risa á los labios saboreando el buen humor del improvisado secretario.

*
* *

Como todos los retratos que el señor Otero nos hace en su libro, el del Brigadier Coronel del Regimiento Inmemorial del Rey, resulta un acabado retrato de aquellos jefes celosos de la disciplina, del buen nombre de su Regimiento y al propio tiempo de la honra de sus soldados. El brigadier es un buen modelo de tales jefes, pundonoroso á la par que lleno de conciencia en sus actos, pues no perdona pero impone el castigo ejemplar sin las fatales consecuencias que trae consigo una sumaria. El autor se lamenta muy oportunamente del abuso que se hace hoy de los procedimientos militares: somos de una misma opinión; antaño los consejos de guerra eran muy contados, y en la fecha actual hay plaza donde el número de capitanes no da abasto para tan familiar y constante práctica. Basta examinar la orden de la plaza para comprobar este asunto. ¿En qué estriba esta diferencia tan notable? ¿Ha aumentado por ventura la criminalidad en el ejército? No, no lo creemos, lo que ha disminuido, lo que ha cesado es el cas-

tigo corporal, válvula necesaria á la corrección y á la enmienda y de saludable higiene. No se crea que somos partidarios de medidas brutales y violentas; pero la represión inmediata de una falta ó delito tiene un carácter de eficacia y saludable ejemplo al que acompaña la ventaja de no poblar los establecimientos penales á cambio de un medio material de acción en que el dolor físico de uno solo que es el único responsable de su delincuencia evita el dolor moral largo y vergonzoso y el consiguiente estigma humillante que, acompaña más tarde en su vida, tanto á él como á las personas de su familia que no fueron cómplices ni responsables de aquella falta. En esto nos fundamos para admitir como bueno el castigo corporal, en la consideración de evitar mayores males; por tal concepto le defendemos y le consideramos como bueno y necesario en el ejército. ¿Puede objetársenos con el argumento de que tal sistema se presta al abuso? No, ese argumento no es serio porque todo en la vida se presta al abuso. En la vigilancia exquisita y el orden bien mantenido consistèn el hacer prudente aplicación de los medios con que todos aquellos investidos de autoridad ejercen sus derechos sobre los inferiores y, siempre contra la falta del que abuse está la inspección del superior, para prevenir y castigar á su vez la extralimitación en que aquel incurra.

A alguien que esto lea puede extrañar los principios que sustenta el que lo escribe; pero advertid que el aspecto del hombre de la ley tiene que dejar el campo de acción al oficial del ejército que en veinte años de vida militar, ha podido aprender á conocer las necesidades del servicio, conciliando un sano rigor con el prin-

cipio de humanidad que vive en todo pecho noble, sentimiento hermoso que nunca falta en el corazón del soldado.

Por eso ensalzo el duro castigo del primer jefe del Regimiento Inmemorial del Rey, por eso manifiesto sin rebozo que es atributo necesario al principio de autoridad en el ejército, la libertad de acción dentro de su propia iniciativa para remediar el mal presente y mayores males venideros.

Aquel cabo citado por el señor Otero, que faltó al cumplimiento de sus deberes con abandono de servicio, pudo obtener su licencia sin mancha y ocultar su falta á los seres queridos que esperaban su anhelado regreso debido á la enérgica corrección del digno y veterano Brigadier.

Muchos son los jefes que hoy piensan de este modo y evitan la desmoralización que trae consigo tener los calabozos llenos de soldados y convertir á los unos en carceleros de sus camaradas.

Es cuestión esta de tan capital importancia para el ejército que merece dedicarle atención profunda y verdadero interés.

*
* *

Otras de las cuestiones importantísimas que deja apuntadas el Sr. Otero con su buen talento es la Academia de regimiento. Asunto es este que merece atento estudio y corre parejas en importancia con el que hemos examinado referente á la represión de las faltas, este como base de organización y buena disciplina, aquél como base de buenas clases para el ejército, clases que dán al mismo el tono brillante que corresponde á una oficialidad ilustrada para secundar en el ejercicio de sus funciones la aspiración del jefe, que mantiene la iniciativa de aquellos oficiales y están en condiciones de enseñar al soldado la educación militar y hacerle comprender el espíritu de la ordenanza. Estas clases no se obtienen sino mediante las sábias indicaciones del señor Otero, con las acertadas medidas de organización de escuelas que indica en las páginas de este libro.

El tiempo bien distribuido dá lugar para todo. El soldado puede recibir su instrucción militar y al propio tiempo la educación que corresponda al noble oficio de las armas y al prestigio del ejército, porque el tan decantado aire marcial debe de ir unido á un porte respetuoso que refleje la buena dirección y constante celo de sus superiores.

Con tales prácticas no tan solo el ejército se aprovecha de los resultados de la enseñanza que reciben sus hijos sino que éstos mañana la utilizan y difunden en sus hogares bendiciendo la obra de la pátria que recom-

pensa por cuantos medios son posibles el sacrificio de cuantos se consagran á su defensa.

Respecto á las clases, su instrucción ha de ser más extensa y esmerada para lo cual se puede utilizar el mayor tiempo posible.

*
* *

Verdadero cuadro de amor que constantemente se desarrolla entre el jefe y el soldado es el que nos ofrece el Sr. Otero Pimentel en los capítulos que llevan por epígrafe «El ídolo del soldado» y «La coronación de un héroe». Aquel Comandante Andía de tan hermoso recuerdo es el tipo de casi todos los jefes y oficiales del ejército desde que en España existe ejército regular; no se crea que esto es exagerado. La nobleza del carácter español y el valor y bizarría que presta el honor militar y la sagrada religión del deber, tan enaltecida en la milicia y más enaltecida aún al frente del enemigo, forman este tipo que es legendario, que es tradicional, que le tenemos formado en nuestras filas, y su sencilléz y su modestia y su moderada ambición le hace pasar desapercibido á nuestros ojos y no le vé y no le siente más que el compañero tan esforzado como él, que se bate á su lado y sufre en su compañía las arriesgadas aventuras de la guerra y las duras vicisitudes del servicio militar. Y, le vé y le siente la tropa que manda, el soldado que es su camarada en la lucha y que le adora admirando la abnegación de quién recibe brillante ejem-

plo y es su maestro y su guía en la senda del honor y de la obediencia. Ese es el Comandante Andía, y tantos como ese hay, que por ser tantos compitiendo en tan altas virtudes no puede hacerse excepción señalada y solamente como hace el autor puede bosquejarse un tipo modelo que represente á todos los demás.

El valor demostrado por aquel jefe, la serenidad demostrada y el ardiente interés y celo en que evidenció el cariño por sus soldados protegiendo sus vidas con exposición de la suya propia son los carácteres de ese tipo militar que desde las apretadas filas donde solo se vé el brillar de las bayonetas hasta la tienda del General en jefe se vé repetir mil y mil veces en el ejército español.

La visita del Comandante Andía al hospital de heridos y sus frases de consuelo á los soldados de su batallón son hechos naturales y de gran enseñanza que al recordarlos el soldado en sus momentos de descanso allá en el interior de las compañías, en los patios del cuartel ó en los muros ó glásis de las fortalezas cuando después de comer el rancho comentan en grupos familiarmente las aventuras de la campaña, es natural, repetimos, que los unos gocen de entusiasmo al recordar las bellas acciones de aquellos jefes porque se sienten orgullosos de ser mandados, y algunos dominados por la emoción de tan grandes hechos sientan asomar á sus ojos una lágrima de gratitud hácia aquel que con su espada en un momento de peligro cubrió su cuerpo como padre cariñoso y salvó su vida, ó aquel otro que perdido entre los cadáveres que cubren el campo, el temor de su abandono se desvanece á la vista de su oficial que le

busca por su nombre entre los muertos y es conducido como todos aquellos á quienes queda un resto de vida, al hospital de sangre donde la caridad cristiana secunda y premia los esfuerzos del héroe.

*
* *

La marcha de un regimiento, según se hacía en los tiempos á que el autor se refiere, queda descrita con acento magistral, señalando la rigurosa colocación de las tropas é impedimenta y escenas consiguientes á esa forma de viajes en que cambia un cuerpo de residencia con todo el personal que comprende en sus listas de revista desde el coronel primer jefe hasta el gato del almacén. Hoy que las líneas férreas cruzan en uno y otro sentido el territorio que han de recorrer las tropas, hoy que las comunicaciones tienen mayor rapidez y ventaja y para la movilización y relevos se aprovecha generalmente esa mayor comodidad y economía de tiempo y fatiga para transportar las tropas; pero aun queda, por desgracia una gran parte del territorio español en que es preciso acudir al sistema que el autor con tanto gracejo describe para el cambio de las guarniciones; siguiéndose por lo general un sistema mixto; es decir que la fuerza de filas marcha por la carretera y el almacén, familias y equipajes con los enfermos, la caja, las oficinas y demás impedimentas estacionarias es conducido en los ferrocarriles quedando solo para seguir el itinerario de las compañías, el resto de la impedimenta más

imprescindible á una tropa en marcha. Asi, pues, la descripción de la marcha de un regimiento que nos pinta el Sr. Otero Pimentel, tiene el doble mérito de su exactitud y del recuerdo que nos reproduce las costumbres pasadas; pintadas con gran fidelidad en todas sus peripecias, sorprendiendo oportunamente y retratando con verdadera gracia las escenas que provocan algunas militaras poseidas de la gerarquía que representan, en virtud de la cual, exigen á las *clases inferiores*, la subordinación que deben guardar al empleo de su esposo mostrándose inexorables en esta disciplina, citando si es preciso los textos legales de las Ordenanzas de S. M. y las disposiciones y Reales Ordenes vigentes.

No se puede contener la risa al leer tan cómicas escenas y el Sr. Otero las saca á la picota manejando la sátira como látigo suave, pero implacable y condena esa impropia ingerencia de la mujer en los asuntos puramente militares y que en manera alguna son de la incumbencia ni intervención de aquellas.

Las aventuras propias del soldado en los cambios de guarnición al despedir sus ocasionales y transitorias relaciones amorosas, tanto en el lugar en que residía como en aquellos por donde pasa, están llenas de realismo, porque son tomadas directamente del natural y no hay fantasía que las agrande ni exajere. Es natural que la gente moza con la de su edad simpatice y dé lugar á tantos amores de un día donde se pronuncian más juramentos que cartuchos se consumen en una gran batalla y se prodiga tanto la lisonja y con tanto éxito como la pólvora en salvas.

*
* *

Ha dejado expresamente el autor y con esmerada oportunidad su lenguaje más satírico y su frase más cáustica para el capítulo que titula con profunda intención «Brisas marinas» sí, brisas marinas es el título más sardónico que podía emplear el autor para hablarnos del maltrato de á bordo, los malos ranchos, escasos y mal condimentados y compuestos de malos efectos, la falta de alojamiento para conducir á tantos hombres embarcados en malas condiciones todo eso que por fortuna hoy ha mejorado, sinó del todo en parte.

Aquí el autor señala las fatales consecuencias de la falta de celo en el comandante de la partida ó jefe de una expedición á quien la Ordenanza recomienda tan sabiamente el más exacto cumplimiento de las órdenes de sus jefes y el cuidado de la tropa que lleva á su cargo y por la que debe velar bajo la responsabilidad más estrecha.

Todo lo ocurrido le sirve al Sr. Otero, como experiencia provechosa, cuando tiene que desempeñar por superior designación el cargo de jefe de una expedición análoga, previniendo con anticipación las necesidades de su tropa y procurándola de este modo el relativo bienestar á que el soldado es acreedor por humanidad como hombre, y por otra consideración y harto fundamento como defensor de la patria.

Sigue el autor con su estilo sardónico describiéndonos el suculento rancho que, como alimento refrescante y reparador, les fué ofrecido á los pobres soldados navegantes á su llegada á Puerto Rico en cuya detestable comida para que nada faltara habían empleado agua del mar para su condimento. No menos gracioso es el acento de gratitud con que saluda á aquel expléndido sacrificio con que la compañía naviera obsequió á los soldados para conmemorar solemnemente su feliz llegada á Puerto Rico, indemnizando así, con abierta mano y generoso corazón los esfuerzos realizados para contrarrestar el efecto del temporal, ayudando briosamente á la tripulación del barco. Con anticipación suficiente, según fiel relato del autor, formaron sobre cubierta y, una vez guardada la alineación debida, se hizo el reparto del agasajo preparado al efecto, consistente en una copa de aguardiente de caña. . . ¡pobres soldados. . . !

Pronto, muy pronto, á los cincuenta y cinco días de navegación desde la salida de Cádiz, daban vista ya á la Isla de Cuba, es decir que llegaron todavía más pronto que Colón. . . . . .

Para dar cuenta de la impresión que causa en el autor la vista de la Habana, copiaremos los párrafos en que manifiesta las ideas que cruzaban por su mente mientras marchaba el barco á lo largo del canal.

«Por mi parte—dice el Sr. Otero—confieso ingénuamente, que á pesar de la mucha fama que tiene en el mundo la verdadera perla de las Antillas, no me había imaginado hallar un conjunto de tierra, agua y cielo, tan delicioso como el que en aquellos momentos recorría mi vista; pues, si bella era la perspectiva de la ciudad,

con su azulada y rizada franja de mar por la ribera del norte, hermosa y árrobadora se ostentaba la bóveda celeste, que enlazaba sus encantos con la amena, poética y matizada campiña que en toda la circunferencia le servía de guirnalda.»

»Otras populosas capitales presentan al observador más ricos y soberbios monumentos, debidos á la mano del hombre, pero la misma variedad de estos objetos hace divagar la vista, sin cautivar los sentidos, mientras que en la contemplación de la Habana y su despejado horizonte, lo que más subyuga y deleita es el sublime atractivo de las maravillas de Dios.»

»Desde el alto castillo de proa—mi predilecto lugar en aquel viaje—todo el amplio perímetro de la ciudad se abarcaba de una sola mirada, sin eminencias, obstáculos, nubes ni celajes que la interceptasen ni distrajesen del conjunto del cuadro más expléndido, risueño y majestuoso, que puede ofrecerse á los ojos del alma.»

Despues de aquellas primeras impresiones nos habla el autor de las costumbres pasadas de la Habana de antaño y señala con la fidelidad que acostumbra los rasgos más salientes de aquella sociedad que tanto ha variado.

Poco tiempo había transcurrido cuando, hace 31 años, salió para Santo Domingo, el Batallón de Isabel 2ª, á que pertenecía el autor de este libro.

Como en otras tantas ocasiones, el soldado fué aquí el elemento á que se acudió como siempre hacen los poderes públicos, para remediar el mal de los otros; de algunos funcionarios y empleados, hijos de la maltratada pátria española que han nacido por su desgracia pa-

ra evidenciarla en todas partes; pero el soldado tiene que obedecer por que la subordinación se opone á analizar y á discutir; por que la disciplina es ciega.

*
* *

El concepto del deber, que tan discretamente, desarrolla el autor en el antepenúltimo capítulo de su obra, es broche de oro con que prepara el cierre de tan hermosas páginas.

No tan solo trata en dicho capítulo del concepto del deber; pues desarrolla algunas ideas sobre la obediencia y otras virtudes militares; habla del concepto del mando, dá la importancia que debe á la interpretación de las órdenes superiores y recomienda esa prudencia compañera casi siempre del saber por la que el Jefe conquista la subordinación y el cariño de los inferiores. Aun que todo esto se ha dicho y ligeramente comentado en un estilo sencillo, en esa sencillez estriba precisamente su mérito.

Mas adelante, en el capítulo anterior al que finaliza la obra, pinta con brillante colorido y tono, donde la luz de la dicha inunda el alma, la vuelta al hogar, realizando los acariciados ensueños de doce largos años de ausencia.

Momento es este el mas hermoso para la vida del soldado por que ha llegado para él el acto sublime de su redención. En este caso como en todos los demás episódios del libro el Sr. Otero ofrece á sus lectores un

instante de la vida militar con todas sus emociones y alegrías, con todos sus anhelos y satisfacciones; representa el momento en que el soldado retorna á sus lares despues de pagar el noble tributo que debe á su patria, formando en el puesto de honor de los ciudadanos para hacerla temida en la guerra y respetada en la paz; vuelve á su hogar para fijar su residencia ó para recordar los lugares queridos donde pasó su niñez y volver á las filas estimulado por los adelantos de su carrera que le lisongea un halagüeño porvenir.

De lo más hermoso y profundamente sentimental que contiene el libro del Sr. Otero Pimentel, es la plegaria que eleva al espíritu de su amantísima madre, plegaria que se eleva á la región celeste, donde, todo hombre de corazón y sentimientos cristianos, debe de contar el alma de aquella que le dió el ser.

Por fortuna, entonces, aun pudo estrechar entre sus brazos á la caritativa matrona que durante la ausencia de su hijo, se consagraba á la obra más apreciada á los ojos de Dios entre todos los méritos humanos, á la obra, que obtiene la mayor gloria en el orden religioso y es la de mayor mérito á los ojos del Señor; el socorrer al pobre y al necesitado.

Termina el Sr. Otero las páginas que forman los reflejos de la vida militar con el capítulo titulado el párroco de San Martín, donde pinta las cualidades notables que adornan á este funcionario eclesiástico, en instrucción, virtud, talento y trato de gentes, especial para mantener la harmonía entre sus dichosos feligreses, alcanzando á los inmediatos los beneficios de su vasta y poderosa iniciativa, que le impulsaba á proponer y rea-

lizar las reformas más convenientes para el bien de sus administrados.

Quedan por fortuna aun en el mundo aunque en número escaso, ministros del altar, tan hidalgos, nobles y verdaderamente religiosos como el descrito. Estos son los verdaderos príncipes de Jesús; que no está siempre en la púrpura cardenalicia, la virtud del príncipe de la Iglesia.

Despues de cerrar ese capítulo donde deja recuerdos del santo y sabio párroco de su querida tierra, de la dulce y cariñosa tierra gallega, que tiene tantas notas dulces en su lenguaje como poesía en sus campos, no deja aun la pluma de su mano el Sr. Otero sin dedicar un saludo á todos sus compañeros de armas, al Ejército en general, á los Pensionistas militares, cuya Sección tuvo á su cargo, tan competentemente desempeñada en esta Capitanía General y de cuya competencia ha dejado muestras gallardas su pluma con la obra publicada sobre Montepíos; á los Voluntarios de la Isla de Cuba dedica frases cariñosas y de espíritu levantado tal como merece la noble misión que su desprendido y generoso esfuerzo realiza en aras de la pátria. Así mismo al benemérito Instituto de la Guardia Civil patentiza el amor que le profesa y la admiración que le tributa por el incesante desvelo con que constantemente se mantiene en garantía del ciudadano, seguridad del hogar y protección de los intereses del lugar donde presta sus importantes y valiosos servicios.

***

El libro que hoy ofrece al públicó el Sr. Otero Pimentel es un tributo rendido á lo más noble y modesto que existe en el seno de la sociedad de todos los pueblos y que encierra en su humildad la mayor grandeza porque ostenta la mayor fuerza, porque es la garantía de la existencia de todos los poderes y de la existencia del propio territorio que defiende con su brazo y por el que sacrifica su vida en aras de su deber y en defensa de su bandera símbolo de su honor: tal es el soldado.

REFLEJOS DE LA VIDA MILITAR, como su nombre indica es un libro de episodios militares, donde se patentiza y orgullosamente se ostenta el entusiasmo hondamente sentido por la noble institución del ejército, tan digna de este acendrado amor como vituperada por los que no tienen nobleza bastante en el corazón para amarla como merece. Estos no comprenden en su torpeza que todos necesitan de aquella para garantía de su vida y de su hogar; que no se sabe cuanto vale hasta que su poderoso auxilio no se necesita;—pues como dice el ilustre escritor Muñiz y Terrones—«Los estados que en su constitución militar relegaron á términos secundarios la educación moral, el estímulo y las recompensas de sus institutos armados, labraron por ignorancia ó por error su flaqueza ó apocamiento, y no ya por razón de egoismo sino por espíritu de justa proporción entre el servicio y el premio, parece natural ofrecer alicientes á una vida que—según la expresión del gran Cervantes—tan cercana está siempre de la muerte.»

Efectivamente, la animosidad contra el ejército es tan corriente como insensata. A fuerza de repetir vulgaridades sobre el imperio del sable—dice el General Almirante—Á fuerza de insistir sobre el alejamiento de los hombres de guerra, se van torciendo las ideas en cuanto al sentido recto de la palabra dictadura, que hoy hasta suena mal; y quizás suceda que el día del conflicto se busque en vano una espada que quiera salir de la vaina para reemplazar el cetro de marfil con que el dictador romano amansaba las encrespadas olas del proceloso mar de su república.

Repasad la caida de todos los grandes imperios—dice Villamartin—y vereis que el primer síntoma de ello ha sido la desorganización moral de las tropas, el rompimiento del lazo que debe unir al ejército y al pais, el desprecio y el ódio del ciudadano al soldado.

¿Quién duda que son inmensos los sacrificios que los ejércitos imponen á las naciones?—dice el ilustre escritor ya citado—fuera injusto negarlo; pero injusto del mismo modo sería dudar tan solo de que esos sacrificios económicos encuentran en el derecho internacional moderno, compensaciones que sin ello sería imposible lograr.

Y no se crea que solo la pasión guía á los que ciñen la espada para hablar de ese sacerdocio que nació con el derecho de gentes, que vino al mundo á sostener los principios del derecho natural y que la tradicción de su existencia se remonta al orígen de la vida de la humanidad.

Ahí están las hermosas palabras del distinguido hombre público é ilustre estadista ex-ministro Sr. Ca-

nalejas: «El campo talado, la industria arruinada, la sangre generosa vertida, la misma riqueza agotada, la liberación del territorio adquirida siempre á costa de las angustias y del enflaquecimiento del Erario, pueden reprimirse por un supremo esfuerzo de energía nacional y por un sacudimiento febríl de la conciencia pública, pero la desmembración del territorrio, la integridad de la patria alterada por el rigor de la derrota y sancionada más tarde por el tiempo que altera y borra poco á poco las diferencias de orígen, con pérdidas irremediables que redimen pocas veces los sacrificios de un arrepentimiento tardío.»

Ningún error más fecundo en desventuras—dice también el Sr. Canalejas—que alejar al ejército de la nación, atribuyéndole intereses egoistas y contrapuestos á los que el Estado en la totalidad de sus aspiraciones persigue.

Nacido de las entrañas de la nación misma, viviendo para ella, sostenido por ella, facilitando á sus aspiraciones el más holgado desenvolvimiento y siendo el símbolo de su energía coactiva, es por su esencia propia, no rueda cuya revolución arbitraria puede turbar la harmonía de los pueblos, sino fuerza y elemento social que completa las actividades y energías de los paises.

«Parece, sin embargo del apóstrofe del Sr. Canalejas, que en los actuales tiempos hay una envenenada corrriente de desafecto al ejército, que corre parejas con la que tan injusta y despiadadamente se mantiene hácia la religión.

Ya se ocupa de esta misma idea el Sr. Muñíz y Terrones en sus cartas á Alfonso XIII.

Dos grandes y necesarias instituciones—dice el notable escritor—son objeto de la adversión y ódio de los restantes, la religión y la milicia. Este fenómeno sociológico es universal, la filosofía niega la revelación, y la idea de libertad llevada á términos exajerados pugna contra el principio de la fuerza en el cual se fundan necesariamente todos los sistemas de gobiernos, absolutamente todos; porque hasta el socialismo y la anarquía imponen el imperio de la fuerza bruta, el despotismo de la multitud.»

La virtud goza en los tiempos actuales dilatadas ausencias del seno de la Sociedad contemporánea que vive en una atmósfera viciada, en una atmósfera saturada de opróbio, de ambición, de ruines pasiones y sólo allá en el seno del ejército con mérito ignorado y en la oscuridad que encierra la modestia del valer, allí se encuentra la virtud que huyó de los demás hombres. La austeridad de vida, las severas reglas que proceden á su organización y régimen, preparan, sin violencia, para el ejercicio de la virtud, como el corazón del cenovita en su constante contemplación á Dios prepara el espíritu para olvidar las miserias de los hombres.

La aversión á los ejércitos regulares llega hoy al extremo de pensar en un desarme universal, que es una quimera propia de la mala fé ó de tremenda locura.

El ejército hoy no se improvisa, hay que atender con verdadero interés á la instrucción militar; hay que dedicarla por parte de los jefes una atención constante y una inspección eficaz.

La ciencia de la guerra ha adelantado mucho y estamos en una época tal, que cada día se tiene noticia del

invento, la modificación de las armas, la aplicación de los descubrimientos tan frecuentes ahora.

En una palabra, no basta hoy el esfuerzo de la pasión, ni el coraje de la temeridad, ni la santidad de la buena causa; hace falta formar ejército que harmonice con los modernos adelantos, con los presentes conocimientos, con las actuales necesidades, con la obligada preparación que hoy se impone, porque lo que se ignora no se adivina; ni es hora de averiguarlo la víspera del combate; aquella no es hora de estudiar; sino de haber estudiado; por eso se hace preciso sostener con todo sacrificio un buen ejército permanente mirando con natural reserva la peregrina idea del desarme universal que parece un lazo tendido á los incautos; sí es necesaria la instrucción en el ejército, ya lo ha dicho un general español de gran prestigio y merecido renombre; lo ha condensado en una frase que nos presta toda la autoridad que falta á nuestra palabra; «El valor y el patriotismo no son ya los dueños del éxito». Eso ha dicho el General Martinez Campos que en España y fuera de España disfruta la justa fama que le han conquistado sus brillantes campañas; la dirección de los ejércitos en las últimas guerras y de antiguo su envidiable reputación militar.

¡Digno ejemplo de altas virtudes militares!

Estudiemos todos, y tratemos de imitar los buenos modelos que por fortuna no escasean en nuestra amada España para gloria del ejército y de su sagrada bandera.

DR. FRANCISCO DE FRANCISCO Y DÍAZ.

I.

QUINTOS.

Los árduos problemas de organización militar serán tanto más eficaces y acertados, cuanta mayor harmonía guarden con los principios siguientes: mútuo aprecio y consideración entre el pueblo y el ejército, la mayor amplitud y facilidad en la enseñanza, elección y elevación del mérito ó génio que se advierta en las filas; y la más rígida, justa y perfecta disciplina.....

El Autor.

CUÁN tristes y desconsolados quedan los infelices padres que, despues del adverso sorteo sufrido por sus queridos hijos, los ven partir para lejanas y desconocidas tierras, en cumplimiento de la ley, severa é inflexible, que, reclamando el concurso de la generosa juventud para los más altos deberes sociales, la obliga á separarse de todas sus afecciones!

¡Qué abatidos y apesadumbrados se les contempla al ver que el hijo se ausenta en la mejor de su edad, y cuando, precisamente, era el orgullo de sus cariñosos hermanos, la delicia de sus sensibles abuelos, el descanso de su amante padre y el ídolo de su amantísima madre!

En los solemnes momentos que preceden á la despedida, y cuando ya regresó de su precipitada excursión por el limitado radio de su humilde parroquia, por los lugares mas predilectos de sus infantiles juegos y por las dulces moradas de su grato esparcimiento; despues de dar el último ¡adios! á los amigos de toda la vida que le contemplaron al nacer, al crecer y al animar con sus gracias los inocentes cuadros familiares; cuando yá recogió en su corazón las últimas palabras, las indescriptibles miradas y las perlas desprendidas de los ojos de su amada; cuando tanta emoción, cautivando su ánimo, entorpece sus acciones y abruma sus sentidos; y, en fin, cuando el tiempo apremia y es preciso partir, ¡qué movimiento y consternación en el seno de su pura y sensible familia!

Todos se esmeran en preparar y revisar el modesto equipaje del futuro soldado, para que nada falte y nada se olvide; todos lo aumentan con algún recuerdo, todos ponen en él sus manos con expresiva aunque muda significación, conteniendo las lágrimas, ahogando los sollozos y ocultando el dolor en el fondo del alma, por no aumentar las penas del pobre quinto, que, en breve, se ausentará del hogar paterno, traspasará los linderos del pueblo ó de la aldea nativa, recorrerá la llanura de sus tiernos encantos, y desaparecerá ¡tal vez para siempre! en las misteriosas brumas de la niebla que obscurece el horizonte. ¡Tinieblas y obscuridad mensajeras de tristeza, cuando los cielos se asocian al gran sentimiento humano!

En el crítico instante de la partida, el animoso quinto se despide de todos sus deudos y amigos allí congregados, abrazándolos uno á uno y viéndose unos y otros dominados por acerbo llanto que yá no pueden reprimir. El padre ha sido el más fuerte en contener las lágrimas, pero éstas también surcan sus tostadas mejillas. El último abrazo lo reserva el hijo para su madre: nadie se lo advirtió, pero él comprende que allí el último es el primero. Ya le llegó su vez, ya el quinto levanta la cabeza y abre los brazos para estrechar en ellos á la que le abrigó en su seno; la busca con vaga y temerosa mirada, pero no la encuentra . . .

Sin embargo, allí estaba: se ausentó sin que nadie la viese desaparecer de aquel consternado cuadro. Nadie se atreve á llamarla, pero tampoco es preciso, por que ella vuelve . . .

¡Ya se acerca! ¡Qué digna de admiración reaparece á la vista de todos! No hay nada más interesante ni más patético en la tierra.

Solemne, impasible y silenciosa ante la espectación general, se dirije y aproxima al amado hijo. Su cuerpo tiembla con fuerza epiléptica, su rostro semeja el de una estátua de cera; pero ni el llanto, ni la queja, ni el sollozo, ni siquiera el suspiro brotan de su oprimido pecho. Tiene la vida suspensa en el alma.

Trae un pequeño objeto en sus manos, una milagrosa reliquia que lleva á sus lábios, balbuceando fervorosa plegaria; y después se desprende de ella entregándola al hijo de sus entrañas, para que le guarde de todos los peligros . . .

¡Qué inmenso poder ejerce la fé religiosa, en el corazón de esas madres!

Seguidamente, nuestra heroina abraza y oprime contra su pecho al amado hijo; pero pronto, muy pronto —por que la emoción la ahoga—separa los brazos pro-

nunciando, al mismo tiempo, esta sencilla frase ¡Adios, hijo mio!

Después que el hijo se ausenta, es cuando la madre llora . .

Nadie interrumpa su llanto, que llorar es su consuelo hasta que el hijo retorna.

Resignado con su destino, marcha el buen quinto dispuesto á cumplir exactamente los deberes que se le impongan. Vá sin grandes ilusiones, más no sin esperanzas proporcionadas á su génio y educación.

A su genio, sí; porque el genio y el talento no tienen patria, región, lugar ni clase determinada en la tierra. Son dones celestiales que lo mismo penetran en los soberbios palacios de los poderosos, que en las humildes cabañas de los pastores; y el mérito de los hombres de Estado, se demuestra por el acierto que tengan en dirigir y utilizar aquellas raras cualidades de todos sus compatriotas.

Nuestro héroe aún marcha conmovido por el recuerdo de su tierna despedida, pero muy pronto otras preocupaciones empiezan á distraerle del sombrío cuadro que, por momentos, vá dejando á mayor distancia.

En breve plazo conocerá muchas cosas que nunca ha visto: las diversas provincias, las ciudades, los puertos de mar, los buques; la rica y, en su mente, maravillosa capital de la nación.

Vá al cuartel, al campamento, á los ejercicios, y probablemente á la guerra; donde, tal vez, pueda distinguirse y alcanzar justa celebridad. Leal y obediente, vá resuelto á luchar contra todos los enemigos de la bandera de la patria, como luchan los buenos soldados, hasta vencer ó morir con honra; pues no por haber nacido en modesto pueblo ó humilde aldea, desconoce que,

Morir por la Pátria,
Es dulce morir.

Su pensamiento no descansa. Aun no penetró por los umbrales del imponente cuartel, ni conoce á los superiores que la suerte le tendrá deparados, cuando ya los crea y fantaséa su mente, con la prodigiosa fuerza de una delirante imaginación; viendo fijo y expresivo el conjunto de los jefes, oficiales y clases que han de mandarle.

Allí está en primer término, el arrugado entrecejo del Cabo furriel, injustamente antepuesto al de los de limpieza, cuadra ó cuartel. Sigue inmediatamente el inflexible semblante del veterano Sargento 1º, que, si bien hoy no existe de hecho, permanece imborrable en la mente del pueblo español, como el héroe legendario del espíritu militar; viene después el de los graves y escudriñadores oficiales, el del respetable y simpático Capitán, el de los severos y patriarcales jefes; y, descollando por encima de todos, aparece la imágen suprema del mando del Regimiento, la rígida estátua del Coronel.

Que por algo el soldado canta:

Cuando el centinela dice
¡Los de guardia! ¡El Coronel!
Se ponen en movimiento
Los banquillos del Cuartel.

Motivos sobrados tiene, pues, el nuevo recluta, para sentir los efectos de tantas y tan diversas preocupaciones, aglomeradas en su cerebro; pero, á pesar de todo, lo vereis resignado, espansivo y dispuesto á la alegría.

¡Amantes padres! No temais por la suerte que le espera. Aunque jóven, humilde é inexperto en el mundo, alienta en su pecho y viven en su alma los virtuosos ejemplos, las cristianas doctrinas y las salvadoras máximas que habéis sabido inculcarle.

Con tan sana moral, entregadle, confiados, á esa excelente escuela del patriotismo y de la abnegación, llamada ejército. A ese gran poder que unifica, acrecienta y enaltece los puros sentimientos de fraternidad nacional.

Entregadle á ese robusto brazo que borra las fronteras, destierra las rivalidades y combate los desafueros que han existido y aun existen, entre unas y otras provincias. Enviadle sin temor á la gran familia militar que guarda en su seno las más brillantes páginas de la historia, los más preclaros hechos de nuestras armas y el glorioso pabellón de nuestra amada patria.

II

ALBOROZO NACIONAL

La honrosa campaña sostenida por nuestras armas contra el Imperio Marroquí, en los años de 1859 y 1860, excitó de tal modo el sentimiento público, que causó una gran revolución moral en toda España.

Aquellas muchedumbres que, con la mayor avidéz por conocer las últimas noticias, se reunían y agolpaban en las inmediaciones de las estaciones telegráficas, casas de correos, redacciones de los periódicos y demás lugares en que solían recibirse cartas ó noticias del ejército expedicionario; aquellos impresos de partes telegráficos que eran arrebatados de las manos de los repartidores y llevados con la mayor rapidéz al seno de todas las familias; el constante avance de las aguerridas tropas por el territorio africano, después de reñidas y mortíferas batallas; las incesantes victorias que nuestros hermanos alcanzaban; y, por último, el fausto acontecimiento de la toma de la ciudad de Tetuán, despertaban tan frenético entusiasmo en todas las clases sociales, desde las más humildes á las más elevadas, que causaba la admiración de los

observadores extranjeros y llenaba de inmenso regocijo el corazón de la patria.

Dinero, armas, medicinas, víveres, tabaco y otros valiosos efectos, se ofrecían al Gobierno con grande emulación de ricos, pobres, magnates y proletarios, cada cual en la medida de sus fuerzas; para los valientes que, con inminente peligro de la vida, luchaban en defensa del honor nacional.

No había en toda la Península española, una ciudad, villa ni aldea que no tuviese mayor ó menor número de hijos, deudos ó allegados en el ejército expedicionario de Africa; y, como es natural, esta circunstancia aumentaba el vivo interés que todos nuestros compatriotas sentían y demostraban por cuanto se relacionaba con aquella arriesgada empresa.

Pero cuando el entusiasmo, mezclado con la emoción, llegó á mayor altura, rebosando del pecho del generoso pueblo y alcanzando los límites de lo indescriptible, fué en los días en que, hecha la paz y asegurado el respeto y el prestigio de nuestra sagrada enseña, en aquella campaña siempre enhiesta y vencedora; aquellos bizarros batallones con los uniformes raídos y deslustrados por las duras faenas de la pelea y las asperezas del suelo; rasgados, agujereados y cortados por los alfanjes, balas y gumías del fiero y salvaje musulmán; aquellos valientes soldados, curtidos por los rayos del sol, las inclemencias del tiempo y los punzantes desriscaderos de la tierra africana; halagados por su conciencia, exaltados por la fama, embriagados por el humo de la pólvora, el brillo de las armas, el estruendo de los cañones y los aplausos del mundo civilizado, regresaban victoriosos al seno de su amada patria.

Entonces ¡ah! entonces fueron los días más felices y de mayor gloria que ha contemplado el pueblo español, nunca más unido é identificado por nobles y eleva-

dos sentimientos. Entonces se extremeció de gozo la tumba de la gran Reina Doña Isabel la Católica, y su admirable espíritu se extendió por todos los ámbitos de nuestra noble nación, entonando fervientes himnos de alabanza y gratitud al Dios de los ejércitos, por el nuevo triunfo de las armas que ella misma dirigiera y alentara en mil gloriosas acciones, contra los infieles y eternos enemigos del cristianismo.

¡Qué honor tan grande para aquellos generales, jefes, oficiales, clases y soldados que, al desembarcar en los puertos de que antes se alejaran, eran recibidos por todos sus compatriotas con los brazos abiertos y las más elocuentes demostraciones de júbilo, aprecio, cariño y consideración! ¡Qué espectáculos tan interesantes y conmovedores se presenciaban entre el pueblo y el ejército! Mis ojos no verán otro delirio tan cautivador. . . . .

Todas las clases de la sociedad rivalizaban en obsequios, fiestas y atenciones ofrecidas en honor de las tropas vencedoras.

Los hombres de más talento, prestigio y dignidad, se descubrían y saludaban con el sombrero en la mano, al ver desfilar los bravos batallones que venían cubiertos de polvo é inundados de gloria; los reverendos prelados los bendecían desde el pórtico de las sagradas catedrales, las damas les arrojaban coronas, palmas, flores y laureles, y el generoso, sencillo y conmovido pueblo, con los ojos arrasados de lágrimas, abrazaba, agasajaba y aclamaba á los generales, oficiales y soldados, en medio del eco general de mil y mil voces que atronaban el espacio gritando: ¡Viva Prim! ¡Viva O'Donnell! ¡Viva el Ejército! [1]

---

(1) También se daban vivas á los demás generales que habían tomado parte en la campaña; pero los que más dominaban son los expresados, en el orden que allí aparecen.

Sin embargo de tanta alegría, como junto al placer vela siempre el dolor, no faltaban algunos séres infortunados que en medio del clamor universal, se movían, marchaban y retrocedían de una á otra parte, dominados por profunda y horrible incertidumbre que en su interior devoraban. ¡Eran los padres que buscaban y no veían llegar á sus hijos! . . .

¡Qué desconsuelo para las pobres madres que palpaban la realidad de la gran desgracia que su corazón les vaticinara! ¡Miraban angustiadas á las filas de la tropa, en ninguna parte oían el deseado ¡Madre mía! pero no se atrevían á preguntar por el hijo de sus entrañas, temiendo una contestación que helase la sangre de sus venas!

Aunque joven, yo he tenido ocasión de advertir estos cuadros de dolor, ocultos por el inmenso regocijo de la patria.

¡Pobres madres! Sólo podia consolarlas su inmaculada religión, su gran fe en la gloria eterna del amado hijo y su acendrado amor á la patria. Sólo Dios, con su inmenso poder, tenía el premio de la generosa sangre vertida en defensa de tan sagrados objetos; y Dios alentaba el espíritu de aquellas madres con este divino lenguaje:—¡Mujeres cristianas! ¡Vuestros hijos son más venturosos que todos los que contempláis, porque á mi lado viven y moran en el reino de los cielos!

III

EL INMEMORIAL DEL REY

Entre los aguerridos cuerpos del ejército expedicionario, que, al regresar de la campaña de Africa, recibieron en su patria las más calurosas ovaciones de un pueblo entusiasta por la gloria y el esplendor nacional, se hallaba el Regimiento de Infantería, Inmemorial del Rey número uno.

Provisto inmediatamente de nuevos y airosos ponchos, en sustitución de los antiguos capotes; de flamantes pantalones azules, lustrosos borceguíes, nuevas mochilas, nuevos y relucientes correajes, modernos roses, que tanto favor hacían al soldado, bajo el punto de vista estético; nutridos los batallones de excelente personal, en su mayor parte veteranos de cinco á ocho años de servicio; con cabos y sargentos animados de un gran espíritu militar, por las merecidas ventajas que les reportaba para su adelanto en la carrera, especialmente los primeros de esta clase que, viendo seguro su ascenso á Oficial, eran el espejo del entusiasmo en que se miraban sus inferiores y el eje de las compañías; con su excelente escuadra de

gastadores, brillante oficialidad, jefes que infundían respeto y consideración; su lucida banda de música, cajas y cornetas; su arrogante tambor mayor al frente, marcando en el aire con su gran bastón de mando, los tiempos, compases y redobles de arrebatadoras marchas; y, como corolario de todo, con su privilegio de ocupar el lugar de preferencia en las formaciones y grandes paradas á que concurría; el inmemorial del Rey llegó á cautivar muchos corazones del bello sexo, y á despertar en la animosa y varonil juventud, mucha vocación por la carrera de las armas.

Entre sus admiradores se hallaba un joven de diecisiete años que, pesaroso por no haber podido tomar parte en la campaña de Africa, miraba con inocente envidia—por ser la pasión que penetra en los corazones más sanos—la gloria que se reflejaba en torno de aquellos soldados que habían tenido la suerte de alcanzar la admiración nacional; y, tan escaso de guía y de medios para ingresar en el Colegio general militar, como lleno de entusiasmo, tradicional en sus nobles antepasados, para abrazar la carrera por la senda práctica y teórica que se hallaba á su alcance, ó sea la del soldado; decidió presentarse, y así lo hizo, al primer Jefe del expresado regimiento, que, á la sazón, lo era el respetable Excelentísimo Sr. Brigadier Coronel D. Juan García y Torres, á quien expuso su deseo de sentar plaza para seguir la carrera en tan «distinguido regimiento».

Aquel joven, era este atento servidor de mis benévolos lectores.

Llamó la atención de S. E. el calificativo de «distinguido», que el postulante aplicó al mencionado regimiento; y, seguramente, de esta simple é ingénua particularidad, dependió la pretendida admisión, salvándose algunos obstáculos reglamentarios.

Hecha la citada súplica, el señor Brigadier me con-

testó preguntando:—¿Y por qué llamas *distinguido* á este regimiento?

A lo que respondí:—Porque veo que se distingue entre los demás. . .

Desde entonces han pasado muchos años, he cometido muchas torpezas, me he arrepentido de haber pronunciado muchas palabras—aunque no soy de los más habladores—conozco algo más á fondo el significado de nuestro rico lenguaje, y cada vez estoy más satisfecho de aquella improvisada contestación, tan grata y halagadora para un jefe apasionado por el buen nombre de su regimiento, como lo era el Sr. García Torres.

Después de todo, yo no decía cosa alguna que no estuviese de manifiesto; porque, ¿cómo comparar los demás regimientos, que aún usaban los antiguos, largos y deslucidos capotes y los altos y viejos morriones, con el nuevo y flamante uniforme del inmemorial del Rey? ¿Quién extrañaría que yo me hubiese fijado en ello, cuando, tratándose de curiosas miradas, ya el gran poeta Zorrilla había dicho que suelen dirigirlas:

Los chicos al uniforme
y las mozas á la cara.

—¡Está bien!—repuso el señor Brigadier—pero el caso es que no hay plazas para todos los jóvenes que se presentan con ánimo de seguir la carrera. Además, no es lo mismo ver al soldado en la calle que en el cuartel; y como el paso es grave, debes pensarlo mucho.

—Ya lo tengo bien pensado, señor Brigadier,—contesté.

—Pues piénsalo mejor; y si te decides, vuelve.

En efecto, lo estuve pensando nuevamente en todo aquel día, dormí muy tranquilo durante la noche y á la misma hora del siguiente, más puntual que un cronó-

metro, me hallaba, por segunda vez, ante el señor Brigadier García Torres.

—¿Qué hay?—me preguntó, con semblante menos expansivo que el día anterior.

—Señor: lo he pensado bien, y me decido. . . .

Tan preocupado é inmutable se hallaba en aquel día el Sr. García Torres, que no entró en ningún género de explicaciones respecto á mi decidida vocación por el servicio; y llamando á su Secretario, le dijo con cierta amargura que no dejó de preocuparme:

—«Ponga usted la orden para que este joven sea filiado, y *que pase á la escuela.*»

— «Muchas gracias, mi Brigadier» — dije, al retirarme.

S. E. contestó con nobilísima expresión de bondad: —«Cumplir bien, y aplicarse.»

Este puro y desinteresado consejo de un ilustre y elevado jefe, á un humilde huérfano de padre, que se presentaba sin recomendación ni conocimiento alguno en los umbrales de la rígida y severa milicia; me hizo conocer desde aquel instante, que no en vano se aplica al ejército el sobrenombre de «la gran familia militar.»

IV

IMPRESIONES DE UN RECLUTA

—¿Está el primero?—Preguntó el Gastador que me condujo á la cuarta compañía del primer batallón del Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey, número uno.

—Nó—Contestó secamente el cuartelero.

—Pues cuando venga, dile que aquí está este voluntario, destinado á la compañía.

—¡Voluntario! . . . —Exclamó el cuartelero.

—Sí, voluntario—replicó el Gastador.

—¿Pero cuándo se desengañarán estos *renacuajos* de lo que es la milicia?—Interrogó el admirado cuartelero.

—Tarde se desengañarán, pero eso allá ellos—contestó el Gastador.

—*Nosotros debemos desengañarlos* — insistió aquel funcionario.

—Eso sería un trabajo perdido—dijo muy cuerdamente el Gastador, dando media vuelta hácia la derecha y retirándose.

Momentos críticos fueron para mí, los que siguieron al relatado diálogo de los dos soldados viejos; viéndome solo y frente á frente de un juez tan recto é inflexible, como era aquel ejemplar cuartelero.

¡Aún me parece que lo estoy viendo! Infundía respeto.

Alto, fornido, de rostro marcado por traidora viruela, recortados bigotes, larga pera, nariz roma y achatada, cejijunto, estrecha frente, nutrido cañón de cerdoso pelo, con la escoba en la mano izquierda, el puño de la derecha *cerrado;* traje de mecánica, compuesto de pantalón deslucido, chaqueta amarilla ajustada, cinturón con bayoneta, corbatín de suela, alpargatas y airosa gorra de cuartel ladeada hácia la izquierda, en la que lucía una hermosa borla encarnada que le caía perpendicularmente sobre el ojo del mismo costado, cubriéndoselo por completo . . .

Con este curioso atavío y en aire amenazador se cuadró delante de mí, me midió de piés á cabeza con una profunda mirada de terrible reconvención; y en tono tan amargo como severo, me examinó de este modo:

—¿Conque tú sentaste plaza?

—Sí—contesté resueltamente.

—¿De músico, tambor ó corneta?

—De soldado.

—¡Rediós! Si fueras hermano mío. . . . . ¿Pues si no puedes con el fusíl?

—Creo que podré—dije esforzándome por ocultar cierto temblor de nervios.

—Todos creen lo mismo,—replicó aquel energúmeno—pero después quedan rezagados en las marchas y hay que echarlos al carro lo mismo que fardos, ó dejarlos por los caminos, como perdularios. ¿Cuántos años tienes?

—Ya tengo diecisiete.

—Para estudiante es buena edad: para soldado no basta. ¡Buen golpe habríamos dado en Africa, con un ejército de muchachos! . . .

¡Qué sentencia de un hombre rudo! — exclamé, desde entonces, muchas veces; pero en aquel acto contesté:

—No soy tan muchacho.

—Sí lo eres, porque no tienes puños ni barbas para plantarte ante los moros. En la guerra son precisos hombres hechos y derechos que causen respeto al enemigo. ¿Qué idea te dió de sentar plaza? Eso lo hacen los aburridos. . . .

—Pienso seguir la carrera.

—¡La carrera! . . . Ya yo me lo figuraba, porque lo mismo han dicho otros; pero la que siguieron fué la de baquetas. . .

—Esa no la conozco.

—La conocerás antes que la otra. ¿Ya firmaste la filiación?

—Ya firmé.

—Entonces, hemos concluído: tu cabeza te dará consejos. Siéntate allí—dijo por último, señalándome una tabla que dejaban medio descubierta los doblados jergones de las camas.

En efecto, me senté en el lugar que me ordenó aquel hombre excepcional, como podría sentarme en el banquillo de los grandes delincuentes; quedando abismado bajo el peso de tan fuerte, inesperada é inmediata reprimenda. Aquella fué una verdadera *lección militar*, dada por un veterano que tenía conciencia de lo que hablaba y motivos especiales para estar quejoso del servicio; pues por no haber podido nunca aprender á llevar el paso, no asistía á los ejercicios, y en cambio quedaba desempeñando las faenas cuarteleras. Todos los instructores de quintos habían fracasado en su empeño de en-

señarle á marchar como correspondía; pues cuando los demás levantaban un pié del suelo, ya él tenía el suyo en el aire, para sentarlo fuera de tiempo. Bien se desprende de esto, el conocimiento de los muchos castigos que su torpeza le tenía ocasionados, y, por consiguiente, su grande y fundada aversión al servicio; admirándose de que hubiera persona alguna que lo abrazara voluntariamente. Su reconvención tenía, pues, el doble mérito de la sinceridad y del buen deseo de hacerme desistir de mi vocación, si aún era tiempo para ello. Por eso, cuando yo le contesté que ya había firmado mi compromiso, el hombre terminó su perorata, diciendo: «pues, entonces, hemos concluido».

El dormitorio de la compañía era un salón bastante espacioso, estaba completamente desocupado de séres humanos, con la sola excepción del cuartelero y allí reinaba absoluto silencio, sólo interrumpido por los escobazos y plumerazos que indistintamente mi acompañante sacudía á derecha é izquierda del pavimento, de las paredes y de todos los efectos de utensilio, equipo y menaje que estaban colocados con orden, aseo y simetría.

Aún no me había impuesto de mi verdadera situación, no había reconocido los diferentes objetos que tenía al alcance de mi vista, no habían cesado de resonar en mis oídos las duras palabras de aquel hombre puro, franco y claro como el sol, ni, por consiguiente, podía saber lo que era el cuartel *por dentro*, cuando ví aparecer un segundo personaje que, mal humorado y en tono descompuesto, gritó:

—¡Cuartelero!

—Mande usted—respondió el nombrado.

—Lo que voy á mandarle á usted, *só adán*, *es una morrada* que le haga saltar las muelas del juicio. . . ¡Parece que ya olvidó usted lo de ayer! ¿Porqué no ha

barrido usted el frente de la cuadra? Pues si el Teniente vuelve á ensuciarse los guantes con el polvo del armero, ó vé telarañas detrás del espejo, *sepa usted que lo revientо*. . .

¡Quién así se expresaba, era el cabo de cuartel!

Después lo he visto expresarse muchas veces del mismo modo, pues no pasaba por movimiento mal hecho. Cuando la compañía se hallaba formada y él mandaba «firmes», siempre agregaba: «Que no vea yo moverse la borla de una gorra». . .

El buen cuartelero, oyó sin chistar las enérgicas advertencias de su inmediato jefe, después me dirigió una mirada muy significativa que encerraba un gran poema de la vida militar de aquel tiempo; y con laudable actividad continuó sus faenas, para evitar la repetición de los percances que, por lo visto, habían ocurrido el día anterior.

El cabo volvió á ausentarse como una misteriosa sombra, y yo procuré distraerme de aquellas *pequeñeces*, que, al recordarlas en la actualidad, también me traen á la memoria las que, bajo el mismo título, pero con diverso tema, nos dió á conocer mucho después, en forma novelesca, el ilustrado y Rvdo. P. Coloma, de la Compañía de Jesús.

Me traen á la memoria la novela más famosa de nuestros días que, por sus propios méritos, y, sobre todo, por ser de quién es, produjo gran expectación en todos los ánimos, muy opuestas discusiones en el seno de las familias; y rebasó las fronteras de España, para ser leída, traducida y comentada, como *artículo de fé*, en el extranjero. . . Donde no faltan escritores—según ya hemos visto—que, fantaseando el asunto entre sus compatriotas, como fantasean muchas de nuestras cosas, crean y hagan creer á sus lectores que las damas de la nobleza española, están todas cortadas por el molde de la

protagonista de dicha novela, la extravagante, fumadora y descarriada Currita.

Pues todos pensarán que no á humo de pajas debe reducirse lo escrito por un celoso padre espiritual, que de un modo tan singular, creerá contribuir con más eficacia á la purificación de las dañadas conciencias; cuando de un modo tan elevado y discreto proceden los demás miembros de su distinguida comunidad.

Volviendo ahora á las simples impresiones de un recluta, diré que aquella soledad del cuartel que me hallaba contemplando, aquellas paredes maltratadas por la acción de los años y aquellos atributos guerreros que tenía ante mi vista; hicieron reaccionar mi contristado espíritu, en sentido halagador para mis juveniles ensueños. Al punto reflexioné que de aquella modesta mansión podían surgir nuevos genios de Marte, que igualasen ó eclipsasen la fama que por la misma senda, ú otra análoga, llegaron á conquistar Rodil, Palafox, Mina, Castaños, Espartero, O'Donnell, Prim y otros Generales españoles del presente siglo, que han dado muchos días de gloria á la patria.

Pensaba también en aquel Garcilaso de la Vega, tan bizarro soldado como insigne poeta, que enlazando admirablemente las armas con las letras, presentaba á los ojos de la belicosa juventud, el cuadro más hermoso que puede imaginarse, cuando de este modo se inspiraba:

«Entre las armas del sangriento Marte,
hurté del tiempo aquesta breve suma,
tomando ora la espada, ora la pluma.»

Miguel de Cervantes Saavedra—me decía á mí mismo—tan humilde como valiente soldado en el combate naval de Lepanto, necesitó templar su alma en los aza-

res de la milicia, derramar su sangre en las batallas y sufrir las penas de cruel cautiverio, para crear aquel «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», que había de causar la admiración del mundo civilizado.

Y levantando más la vista, para fijarla en las curiosas y alineadas mochilas, forradas de impermeable y bien cepillada piel de cabra, que contenían el lijero equipo de la tropa y se hallaban colocadas de manera que constituían un vistoso ornamento en la cabecera del sencillo lecho del soldado, ¿cómo no recordar las proezas, tan recientes como notorias, del más renombrado caudillo de aquella época, el heróico general Prim; y especialmente los laureles que había conquistado al recuperar las de uno de los regimientos del ejército de Africa, que habían caido en poder de la abrumadora morisma?

Me parecía verle y contemplarle en el peregrino instante de arengar á sus tropas, montado en brioso corcel, con aquella gallardía, aquel fiero coraje, aquel rostro encendido y aquella fascinadora mirada, capaces de dar fuerzas y de electrizar al mundo entero. Le veía blandir su reluciente espada, con el propio heroismo del rayo de la guerra, desplegando al mismo tiempo nuestro glorioso estandarte, para lanzarse admirable, sublime y aterrador á las troneras de los cañones enemigos, después de arengar á las cansadas tropas con estas brevísimas y mágicas palabras:

«¡Soldados! En aquellas mochilas está vuestro honor: seguidme á recuperarlas, ó voy yo solo á morir y á dejar vuestra bandera entre los moros.»

¡Qué espectáculo cautivador para mi patriótico espíritu! Aquellos soldados heridos, cansados y estropeados por muchas horas de terrible pelea, oyendo aquella voz, se rehacen, lanzan unánime grito de ¡Viva España! y partiendo como leones en pós de su heróico Gene-

ral; asaltan ciegamente las posiciones enemigas, arrollan con invencible furia á las fanáticas masas musulmanas y el Dios de los ejércitos proclama una gloriosa victoria de las armas cristianas.

Proeza tan singular—decía mentalmente—merece esculpirse en mármoles, para vivo ejemplo de las futuras generaciones; merece ser cantada por los más inspirados vates que rinden culto al valor más distinguido y merece el alto agradecimiento de la Patria.

¿Cómo no ha de merecer todo esto— repetía emocionado—si el mundo cristiano le rindió caluroso aplauso, y el mismo infiel enemigo se inclinó ante el heróico caudillo de tan gloriosa jornada?

Las palabras pronunciadas por el Califa Muley-Abbas, Generalísimo de las fuerzas marroquíes, al saludar al General Prim, después de firmada la paz, son el más elocuente testimonio del mérito de nuestro héroe. Así le dijo:

«¡Valiente General! Os veía avanzar con tanto denuedo por entre los míos, que llegué á temer por vuestra vida.»

Sobre estos hechos me hallaba yo discurriendo en el memorable día de mi entrada en el servicio, aumentando mi bélico entusiasmo el conjunto de cuadros, escudos y trofeos guerreros que tenía al alcance de mi vista, y el recuerdo de la brillante figura retórica con que el gran Napoleón alentaba á sus ejércitos, compendiando en brevísimas palabras su gran sistema de ascensos militares, que le permitía utilizar y elevar las inteligencias diseminadas en las filas de su numerosa milicia. Así les decía:

«¡Soldados! En las mochilas lleváis el bastón de Mariscal.»

Con esto mi imaginación había llegado á las regiones de lo maravilloso; pero, al bajar impensadamente la

vista, observé que el cuartelero, mi implacable juez en aquel arriesgado trance de mi vida, no cesaba de mirarme como se mira á los séres desgraciados que son víctimas de un lamentable extravío, sin que por ello dejara de manejar,

Ora la escoba,
ora el plumero .....

V.

MIS CAMARADAS

Sólo Dios sabe el tiempo que yo habría permanecido en el sueño ó encantamiento de mis bellas *ilusiones*, sinó las malograran las impertinentes miradas del cuartelero, y no llegara á distraerme el ruído de muchas pisadas, en confusa algarabía con el eco de varias voces, risas y cantinelas de unos cien hombres armados, que entraron discrecionalmente en aquel espacioso local. Era la compañía que, después de romper filas en el patio del cuartel, regresaba del campo de las maniobras.

Todos se dirigieron rápidamente hácia el armero, colocando en él sus fusiles y exclamando uno de ellos en tono alegre y zumbón, al pasar por mi lado:—¡Un pipiolo!—á lo que contestaron varias voces en el mismo tono jovial,—¡Es mi relevo!

Yo dije para mi interior: «Siquiera éstos, vienen de mejor talante que el cuartelero.»

Después cada cual se encaminó al punto en que tenía su cama y equipo; en vista de lo cual yo me disponía á levantarme para dejar el puesto libre á su dueño;

pero nadie llegó á ocuparlo y seguí sentado. Desde aquel momento no faltó bullicio y animación en el dormitorio.

Los soldados, alegres y risueños como unas pascuas, se despojaron de toda su fornitura, empezando por el complicado correaje, siguiendo por las prendas mayores y quedándose únicamente con las de masita; ó sea en traje de faena. En esta disposición, los unos hablando, los otros bromeando, algunos callados y la mayor parte cantando, empezaron la tarea de la limpieza de sus prendas, armas y correajes.

Mis ojos y mis oidos procuraban no perder ningun interesante detalle de aquella nueva vida familiar. Especialmente, los cantares que entonaban con la gracia y el sentimiento peculiares de la sencilla y expresiva musa popular, me interesaban sobremanera; quedando muchos de ellos grabados en mi memoria. He aquí algunos de los que todavía recuerdo:

Eres el sol de Navarra
y la luna de Aragón,
luceros de Cataluña,
salada, tus ojos son.

—

Vale más un *pistolillo*
de este cuerpo inmemorial,
que todos los granaderos
de la corte universal.

—

Si vás á Calatayud
pregunta por la Dolores,

que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.

—

Viva Cadiz, viva el Puerto,
viva *Sanluca* y *Jeré*,
vivan los hombres que saben
morir por una *mujé*.

—

Soldadito veterano
¿qué llevas en la mochila?
llevo las armas del Rey
y el corazón de una niña.

—

Si Dios me saca con bien
del servicio militar,
podré decir que me he muerto
y he vuelto á resucitar.

—

La virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

—

¡Ay! si mi madre supiera
lo que á mí me está pasando,
con lágrimas de sus ojos
las piedras fuera regando.

—

Adios puente de Tudela,
por debajo pasa el Ebro,
por encima mis amores
que van al degolladero.

—

En la ventana la ví,
¡compañero si la vieras!
con una jarrita de oro
regando las azucenas.

—

Sevilla para el regalo
Madrid para la nobleza,
para tropa Barcelona,
para jardines Valencia.

—

En el campo entre las flores,
te busqué y no te hallabas,
cantaron los ruiseñores
y pensé que me llamabas.

Hallábame extasiado oyendo estos y otros análogos cantares, tan gráficos y tiernamente expresados, que hacían sentir en el corazón las más opuestas emociones de amor, esperanza, alegría ó tristeza, según las experimentaban en el fondo de su alma aquellos dignos soldados.

Nunca con mayor razón he comprendido la gran verdad, el inmenso caudal de filosofía que encierra el siguiente bellísimo concepto del Sr. Ruiz Aguilera, el poeta del sentimiento y de los madrigales por excelencia.

Si quieres ¡oh vate! que al hombre conmueva
con himnos gozosos ó tristes el arpa,
en vez de sus cuerdas pon otras de fibras
que arranquen del fondo sensible del alma:
¡Verás que bien llora!
¡Verás que bien canta!

Merced á la previsión de acertadas disposiciones, la fuerza de aquel regimiento,—como la de todos los demás de aquella época—se componía de individuos de las diferentes provincias de España; y, salvo ligeros lunares, todos se llevaban tan afectuosamente, como si hubieran nacido en la misma localidad, pudiendo decirse que prevalecía entre ellos el elevado sentimiento de la fraternidad nacional, simbolizado por la gloriosa bandera que todos tenían igual deber de venerar.

Allí los amantes de la verdadera unidad de la patria, los que entienden que las naciones, lo mismo que las familias, son tanto mas grandes, poderosas y respetadas, cuanto mas unidos é identificados se hallen los sentimientos de sus hijos; podrían observar el cautivador espectáculo que ofrecían los soldados de las regiones del Norte unidos con los del Sur; los del Este con los del Oeste, y todos con los de las provincias centrales, discretamente educados para mirarse y tratarse como hijos de una misma madre. Se diría que obedecían á una consigna general, concebida en estos ú otros parecidos términos:

El ejército constituye una sola familia de hermanos: la bandera es el sagrado símbolo de su patria.

La educación militar exige que cuantos visten el honroso uniforme del soldado, se traten entre sí, con atención, afecto y condescendencia. ¡Cuántas veces se debe la vida al camarada que parecía más infelíz! . . .

Todos los pueblos y provincias de España merecen

igual consideración: ensalzar á unos con detrimento de los otros, es contrario al interés nacional, que es el interés de todos.

Cuando más á gusto me hallaba viendo alegres y joviales á mis nuevos camaradas, entró por los umbrales de la puerta y se dirigió al lugar que yo ocupaba, un joven alto y delgado con flamante uniforme de vistoso soldado, bien parecido y distinguido aspecto; el cual traía algunos libros en la mano, que con cierta despreocupación y delicadeza colocó al lado de la mochila.

Me levanté en el acto, ya seguro de que aquel puesto correspondía al nuevo personaje, pero él, fijándose rápidamente en mí, me dijo con cortés acento:—«Puede usted seguir sentado, que no me estorba.»

—Muchas gracias:—contesté—aquí me mandaron esperar hasta que venga el primero.

—Es usted voluntario?—Preguntó, sentándose á mi lado.

—Ese paso he dado.—Respondí con temor de recibir otra andanada semejante, aunque nunca tan ruda como la que me había propinado el cuartelero.

—Comprometido es, pero tambien yo me arriesgué.

—Mucho me anima que usted haya tenido esa resolución. ¿Ya lleva mucho tiempo de servicio?

—Poco.—Contestó en tono semijocoso é impenetrable, agregando:—llevo en guardias, ejercicios, estudios y *reveses*, muy cerca de cuatro meses. ¿De qué *punto* es usted?

—Soy gallego.

¡Hombre! ¡paisano mio!—exclamó con el mismo tono, que yo dudé si era formal ó irónico; y, para salir de dudas, le interrogué, ¿pero nació usted en Galicia?

—Nací en *Andalucía*, que es lo mismo, salvo la diferencia de algunos grados, no militares.

—Este hombre es un misterio—dije mentalmente—

y después aventuré esta frase:—Bajo ese punto de vista, todos los españoles somos paisanos.

—Ciertamente:—repuso con firmeza mi distinguido camarada; y abriendo una lujosa petaca que contenía algunos tabacos y cigarros me dijo:—coja usted de lo que guste, cigarrillo ó puro.

—Doy á usted las gracias, pero aún no aprendí á fumar.

—Pues aprenda usted;—replicó—porque el soldado debe saber de todo, desde coser un botón, hasta tomar un cañón.

Volviendo al tema del nacimiento, con la viveza peculiar de los hijos de la Bética, se expresó de este modo.

He llamado á usted paisano mío, y explicaré esta manifestación. Yo he nacido en la joya más estimada de la sultana Granada, como pudiera nacer en las hermosas rias de Pontevedra. Vine al mundo en aquella ciudad de «Santa Fé», fundada é ilustrada por los guerreros cristianos que, después de cruenta lucha, vencieron y humillaron la fiera altivez de los sectarios de Mahoma. Nací en aquella histórica campiña en que sentaron sus Reales los gloriosos monarcas D. Fernando y Doña Isabel, *y con el concurso de los hijos de todas las provincias españolas*, reconquistaron valerosamente y regaron con la sangre de muchos héroes, el último baluarte del territorio de la patria. Desde aquel momento, todas las provincias quedaron constituyendo una sola entidad nacional, formando una gran familia española. Y los hijos de Santa Fé, descendientes de aquellos valerosos guerreros de la esclarecida orden de Santiago, cuyo estandarte tenía la gran preeminencia de marchar siempre á vanguardia del ejército de los reyes católicos, tenemos por paisanos y hermanos nuestros á todos los españoles, y especialmente á los nacidos en la antigua región de nuestros antepasados que, para mayor gloria

de la misma, venera en su seno el sagrado sepulcro del apóstol Santiago, Patrón de España y terror de los moros. Por eso he dicho que es usted paisano mío.

—Pues yo agradezco en el alma—contesté—esa noble y generosa manifestación, que tanta honra hace á mi querida Galicia.

—No me agradezca usted nada—replicó—porque nada me debe. ¿Qué tal le parece á usted esto?

—Por ahora poco puedo decir, pero usted tiene más experiencia . . .

—No mucha, pero ya he visto algo. No se pasa mal: este es un gran regimiento, con ciertos privilegios que le dan mayor prestigio: la compañía también es buena, los soldados muy campechanos, los sargentos muy lucidos, los oficiales muy decorosos y el capitán un caballero muy firme y resuelto para todo.

De lo que estamos *regular*—aquí bajó la voz—es de cabos: hay algunos buenos, pero otros se esfuerzan demasiado por hacerse temibles. Sin embargo, sabiéndolos llevar, no hay cuidado. Debe usted solicitar enseguida el pase á la escuela, sin perjuicio de la instrucción práctica, para evitar *contingencias* y librarse del servicio mecánico, *que es el gran lunar del cielo militar.*

—¿Y qué se entiende por servicio mecánico?

—Ese es un programa muy extenso cuya nomenclatura no es fácil retener en la memoria, hasta que se va practicando. Le daré, sin embargo, una idea aproximada del asunto, sujetándome al *orden alfabético.*

La *mecánica general militar*, en tiempo de paz, ó servicio de guarnición, que es el que ahora se presta, comprende *varios ramos* que pueden definirse del modo siguiente. Acarreadores de leña, carbón y provisiones de boca y guerra; aguadores, ayudantes de cocina, asistentes, cuarteleros, barrenderos y baldeadores de patios, galerías y otras dependencias; distribuidores de raciones á

la fuerza de servicio, machacantes, mondadores de patatas, rancheros, y otros extraordinarios del cuerpo ó de la Plaza . . .

—Es más de lo que yo pensaba. ¿Y los que asisten á la escuela están libres de eso que usted llama mecánica?

—Están eximidos de dichos servicios, salvo en los casos de *crisis* total ó parcial. Por eso le he indicado que debe usted solicitar plaza de alumno; teniendo, además, en cuenta que usted deseará alcanzar pronto *algún mando*.

—Creo que no será preciso solicitar el pase á la escuela, porque el señor Brigadier, lo dispuso en mi presencia.

—Pues ha puesto usted una pica en Flandes. ¿Venía usted recomendado á S. E?

—Ninguna recomendación he traido ni á mí se me ha ocurrido pedir dicha gracia.

—Comprendido. El Sr. Brigadier es de muy buenos sentimientos, y como vió que V. demuestra entusiasmo y buena educación, quiso hacerle ese favor. Lo felicito á V. por ello y le aconsejo que, cuando sea oportuno, no diga en redondo que no ha venido recomendado á S. E.; pues siempre es bueno que las clases, especialmente los cabos, crean que puede V. contar con tan elevada protección.

—Gracias por su consejo que de algo puede servirme, pues cuando V. me lo dá, razón habrá para ello.

—Sí la hay, porque con ciertas gentes se escapa mal si le creen á uno desamparado, al revés de lo que acontece con las almas de buen temple, que más se interesan por el infelíz, que por el que le sonríe la fortuna.

Ya he dicho á V. que, por regla general, aquí los compañeros y las clases son buenos; pero hay dos cabos que suelen abusar de su autoridad. Uno de ellos, que

ha servido en Filipinas, se complace en decir *que la vida de un hombre se paga con una cuartilla de papel*, como dando á entender que poco le importa reventar á uno de una paliza; y el otro, que tambien procede de Ultramar, dice que esto no es servicio, comparado con lo que él ha visto por allá. Para demostrarlo, refiere muchas anécdotas de una disciplina brutal, como es la siguiente. «En mi regimiento—dice con mucho énfasis, y sintiendo no contemplarlo actualmente,—no había más que 11 escobas, que se tiraban al patio del cuartel, para que los 12 hombres que se hallaban de limpieza, cogiesen *cada uno la suya. Como alguno se quedase sin ella*, se le quitaba del pellejo» . . . Afortunadamente, aquí no puede poner en planta semejantes barbaridades. No basta, pues, que reconozcan en V. un distinguido origen y una educación más esmerada que la que muchos de ellos tienen, para que se mantengan en los límites de lo justo; y por eso conviene que crean que usted se halla recomendado á algún jefe superior, como les hará suponer la órden de su destino inmediato á la Escuela.

—Mi origen es modesto y mi educación incompleta, por cuanto la notoria nobleza de mis antepasados carece ya de los elementos de la posición. De darme consejos, mas bien que lecciones, solo pudo ocuparse mi buena madre, porque mi padre (Q. E. P. D.) falleció antes de que yo cumpliese cuatro años de edad.

—Gran desgracia ha sido esa, pero se conoce que su madre tiene buen método de enseñanza.

—Recibió una instrucción superior y sus luces naturales son tan claras como tiernos sus sentimientos. Sin embargo, viuda con seis hijos, no ha podido evitar que la fortuna haya venido á menos, ni su solo esfuerzo pudo impedir que yo diese el paso que acabo de dar. Tal vez si mi padre viviera . . .

—Habría sido lo mismo, porque los jóvenes cuando se nos mete una cosa en la cabeza, somos sordos á todas las reconvenciones. Mi padre vive, afortunadamente; ayudó cuanto pudo á mi madre para dirigirme por otros caminos, se hallan en buena posición, tienen títulos nobiliarios, de los que soy el único heredero; y, sin embargo, aquí me tiene V. de soldado voluntario.

—Gran vocación es la de V. y mucho más meritoria que la mía. ¿Puedo saber como se llama su señor padre?

—Aquí está su nombre:—contestó abriendo una cartera de fina piel de Rusia que tenía en el bolsillo exterior del poncho, y presentando una cartulina que ostentaba una corona condal con la siguiente inscripción:

Alfredo Ballesteros de Talavera,

CONDE DE SAN SALVADOR.

—¡Me deja V. admirado! exclamé. Después del recibimiento tan brusco y desconsolador que me ha hecho el cuartelero, y de la dura amonestación que en mi presencia recibió de un cabo encolerizado; este encuentro con un compañero tan distinguido como V., me parece un sueño. En estas circunstancias, tener por camarada á un ilustre y verdadero Conde que encanta por su palabra, su llaneza y su bondad, es la más grata é inesperada sorpresa que la suerte podía depararme. ¡Dios le pagará á V. el bien que acaba de hacerme!

VI.

DE TALES PADRES, TALES HIJOS

¡Qué inmenso regocijo recibió mi atribulado espíritu con la bondadosa y amena conversación de mi primer compañero de servicio! Yo no encuentro palabras bastante expresivas para poner de relieve el marcado contraste formado en mi ánimo, por aquellos dos tipos de tan opuestos ideales: el rudo cuartelero y el fino Ballesteros. Para éste, el acto que yo acababa de realizar, más bien era plausible que censurable; para aquél, era un crímen que si él fuera el llamado á castigarlo, ¡desgraciado de mi pellejo! Ambos tenían razón.

Continuando nuestro coloquio, dijo mi interlocutor.

—Pues yo también me complazco con esta inesperada entrevista, porque gozo en charlar con quien me entienda.

—Las palabras de usted—repuse—son muy interesantes para que deje de fijar toda mi atención en ellas: nadie podría hablarme con más sinceridad, ni de un modo más explícito y provechoso para quien, como yo, se halla completamente aislado en su nueva situación,

no tiene protectores, amigos ni conocidos y está en absoluta ignorancia de todo lo que en el servicio le espera. Ya que usted es tan atento, ¿me podría decir algo, no privadó, respecto á los motivos que le hayan inducido á sentar plaza, dejando las grandes comodidades y el cariño que, seguramente, tendría al lado de su familia?

—Ningún inconveniente hay para ello y todo puede decirse. Desde niño he sentido mucha vocación por la carrera de las armas, teniendo alguna culpa mi padre, porque ha sido siempre un gran panegirista del soldado; en lo que yo le escuchaba con viva atención.

Terminada la segunda enseñanza, me pusieron á estudiar Derecho, con la sana intención de que, con el tiempo, pudiera defender mi herencia, ó ejercer la abogacía; si los reveses de la fortuna llegaban á colocarme en necesidad de utilizar la carrera.

Aunque no con entusiasmo, iba estudiando y saliendo adelante, con el beneplácito de los catedráticos que pregonaban mi suficiencia para llegar á entender el *maremagnum* de leyes, antiguas y modernas, que constituyen la novísima recopilación.

Pero, surgió la guerra de Africa, haciéndonos perder á muchos jóvenes la cabeza, como si para vencer á los moros no se necesitasen más que muchachos de la escuela; y, sin titubear, abandoné los libros y me presenté voluntario para empuñar el fusil, y lanzarme á la campaña, con tan mala suerte que, por mi poca edad y por carecer de documentos, no me admitieron en ningún cuerpo. Me atreví á pedir licencia á mis padres, y me la negaron de plano: con reprensiones, consejos y ternuras de los mismos, pasé algún tiempo más á su lado.

Viendo mis padres que mis estudios se habían interrumpido, que me hallaba poco dispuesto á continuarlos y que soy algo tenáz en mis convicciones, intentaron que ingresase en un colegio militar; pero, de colegios ya

yo estaba lleno, y les dí á entender que mi gran ideal era ser soldado. Esto disgustó mucho á mi madre, y me ocasionó muy fuertes amonestaciones de la misma.

Mi ardor bélico aumentó al presenciar el recibimiento hecho á los regimientos que volvían de Africa; y como yo sabía que mi padre era antiguo amigo del señor Brigadier de este cuerpo, le pedí, y al fin logré, que me dirigiese á S. E., provisto de una carta que me entregó, y cuyo contenido aún lo tengo en la memoria. Decía así:

«Mi distinguido amigo: Mi hijo me tiene aburrido con la extraña pretensión de que le autorice para sentar plaza; y como es muy terco, no hemos podido quitárselo de la cabeza. Lo siento por su madre, pues yo no dejo de comprender que otros tan buenos como él, han servido y sirven en las últimas filas.

Ya intentó ingresar en otros regimientos mandados por jefes que me son desconocidos, y como es capaz de repetirlo, le doy permiso para que ingrese en el de tu mando; no para que le hagas favor con perjuicio de tercero, sino para que tengas la bondad de avisarme si llega á enfermarse.

Que no le dispensen nada, y, cuando lo merezca, castíguenlo como al más infeliz del regimiento. Ya que quiere ser soldado, que lo sea en debida forma.»

En este sentido se expresaba entonces mi padre y así sigue expresándose siempre que viene á visitarme, según tendrá usted ocasión de observar cuando le vea sentado á mi lado en esta misma tabla. . . Ya todos los soldados lo conocen y lo respetan mucho. Se descubren cuando entra, al ver que él también llega con su sombrero en la mano; los que están cantando callan, y todos continúan sus faenas como si se hallasen delante de un jefe: estas son atenciones que yo les agradezco en el alma. Todo esto lo hacen por su propia educación, pues, que

yo sepa, nadie les ha advertido cosa alguna respecto al particular. Pero dicen que siendo para ellos un honor que aquí entre con tanta llaneza una persona tan distinguida, que deja su carruaje en la puerta del cuartel; es muy justo que ellos correspondan dignamente á la honra que les dispensa. ¡Y aún habrá quien diga que los soldados españoles son descorteses!

—A todo eso no hay más que decir—interpuse—que *de tales padres tales hijos.*

—Así es—contestó—con la sola diferencia de que el mío tiene la cabeza más sentada que el hijo . . .

—Eso es propio de los años. Pero veo que el entusiasmo de usted no tiene compañero, por que yo si no hubiera tenido la desgracia de perder á mi padre; antes que sentar plaza, habría procurado ingresar de cadete.

—En eso no estamos conformes, porque yo entiendo que la carrera más meritoria, por sus mayores dificultades, es la que se hace desde la más humilde esfera de la milicia, donde la propia rigidez de la ordenanza, no siempre bien aplicada—porque la ordenanza bien interpretada es justa—exige mayor suma de méritos para no caer en falta, lograr distinguirse y subir los escalones que son necesarios para llegar á oficial.

Por otra parte, yo soy algo romántico, y mi romanticismo me dice que la cautivadora poesía de las armas, está entre las masas, en el interior de los cuarteles y campamentos, donde se vé, se siente y se contempla la gran virtud de la disciplina de los ejércitos: donde se percibe el aroma de las delicadas flores del sentimiento popular, que se reunen y confunden con los tiernos recuerdos del amor paternal, que estos humildes soldados traen de sus diversos pueblos, aldeas, valles y montañas.

Fíjese usted y verá que el buen soldado es un conjunto de las más nobles y encantadoras cualidades de que puede enorgullecerse el género humano, al extremo

de que, siendo el hombre creado á semejanza de Dios, Dios tiene su verdadera representación en el soldado. Sus virtudes rayan en lo sublime, porque sublimes son su valor, pureza, sencillez, lealtad, desinterés, agradecimiento, patriotismo, subordinación, abnegación y obediencia á los mandatos superiores; la virtud más difícil de imprimir en el ánimo de las tropas y sin la cual no hay honor ni prestigio para las armas. Y también es sublime en su fé, porque nunca lucha y muere con más heroismo, que cuando combate á los enemigos de su venerada religión.

—Veo que usted piensa y se expresa de un modo muy superior á sus años

—De algo me había de servir lo que he leido y oido á mi padre, que, según ya manifesté, es muy entusiasta y muy versado en los asuntos militares.

—¿Y su señora madre no viene á verle?

—Mi madre piensa de otro modo: es más altiva y de más tesón que mi padre. Aún no ha venido á verme ni, ostensiblemente, me perdona lo que ella llama mi gran calaverada. Cuando lleguen las licencias de pascuas, yo seré el que vaya á visitarla; pues si puedo pasar sin las comodidades de mi casa, no resistiré mucho tiempo sin ver y abrazar á mi querida madre.

VII.

LA HONRA DEL REGIMIENTO

Unas tres horas haría que yo me hallaba sentado en el punto que ya conocen mis apreciables lectores, durante cuyo tiempo habían cruzado por mi mente las mas diversas impresiones de la vida militar. Mirándome en el espejo de aquel humilde cuartelero, de aspecto rudo y de palabra severa, nacía en mi ánimo el deseo de arrepentirme del paso que había dado, y salir de aquel recinto, para no volver en todo caso mas que forzosamente; pero después de ver y oir á mi ilustre camarada, el hijo y heredero del Conde de San Salvador, que era una viva representación del entusiasmo militar y de la firmeza en el compromiso que voluntariamente había contraido, sería en mí gran muestra de tibieza ó cobardía el volver la cabeza hácia atrás. Deseché, pues, toda idea de arrepentimiento y me afirmé en mi propósito de seguir hasta donde me fuera posible. Afortunadamente, no he tenido motivos personales para arrepentirme de aquella firme é invariable resolución.

Me hallaba nuevamente solo, porque mi buen camarada, habiendo observado que faltaba en aquel día el

toque reglamentario de marcha en el cuartel, se había ausentado para cerciorarse del motivo de aquella novedad, en un asunto más interesante para él que el comer; ateniéndome en esto á sus propias palabras, que eran del tenor siguiente:

«No han tocado marcha, dijo, y esto es grave. A mí no me preocupa el toque de fagina para el rancho, por que éste unas veces lo tomo y otras nó, como sucedió hoy; pero el toque de marcha que no me falte, porque entonces si que es verdad que el servicio militar sería demasiado duro. Voy á ver si puedo salir.—Agregó.—Hasta luego, y cuente V. con este amigo, que, desde ahora le *tuteará*, pues, á donde fueres haz lo que vieres, y aquí chocaría que dos soldados se tratasen de V.»

Dudando si se habrían olvidado de mí, me disponía á preguntar al cuartelero—aunque con el temor de recibir alguna inconveniente contestación — si el primero de la compañía tardaría mucho tiempo en venir, ó si ya se hallaría en ella; cuando reparé que una arrogante figura, como de veinte y ocho años de edad (que debía ser el esperado sargento primero, puesto que ostentaba en las mangas del poncho los dorados galones de dicho empleo), entraba con paso acelerado en el local de la compañía, dando en alta voz la de: «A formar, sin armas.»

Todo el mundo acudió con rapidéz á la fila, en el mismo trage en que se hallaba, menos yo que seguí sentado.

—¿Por qué no forma V? — me preguntó el cabo de cuartel, aproximándoseme.

—Porque creí que no debía formar, vestido de paisano.

—¿V. no sentó plaza?

—Sí señor.

—¿Quién es ese?—interrogó el primero.

—Es un voluntario destinado á la compañía—contestó el cabo.

—Pues que forme, repuso el primero.

Pasé, pues, por primera vez á las filas que tanto había deseado . . .

En aquel instante llegaron los oficiales y el capitán, ocupando cada uno su puesto y dando seguidamente el último las voces de mando siguientes:

Compañía: Flanco derecho doblando—ar.—Paso redoblado—ar. [1]

Aunque yo no sabía llevar el paso, como me había colocado sin cubrir ni ser cubierto de nadie detrás de la última hilera á la cola de la compañía, pude tomar el espacio suficiente para marchar sin pisar los talones del hombre que llevara delante, ni correr el riesgo de que me pisaran los míos, por no saber marchar al compás.

La marcha fué rápida y breve, porque no se hizo más que atravesar el patio del cuartel y entrar en el dormitorio de la compañía de granaderos del primer batallón, que ocupaba un espacioso local. Allí se fueron reuniendo en masa y por el órden en que llegaban todas las demás compañías del regimiento que pudieron tener cabida; quedando las restantes en la parte exterior, frente á la puerta de entrada, como si se hubiese de oir misa en un templo incapáz de contener á todos los fieles concurrentes al mismo.

Por fortuna, ó desgracia, la cuarta del primer batallón, llegó de las primeras y todos sus individuos pudimos ver en el centro de aquella vasta galería, un extraño y siniestro aparato que para cama de tropa, le faltaba el colchón y las demás prendas de abrigo; y para altar de cuartel ó campaña carecía de los ornamentos sagrados, del divino crucifijo y de lo demás indispensable

(1) Voces correspondientes á la táctica de aquel tiempo.

para celebrar el santo sacrificio de la misa. Dicho aparato se componía sencillamente de dos fuertes banquillos y tres tablas sin cepillar y de bastante espesor tendidas sobre los mismos; y á su inmediación se hallaba un rústico y sospechoso haz de varas, al parecer de fresno, y de un grueso regular . . .

Una de esas ideas ó notables corazonadas, que no tienen vuelta de hoja, me hizo mirar aquel improvisado tablado con los ojos espantados; y más me asombré cuando ví que entraba el señor Brigadier Coronel con su completo uniforme, seguido de muchos jefes y oficiales, estos callados y aquel con el semblante exaltado, ardiendo en cólera y atronando el espacio con estas palabras, que aun parece que resuenan en mis oídos: ¡Que traigan á ese miserable! ¡Vengan los granaderos! ¡Vengan las varas! ¡No haya compasión! . . .

¡Qué es esto, Dios mío! exclamé interiormente.

—¡Mi Brigadier; por su madre! gritó con lastimero acento un cabo 2º que, con el rostro lívido, traían entre bayonetas.

—¡Silencio!—dijo imperiosamente el Sr. Brigadier —usted es indigno de implorar por mi madre. Fuera esos galones . . .

Cuatro altos granaderos, en traje de faena, se acercaron al haz de las varas; cojió cada uno la que le pareció más conveniente, se aproximaron al pobre cabo, yá depuesto de su empleo y empezaron á sacudirle fuertemente en las espaldas. El infortunado no cesaba de pedir misericordia y el jefe, cada vez mas encolerizado y con terrible acento, gritaba: ¡duro! ¡duro! . . .

¿Si será esta la carrera de baquetas que, por no decir de varas, me anunció el cuartelero?—me pregunté á mí mismo.

Las varas pronto se rompían, pero mas facilmente se reponían. . . .

Yá ves, muchacho, donde te has metido.—Me dijo uno de los soldados que tenía á mi lado.

—Sí, lo veo; contesté, ¿y esto es frecuente?

—*Esto es todos los días, ménos los de precepto* . . .

Aquel fué un banco aplicado con toda formalidad. Uno de esos fuertes y ejemplarísimos castigos que en aquellos tiempos servían para corregir algunas graves faltas, imponiendo gran respeto, y haciendo mucha mella en el ánimo de los que los presenciaban.

Después de terminado el acto, y de haberse retirado el individuo á quien se aplicara el castigo; el señor Brigadier Coronel, con acento enérgico y lleno de visible amargura, se expresó de este modo:

«¡Soldados! Acabais de ver el castigo que ha sufrido ese desgraciado, que sin consideración al empleo que ejercía, ni al uniforme que viste, ni á los jefes que le mandan, ni á sus mismos compañeros, cometió una gravísima falta que, si hubiera de juzgarse en consejo de guerra, le llevaría á un presidio para toda su vida ó, tal vez, á un patíbulo.

Y yó, antes que permitir que un hombre de mi regimiento, sufra la afrenta de los criminales empedernidos; antes de verlo pasar á un presidio para arrastrar la infamante cadena, ó de que vaya al patíbulo; *prefiero mandarlo al cementerio.* Al menos de este modo no mancha á su familia . . .

Sírvaos de ejemplo: no me pongais en el duro trance de tener que repetir estos espectáculos. Me son muy sensibles; pero no por eso dejaré de aplicarlos con el mayor rigor, sí es menester; pues por encima de todo está mi deber de velar *por la honra del regimiento.*»

Seguidamente de esta notable alocución, las compañías volvieron á su respectivo alojamiento, marchando todos los individuos muy impresionados; y yó con el peso de un mundo sobre mi abrumado cerebro . . .

VIII.

CARGO DE CONFIANZA...

Después de haber relatado con la mayor exactitud posible, todos los acontecimientos que se desarrollaron á mi vista durante el memorable día de mi entrada en el servicio, creo que no necesitaré esforzarme para llevar al ánimo de los lectores el convencimiento de que dicho día ha sido de *grandes pruebas* y de profundas *emociones* para mi juvenil espíritu.

Por eso, cuando, algunos años después, he visto que cierto jefe consultaba á sus superiores si el día que los reclutas entraban en caja, debería contarse, ó nó, como de servicio, para todos los efectos reglamentarios; esto es, si uno que entraba, por ejemplo, el día 20 de Enero, cumplía en igual día del año correspondiente, según los del compromiso, ó el día 19; desde luego comprendí que la consulta era ociosa. A mi entender, el primer día debía contarse doble para todos los efectos reglamentarios, y hasta nó reglamentarios, pues para mí fué de verdadero y muy interesante servicio. Todo lo que hé pre-

senciado en aquel día, me quedó grabado en los sentidos para toda la vida.

En la mañana del segundo día de mi ingreso, me llevaron á la barbería del batallón, donde un mal intencionado *peluquero* me afeitó la poca barba que empezaba á apuntarme y me rasuró á su gusto, dándome de pasada y como distraido, algunos golpes de tijera en la cabeza que me obligaron á preguntarle si no sabía pelar sin magullar; á lo que me contestó que muy delicada debía de tener la cabeza, cuando por tan poca cosa me quejaba. El pelo me lo cortó todo por igual á punta de tijera, dejándome el casco poco menos que afeitado, sin tener para nada en cuenta el liberal precepto de la ordenanza que muy generosamente nos concedia poder usar un *solo bucle á cada lado.*

Después me condujeron al almacén, donde me entregaron mi equipo, compuesto de todas las prendas correspondientes á la primera puesta y además el poncho, el ros, la mochila, la cartuchera, la pistonera, la fiambrera, el plato, el correaje y uno de los fusiles más picados de todo el regimiento; según, más tarde, he tenido ocasión de observar. Muy apurado me he visto para cargar con todos aquellos revueltos chismes, y más aún para colocarlos en orden, pareciéndome imposible llegar á conocer el modo de limpiarlos, bruñirlos y darles el gran lustre que tenían los de los soldados viejos.

Por una censurable distracción, el sargento 1º no se ocupó de que se cumpliese conmigo el artículo de la ordenanza que previene lo siguiente:

«Al recluta que llegare á una compañía se le destinará á una escuadra, *de cuyo cabo será enseñado á vestirse con propiedad*, y cuidar sus armas,» etc.; distracción que no debo sentir y antes bien es de agradecerse, porque, según con el tiempo pude ver, aquellos cabos eran poco amables para ayudas de cámara, y más conve-

nía á los reclutas aprender á vestirse sin auxilio de nadie, que *enseñados* por aquellos maestros, con tirones y otros excesos de mayor cuantía . .

De mi ropa de paisano se apoderó por encanto un *lince* de la clase que se hallaba de asistente; diciendo y jurando que me daría por ella villas y castillas, pero no he visto ni un real, ni me pareció decente quejarme de ello.

Cuando más apurado me hallaba en el arreglo de mi embrollado equipo y mis cavilaciones me tenían torturado, sin atreverme á preguntar á nadie; se me presentó un Gastador muy formal y de buen corazón, diciéndome:

—El correaje no se coloca de ese modo, porque las hevillas están al revés: ¿no tienes quién te enseñe?

—No tengo á nadie—contesté.

—Pues yo te enseñaré—replicó— y tal vez tú puedas prestarme un servicio.

—Si yo puedo lo haré con mucho gusto; y desde luego te doy las gracias por tu buen deseo.

—Ya sé que tienes buena letra, según dijeron ayer en la segunda comandancia; y yo no sé escribir . . .

—Por eso no te apures—me anticipé á decir— porque yo te enseñaré, hasta que seas un pendolista.

—Yo no trato de aprender; sólo quiero *que seas mi escribiente.*

—Sí, hombre, con mil amores; seré tu escribiente y hasta tu secretario: por eso no habrá novedad . . .

—No quiero que seas más que escribiente—dijo sentenciosamente el gastador—porque los secretarios escriben lo que ellos quieren; y yo deseo que escribas lo que yo mande . . .

—Comprendido: no tengas cuidado que no he de variar ni una coma de lo que tú me digas . . . .

—Las comas las pondrás tú donde encajen, porque

yo de eso no entiendo; y desde hoy la limpieza de tu armamento y correaje, corre de mi cuenta.

—¡Gran Dios!—exclamé—¡qué estrella tan feliz! . .

En efecto, en aquel mismo día el curioso gastador me ayudó á poner en orden todas mis prendas, hasta que quedaron en estado de revista, dándome, además, acertadas lecciones acerca del modo de conservar y presentar el equipo; y yo, lleno de purísimo gozo, tomé seguidamente posesión del *cargo de confianza* que el modesto y discreto veterano me encomendara, aceptándolo por mi parte con tanto gusto, como si se tratase de la secretaría particular del Emperador Carlos V.

Aunque parezca inverosímil, es lo cierto que todavía conservo en la memoria el contenido del primer *documento* privado que mi bondadoso mecenas me dictó y yo escribí con religioso cuidado; trazando la más clara, rasgueada y hermosa letra que ha salido de mi gallarda pluma de ave. El mismo Iturzaeta, si la viera, se moriría de envidia.

Así decía aquel documento:

«Queridos padres: Me alegraré que al recibo de estas letras bien formadas, porque me las escribe un voluntario que acaba de llegar y es buen escribiente, se hallen V. V. con la más completa salud que yo para mi deseo. La mía es buena, á Dios gracias, para lo que gusten mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad, como es de mi obligación.

Pues, queridos padres, sabrán como yo me encuentro sin novedad y con deseos de cumplir, para volver á esa cuanto antes pueda, pués aquí hay mucho servicio, y eso que yó, como soy gastador, lo paso mejor que los que no lo son. . .

Pues sabrán, queridos padres, que el día primero de Abril cumplo siete años de servicio y si vienen los dos

años de rebaja, que en Africa nos ofreció el general Prim, me darán la licencia enseguida, porque me sobrará tiempo.

Será bien que si para la páscua me mandan alguna libranza, me la manden á mí directamente, porque ya sé entenderme para cobrarlas, y pienso comprar una muda de paisano, para tenerla preparada.

Contéstenme pronto, dándome todas las noticias, y díganme *si entienden bien la letra de mi nuevo escribiente*, que yo creo que sí. . .

Y dígánme si se casó la hija de Ramon Ramos y con quien; y si Teresa Sánchez tiene novio; y que ha sido de la hija del Maragato, y todos los casamientos que haya habido en el pueblo desde la última carta que V. V. me escribieron, que fué el día 2 de Enero; pues todo deseo saberlo.

Y díganme tambien quienes son los mozos que este año han caido soldados, y si ha vuelto el hijo de Tolosa, que ya debe haber cumplido, y todas las novedades que haya en el pueblo.

Y sin más, queridos padres, reciban muchas memorias para todos los que he nombrado y para todos los que por mi pregunten y V. V. reciban el corazón de su hijo que más quiere verlos que escribirles; y lo es,

LEONARDO MIRA Y SEGURA.»

Después siguió una post-data, casi tan larga como la carta, y con ella terminé mi obligación por aquel día, en el primer destino ó *cargo de confianza*, que con tanto agrado desempeñé á mi entrada en el servicio . . .

IX.

EL IDOLO DEL SOLDADO

Bien analizado y considerado el asunto, después de ver y contemplar la vida íntima del soldado de aquellos tiempos, que, aunque no muy remotos, difería notablemente de la de los presentes, en lo concerniente á la disciplina y á la estricta observancia de los principios militares; había que reconocer la gran verdad con que el señor Brigadier-Coronel se expresara, al manifestarme que no era lo mismo ver al soldado en la calle, que en el cuartel.

También dicho jefe debía de tener motivos sobrados para hallarse en la mañana siguiente, más grave y preocupado que en el día de mi primera presentación; y solo debido á su gran bondad, pude merecer que me recibiese y se ocupase de mí, cuando, precisamente, en aquellos momentos, estaría meditando como salvar de las garras del presidio ó de la afrenta del patíbulo, sin quebranto de la disciplina, á un veterano cabo de su regimiento que, en una mala hora, había cometido una de las faltas más gravísimas bajo el punto de vista mi-

litar; pero que, en el orden civil y moral, merecía mucha atenuación, porque no llevaba consigo la deshonra que nos hace rechazar á los delincuentes vulgares.

Ya habían transcurrido varios días desde aquel extraordinario suceso, y aun se hablaba frecuentemente de él, con el vivo interés que en todos los expectadores había despertado: interés ó impresión mucho más temible y ejemplar, que si al delincuente lo hubieran encerrado en los siniestros antros de un calabozo ó de un presidio, por todo el tiempo de su vida. Todavía existían algunos individuos que no tenían completo conocimiento de la falta cometida por el interesado, para habérsele hecho sufrir tan duro castigo; más notable, por tratarse de una clase, y clase veterana de la guerra de Africa, á las que los jefes miraban con especial predilección, dentro de los límites de la equitativa justicia.

—Pero,—preguntó cierto día un soldado, hablando con varios de su clase—¿se puede saber que es lo que ha hecho el cabo Matías?

—¿Todavía lo ignoras:?—contestaron los compañeros— pues yá todo el mundo lo sabe, con sus pelos y señales.

—Como unos dicen unas cosas y otros dicen otras . . .

—Sí, algo hay de eso, pero yó sé de buena tinta—dijo un soldado viejo de dos campañas—todo lo que pasó, y aseguro que el cabo Matías puede darse con un canto en los pechos; pues si fuera en otro regimiento, ó no tuviéramos los jefes que tenemos, lo ménos que le pasaría es ir á cargar cadena y grillos por toda su vida.

—¿Tan grave ha sido la falta?

—Gravísima: cometió una gran locura. Estaba de guardia en la prevención, se hallaba de cuarto, abrió un calabazo á las once de la noche, sacó un preso, se fué con él de *rumba*, abandonando la guardia, el cuarto

y las armas: Dios solamente sabe cuando habría vuelto al cuartel, ni sí pensaba volver, si el comandante Andía no hubiera salido en persona á buscarlo. [1]

—Pues siendo así, aun le hicieron favor.

—Y grande. ¿Eso quien lo duda?

—¿Y cómo llegó á saberlo el comandante?

—Como lo sabe todo, y por el parte que le dieron, lo mismo que á los demás jefes. Lo recibió á las altas horas de la noche cuando ya se hallaba acostado; y, según me dijo el asistente, saltó de la cama como un rayo y echó un *¡Recristo!* que Dios temblaba. Salió seguidamente, después de vestirse á la carrera, y sin mas compañía que el gastador Barreiro, que sabía por donde acostumbraba distraerse el cabo Matías. No descansó, hasta que lo encontró y lo trajo al cuartel, acompañado del preso que se hallaba á su lado, disfrutando de una cena muy alegre con otros amigos y amigas . . .

—Pues ha sido un gran milagro que no los reventase á los dos (dijo otro soldado) porque el comandante Andía, por la buena es un pedazo de pan; pero por la mala hay que temerle mas que á un león.

—El comandante Andía, agregó un tercero, no tiene pereza para nada, lo mismo en guarnición que en campaña. El mismo habrá pedido el castigo que se dió al cabo, porque es capaz de matar á un hombre de un trancazo, pero á él que no le vengan con presidios ni con calabozos . . .

—Y así debe de ser, porque los calabozos y los

---

(1) Don Manuel Andía y Abela, Coronel graduado Primer Comandante del 1.er batallón. En aquel tiempo existía la clase de segundos comandantes en los batallones y cada uno de estos tenía un 2º y un 1.er comandante. Teniente Coronel había uno por regimiento, que se denominaba el Mayor, y era el 2º jefe de esta unidad.

presidios son para los hombres perdidos, y no para los que en una mala hora tienen la desgracia de cometer una falta.

—Es una gran suerte tener jefes como los que nosotros tenemos, pues con ellos no se pierden los hombres tan fácilmente . . .

—Ni se deshonran los padres y hermanos, como ha dicho el señor Brigadier, con unas palabras que bien daban á comprender su buen corazón. ¡Qué mayor desgracia puede tener el hombre honrado, que viene al servicio y lo mandan á un presidio, sin haber robado ni matado! ¿Qué dirán sus pobres padres cuando vean llegar licenciados á los compañeros y sepan que su hijo fué á arrastrar una cadena? . . . .

—¡Bién! ¡Bién! ¡Viva el señor Brigadier!—exclamaron todos.

—Donde daba gusto ver al comandante Audía—dijo otro individuo, tomando parte en la conversación—era en Africa. No había en todo el ejército un jefe más valiente, ni mas sereno, ni que mas mirase por nosotros; ni que más animase al soldado. Cuando las balas silvaban y arreciaban, ¡con que brío decía: ¡Adelante, muchachos, no hay que saludarlas! . . .

—Es verdad: repitieron muchas voces, no quería que bajásemos la cabeza; y cuando mas vivo era el fuego y mas cerca nos hallábamos de los moros, mas arrogante y altivo se ponía en la silla del caballo. ¡Causaba orgullo el verlo!

¡Y qué cuidado tenía de que se recogiesen los heridos!—dijo el corneta de órdenes.—Después de la acción, recorría todo el campo en que se había batido el regimiento; y no descansaba hasta asegurarse de que todos habían sido llevados al Hospital de sangre . . . Cuando yó caí herido y rodé por un peñasco, le oí decir, avanzando: ¡Ayudante! En ese barranco queda herido el

corneta de órdenes: ¡que lo recojan! . . . Aquella voz me llegó al fondo del corazón.

—Eso mismo ha hecho con otros muchos:—replicó otro individuo—todos lo hemos visto y oido. Marchando á su lado, nadie temía á las balas ni á las gumías de los moros. Después que acababa el fuego, ningún oficial ni clase descansaba hasta ver y enterarse donde estaban los muertos y heridos, para darle parte de todo: el comandante los quería ver uno por uno, antes de que los muertos fuesen enterrados, como para despedirse de ellos . . . Consolaban las palabras que dirigía á los heridos, haciéndolos llorar de gozo. También los demás jefes se interesaban por la tropa, pero ninguno tenía tanta resistencia ni tanto cuidado para ocuparse de todo.

Cuando se acabó la acción en que yo salí herido—repuso el corneta de órdenes—el primero que se presentó á verme, fué el primer comandante en persona.

Tan pronto como llegó á mi lado, me dió la mano diciéndome: ¡Bien, Rodríguez, bien:! te portaste como un valiente, no solo como corneta, sino también como soldado. Tendrás una cruz pensionada, lo escribiré á tus padres y será una honra para ellos . . .

Yo quería contestar y no podía, pero las palabras del comandante parecía que me daban la vida. ¡Nunca me pasó una cosa igual!

Después siguió diciendo: tu herida es leve, ya me lo dijo el doctor: pronto volverás á tu puesto. Animo, y hasta mañana . . .

Hice un gran esfuerzo por hablar y lo único que pude decir, fué: muchas gracias, mi comandante.

Seguidamente se ausentó y lo ví marchar en busca de los demás heridos del regimiento. . .

— Eso es lo que se llama ser jefe de un batallón—dijo un soldado distinguido.

—Esos jefes no debían morir nunca—interpuso entusiasmado el joven Conde de San Salvador, que hasta entónces había permanecido callado y atento á la conversación de sus camaradas.—Yo, por mi desgracia, no he presenciado esos hechos; pero ahora que los conozco por vosotros como si los hubiera visto; os digo que desde hoy el comandante Andía merece mi veneración. Un jefe que tan admirablemente enlaza la guirnalda del heroismo con los atributos de la humanidad; que al frente del enemigo sabe dar valor al soldado, que en medio del peligro se ocupa de los que caen, que después recorre y hace recorrer el campo para asegurarse del estado y de la situación de todos, para auxiliar á los que todavía conservan un átomo de vida y enterrar cristianamente á los que tuvieron la gloria de morir por la patria. Que en el acto pasa al Hospital de sangre para animar, honrar y consolar á sus soldados heridos, con la misma solicitud que si se ocupara de sus hijos; ese jefe, repito, es una perfección militar que encierra en sus hechos más segura y clara enseñanza, que las profundas lecciones de un sabio maestro.

—¡Muy bien, muy bien!—dijeron todos.

—Desde entónces—prosiguió el corneta—yo le tomé tanto cariño, que siempre que entrábamos en fuego, nunca dejaba de mirar si se hallaba en algun peligro, para acudir inmediatamente á su lado; pues antes que á él le tocasen al pelo de la ropa, moriría yo gustoso en manos del enemigo.

—¡Y todos nosotros lo mismo!—Exclamaron á una voz las cien plazas presentes de la compañía que habían oido con gran interés el relato del corneta.

Yo no había tomado parte en aquella conversación que me agradaba en alto grado, por los generosos sentimientos que en ella se revelaban, ya de respetuoso cariño hácia el jefe, ya de noble agradecimiento en

aquellos sencillos corazones, capaces de realizar las hazañas más heróicas; dado el excelente espíritu de que se hallaban animados.

Escuchaba, pues, aquellas alabanzas, tan espontáneas como unánimes, con la mayor satisfacción del espíritu; porque los puros arranques del corazón, tienen la virtud de cautivar y enternecer á quien los contempla.

Y como, por otra parte, se dedicaban á un jefe que ya yo admiraba, y que, no obstante mis pocos días de servicio, ya me había hecho un señalado favor que sólo Dios, él y yo conocíamos; no solamente palpitaba en mi pecho el entusiasmo natural producido por las calurosas palabras de mis viejos camaradas, sinó también el vivo sentimiento de gratitud que, por aquella noble acción, sustentaba en mi espíritu.

No me faltaban deseos de referir en aquel momento el suceso especial que ya me obligaba á mirar al citado jefe con la mayor afección; pero la poca confianza que aún tenía con mis compañeros y otras consideraciones de *orden interior*, me privaron de hacerlo. Hoy puedo consignarlo con franqueza y libertad, y aunque parezca trivial, el procedimiento de dicho jefe en aquel caso, entraña una gran lección, y *puede servir de ejemplo* para todos los que ejerzan mando superior ó inferior en las filas del ejército. Pues, en asuntos de esta clase, más se aprende con los breves ejemplos, que con las largas oraciones retóricas.

Sin demostraciones de esta naturaleza, que son la luminosa guía marcada por nuestros antepasados; sin la más pura expresión de la verdad en las vicisitudes de la vida del soldado, y sin el más ardiente amor á la gran familia militar, no correspondería este libro á la alta significación del título que lleva.

Yo quisiera enlazar el poderoso atractivo de los episodios guerreros, con las reglas ó máximas de una

perfecta educación militar, ideal que fascina mi mente; pero, careciendo de ciencia y de conocimientos bastantes para ello, tengo que limitarme á lo que mis facultades permitan. Compendiaré, pues, los prinpales rasgos de bondad, patriotismo y sabiduría que he visto y admirado en mis jefes, compañeros y subordinados; para que este trabajo resulte más útil y provechoso al entendimiento de la discreta y estudiosa juventud, que á la lijera y jovial distracción del vulgo.

Pues la austera y moralizadora vida militar, encierra más filosofía, más virtud y más sana doctrina, que esos numerosos cuadros de humorística, y, en muchos casos, ridícula inspiración, trazados sin más objeto que el de provocar la hilaridad del lector, sin dejar la menor impresión en los sentidos del mismo. Y menos mal sino tienden á quebrantar los lazos de la disciplina, ó á ridiculizar ó rebajar la dignidad del soldado, ante las demás clases de la nación . . .

En la misma mañana del día en que tenían lugar aquellas entusiastas y sentidas manifestaciones, tan laudatorias para el primer comandante del batallón, Sr. Andía y Abela, que, como ya queda expresado, en aquel tiempo era el primer jefe del mismo, porque los primeros comandantes ejercían las funciones de los actuales tenientes coroneles; al llegar al cuartel el pelotón de quintos (compuesto de los rezagados del último sorteo y de algunos voluntarios), procedentes del campo de la instrucción, donde habíamos evolucionado en marchas y contramarchas, vueltas, giros y otros ejercicios, por espacio de unas tres horas, envueltos en nubes de polvo desde la cabeza á los piés; nos encontramos con todo el regimiento formado en traje de marcha, para una revista general de armas, correaje y equipo.

Dado, en el patio, el «derecha é izquierda», por el instructor, cada recluta se dirigió al local de su compa-

ñía, y yo, que era el único de la 4ª del 1º, tan pronto como penetré en el dormitorio de la misma, me ví detenido por el cabo de cuartel, quien, imperiosamente, me ordenó que, provisto de todo mi equipo, acudiese inmediatamente á la fila; cuando ya la compañía se hallaba reunida al resto del batallón y tanto los cabos como los sargentos, los oficiales y el mismo capitán la habían revistado. No faltaba, pues, más que la alta inspección de los jefes.

Yo quise hacer alguna observación al cabo, para que me diese unos instantes de respiro, á fin de poder cepillar, siquiera ligeramente, mi vestuario y asearme un poco; pero mi inmediato superior se cerró á la banda, repitiéndome que marchase inmediatamente á mi puesto; cuya terminante orden obedecí en el acto.

Sin que las clases ni los oficiales lo advirtiesen, pues todos se hallaban mirando hácia el punto ocupado por los jefes, pasé á colocarme en el último lugar de la segunda fila, completando la última hilera de la compañía que se hallaba sin cubrir.

Mi armamento, vestuario y correaje llenos de polvo, formaban visible contraste con la brillantéz de los que presentaban mis camaradas que eran más competentes para ello y habían tenido tiempo de prepararse para la revista: por lo tanto, allí me hallaba avergonzado y con el gran temor de recibir una fuerte corrección, por presentar mi persona, vestuario, correage y armamento, sin el debido aseo. En este estado de ánimo, ví que el comandante Andía, seguido del 2º comandante y del capitán, empezó á revistar la compañía. Las filas se hallaban cerradas, y cuando el jefe pasó por nuestro frente no se fijó en mí, gracias al individuo que yo tenía delante; pero después que dió la vuelta por la espalda de la compañía, noté que se detuvo al llegar á mi inmediación. . . Huelga el decir, pues bien se comprende, que yo estaba temblando. El

jefe se acercó á mí, como para reconocerme: merced á su gran estatura, pudo asomar la cabeza por encima de mi hombro derecho y del izquierdo de mi compañero de fila; y *en voz baja*, de modo que ni el capitán ni el 2º comandante pudieran oirlo, me interrogó de este modo:

—¿Eres voluntario?

—Sí señor, mi comandante.

—¿Qué tiempo llevas de servicio?

—Quince días.

—¿Cómo te llamas?

—Le dije mi nombre.

—¿Vas á la Escuela?

—Sí, señor, mi comandante.

—¿Cómo es que tienes todo el uniforme lleno de polvo?

—Porque acabo de llegar de la instrucción, y el cabo de cuartel me hizo venir á la fila, sin darme tiempo para nada.

—¿No te vieron llegar los oficiales?

—Creo que nó, mi comandante.

—¿Cómo se llama el cabo de cuartel?

—Es el cabo *Taravilla*.

—*Taravilla* había de ser. . .

Y volviéndose hácia el capitán, le dijo:

«Señor Capitán: Recomiendo á V. que tenga presente á este voluntario, para ascenderlo cuando lleve el tiempo preciso de servicio; porque será buena clase. . .»

—Así lo haré, mi comandante.—Le contestó el capitán.

Yo seguí mudo como una estátua de mármol, pero mi corazón hablaba, llegando su voz hasta el cielo. En mi alma quedó grabado un profundo agradecimiento y un afecto imperecedero hácia el noble jefe que, de un modo tan reflexivo y discreto, me libró de las *grandes rociadas* que me habrían venido encima, en el caso de que,

procediendo á la ligera, ó sea sin concienzudo exámen de las causas de aquel *desaguisado*,—como muchas veces sucede—hubiese hecho cargos al capitán, ó hubiera adoptado otra providencia, para corregir mi ostensible pero inocente falta.

¡Jóvenes oficiales! Tomad nota de esta verídica historia: no os arrebate nunca la primera impresión. Seguid el ejemplo de aquel brillantísimo jefe, modelo de militares, que no castigaba nunca sin oir los descargos del subordinado, sin ver si la falta había sido voluntaria ó inevitable, y sin asegurarse, en fin, de que la justicia acompañaba siempre al castigo.

Procediendo de este modo, destruireis los más punzantes abrojos de las humildes filas, y habrá mucho adelantado para el buen desempeño de todos los servicios que se os encomienden, porque conquistareis el afecto del soldado que, ya sea instruido ó ignorante, discurrirá con la luz de la razón que Dios le ha concedido; y el afecto unido al respeto que debe sostenerse entre el inferior y el superior, son las prendas más seguras de las grandes victorias.

Con razón merecía, pues, el bizarro comandante Andía, los unánimes elogios de sus inferiores, mereciendo también que en todo el regimiento se le denominase el *ídolo del soldado;* y que yo le señale un puesto de honor en el presente libro.

X

ESCUELAS REGIMENTALES

Basta anunciar esta idea, para hacer palpable la gran importancia de la misma, bajo el doble aspecto militar y social.

Las escuelas de los regimientos han prestado y prestan muchos beneficios á los individuos que, llegando á los cuerpos con alguna instrucción, adquirida en la de sus respectivas localidades, se encuentran con la facilidad de desarrollar sus conocimientos generales, á la par que adquieren los propios é inherentes de su nueva profesión.

El mayor caudal de enseñanza, desde luego les proporciona la ventaja de poder obtener ascensos en la carrera, mejorando su posición dentro de las filas, abriéndoles horizontes que en medio de la ignorancia no podrían alcanzar; y, más tarde, la continuación en el servicio si se sienten con impulsos para ello, ó el placer de regresar al seno de sus familias con una ilustración que podrán utilizar en todas las ocupaciones sociales y en todas las circunstancias de la vida.

La conveniencia de las escuelas regimentales, es, por lo tanto, evidentísima; pero, ¿se hallaban en mis tiempos ó se hallan en la actualidad, organizadas de modo que respondan cumplidamente á los grandes fines de la idea que las implantara? ¿Se las dedica todo el interés que merecen? Entiendo que en aquella época existía, y aún hoy existe mucha deficiencia que no sería difícil subsanar, dotándolas de los elementos indispensables, y, principalmente, de profesores idóneos, celosos y experimentados; con programas de enseñanza bien definidos, que constituyesen la verdadera y completa base de los conocimientos militares determinados á cada clase y ligados discretamente desde la inferior hasta las superiores dentro de las exigencias del servicio, de los ejercicios doctrinales y de las demás funciones necesarias; para que la práctica ilumine á la teoría.

Todo esto es muy posible y hasta sencillo; pero el gran ideal de las escuelas regimentales aún no quedaría con ello satisfecho, porque es mucho más extenso y encierra la difusión de la enseñanza elemental de lectura y escritura á todos los individuos que, sin estos conocimientos, ingresasen en el servicio.

Realizado este propósito, dado este gran paso que acusaría un verdadero progreso, la milicia sería una grande y verdadera *Escuela Nacional*, de ventajosa é inmensa trascendencia y de más eficacia que todas las de los pequeños pueblos y aldeas; porque á éstas no pueden asistir muchos de nuestros jóvenes sin abandonar las faenas agrícolas, mecánicas, comerciales ó industriales en que prestan gran concurso á sus padres; y la instrucción que recibieran en el servicio, ellos mismos se encargarían de transmitirla con el tiempo á sus hijos, en los días festivos y horas de descanso. Por otra parte, ¡qué grato sería para la gran familia militar, que todos los leales soldados que viniesen á las filas, dijesen con el tiempo, des-

pués de licenciados, en sus humildes hogares y al lado de sus mujeres é hijos: «¡A mi no me pesa de haber ido al servicio, porque allí me enseñaron á leer y escribir!»

¿Y sería compatible esta enseñanza, con las precisas obligaciones del servicio?

La contestación de esta pregunta no puede encerrar términos absolutos, por el motivo de que no siempre son iguales los quehaceres del soldado.

Insensato sería el pretender que en el transcurso de las campañas se dedicasen los regimientos á la ímproba taréa de la instrucción escolar, cuando todo el tiempo es poco para ocuparlo en las duras faenas y en la constante vigilancia que exije el estado de guerra; pero en guarnición podría establecerse un prudente sistema de enseñanza general, sin detrimento de las demás obligaciones reglamentarias.

Para ello, bastaría modificar, algún tanto, el régimen interior del servicio de cuartel, disminuyendo las horas de ciertas prácticas que no exigen un tiempo determinado y, especialmente, las de la lectura de las leyes ó códigos penales, cuyas prescripciones, por repetirse diariamente, no se hacen más temibles.

Con esta sencilla modificación, con un insignificante gasto en papel, tinta y abecedarios, con la dirección *prudente* y *mesurada* de los oficiales y clases de las compañías, y con la vigilancia y el estímulo de los jefes; aquel grato ideal llegaría á ser una manifiesta realidad en todos los cuerpos del ejército.

En cuanto á las escuelas de alumnos para cabos y á las academias de cabos y sargentos dentro de los cuerpos; como éstas ya tienen por objeto cimentar la enseñanza propia de la carrera militar, requieren profesores tan competentes como los del colegio general, que, con iguales consideraciones y bajo programas harmonizados, en lo posible, con los de dicho colegio, sepan dirigir la

enseñanza, de modo que no difiera gran cosa de la de aquel establecimiento, y resulte progresivamente enlazada desde la de la escuela de alumnos, hasta la de la academia de sargentos; abriendo á éstos mayores horizontes en la carrera, siempre que lo merezcan por su conducta, aplicación y entusiasmo.

De este modo, no se perderán las inteligencias más claras que, de todos los confines de la nación, lleguen á las diversas filas del ejército: inteligencias que sólo esperan iniciativa, ocasión y medios para distinguirse con hechos que den brillo á las armas y honra á su patria, en una institución que necesita la sávia y el concurso de toda la sociedad que la nutre, porque el acertado mando de las tropas, antes que otras condiciones, por muy ventajosas y brillantes que sean, requiere talento, genio é inspiración natural; y estas cualidades, emanadas de la gracia divina, hay que buscarlas donde se encuentren. Las naciones que desconozcan ó desprecien esta verdad, tendrán ocasiones de lamentar las consecuencias de su error.

Por eso los grandes capitanes, y muy especialmente Napoleón I, adoptaban un sistema de ascensos que les permitía escojer, elevar y utilizar con ventaja del servicio, á los individuos de todo su estado militar que reunían aquellas preciosas cualidades; mediante las cuales alcanzó sus mayores victorias.

Si Napoleón III, hubiera seguido en esto el ejemplo de su heróico antepasado, seguramente que la Francia no habría tenido que lamentar algunos desastres como los que experimentó en la última campaña; porque antes que rendirse en las condiciones que algunos de sus generales lo hicieron, se hubieran abierto paso por las entrañas de la tierra. Para tan sublimes evoluciones no hay reglas fijas en los textos de la mas sábia estrategia: las concibe y ejecuta á su arbitrio y segun las

circunstancias, *el genio* de los caudillos, que lo mismo puede tener su origen en los colegios generales y especiales, que en las filas y academias de los cuerpos.

Bien se comprenderá que este rápido exámen y ésta firme definición de un problema tan interesante, me lo sugieren muy elevadas y desinteresadas reflexiones, unidas al laudable deséo de ver nuevamente en las filas á la representación de aquellos antiguos cuadros de cabos y sargentos *veteranos*, instruidos y aguerridos, llenos de ardor bélico para animar con su ejemplo al soldado en los más mortíferos é indecisos combates. Espíritu que sólo puede sostener y estimular cumplidamente la legítima aspiración de los adelantos en tan peligrosa carrera, *como única recompensa que cautiva, exalta y enardece á las clases que abrazan voluntariamente el servicio.*

La escuela que tenía establecida el regimiento de infantería inmemorial del Rey, si bien no puede decirse que fuese la más perfeccionada, es indudable de que era una de las mejores del ejército. En lo que, seguramente, ninguna otra le superaba, era en el distinguido plantel de alumnos que, á mi ingreso en la misma, reunía.

Ascendían á unos sesenta, casi todos voluntarios, y en su mayor parte con instrucción superior. Había algunos bachilleres y otros que contaban varios años de estudios en las carreras literarias, entre los cuales sobresalía el generoso hijo del Conde de San Salvador.

El personal directivo de la escuela, se reducía á un teniente, que descansaba demasiado en el acreditado y notable celo de un cabo primero auxiliar, verdadera especialidad en su clase. Los alumnos más adelantados servían de pasantes ó de maestros á los más atrasados; pero esto no impedía que, al llegar las promociones, ascendieran algunos discípulos y quedasen sin ascender sus profesores . . . El cabo daba á entender que la

escuela no era culpable de dicha *irregularidad*, y los menos perspicaces lo atribuíamos á influencias de celosos *padrinos*.

Algún lunar había de tener aquel brillante regimiento.

XI

DISERTACION HISTORICA

Un año, próximamente, de asídua asistencia á la escuela de alumnos del regimiento, de servicio de armas y alguno que otro mecánico en los días de gran *crisis* como había dicho mi ilustre camarada, el hijo del Conde de San Salvador; de ejercicios doctrinales, foguéos, simulacros, grandes formaciones; y, en fin, de severo aprendizaje militar, para llegar á obtener la estrecha trencilla de cabo segundo, no es una larga série de notables merecimientos, pero sí lo suficiente para que no pueda decirse que, en aquellos tiempos, para hacer carrera los que no teníamos ni buscábamos influencias, nos bastaba un poco esfuerzo y el simple conocimiento de la ordenanza.

Era necesario algo más: era preciso, ante todo, observar una conducta intachable, mucho esmero y exactitud en el desempeño de los servicios y obligaciones; y más estudios y vigilias de lo que el vulgo suele imaginarse.

«Se aproximan los exámenes,— dijo un día el ca-

bo profesor,—y es preciso que todos los alumnos practiquen repasos generales de las diversas materias que comprende la enseñanza.

Aquí nadie ignora quiénes son los más adelantados en instrucción general, pero es necesario demostrarlo en los exámenes; y, sobre todo, fijarse mucho en el *ramo técnico*, ó militar, porque los demás conocimientos son interesantes, pero secundarios. Poco serviría que alguno de los presentes fuese un pozo de ciencia en derecho romano ó en otra análoga facultad, si desconocía las indispensables obligaciones del soldado . . .

Digo esto, porque no falta quien sobresalga en ilustración literaria, pero no se distingue en la profesional; y por eso, sin duda, no ha sido ascendido en las últimas promociones . . .

Ballesteros: usted es uno de ellos. Yo me complazco en manifestar que si á los conocimientos generales, literarios y hasta científicos, que usted posee, reuniese en el mismo grado los peculiares de la profesión militar; sería usted una gran notabilidad. Pero hay necesidad de reconocer que, á pesar de su admirable memoria, los artículos de la ordenanza no le caben á usted en la cabeza . . . Es una fatalidad que los confunda lastimosamente. Haga usted cuanto pueda para corregir este defecto; pues en las demás materias se halla usted á buena altura, y sería muy honroso para todos nosotros que un hombre de su alcurnia siga voluntariamente y obtenga merecidos progresos en las modestas filas del ejército. ¡Ojalá tuviera usted muchos imitadores.»

—Muchas gracias,—contestó el noble Ballesteros.

He observado—repuso el cabo—que en los exámenes, después de las asignaturas militares, se da mucha importancia á la Historia de España, y como usted la conoce perfectamente, conviene que le dediquemos una breve disertación que pueda ilustrar á muchos de los

presentes. Diga usted algo acerca de dicha materia.

—¿A qué época me contraigo?—Preguntó el futuro Conde de San Salvador.

—Empiece V. en la de la primitiva población de nuestro territorio, que es la más nebulosa.

Nuestro ilustre condiscípulo empezó del modo siguiente:

«La historia de España, es la historia de un gran pueblo, que cuenta muchas vicisitudes y encierra grandes hechos muy trascendentales para la civilización universal. Como todo lo humano, tiene también sus lunares, pero es necesario que así sea, porque de otro modo, es decir; si todo fuera plausible y grandioso, resultaría monótono y destituido de los atractivos inherentes á *toda variedad.*

Allá, en los más obscuros *ó nebulosos* tiempos de la antigüedad, el territorio de España y Portugal, fué ocupado por una raza de hombres llamados iberos, á los que más tarde, siguieron los celtas, sabiéndose muy poco de la historia de unos y otros; hasta que unos novecientos años antes de la era cristiana, vinieron los fenicios y se establecieron en varios puntos del litoral. A estos siguieron los griegos, que fundaron varias ciudades; y después los cartagineses, que tomaron arraigo por sus mayores luces y su génio comercial.

Sin embargo, no todo lo conquistaron con las redes comerciales y de su mayor saber, pues varias comarcas se resistieron á su ingerencia y dominación, como después lo hicieron de sus rivales, los legionarios de Roma, que vinieron á disputarles la conquista del suelo ibérico.

Sagunto, resistió admirablemente durante ocho meses un horroroso sitio puesto por ciento cincuenta mil cartagineses, muriendo en la pelea la mayor parte de los sitiados; y cuando los que quedaban se ha-

llaban estenuados de hambre y fatiga, adoptaron la suprema resolución de amontonar sus riquezas, prenderles fuego y arrojarse á las llamas con sus mujeres é hijos . . .

Tan desesperado y terrible ejemplo de heroismo, lo adoptó más tarde Numáncia, después de una admirable defensa hecha contra el gran poder de los romanos.»

—¡Bien!—exclamó el cabo profesor.—Es preciso que todos fijen su atención en estos memorables hechos de nuestros antepasados, para que en los peligrosos trances de nuestra profesión, cuando se trate de salvar la patria ó la honra de la bandera que hemos jurado defender hasta perder la última gota de nuestra sangre, miremos nuestra propia existencia con igual desprecio que aquéllos héroes miraban la suya y la de su familia. Siga V. *señor* Ballesteros.

Este tratamiento de señor, nos llamó la atención, porque allí no se acostumbraba usarlo con los alumnos; pero todos lo consideramos muy merecido, tratándose de un compañero ilustre por su nacimiento, por sus distinguidos conocimientos y por el fervoroso patriotismo que revelaba en todos sus actos.

El disertante prosiguió de este modo su discurso:

«Los romanos, venciendo á los iberos y á los cartagineses, quedaron dominadores de nuestro territorio. Para el gobierno del mismo, lo dividieron en dos partes, denominadas la España ulterior, y la España citerior ó Tarraconense; comprendiendo la primera, la Bética, la Lusitánia y Galicia, y la segunda, todas las demás comarcas.

La antigua Iberia, ya denominada España, hizo grandes esfuerzos por sacudir la dominación romana, distinguiéndose el gran Viriato, pastor lusitano, que empezó por combatir con una reducida fuerza, y llegó á ganar grandes victorias en batallas campales. Al fín,

fué víctima de la traición, impulsada por los cónsules romanos; pero su traidora muerte será un eterno oprobio para los que la tramaron.

El ánimo se fatiga leyendo la larga série de rivalidades, luchas y desdichas que presenció nuestra pátria, bajo la denominación de los jefes romanos Sertorio, Sila, Mário, Pompeyo y el mismo César, hasta que Octávio Augusto, estirpando las disensiones internas, y venciendo á los indómitos astures, gallegos y cántabros, logró la completa pacificación de todo el territorio ibérico, que entonces tomó de Roma, religión, leyes, costumbres é idioma.

En este estado, continuó España hasta los primeros años del siglo quinto, en que, ya decadente el poderoso imperio romano, fué invadida por inmensas irrupciones de los pueblos bárbaros del norte. Los que se posesionaron de Castilla la Vieja, León y Galicia se llamaron suevos, los de la Bética vándalos ó silingos; y los de Lusitánia y provincia cartaginesa, alanos.

Esto dicen los historiadores, pero debe de existir algún error en ello, porque la identidad de lenguaje y de costumbre, que ha prevalecido entre lusitanos y gallegos, demuestra de un modo irrecusable, que los nuevos pobladores de ambos países eran del mismo orígen.

Poco después vinieron los visigodos, ó godos occidentales, y fundaron la monarquía goda en España, con su capital en Cataluña, y su primer Rey Ataulfo, al que sucedió Sigerico, que reinó pocos días, siguiendo una larga série de monarcas que gobernaron con mayor ó menor suerte hasta que, debilitado su poder por discordias, ambiciones, divisiones y guerras intestinas, fueron vencidos y derrotados con su Rey don Rodrigo en la famosa batalla del Guadalete, ocurrida en el año de setecientos catorce, de la era cristiana.

XII.

SOBRE EL MISMO TEMA

Hé observado con gusto—dijo en la siguiente sesión nuestro profesor, dirigiéndose al ilustre Ballesteros—que conserva V. en la memoria los hechos más culminantes de la historia de España, y que juzga acertadamente, las causas que motivaron la gran catástrofe de la dominación sarracena; pues, teniendo en cuenta el acreditado valor de los godos y el poder de su extenso imperio, solo á las ambiciosas disensiones y al desconcierto general de los mismos, puede atribuirse una derrota semejante á la del Guadalete.

Pero, aun confirma más esta creencia, la rapidéz con que tan furioso enemigo, como el sectario de Mahoma, se extendió por la mayor parte del territorio español; lo cual de ningún modo podía haber sucedido, sin mediar las causas antedichas.

Por efecto de aquella triste jornada,—continuó disertando el discípulo—en la que desapareció el Rey don Rodrigo, creyéndose fundadamente que murió pelean-

do, pues los escritores árabes consignaron que luchó con valor, vinieron seguidamente á España nuevas falanges de guerreros africanos, que, sin grandes dificultades se extendieron por todo el mediodía de nuestro país y por una buena parte de las provincias del norte, hasta que, cuatro años después, ó sea en setecientos diez y ocho, al llegar á las montañas de Asturias, Don Pelayo y los suyos les hicieron frente y conquistaron la primera victoria de una gigantesca lucha que había de durar ¡ocho siglos!

Se ignora, ni hace al caso el saberlo, el punto de España en que nació Don Pelayo, hijo del Príncipe Don Favila, Duque de Cantábria, ni qué número y clase de partidarios le acompañaron en su resuelta, cristiana y patriótica empresa; siendo de suponer que muchos ó pocos de ellos fueron restos del ejército derrotado en las orillas del Guadalete, que acudieron á refugiarse en el país más adecuado para iniciar la defensa; pero, de todos modos, Asturias puede vanagloriarse de ser la cuna de la reconquista de nuestra raza y el más sagrado baluarte del cristianismo.

Por eso los asturianos sienten en su corazón el amor más vivo, sublime y santo que puede profesarse á la pátria; un amor purísimo que arranca de los misteriosos albores de la infancia, y de los celestiales destellos de la cruz que Pelayo tremoló en Covadonga, para no extinguirse ni eclipsarse mientras los españoles conserven los salvadores sentimientos de Dios, pátria y religión, que los alentó en todas sus grandes empresas.

Con la fama de aquella victoria conquistada por Pelayo, acudieron muchos fieles á alistarse bajo el estandarte de aquel génio piadoso y patriótico; y, alcanzando nuevos triunfos, fué proclamado Rey de Asturias, y más tarde de León; dejando al fallecer, en setecientos treinta y siete, un estado ya vigoroso para continuar la

obra por él comenzada, un ejemplo de heroismo imperecedero en toda la cristiandad y el más grato y venerable recuerdo para todas las generaciones de nuestra amada pátria.

Después de Pelayo, siguió con variable fortuna la titánica lucha de la reconquista de nuestro territorio, continuada por sus sucesores en el trono, y contribuyendo á ella, unas veces por cuenta propia y otras mancomunadamente, los reinos de Aragón, Navarra y Portugal, que en diferentes épocas se organizaron con independencia del de León, hasta el año de mil seiscientos, en que el Emperador Don Fernando I, logró estender sus dominios por Castilla, y reunir bajo su cetro los territorios de Asturias, León, Castilla la Vieja, Galicia y Portugal. Pero este soberano, al fallecer en mil seiscientos cinco, cometió un gran error político, con dejar distribuido el territorio nacional entre sus hijos; señalando á Sancho, su primogénito, el reino de Castilla, á Alfonso el de León, á García el de Galicia y Portugal, á Urraca la ciudad de Zamora; y á Elvira la de Toro.

¡Funesta división que había de ocasionar la desdicha de los mismos príncipes á quienes se intentaba hacer felices, y quebrantar la unidad que era necesaria para combatir al enemigo que aún ocupaba una gran extensión del territorio español!

Durante el reinado de don Fernando, adquirió justa fama de temerario y afortunado guerrero, un caballero nombrado Rodrigo, ó Ruy Díaz de Vivar, á quien después llamaron el Cid Campeador, por sus grandes hazañas en los combates librados contra los moros y demás adversarios del Rey de Castilla.

Como era de esperarse, no prosperó la división de estados hecha por don Fernando, pues pronto su primogénito reunió á su cetro, sin grandes dificultades, to-

dos los territorios que, por virtud de aquel testamento, regían sus hermanos.

Es doloroso reconocer que, según aumentaba el poder de los reyes de Castilla, también aumentaban las fatales desavenencias con los demás reinos cristianos ya mencionados; y, para colmo de males, en mil ciento treinta y nueve, estalló una revolución en Portugal, proclamando su independencia de la monarquía castellana. Una independencia que podrá halagar el amor propio de los portugueses, pero que, en realidad, solo ha servido para imposibilitar la poderosa acción que ambos pueblos reunidos—*no como oprimidos ni opresores, sino como verdaderos hermanos*—podían y debían ejercer ante las naciones mas ambiciosas del mundo. . .

Que siempre, y muy particularmente en esta época de los grandes estados, es misión muy triste la de las pequeñas nacionalidades, que, apesar del valeroso esfuerzo de sus hijos, no cuentan con todos los elementos necesarios para hacer respetar su derecho, su razón ó su justicia, ante la codiciosa avaricia ó la impertinente ingerencia de los modernos é insaciables colosos.

Por su parte, los reyes moros que ocupaban el resto de nuestro territorio, no marchaban con mas acuerdo que los cristianos, y, debido á las rivalidades y rencores de aquéllos, pudieron los nuestros lograr sucesivos progresos en la reconquista.

En el reinado de don Enrique II, ocurrió el importante suceso de la reincorporación á los estados de la corona, del noble señorío de Vizcaya, en cuyo territorio parece ser que no lograron penetrar los sarracenos; pues no existen vestígios de su ocupación ni aun del paso por el mismo. Las condiciones del terreno y el legendario heroísmo de los vascongados supieron imponer respeto á los moros; pero la época mas interesante de aquella larga série de acontecimientos, estaba reser-

vada para la augusta princesa doña Isabel de Castilla y su primo don Fernando, rey de Sicilia y primogénito del de Aragón, quienes, unidos en matrimonio, realizaron de este modo y por sus sucesivas victorias, la gloriosa libertad y unificación de la patria, que coronaron con la memorable posesión de Granada; mereciendo el honroso dictado de reyes católicos, como merecen el mismo venerable recuerdo que todos los españoles debemos profesar á Pelayo, por ser las tres personalidades mas augustas de la historia, en el transcurso de la reconquista del territorio nacional.

XIII

LA EPOPEYA DE LAS INDIAS

Al iniciarse el exámen que venimos dedicando á la historia nacional,—dijo en una 3ª sesión nuestro profesor—no era mi ánimo darle las proporciones que ya llegó á alcanzar; pero habiendo observado que todos prestan mucha atención al relato de esta materia, y teniendo en cuenta que, á partir de la época en que ocurrió la rendición de Granada, se desarrollaron sucesos de gran trascendencia; vamos á dedicarles algunos momentos, siquiera no sea mas que para halagar nuestro patriótico espíritu, ante el recuerdo de aquella generación de esclarecidos héroes que á tanta altura elevó el nombre español.

Continúe V., Sr. Ballesteros, y diga, ante todo, si al realizar los reyes católicos la unidad nacional, quedaron algunos territorios de la antigua iberia segregados de la corona española; y si otros no comprendidos en aquella, vinieron á formar parte de dicha unidad.

Unicamente Portugal—dijo el alumno aludido—quedó segregado de nuestra unidad nacional, pues el

reino de León con todo el territorio de Asturias y Galicia, permaneció siempre fiel y unido al de Castilla, desde que este se organizó con el concurso de aquel, siendo por consiguiente, compartícipe de sus glorias y desdichas, porque si leales y sufridos han sido en todos tiempos para defender su trono los hijos de Castilla, sufridos y leales han sido también los gallegos, asturianos y leoneses que á su lado lucharon contra todos los enemigos de aquella corona que, no obstante llamarse escuetamente de Castilla, consideraban y tenían por la suya propia. El reino de Navarra y el señorío de Vizcaya, aunque con ciertas prerrogativas, se habían incorporado á la monarquía castellana, y con el reino de Aragón, vinieron tambien Cataluña y Valencia, como parte del antiguo territorio; y además, Mallorca, Cerdeña, Sicilia y Nápoles, que habían sido conquistados por los bravos aragoneses, catalanes y valencianos, reunidos bajo la corona de Aragón.

La Bética, ó sea la bella y risueña Andalucía, como más inmediata al campo africano, y mas codiciada por los aguerridos árabes, ha sostenido constante lucha con tan fieros y eternos enemigos del cristianismo; y tan valerosa como adicta á la corona de Castilla, si de ésta recibió poderoso apoyo para expulsar á los infieles del suelo que ocupaban, pagó siempre con noble é inquebrantable lealtad el servicio recibido.

Aquella generosa España, que durante ¡ocho siglos! se había venido ejercitando en la lucha con los más furiosos y temibles enemigos de aquella época, al terminar su gigantesca lucha no podía quedar de repente inactiva; y bien pronto sus belicosos hijos tuvieron ocasiones de demostrar su valor, su abnegación y su pericia, por los más lejanos y dilatados confines de la tierra.

Por ciertos pretendidos derechos del rey de Francia á una parte de los estados de Nápoles, se suscitó una

grave contienda entre españoles y franceses; y, puesto al frente de nuestros compatriotas el renombrado caudillo Gonzalo Fernández de Córdova, que ya en la guerra contra los moros se había distinguido notablemente, mereciendo el singular y honroso título de Gran Capitán; confirmó su crédito como guerrero de genio y talento superior, arrojando á los franceses de todo aquel territorio, después de alcanzar señaladas victorias, que fueron coronadas con la batalla de Ceriñola, una de las más brillantes ganadas por nuestras armas.

Pero la estrella de los reyes católicos, también irradiaba el camino de grandes y desconocidos imperios . . .

Cristóbal Colón, natural de Génova, y humilde, aunque sábio navegante, hacía mucho tiempo que alimentaba la idea de descubrir *las Indias.* No hallaba apoyo ni recursos para emprender su atrevido viaje, que los hombres de ciencia consideraban más que empresa temeraria, idea insensata é irrealizable; pero nuestros augustos monarcas, por generoso impulso de la cristianísima reina, *que llegó á ofrecer sus joyas para los gastos de la expedición*, dieron al postulante los auxilios, los barcos, los hombres, el apoyo y la autoridad suprema que necesitaba, para lanzarse con su propósito á las tenebrosas é imponentes regiones del océano . . .

Tres gallardas, aunque pequeñas carabelas fondeadas en el puerto de Palos, equipadas de todo lo necesario, tripuladas por 130 marinos españoles ¡130 héroes! que iban á dar un mundo á su patria, esperaban en la mañana del 3 de Agosto de 1492, el preciso momento del embarque del Almirante y de los capitanes Martín Alonso y Vicente Yañez Pinzón, expertos y temerarios navegantes que prestaron gran concurso á aquella maravillosa empresa.

Prévia la bendición episcopal, y con la ayuda de Dios, según decía siempre Colón, ante un pueblo que

presenciaba admirado aquella peregrina despedida, el Almirante y sus dos citados capitanes embarcaron y tomaron respectivamente el mando de la «Santa María» ó «la Gallega», como se había llamado hasta entonces, de la «Niña», y de la «Pinta», nombres de las tres carabelas que formaron aquella gloriosa escuadra; flameando en sus topes los estandartes de la cruz, de los reyes católicos, de Castilla y de Santiago.

A una señal de la capitana, las tres naves levaron las anclas, tendieron las blancas velas, crujieron los mástiles, surcaron las rizadas aguas y sus tripulantes lanzaron el último ¡adiós! á los que desde la playa los miraban y saludaban con los ojos arrasados de lágrimas. A Colón le guiaba la fé en el ideal que sustentaba; á sus camaradas la ingénita intrepidez de nuestros heróicos antepasados . . .

Arribaron á las islas canarias, límite de los mares á la sazón conocidos, para reparar sus naves en aquel punto avanzado del viejo mundo; y después penetraron en la inmensidad del desconocido Océano, marchando siempre con la proa á occidente.

¡Qué dudas, sobresaltos, temores y angustias supremas, no pasarían por aquellas interminables y pavorosas regiones de las aguas!

Al fin, Dios se dignó premiar tanta fé, tanta resolución y tan incomparable esfuerzo; pues en la memorable noche del 11 de Octubre, después que el Almirante había creído ver el débil resplandor de una luz que se movía de una á otra parte, en el incierto y misterioso horizonte; un marinero de la «Pinta» llamado Rodrigo de Triana, dió el grito de ¡Tierra! sonando seguidamente el disparo de su lombarda, que hizo poner en movimiento y llenar de alborozo á todos los que componían la expedición.

En efecto, al rayar el día, descubrieron una her-

mosísima ribera de amena y exhuberante vegetación, bajo un cielo claro y sereno que les hizo prosternarse y levantar los ojos al cielo, en demostración de inmensa gratitud.

Colón y sus capitanes con los citados estandartes de la santa cruz, de Castilla, de Santiago, y de los monarcas católicos, desembarcaron y besaron aquella tierra tan deseada; bautizándola con el nombre de «San Salvador», y tomando posesión de ella en nombre de los augustos reyes de España.

Los indígenas ó indios, como les denominó Colón por creer que aquella tierra era la India que buscaba, miraban atónitos á los expedicionarios, considerándolos seres sobrenaturales: llamaban vivamente su atención los trajes, armas y buques que por primera vez examinaban; y como el Almirante tuviese el don de gentes, y los tratase con gran amabilidad, pronto se captó la voluntad y confianza de aquellos pobres indios.

Es sumamente curiosa la descripción de los indígenas, hecha por el mismo Colón, quien, entre otras cosas, decía: «Todos van desnudos, como vinieron al mundo, lo mismo las mujeres, por mas que solo he visto á una muchacha muy jóven. Los demás eran hombres jóvenes, ninguno de los cuales pasaría de los 30 años

Todos eran bien formados y de movimientos graciosos y apacibles. Su cabello es tan grueso como la crín de un caballo y cortado por delante hasta las cejas; en cambio por detrás llevan una larga trenza que no se corta nunca.»

Aquella isla llamada por los indios «Guanahaní», pertenecía al grupo de las de Bahama, en el archipiélago de las antillas; pero se ignora á ciencia cierta el punto fijo en que ha tenido lugar el desembarco del Almirante y su gente.

Colón recorrió después aquella costa y las de otras islas inmediatas, entre ellas Cuba y Santo Domingo, dejando en esta última una parte de los hombres que le habían acompañado; y regresando después á España, para dar cuenta á los reyes del felíz resultado de la expedición.

Los monarcas, la nación y la Europa entera, lo colmaron de plácemes y honores por aquel maravilloso triunfo; el espíritu aventurero de nuestra raza vió ancho campo abierto á sus romancescos y soñadores impulsos, y muchos de nuestros compatriotas, siguiendo la ruta de las carabelas, llevaron su genio, su idioma, su religión, su civilización y su sangre al *nuevo mundo.*

Colón hizo tres nuevos viajes, pasó el resto de su vida entre los destellos de la gloria, las siniestras sombras de la envidia y las amarguras propias, inherentes é inevitables de los grandes genios. Hombre de profunda religión, murió con la humildad peculiar de los justos, dejando una fama universal, jamás igualada por ningún otro de su especie. Sin embargo, el mundo ha sido ingrato con él, usurpándole el sagrado derecho de dar su nombre á la tierra que, merced á increibles afanes, había descubierto; para adjudicarlo al de un hombre vulgar que en nada contribuyera para descubrirla . . .

Todos los aniversarios que se celebren en honor de Colón, todos los monumentos que se consagren á su memoria, serán un solemne sarcasmo, serán una ofensa inaudita para su glorioso nombre, mientras no se repare aquella gran injusticia.

Nuestros antepasados se engolfaron en la gigantesca empresa de conquistar el nuevo mundo, y descubrieron y dominaron tantas tierras, que llegó un día en que los reyes de España, pudieron decir que el sol no se ponía en sus estados.

No es posible retener en la memoria la larga serie de hazañas, las penalidades sin cuento, ni las grandes vicisitudes que la historia adjudica á dichos conquistadores; ni aún siquiera los nombres de los caudillos más distinguidos en tan gigantesca epopeya.

Pero nadie puede olvidar, en primer término, á Martín Alonso y Vicente Yañez Pinzón y sus valientes camaradas, de los cuales una parte fué víctima de su arrojo, muriendo á manos de los indios de Santo Domingo. ¡La primera sangre española vertida en aquellas latitudes!

También merecen especial mención Alonso de Ojeda, que recorrió las costas de Venezuela y Colombia; Vasco Núñez de Balboa, que atravesó el istmo de Darien y llegó hasta el mar Pacífico; Ponce de León, que descubrió la Florida; Francisco de Córdova y Juan de Grijalba que exploraron las costas de Yucatán; Juan de Solís, que recorrió la costa del Brasil, llegando hasta el río de la Plata, donde le dieron muerte los indios; Hernando de Soto, que penetró en el territorio del continente hoy llamado *americano*, y descubrió el rio Misisipí, que los indios denominaban «el padre de las aguas»; Rvdo. P. Fray Bartolomé de las Casas, que eficazmente se interesó para humanizar el tratamiento dado á los indios; y, finalmente, todos debemos enorgullecernos al recuerdo de los dos soldados más famosos y de más genio conquistador que han presenciado los siglos . . .

Esos caudillos no hay necesidad de nombrarlos, pues todo el mundo conoce, admira y contempla la inmarcesible gloria de ¡Francisco Pizarro y Hernán Cortés!

Leed, queridos compañeros, la historia de la conquista de los populosos y dilatados imperios de «El Perú» y «Méjico», realizada, respectivamente, por aquellos gigan-

tes del heroismo, con unos centenares de bravos é indomables camaradas: fijaos en la resolución con que siempre gritaban ¡adelante!, en la pericia que demostraban en los combates, en la entereza con que animaban sus huestes, en la gran política que demostraban para atraer las fuerzas del enemigo, y *en la energía con que mandaban destruir sus propias naves*, para que nadie pudiera pensar en la retirada . . . Y después de leer todo esto, me diréis si los descendientes de aquellos heróicos guerreros que realizaron la más admirable epopeya de la conquista de nuestras antiguas Indias, no merecen que nos descubramos y que levantemos monumentos de gratitud y homenaje á su honrosa é inmortal memoria.

Después de rendir el testimonio de vuestra admiración á tan incomparables conquistadores, llegareis sin esfuerzo á las tristes páginas que marcan la época de nuestra decadencia, con la pérdida de aquellos inmensos territorios; y sólo hallaréis algún lenitivo en vuestro patriótico espíritu, al contemplar á los valientes que se hicieron dignos de sus antepasados, entre los cuales descuella la brillante figura del heróico Brigadier (después Capitán General) don José María Rodil y Gayoso, *que*, con muy escaso número de subordinados, aislado y sin remota esperanza de auxilio, combatió y resistió durante ¡14 meses! contra el empuje de todas las fuerzas de mar y tierra, que los enemigos acumularon en torno de la plaza del Callao, después de la desgraciada batalla de Ayacucho, que Rodil censuró amargamente, y que determinó la inmediata dominación por los sublevados del dilatadísimo territorio del Perú, con la sola excepción del punto que defendía aquel hombre de hierro.

Las páginas más brillantes de la historia de las armas españolas en el presente siglo, están simbolizadas en aquella enérgica, heróica y sublime defensa, que agiganta el nombre del general Rodil, solo emulado

por la legendaria fama de los defensores de Numancia y Sagunto.

Pero en las catástrofes de los inmensos territorios de América, rodiles no hubo más que uno. . .

Aquí solo podremos parodiar al famoso Duque de Wellington: ¡Nación española! Perpetúa la memoria de aquel nuevo y *olvidado Cid* que supo corresponder al inmenso heroismo de sus antepasados . . .

XIV.

LA CORONACION DE UN HEROE

Realmente, el buen soldado no tiene en su corazón más glorias ni penas que las que experimenta la pátria, pues con ellas se hallan tan unido é identificado, que siente en su alma las palpitaciones de regocijo ó tristeza de sus compatriotas.

Sin olvidar jamás el amoroso seno del hogar paterno, los dulces recuerdos de la infancia, las juveniles pasiones, ¡tan puras y desinteresadas! el gran cariño de su padre y las tiernas y sensibles caricias de su madre; hace de los camaradas y jefes que le rodean una segunda familia, que con los lazos del compañerismo, de las comunes vicisitudes y del mismo peligro corrido en los azares de la vida militar, llega á interesarle tanto, como la suya propia. Y el afecto y la consideración á sus compañeros y superiores, es tanto mayor, cuanto más largo sea el plazo que se hallen reunidos y mayores los peligros que comparta con ellos.

Esto ocurre en términos generales, pero si, además de lo expuesto, los jefes se distinguen por su celo é in-

terés en favor del soldado, de suerte que sepan harmonizar la justicia y la severidad, con la atención y la bondad; en este caso, el amor del soldado hácia sus superiores es tan fuerte y expontáneo, que le obligaría á sacrificarse gustoso por sus superiores en cualquier lance ó riesgo de la vida.

En la época de mi entrada en el servicio, el tiempo de forzosa permanencia en el mismo, para los individuos sujetos á la ley de quintas, era de ocho años, plazo, seguramente, muy largo para retener en las filas á la juventud que después debía volver á reanudar sus interrumpidas tareas agrícolas, industriales ó comerciales; pero muy conveniente para contar con batallones de bizarros y verdaderos soldados, instruidos, aguerridos y en la plenitud de la fuerza y resistencia para todas las fatigas y empresas guerreras. Por eso, aquellos regimientos tan nutridos, marciales y vistosos, infundían respeto y admiración donde quiera que se presentaban.

El día de la patrona del regimiento, en el inmemorial del Rey se celebraba con gran solemnidad, disfrutando la tropa una expansión extraordinaria, para pasear y divertirse dentro y fuera del cuartel.

Los jefes y oficiales se esmeraban porque sus subordinados disfrutasen durante aquel día de una variada y selecta comida, tanto por la mañana como por la tarde; con vino y tabaco en abundancia y una gratificación para *alegrar el bolsillo.*

La primera fiesta de esta clase que yo presencié, fué muy notable, por más de un concepto. Al amanecer, la música empezó á tocar diana y aires nacionales en el patio del cuartel; después se oyó misa en el mismo, hallándose colocado el altar entre diversos troféos y adornos de armas, banderas y atributos artísticos; habiendo pronunciado el capellán una plática breve,

espresiva y oportuna, que todos escucharon con profundo silencio y marcadas muestras de agrado. Seguidamente, se sirvió el rancho ó almuerzo; y *para facilitar la digestión*, se corrió un novillo de bastantes libras y no ménos coraje, que dió grandes batacazos á los *toreros* más atrevidos. Tanto en el capeo como en las suertes de las banderillas y de las espadas, que querían desempeñar casi todos los soldados del regimiento, *incluso mis paisanos*, hubo muchas peripecias originales y jocosas que causaron gran satisfacción á todos los espectadores.

Terminada la corrida, la tropa salió á paseo hasta las últimas horas de la tarde que regresó al cuartel, para comer y entregarse á sus juegos, bailes y otras diversiones, de antemano preparadas por los entusiastas é ingeniosos oficiales.

Cuando la animación era mas unánime y la alegría natural se mezclaba con la del *vino* y alguna copa de otros licores que la mayor parte de los soldados había tomado en la comida y durante las horas de paseo, pero hallándose todos en su cabal juicio; después que ya los capitanes y oficiales de las compañías se habían retirado unos á sus pabellones y otros al cuarto de banderas, para hallarse atentos á cualquier novedad que ocurriese, penetró en el patio del cuartel, sin más acompañamiento que el oficial de guardia, el jefe mas simpático y querido de la tropa, el ya bien conocido de los lectores, señor comandante Andía, que ya en otro lugar califiqué de ídolo del soldado.

Los primeros soldados que le vieron aproximarse, lo avisaron á sus compañeros y, seguidamente, cesaron los juegos, quedando todos en la respetuosa actitud que la subordinación impone; pero el jefe, tan pronto llegó junto á los soldados, dijo: «Seguir, muchachos, seguir; pero que no haya disgustos.»

—No los habrá, mi comandante, contestaron varias voces; á las que siguieron otras: «Nó, nó, no habrá disgustos.»

En este mismo momento, un veterano reenganchado de muchos años de servicio se acercó á su jefe, con una copa en la mano; y, ante la más curiosa espectación general, le habló en estos términos:

«Mi comandante: yo ya estoy cumplido de 2ª campaña, muy pronto me darán la licencia; y como esta es la última *patrona* que paso en el regimiento, *no quisiera marcharme á Aragón*, sin que usía tomase esta copa de mi mano». . .

La tomaré, con mucho gusto, dijo el comandante, cojiendo la copa que le presentaba *aquel puro aragonés;* y no bien el jefe pronunció dicha frase, cuando se desbordó, cual torrente impetuoso, el inmenso entusiasmo que produjo en el ánimo de aquellos soldados, que tanto cariño tenían reconcentrado en su pecho; y prorrumpieron en unánimes aclamaciones de: ¡Bien! ¡Bien! ¡Viva el señor comandante Andía! ¡Viva! . . .

«¡Basta muchachos! interrumpió el jefe, comprendiendo, sin duda, los celos que aquellos vivas podían *originar* dentro del mismo regimiento; pero los grandes impulsos del alma son muy difíciles de contener, y como entre una muchedumbre lo que no se ocurre á unos se ocurre á otros, un soldado de los mas discretos, al ver al jefe, con la copa en la mano, gritó con mucha oportunidad é intención. ¡Silencio, muchachos: *el señor comandante vá brindar!* . . .

Bien puede asegurarse, sin temor de equivocación, que el comandante no había pensado en tal cosa, pero al ver de qué ingenioso modo se le invitaba á ello, y que todos guardaron gran silencio esperando oir la palabra que se les había anunciado, dijo: «Sí, muchachos, *hoy brindaré!*

¡Bien! ¡Bien! ¡Viva! ¡Viva el comandante! *¡Viva nuestro orgullo de Africa!* . . . ¡Viva! . . . .

La última frase debió de interesar las más sensibles fibras del corazón de aquel valiente jefe, pues sin poder disimular su gran emoción, procuró acallar aquellos vivas diciendo: «Voy á pronunciar algunas palabras, para cumplir la que os he dado». . .—Los soldados ni siquiera respiraban oyendo aquella potente voz, para ellos tan grata y en aquel caso, tan sentida.

Levanto la copa—siguió diciendo el jefe—y *quisiera llegar con ella hasta el Cielo*, para brindar desde allí, como en la tierra brindo y brindaré siempre, *á la salud de mis valientes y leales soldados de Africa*». . .

¡Lectores! No me es posible describiros el mágico y maravilloso efecto producido por tan nobles, elocuentes y sentidas palabras.

Todos aquellos soldados olvidaron momentáneamente el gran respeto que tenían á su jefe, para dar rienda suelta á la veneración que le profesaban. Todos saltaron como si hubieran sido heridos por una corriente eléctrica, todos se abalanzaron hácia él, y á porfía lo cogieron y elevaron en sus brazos; aclamándolo y paseándolo en triunfo por el patio del cuartel . . .

Antes de que pudieran reponerse de aquel delirio cautivador, uno de los más perspicaces, el más instruido y de mayores luces, el entusiasta heredero del condado de San Salvador, corrió hácia la tienda de campaña que se hallaba adornada con palmas y laureles, y tegiendo inmediatamente una corona de aquellas ramas; se acercó al núcleo de sus camaradas, y dijo: ¡Muchachos! esta corona es de laurel. . . es la corona de los héroes. . . la que le pertenece! . .

¡Ponérsela! ¡Ponérsela!—gritaron todos.

Y la corona fué colocada en el mismo ros que había usado en Africa.

Pocos días después de este afectuoso desbordamiento, aquella rústica corona se hallaba curiosamente depositada en una cajita de nogal, con un autógrafo que decía así:

«Obsequio de mis valientes y leales soldados de Africa; *sobre el cual descansará mi cabeza en la tumba...*

MANUEL ANDÍA Y ABELA.

XV.

CAMBIO DE GUARNICION

Desde que las modernas vías de comunicación enlazaron la capital de España, con las de las demás provincias peninsulares, y, merced á este grande y verdadero progreso, las tropas efectúan sus largas marchas con la gran comodidad y la asombrosa rapidéz peculiares de los trenes expresos; los cambios de guarnición entre unas y otras capitales, al ganar en descanso y brevedad, perdieron el mayor atractivo que proporcionaban á los pueblos, villas y aldeas marcados en los itinerarios del trayecto que las tropas debían recorrer en sus jornadas.

Es una verdad que:

«Todo el tiempo lo trastorna,
el curso á los ríos tuerce
y las montañas desploma.»

Era una hermosa mañana del florido y espléndido mes de Julio, como diría un apasionado novelista: el

mes de las grandes esperanzas, de las excursiones campestres, de las alegres verbenas, de la animación en las plazas y calles, de los bailes al aire libre; y de la grata expansión que por las verdes orillas del río Manzanares, disfrutaba el generoso pueblo madrileño.

El regimiento de infantería inmemorial del Rey, número 19, armado, equipado y en traje de marcha, se hallaba formado en columna cerrada, en la plaza inmediata al cuartel de San Gil, apoyando la cabeza en la calle de Bailén, y la cola en la de Leganitos.

Todos los jefes, oficiales, clases é individuos de tropa, con la sola excepción del señor Brigadier Coronel, se hallaban en su respectivo puesto, y con las armas en la posición de descanso, que bien lo necesitaban todos los soldados y clases de tropa, después de las muchas faenas del día y de la noche anteriores, motivadas por la entrega en la provisión de todo el utensilio del Estado; empaque y acarreo del almacén, oficinas y menaje de las compañías, arreglo de los asuntos particulares y despedida de las personas de mayor amistad y cariño.

Los oficiales, con su espada, su rewólver, gola, cartera de viaje y cantimplora al costado; y la tropa con su pesado fusil, su bayoneta, su cartuchera con tres paquetes, su pistonera atestada, su correaje cruzado, su mochila repleta y adicionada con el plato y la manta en la parte exterior de la misma. En fin, mucha carga para todos, y especialmente para los jóvenes menores de dieciocho años.

Un breve y agudo punto de atención, lanzado por el corneta de órdenes del regimiento, indicó la llegada del jefe superior, poniéndose las tropas en la posición de firmes; y, seguidamente, se oyó la conocida y bien timbrada voz de mando que decía:

«Marcha progresiva por batallones.— Paso redoblado.—Marchen.»

La fuerza y la música rompieron al mismo tiempo su airosa y bélica marcha, arrancando á los numerosos espectadores, estas gratas exclamaciones:

¡Qué música, qué tambores,
qué cornetas tan marciales,
qué sargentos, qué oficiales,
qué escuadra de gastadores
qué soldados tan vistosos,
qué cabos tan distinguidos
qué jefes tan aguerridos
qué damas de ojos hermosos!

Después de recorridas las calles de la coronada Villa, dejando á la espalda aquellos portales, balcones y ventanas adornados de encantadoras beldades, que salían á los mismos, unas atraídas por mera curiosidad, otras por lucir su belleza y no pocas por dar su despedida á algún dueño de sus amorosos pensamientos; cesaron los acordes de la música, cesó el paso redoblado, ordinario, cesó el silencio que guardaban los individuos y empezó la marcha á discreción, alegre, animada y bulliciosa; pero sin perder el orden regular de las compañías.

Los oficiales hablaban; reían y bromeaban con sus compañeros; los soldados charlaban, reían y cantaban con sus camaradas: todo marchaba bien, el peso del fusil, de la cartuchera y de la mochila, al principio no se hacía muy sensible, pero, según se iba avanzando y los rayos del sol hacían brotar el sudor, tostando el rostro y despertando la sed, la gente bisoña y no acostumbrada á la fatiga, especialmente los jóvenes voluntarios, empezaban á sentir el natural cansancio de la marcha . . . Pero aquella gente bisoña servía voluntariamente, tenía amor propio y bastante entendimiento para dejar de conocer lo que el deber le imponía. Aquellos jóvenes sabían que debían de esforzarse para no quedar rezaga-

dos, ni aumentar el peso de los carros del bagaje. . . Lo que más molestaba era el polvo que cegaba y secaba la garganta, sin hallarse fuentes donde refrescarla; y la arena que entraba en las ásperas alpargatas y abrasaba la planta de los piés. . .

El bagaje de los dos batallones marchaba reunido á retaguardia de los mismos. Esto es: de todo el regimiento, procurando guardar una prudente distancia entre la fuerza y los carros, en cuyo espacio iba reunida la caravana compuesta de las familias de los jefes y oficiales, que acompañaban al regimiento.

La escolta del bagaje la mandaba el teniente Gabaldá, un veterano que había cargado *el chopo* en la guerra civil, que había recibido un balazo y un gumiazo en la de Africa; y que era tan áspero y seco de rostro y de palabra, como exacto cumplidor de las órdenes de sus superiores.

De la fuerza de aquella escolta se destacaron cuatro soldados y un cabo á la vanguardia del convoy, tanto para atender á las novedades que por aquella parte pudieran ocurrir, cuanto para evitar que este llegara á mezclarse con la impedimenta que constituían las familias.

En la primera jornada, la señora del capitán *Ruzafa*, que ya representaba una buena tanda de años, duelos y quebrantos, como diría el ingenioso manco de Lepanto, llamó al cabo del piquete,—que, como queda expresado, mandaba la fuerza más inmediata al grupo femenino—el cual se le presentó enseguida; y dicha señora, no de muy buen humor, aunque procurando reprimirse, le interrogó de este modo:

—¿Que *fuerza* trae V., cabo?

—Traigo cuatro hombres.

—¡Cuatro hombres! Pues buen puñado son tres moscas. . . ¿Y los demás?

—Conmigo no han venido más, señora: la escolta viene á retaguardia, con el teniente.

—¡Ah! vienen todos con el teniente, ¿eh?, pues aun no he tenido el gusto de verlo por aquí. . . ¿Y V. por que no se acerca con su fuerza, para lo que pueda ofrecerse?

—Yo, señora, estoy á las órdenes de V. para lo que pueda servirla; pero me han prevenido que procure guardar una prudente distancia entre las familias y los carros del bagaje.

—¡Una prudente distancia! No me disgusta la palabra; pero el caso es que de ese modo las familias venimos incomunicadas. . .

—Yo no he querido decir eso, señora; y creo que se hace así, para que nadie moleste á las familias.

—A mí nadie me molesta. . . pero, en fin, V. no tiene la culpa de ello, y hace muy bien en cumplir las órdenes que haya recibido: hágame el favor de decir al señor oficial que venga, que haga el obsequio de venir; que la señora del capitán *Ruzafa*, tiene que hablarle. ¿Está V? . .

—Ahora le mandaré el recado: á los piés de V., señora.

—Adios.

—¿Me llamaba V., señora?—preguntó el teniente Gabaldá, al llegar á la inmediación de la capitana.

—Sí, señor de Gabaldá—contestó la interpelada—le llamo á V. y siento haberlo molestado, para decirle que aquí vamos solas y desamparadas, como si fuéramos reñidas con todo el mundo. Nadie se acerca á nosotras para ver lo que se necesita, ó lo que pueda necesitarse: nosotras tenemos sed, las bestias á lo mejor se asustan ó se encabritan, un chico se cae, otro llora, otro necesita apearse. . . y, en fin, que esto es insufrible. . .

—Pues yo, señora, dijo secamente el teniente Gabaldá, eso no puedo remediarlo. . .

—Pero puede V. mandar que su fuerza se aproxime y nos auxilie en lo que sea menester. . .

—Para eso, señora, están los bagajeros y los asistentes que vienen con las familias: mi fuerza no puede acudir más que en caso de novedad. . .

—¿Y cree V. que no es novedad lo que yo le acabo de referir?

—Señora: esas son las contingencias que tienen todas las marchas. . .

—Bueno, bueno, me gusta lo de *contingencias*, pero yo no puedo sobrellevarlas. Me hará V. el favor de mandar un recadito á mi esposo, *el Capitán Ruzafa*, que de mi parte haga por venir inmediatamente: que lo necesito.

—Lo mandaré, señora, dijo el teniente Gabaldá, retirándose.

—¡Mariquita!—exclamó la señora de Ruzafá, dirigiéndose á la del doctor Triviño.

—¿Mande usted, doña Justa?—contestó la interpelada.

—¿Ha visto V. que *insolentón* estuvo el teniente Gabaldá? . . Nunca he visto un hombre tan soez, desatento, y de tan poca galantería con una señora; pero lo sabrá mi marido. ¡Vaya si lo sabrá! . . Mucho mas fino es el cabo: siquiera sabe expresarse, pero el teniente, ¡Qué espantajo! . .

—Si, señora, si—contestó la fina doctora—poco atento estuvo, pero es así su caracter . . .

—Pues su caracter que se lo guarde para su mujer cuando la tenga, que siempre será *algun pendón* como él. ¿Qué se habrá figurado ese cara de nerón, mas fea que una noche de truenos? ¿No ha visto V. el *costurón* que tiene en el centro de la cara? . .

—Sí, doña Justa, lo he visto—dijo discretamente la *novicia* en la carrera—pero êsos *costurones*, lejos de afear, adornan el rostro de los militares . . .

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué cosas tiene V., Mariquita!—repuso doña Justa riéndose á carcajadas—¿A los *costurones*, les llama V. adornos?

—Señora: quiero decir, que cuando los costurones provienen de las heridas recibidas en las batallas, entonces es cuando se dice que adornan el rostro de los hombres . . .

—¡Pues para mí, ni con esas. . . Yo quiero el rostro de los hombres limpio, *como lo tiene el mío*; y eso que á valiente, ninguno le gana. Ya quisiera el teniente Gabaldá parecérsele. Porque un hombre como el mío se puede presentar en todas partes . . . ¿Vé V. como mi marido no viene? ¡A que no le mandan el recado! Pues como no venga, me han de oír. Lo mismo que este modo de llevarnos á retaguardia de todo el regimiento, como si formáramos parte del bagaje . . . . ¡Vaya una ocurrencia! Esto es superior á todo lo que he visto en mi vida. ¿Qué dice V. á esto, Mariquita?

—Doña Justa—contestó la doctora—yo tengo poca experiencia de la vida militar, . . . es la primera marcha que hago; pero me parece que mejor vamos aquí, sin que nos molesten ni molestando á la tropa, que en el centro del regimiento.

—¡Si yo no pretendo ir en el centro! Yo quiero hacer la marcha á la cabeza de la compañía, donde vá mi marido . . .

—Comprendo, doña Justa. Allí iría V. mas á gusto; pero todo tiene sus inconvenientes. Allí, nosotras oiríamos algunas palabras que suenan mal en los oídos de las señoras; nuestros esposos se molestarían por ello, reprenderían á los pobres soldados y estos no podrían marchar y hablar con la libertad que necesitan, para

que la carga y el camino se les hagan menos penosos.

—Es V. muy joven, Mariquita—repuso doña Justa con irónico acento—y aun tiene los oídos muy delicados . . . Con el tiempo se le endurecerán, como se han endurecido los míos. Yo ya estoy mas curada de espantos y deseo ir donde vá la compañía, como he ido siempre, donde los soldados le conocen á una y le miran y atienden como quién es. Eso pediré cuando venga mi marido; y si él no quiere reclamar, yo reclamaré, pues no tengo que sujetarme á *ninguna subordinación*. . .

XVI.

AGRADABLE JORNADA.

Después de doce días de marcha, en su mayor parte invertidos por las llanas, ardientes y monótonas tierras de la Mancha, donde el caminante con frecuencia llega á temer que de aquellas sendas columnas de polvo que se levantan y le envuelven y oscurecen, llegue á surgir algún nuevo Don Quijote, dispuesto á romper lanzas con el primer gigante ó malandrín que aparezca ante su vista; entró el regimiento en la histórica, culta y caballeresca ciudad de Córdoba, cuna de hombres muy célebres, de mujeres muy hermosas, de potros de gran estampa y de los toros más bravos.

Así como las leguas gallegas son estrechas, pero largas; así también las de la Mancha son ámplias, pero fatigosas. Sin árboles que den sombra, sin fuentes para refrescar, sin brisa que debilite los ardientes rayos del sol; los pobres soldados marchaban poco espansivos, con el hombro dolorido por el excesivo peso del fusil, la espalda marcada por las costuras de la mochila, los riñones oprimidos por la dura cartuchera, y los piés escaldados por la arena de los caminos.

Pero la perspectiva de la bella campiña de Andalucía, reanimó el espíritu de la tropa, y al sonar los acordes de la música por las calles cordobesas todos olvidaron su cansancio y sus quebrantos; para marchar airosamente ante las bellas andaluzas. . .

Que es propio de militares lucir siempre ante las damas.

Guíados por un hermoso niño de pocos años, llegó el cabo de la escolta y sus cuatro soldados á la puerta de una casa de modesta apariencia, situada en uno de los barrios más retirados; y preguntó:

—¿Vive aquí doña Tomasa Roviralta?

—Aquí vive, ¿qué se le ofrece á V?

—Venimos alojados, cuatro soldados y un cabo.

—Eso no puede ser, debe de haber equivocación en ello, porque yo *tengo fuero*, como lo tenía mi marido (que en gloria esté) y no pueden mandarme alojados. Dígaselo V. á los del Ayuntamiento, aunque ellos bien sabido lo tienen; pero siempre quieren abusar de una pobre viuda.

—Señora: replicó el cabo, la boleta me la dió un teniente que no sabemos en dónde se habrá alojado, y no vamos á conseguir que la cambien por otra. . .

—Pues yo lo siento mucho, pero no tengo obligación ni posibilidad de admitirlos á ustedes.

—Mamá:—dijo en voz baja, una agraciada joven que se hallaba á corta distancia—ellos no tienen la culpa y vienen cansados. . .

—Ya lo sé. ¡Siempre sales tú con la misma! ¿Dónde los voy á poner? Nada, nada, vamos al Ayuntamiento.

—Ya estará cerrado, mamá, porque es tarde. . .

—Que lo abran: para eso veré al Alcalde. Pero. . . ¿dónde está Ramoncito?

—Estará viendo los soldados, como hace siempre

que llegan. ¡Quién sabe si algún día va también por el mundo, y no nos gustará que le cierren las puertas. . !

—Sí, sí . . . ¡Quién sabe! . . . Claro está que eso no nos gustaría! ni qué decir tiene; pero tampoco yo las cierro á nadie . . . Bien sabe Dios que no lo hago por ellos, que buena lástima me dan; no sé donde colocarlos, pero, en fin, que pasen, que pasen, esta pobre casa está á su disposición . . .

Y, diciendo y haciendo, aquella buena mujer franqueó las puertas á los alojados, les proporcionó la mayor comodidad posible y no permitió que ellos gastasen ni un real en los preparativos de la cena.

¡Oh gran poder del cariño maternal! Ante el recuerdo del hijo que algún día podría llegar á ser soldado, todos los inconvenientes desaparecieron para la admisión de los alojados.

Al día siguiente, que fué de descanso, el cabo, aprovechando una ocasión oportuna en que la hija de la patrona se hallaba cosiendo en compañía de una amiga, se aproximó á ellas y dijo:

—Doy á usted muchas gracias, señorita, en nombre de mis compañeros y en el mío propio, por el buen corazón que ha tenido para nosotros . . .

—Lo tengo igual para todos—contestó la joven, con la mayor naturalidad.

—Ya lo supongo, pero eso no quita que nosotros quedemos agradecidos; y yo puedo asegurarle que no lo olvidaré nunca . . .

—Eso puede usted decirlo, pero yo no podré creerlo; pues de cosas tan pequeñas, pronto se olvidan los hombres . . .

—Pues yo no me olvidaré; y tal vez, algún día tendrá usted pruebas de ello . . .

—Hace usted muy bien en decir *tal vez*, porque así quedará siempre en buen lugar. De pruebas á promesas,

no va gran diferencia; y como las pruebas sean como las promesas *de los militares*, ya puedo esperar sentada. . .

—Señorita: usted nos ofende juzgándonos tan informales: debajo de este traje, se encierran corazones muy firmes . . .

—Nunca lo he dudado: la firmeza del militar, es como la de la pólvora . . .

—¡Me deja usted suspenso con sus comparaciones! La pólvora es más fuerte que firme, y nosotros . . .

—Ustedes son menos firmes que fuertes; tan fáciles de encender como difíciles de apagar, hasta que desaparecen como el humo de la pólvora . . .

—Es usted invencible y desconfiada como pocas.

—En lo que acaba de decir tiene usted y no tiene razón. ¿Vienen ustedes de Madrid?

—Sí, de allí venimos.

—¿Y lleva usted *muchos compromisos* semejantes al que acaba de contraer en las pocas horas que ha permanecido en esta casa?

—No llevo ninguno, señorita. En Madrid no he recibido ninguna atención tan señalada, y no he tenido por qué obligarme á nada.

—Eso es bien raro, porque las madrileñas no tienen fama de desatentas y á guapas no hay quien las gane.

—Yo no les quitaré su mérito, pero donde están las cordobesas . . .

—No siga usted, porque las cosas que no se sienten es mejor callarlas.

—No me juzgue usted tan mal, señorita; mire que yo no sé fingir . . .

—¡Que no sabe usted fingir! . . . Pues será el primer hombre inocente del mundo . . . ¡Digo! y militar. . . No estés tan callada, Rosa. ¿Qué te parece de estos pobres angelitos, con uniforme de guerra?

—Me parece—contestó la compañera—que de *estos angelitos*, pocos contará el reino de los cielos. A todos los llama la tierra . . .

—Mientras en ella haya divinidades como las presentes—dijo el galante militar—este será el paraíso de los ángeles. . .

—¿Tanto le gusta á V. este país—interrogó *la patrona* presentándose en la escena,—que lo compara al paraíso?

—Yo, señora—contestó el cabo, medio cortado—poco entiendo de paraísos; pero *la tierra* que he visto en Andalucía, comparada con la de la Mancha, solo de tal modo merece calificarse.

—Veo que no tiene V. un pelo de tonto—replicó la patrona—¿y para dónde van ustedes?

—Para Sevilla.

—Pues por allí verá V. cosas mejores, porque, según dicen, Sevilla es la reina de Andalucía.

—Yo quisiera ir á Sevilla, mamá, con estos militares,—dijo Ramoncito, que no perdía pié ni pisada al cabo.

¡Qué cosas tiene este niño! exclamó la madre. ¿Y qué papel harías allá?

—El de músico ó corneta: van algunos tan pequeños como yo. . .

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó la madre—¡Dios nos libre de semejante cosa! Ya ves niña lo que se gana con la venida de estos regimientos: que estos mequetrefes, que aun no se saben poner los pantalones, piensen ya en salir por el mundo.

—Los jóvenes que has visto—dijo el cabo dirigiéndose al muchacho—son de más edad que tú, pues ninguno baja de 15 años. Tu por ahora no debes pensar en eso: no te admitirían, tienes madre y hermanos, y muchos de ellos no las tienen: además, no podrías resistir las marchas y tendrías que ir en los carros.

—Eso lo veríamos, repuso el muchacho.

—Piensa en estudiar, y déjate de tonterías que hagan reir á los extraños—dijo la hermana.

—Más tonta eres tú—replicó el menor—que te metes á hablar *de pólvora* y de otras cosas que no entiendes.

—¡Silencio!—dijo la madre—los hermanos menores deben respetar siempre á los mayores, y tú con más motivo, porque tu hermana bien se desvive por tí; pero los hombres, desde pequeños empiezan á ser ingratos con las mujeres y muy pocos son los que agradecen lo que se hace por ellos.

—Es verdad: señora—afirmó el militar—con las hermanas somos muy ingratos, pues nunca paganos todo el cariño que de ellas recibimos.

El autor de estas páginas no tiene idea fija de todas las demás palabras que durante aquel día mediaron entre los alojados y las dueñas de la casa, pero el caso es, que al siguiente, las unas y los otros sintieron despedirse; y estos repitieron que nunca olvidarían á una familia que tan generosamente los había tratado y obsequiado.

Hallándose el regimiento ya lejos de la ciudad, cuando el calor empezaba á sentirse, el cabo, buscando en los bolsillos del poncho, un pañuelo para enjugarse el sudor, halló casualmente un plieguecillo de papel de cartas, que él no había colocado allí; y, junto al mismo, una curiosa estampita. El papel estaba escrito con lápiz y decía así:

«No piense V. mal de esta ligereza, porque es muy desinteresada. Yo no creo ni espero en su ofrecimiento. Los militares los hacen tan fácilmente, que son *muy cándidas* las que creen en ellos. . .

Nosotros no nos volveremos á ver en la vida; de ello estoy segura. . . (hasta el presente así resultó), pero esto no impide y hasta me anima para que yo le

dedique ese recuerdo del poco tiempo que pasó en esta casa. . .

Es la imagen de la virgen del Amparo, que si la lleva con devoción, le salvará de los peligros. Adios. . .»

EMILIA.

Esta notable epístola, cerró con llave de oro, aquella agradable y deliciosa jornada.

XVII

HONOR CORRESPONDIDO

Corto fué el tiempo que el regimiento permaneció de guarnición en la gran ciudad del Guadalquivir, de los suntuosos monumentos, de la maravillosa jiralda, de las incomparables procesiones, de los deliciosos jardines, de la arrogancia masculina, de la belleza femenina, de la perpétua alegría, de la dicha terrenal y de la fama universal, que muy justamente goza la clásica y encantadora Sevilla.

Desde allí pasó el inmemorial del Rey á la brillante perla del Atlántico, incrustada en el propio lecho de las aguas, animada por las energías de este poderoso elemento, arrullada por las embalsamadas brisas marinas y acariciada por las sílfides y ondinas del Océano. A la gloriosa cuna é inexpugnable fortaleza de la libertad y de la independencia española; la noble y heróica ciudad de Cádiz.

¡Inolvidable ciudad! Enlazando tu historia con la de

XVII

HONOR CORRESPONDIDO

Corto fué el tiempo que el regimiento permaneció de guarnición en la gran ciudad del Guadalquivir, de los suntuosos monumentos, de la maravillosa jiralda, de las incomparables procesiones, de los deliciosos jardines, de la arrogancia masculina, de la belleza femenina, de la perpétua alegría, de la dicha terrenal y de la fama universal, que muy justamente goza la clásica y encantadora Sevilla.

Desde allí pasó el inmemorial del Rey á la brillante perla del Atlántico, incrustada en el propio lecho de las aguas, animada por las energías de este poderoso elemento, arrullada por las embalsamadas brisas marinas y acariciada por las sílfides y ondinas del Océano. A la gloriosa cuna é inexpugnable fortaleza de la libertad y de la independencia española; la noble y heróica ciudad de Cádiz.

¡Inolvidable ciudad! Enlazando tu historia con la de

Covadonga, Granada, Gerona, Zaragoza y otros puntos semejantes, el corazón español se siente orgulloso de pertenecer á la indomable raza de los que en ellas pelearon por su patria y su religión; dando sublimes ejemplos de lealtad y civismo, que el mundo entero celebra.

Por eso, ¡hermosa joya gaditana! al recordarte en este día, recuerdo á España entera . . . Si yo pudiera entonar la lira de Homero, y fuera digno de cantar tus glorias; las cantaría con tan tierno y amoroso acento, como el más amante y apasionado de tus hijos que, desde lejanas playas, te mirase con los ojos del espíritu!

¡Qué día tan memorable el del mes de Mayo de 1862, en que debían recibir sus licencias absolutas más de 200 individuos cumplidos del regimiento del Rey! Era la quinta mas antigua, la de los soldados mas veteranos; aquellos valientes de la guerra de Africa, que marchaban al seno de sus familias, después de haber prestado muchos y muy leales servicios en las filas del ejército, y de haber contribuido á reverdecer con su sudor y su sangre, los laureles de la patria.

Los cuarteles de Santa Elena y San Roque, ofrecían el aspecto de una extraordinaria animación, de un movimiento y regocijo dignos de admirarse. Las oficinas de ambos batallones se hallaban atareadísimas con los últimos trabajos de los ajustes y del historial de cada interesado, para que todo fuese bien claro en las licencias. Los cumplidos, con su pantalón azul, su chaquetilla amarilla y su gorra de cuartel, entraban y salían con frecuencia para despedirse de sus amigos particulares y para comprar algún recuerdo destinado á sus padres, hermanos ó novias; además del indispensable canuto de hojalata, con su cinta encarnada; para guardar en él *la paloma*, ó sea la deseada y honrosa licencia.

Después del rancho de la mañana, no hubo toque

de marcha; pero, en cambio, la música, colocada en el patio del cuartel de Santa Elena, alegraba con sus aires más populares, á todas las clases del regimiento que allí se hallaban reunidas.

Aquella música, teniendo, sin duda, en cuenta que para el soldado no hay nada más agradable que la melodía de sus respectivos pueblos ó provincias, ejecutaba un inspirado y compendioso pout-pourrí de aires nacionales que recreaban los oídos, con las argentinas notas de la jota aragonesa, de los legendarios zortcicos vasconavarros, de las pastoriles danzas montañesas y asturianas, de las seguidillas manchegas, de los cánticos mas selectos y armoniosos de Cataluña y Valencia, de la dulce y melancólica muiñeira, y de las tiernas y cautivadoras canciones sevillanas y malagueñas.

¡Magnífica idea, la de despedir á los cumplidos, con los acordes más clásicos de nuestra musa popular! Todos se mostraban muy complacidos por ello.

Las horas del día avanzaban, los licenciados se habían despedido ya de todos sus compañeros de glorias y fatigas, así como también de sus respectivos superiores; se hallaban listos para emprender la marcha, pero las licencias no llegaban, como de costumbre, á las compañías. . .

¡Momentos de duda y de temor, que solo puede comprenderlos el que haya pasado por los mismos, ú otros semejantes! Porque ¿quién podía garantizar que no llegase una contraorden? La profesión militar está dentro de estos percances; pero la música seguía tocando, y esto era una prueba de que obsequiaba á los que debían marcharse.

Sin embargo, se hacían mil comentarios acerca de los motivos de semejante tardanza. Por fín, llegó la orden de que todos los cumplidos de los dos batallones, formasen en el patio del cuartel de Santa Elena; y, po-

co después, se vió llegar al Sr. Brigadier Coronel, acompañado de toda la plana mayor y menor del regimiento. . .

Aquella inesperada visita llamó vivamente la atención. Tanto los cumplidos como todos los demás individuos, pudieron reparar seguidamente, que el respetable jefe superior tenía el semblante muy alegre, como si participase de la gran satisfacción de sus súbditos más veteranos, que marchaban deseosos de abrazar á sus familias.

Vestía el traje de diario, correspondiente á aquel día, pero, contra su costumbre en los no festivos, ostentaba en su pecho muchas y muy honrosas condecoraciones, como en las grandes galas; luciendo también la banda de la gran cruz, que solo ceñía su busto en las mayores solemnidades . . . Indudablemente, esto quería decir, y así lo interpretamos todos:

«Hoy es un gran día para vosotros, y también lo es para mí: vengo, pues, á disfrutar de él. . . Vengo á despediros personalmente, y á entregaros en propia mano, vuestras respectivas licencias. Ostento mis condecoraciones, para dar más realce á este acto; pues si vosotros me habeis ayudado á conquistarlas en el campo de batalla, es muy justo que las contempleis con el mismo orgullo que si adornaran vuestro pecho . . . Todo esto lo hago en honor vuestro, y para que marcheis mas satisfechos y regocijados, al seno de vuestros padres». . .

En efecto, S. E. entregó á todos, uno por uno, la respectiva licencia absoluta, dirigiéndoles, al mismo tiempo, frases muy halagadoras; y encargándoles que fuesen siempre tan buenos ciudadanos, como habían sido excelentes soldados.

Todos contestaban á su respetable y digno Sr. Brigadier Coronel, dándole muy sentidas gracias; y hasta hubo alguno que le manifestó que llevaba gran pena al

alejarse de un regimiento que tanto quería, y que tenía unos jefes tan buenos para el soldado, como si fuesen padres del mismo.

Próximo á terminarse el acto, llegó un momento de grande y general expectación. Faltaba un solo individuo para recibir su licencia; el último que, casual ó intencionalmente, cerraba la segunda fila de la última hilera. Estaba allí temeroso y avergonzado, como si le repugnase tener que verse frente á frente de su jefe. Todos fijaron en él sus miradas al ver que el Sr. Brigadier se le acercaba, y prestaron mucha atención á las palabras que el jefe debería pronunciar. ¡Aquel individuo era el célebre cabo Matías, que había dado lugar á ser depuesto del empleo, y al fuerte y ejemplarísimo castigo que yo presencié en el mismo día de mi entrada en el regimiento!

El Sr. Brigadier Coronel se le aproximó, con bondadoso semblante; y con tono reposado, claro y muy elocuente, le habló en estos términos:

«¡Toma tu licencia! Vá limpia de malas notas; . . llevas tus buenos servicios de guarnición, y los de campaña y las acciones de guerra á que concurriste, defendiendo los derechos de la reina y de la patria. . . Y llevas también anotado que has derramado tu sangre bajo nuestra gloriosa bandera, *que es el honor más grande del militar.* Puedes presentar y leer con orgullo la licencia á tus padres». . .

El soldado, profundamente conmovido, solo pudo balbucear esta frase: ¡Gracias. . . mi Brigadier!

S. E. prosiguió: «No te apene ya el castigo sufrido; porque queda en el cuartel, como en familia. . . Tu padre, si se hubiera hallado en mi lugar, habría hecho otro tanto; y los castigos de los padres se sienten, pero no deshonran». . .

Cada palabra del Sr. Brigadier, causaba honda im-

presión en el ánimo de todos los espectadores; porque, como ya he dicho en otro lugar, para conmover y enternecer al hombre, no hay nada más elocuente que las frases puras y sentidas del alma.

El pobre cumplido que era objeto de tan generosa satisfacción, y que pudo profundizar toda la importancia del beneficio que su jefe le había hecho, y toda la nobleza de las palabras que le dirigía; prorrumpió en fuertes sollozos que le descargaban del gran sentimiento que aun guardaba en su pecho.

Dió el Sr. Brigadier media vuelta con propósito de alejarse; pero, al emprender la marcha, tuvo que detenerse, á la voz de su subordinado que le llamaba de este modo: «¡Mi Brigadier! ¡Mi Brigadier! ¡Yo solo siento!» . . .

—¿Qué deseas, muchacho? No te aflijas. ¿Qué es lo que sientes?

—¡Yo. . . solo siento el disgusto que por mí ha tenido V. E.! . .

Y después de decir estas tiernísimas palabras, se inclinó y besó con la mayor efusión la trémula mano de su jefe, que se hallaba poco menos emocionado que su súbdito.

De este modo, correspondió el humilde subordinado, al gran honor que le había dispensado el Sr. Brigadier Coronel; el cual se ausentó de aquel punto con acelerado paso, sin volver á mirar á sus más distinguidos soldados que se marchaban para siempre de las filas del regimiento. . .

XVIII.

REGIO SOLDADO

A los muchos títulos honoríficos que ostentaba el regimiento de infantería inmemorial del Rey núm 10, se añadió en el propio año de 1862, en que ocurrieron los sucesos expresados en el capítulo anterior, un nuevo timbre de gran significación y señalada honra para todo el ejército; y, especialmente, para el mencionado regimiento.

Seguía éste en la misma ciudad de Cádiz, cuando se anunció oficialmente que S.S. M.M. y altezas reales, visitarían en aquel verano, algunas capitales de Andalucía; y, entre ellas, la perla gaditana.

Con tal motivo, aquellos pueblos siempre adictos á sus soberanos, siempre espléndidos y generosos, y más predispuestos á las fiestas y al regocijo, que á la meditación ó á la tristeza; hicieron grandes y costosos preparativos para recibir dignamente á las personas reales.

La ciudad de Cádiz, muy rica y floreciente en aquel tiempo, levantó magníficos arcos triunfales, decoró sus lujosos salones para régios bailes y banquetes,

anunció grandes corridas de toros y dió otras pruebas de fastuosa magnificencia que llamaron poderosamente la atención de todos los forasteros que concurrieron á la misma.

Las clases militares, animadas de un grande y unánime espíritu de adhesión, lealtad y respetuoso afecto hácia los augustos soberanos, rivalizaban, por su parte, y en la medida de sus elementos, al impulso de las obras necesarias para el adorno y embellecimiento de los cuarteles y demás edificios de su ramo; adornándolos con hermosas combinaciones de escudos, pabellones y otros diversos trofeos de guerra, tanto en los testeros de las puertas principales, como en el interior de las expresadas dependencias.

¡Qué limpiezas de armas, vestuarios y correajes, para presentarse en formación con todo el aseo y la brillantez que correspondía al regimiento inmemorial y más tradicional del ejército! ¡Al regimiento que había de ocupar el puesto de honor entre todos los demás que concurriesen al recibimiento de SS. MM!

¡Qué movimiento, arreglo, trasiego y alineación de camas, tablas, banquillos, mochilas y demás efectos de utensilio y menaje de las compañías!

Pero todo se hacía con el mayor gusto y entusiasmo, porque en todos los pechos palpitaba el gran deseo de complacer á SS. MM. y altezas, cual corresponde á un ejército que tiene verdadera conciencia de su elevadísimo deber, para conducirse con valor y abnegación en los combates, y con la sumisión y el profundo respeto que debe sentir y demostrar siempre á sus soberanos.

Descansando la firme disciplina en esta base fundamental de las ordenanzas militares, de ella arrancaba sin violencia la gran virtud de la subordinación y del agrado con que aquellos soldados desempeñaban todos los servicios y faenas extraordinarios que la régia visita

exigía; sin pronunciar una queja, ni una murmuración ni el menor signo de disgusto. ¡De este modo es como nuestros antepasados lograron la corona de la victoria en las peligrosas jornadas de Europa, Africa, Asia, América y Oceanía!

En el día señalado para la entrada de la familia real, la ciudad de Cádiz ofrecía un animadísimo conjunto de *militares* y *paisanos*, de todas clases y categorías que, los primeros en formación y los segundos en inmenso y revuelto torbellino, acudían á las calles del tránsito, preparadas para la expresada recepción.

Cubierta ya la línea por las tropas, con bastantes horas de adelanto, comprendiendo aquella desde el palacio de la Aduana hasta la estación del ferrocarril, enlazando en ella la Catedral; todas las calles que comprendía y sus avenidas eran un inmenso é imponente hervidero de curiosos, tan compacto, animado y bullicioso, que muy difícilmente podrá verse otro semejante.

¡Qué enjambre de espectadores en los balcones, ventanas, azoteas y miradores! ¡Qué lujo y variedad de trajes, joyas, flores y otros adornos en las damas! ¡Qué cortinajes de seda, damasco y terciopelo en los balcones y ventanas! ¡Y, sobre todo, qué admirables bellezas de encantadoras mujeres, despidiendo rayos de fuego, amor, gracia y alegría, con sus arrobadoras miradas!

A las tropas no les era posible sostenerse en la línea, sin oscilar y ceder contínuamente el terreno al incontrastable oleaje de las masas populares, que avanzaba y retrocedía como las inquietas ondas del océano. Entre la muchedumbre se hallaban muchas señoras y caballeros de porte muy distinguido, que, en su mayor parte eran curiosos de las diversas provincias andaluzas. Elegantes damas, con sus tiernas y hermosas hijas, se arrimaban y amparaban á las filas del ejército, apoyándose en los hombros de los mismos soldados, para

poder sostenerse; al mismo tiempo que, con el arrobador acento de los *querubines* que solo sabe imitar la mujer sensible y delicada, decían: «¡Militar! *déjenos V. mirar por este laditó*»; mientras que otras mas curras y más zalameras, suplicaban de este modo: «*¡Sordaito!: haga usted el favó de correrse una miajilla, para hacernos un huequito; pues esto no se vé todos los días*» . . .

¿Qué corazón varonil, y especialmente, militar, podría resistirse á súplicas tan justas y tan dulcemente formuladas? Lo dejo á la consideración de los discretos lectores, quienes tendrán en cuenta que, en efecto, aquellos deliciosos palmitos, aquellos grandes ojos, aquellos esculturales bustos y aquel conjunto de gracias no se podía ver, ni menos contemplar tan de cerca, todos los días.

Durante las tres largas horas que duró aquella amena formación, esperando la llegada de SS. MM., ocurrieron escenas muy divertidas é ingeniosas que solo puede imaginar el que conozca la incomparable viveza y la maravillosa sátira del pueblo andaluz.

Precisamente, muy cerca de mí se hallaba un cabo hijo del mismo Cádiz, también voluntario, que se llamaba Juan Palomo, uno de los más felices para contestar incontinenti á todas las preguntas que se le hiciesen; y á el se dirigió una jóven y arrogante *flamenca*, con esta inocente é inesperada interrogación:

—¿Diga V., *sargento*,—y dispense la *curioseá*—qué quiere *desí* ese número uno, que llevan V. V. en el cuello de la *casaca*? . . .

A lo que enseguida el *improvisado sargento*, contestó:

—¿No lo adivina V., *sol de los soles*? . . . Este número uno, que llevamos los del regimiento *inmemoriá*, que si nos reunimos pasamos de *diez mil*; quiere *desí*. . . que *toítos* somos los primeros en adorarla á V., y yo antes que todos . . .

«Muchas gracias», dijo sonriéndose con cautivadora satisfación y naturalidad, la bella, curiosa y garbosa andaluza.

El oficial que se hallaba más inmediato, al advertir aquel interesante coloquio, intervino diciendo:

—«¡Cabo Palomo! Que no le vuelva yo á oir ni una palabra.»

—«Está bien, mi Alférez»—contestó el interpelado —«pero es que me *sonsacan*». . .

—«Cuando llegue usted al cuartel, *¡infeliz sonsacao»!* —replicó el oficial,—pase V. arrestado á la prevención». . .

—«No lo castigue V., *señó Capitán*—dijo la madre de la joven—que el *pobresillo* no tiene la culpa. Es que mi niña no entiende de estas cosas». . .

—Señora: estamos en formación—repuso el Alférez.

—Ya lo sé; pero es una formación *divertía*; como si dijéramos una fiesta. . .

Con estas palabras de la bondadosa é interesante mamá, y con otras ocurrencias semejantes, que por doquiera se oían, terminó aquella memorable formación, ó verdadera fiesta cívico-militar, digna de ocupar honroso puesto en los REFLEJOS que vengo exhibiendo.

¿Y qué diremos de aquella grande y hermosa Plaza de Mina, convertida en inmenso y suntuoso bazar de ricos artefactos y admirables curiosidades, custodiados y esmaltados por las más bellas, finas y delicadas señoritas de aquella comarca andaluza? Solo puede decirse, parodiando á Cristóbal Colón: aquello era lo más hermoso que jamás los ojos vieron. Hablo del conjunto. . .

Pero, volvamos á los cuarteles y fijémonos en el de Santa Elena, donde se hacían los preparativos de un grande y singular acontecimiento.

En el centro de la plaza de dicho edificio, se hallaba instalada una vistosa y espléndida tienda de cam-

paña, adornada con flamantes banderas nacionales; ostentando en el centro de la parte superior, nuestro escudo de armas, con la corona real.

Era el siguiente día del de la llegada de los augustos monarcas, cuando el regimiento y todos los demás cuerpos se hallaban formados en columna de honor, dentro de la plaza de dicho cuartel; y después del toque de atención del corneta que se había colocado en el lugar conveniente para dar el oportuno aviso; el centinela más avanzado lanzó la alta voz de: ¡Los de guardia!—¡SS. MM.!

Seguidamente, las bandas de música, tambores, cornetas y trompetas, rompieron la marcha real, las tropas presentaron las armas, los generales, jefes y oficiales saludaron con sus espadas, y los reyes y los príncipes, después de apearse de sus carruajes en la puerta del cuartel, penetraron en éste; saludando á su vez á las banderas y á los estandartes de los regimientos, según pasaban por su frente.

Con sus magestades se hallaba un brillante séquito de generales, ministros, prelados, títulos y otras personas distinguidas, y se hallaba también el tierno é inocente Príncipe de Asturias, heredero del Trono, D. Alfonso, Francisco, Juan de la Concepción, Fernando, Pío y Gregorio, que después reinó con el dictado de Don Alfonso XII, al que la historia adjudicará el honroso calificativo de *el pacificador;* porque durante su breve y glorioso reinado se pacificaron los territorios de la Península y de Ultramar que, á su advenimiento al sólio, se devoraban en enconada y fratricida lucha. Se conquistó una paz y una confianza general nunca superada y se inició el desarrollo, que afortunadamente continúa, de la riqueza pública con el establecimiento y acrecentamiento de grandes empresas industriales y comerciales; bajo los salvadores auspicios del orden, del trabajo y de la libertad.

En el centro de aquella hermosa y sencilla tienda de campaña, se hallaba una mesa de escritorio, en la cual ejercía sus funciones la segunda comandancia del primer batallón, en disposición de aumentar el número de los individuos del regimiento, con uno más que se presentaba voluntariamente.

No procedía de las modestas y humildes clases de la sociedad, ni de la moderna nobleza. Era más elevado su rango, era de estirpe real y heredero del trono español. . .

Don Alfonso de Borbón y Borbón, Príncipe de Asturias, fué filiado en aquel momento para servir á S. M. y á la Pátria, como *soldado voluntario*. Firmó el Segundo Comandante, firmaron los testigos y el Comisario de Guerra; y el nuevo soldado pasó por debajo de la bandera del regimiento, del mismo modo que los humildes reclutas que prestaron su juramento á la misma en aquel histórico día.

Destinado S. A. R. á la compañía de granaderos del primer batallón, en ella tenía preparada su cama (que no llegó á usar) como los demás soldados. Vestido y ataviado con el uniforme del regimiento, su cinturón, su bayoneta, todo proporcionado á su estatura y edad de cuatro años y meses, fué conducido de la mano del Ministro de la Guerra y Presidente del Consejo de Ministros, el esclarecido Capitán General Don Leopoldo O'Donnell, primer Duque de Tetuán, por todas las dependencias del cuartel y por entre las filas de todos los cuerpos allí formados.

Después presenció la distribución de los ranchos, siendo instado por el invicto caudillo de Africa para que comiese de ellos; pero el régio soldado solo probó dos cucharaditas, entregando después resueltamente la cuchara y diciendo con gracia infantil estas textuales palabras que nos hicieron sonreir á todos, incluso al

grave general O'Donnell: «No puedo comer más.»

Al sargento 1º de la citada compañía de granaderos, le entregó un portamonedas de plata con la corona real y las iniciales A. B. enlazadas, conteniendo una considerable cantidad para su distribución á los individuos de la misma compañía. Además de esto, todos los que pertenecían á los cuerpos reunidos en la plaza, fueron obsequiados generosamente por orden de la bondadosa Reina Doña Isabel II.

El personal del regimiento del Rey, al verse honrado con tan augusto camarada, tenía un nuevo, grande y legítimo motivo de orgullo por pertenecer á las brillantes filas del mismo.

SEGUNDA PARTE.

Recuerdos
DE LA VIDA
Militar.
L. Crespo

XIX.

CON RUMBO A ULTRAMAR.

LAS 2 de la tarde del día 30 de Diciembre de 1862, zarpó del puerto de Cádiz, con rumbo á los de Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico, Samaná y Habana, el Vapor español *San Lorenzo*, conduciendo un contingente militar, compuesto de un jefe, varios oficiales y unos 600 individuos de las diferentes clases de tropa, alistados en varios cuerpos del ejército de la Península, para pasar á continuar sus servicios en los distritos de Ultramar. Entre aquellos expedicionarios, figuraba este atento servidor de los apreciables lectores.

Causas que no merecen la pena de referirse, porque á nadie interesan, no tienen nada de gratas, ni de amenas, ni de instructivas—condiciones que procuro harmo-

nizar, en lo posible, con la sencillez de la narración—y el gran vacío que yo experimentaba en el regimiento inmemorial del Rey, desde que mi gran amigo é ilustre camarada, el bizarro hijo y heredero del Conde de San Salvador, había abandonado el servicio; me hicieron alistarme para pasar al ejército de la isla de Cuba, á la que tanta amistad y tanta afección había de ligarme.

Amigos leales, constantes y decididos desde nuestra primera conversación el noble Ballesteros y yo; al verle partir con rumbo á Madrid, después de haberse sustituido por otro hombre que su poderoso padre presentó en su lugar, ¡cuánto y cuán amargo sentimiento experimenté aquel día!

Le debía tantas y tan señaladas atenciones, que me veía obligado á demostrarle una profunda gratitud.

Su sola presencia en el dormitorio de la compañía en el crítico día de mi entrada en el servicio, fué un consuelo tan grande para mi atribulado espíritu, que no encuentro palabras para expresarlo.

Ciertamente, mi vocación por la carrera militar era grande, pero aquel puro y francote cuartelero, me habló tan gráficamente, con tanta dureza y con el puño tan cerrado, para apoyar la fuerza de sus razonamientos; que ya me hallaba más arrepentido, que satisfecho de mi determinación. Pero la oportuna presencia del entusiasta Conde de San Salvador, disipó mis temores.

¡El, descargó de mis hombros el enorme peso que me agobiaba en aquel inolvidable día de mi llegada á la compañía! ¡El, como más instruido y conocedor de los asuntos del servicio y de la vida y de las costumbres de las grandes ciudades, me aconsejaba y dirigía con un tino y una discreción superiores á todo encomio! ¡Y él, en fin, utilizaba su prestigio, su talento y *su mayor energía*, para salir en mi defensa siempre que lo creía necesario! . . . ¡Estas acciones no puede olvidarlas nunca el

corazón humano, y en el mío están muy grabadas con caractéres indelebles.

Al despedirlo en la estación del ferrocarril, cuando marchaba acompañado de su señor padre, nos abrazamos y me dijo estas palabras:

«Siempre he tenido un particular afecto á los gallegos, porque son modestos; pero hoy los quiero más, por sus buenos sentimientos.»

Yo no supe qué contestarle, porque cuando el alma siente con exceso, las ideas se obscurecen.

Nos contemplaba gozoso su respetable padre, quien me dió la mano diciéndome, con un elevado acento de nobleza:

—Mi hijo le quiere á usted como á un hermano, y yo le ofrezco mi amistad como un padre. Mándeme en lo que guste.

—Mil gracias, Sr. Conde—dije, retirándome con las lágrimas próximas á brotar de mis ojos.

La primera carta que de mi ex-compañero recibí, decía lo siguiente:

Madrid, 19 de Octubre de 1862.

Amigo Pimentel:—siempre me había nombrado por el segundo apellido.—Llegué á ésta sin novedad y más descansado que cuando hicimos la marcha por jornadas. Pero todo tiene sus compensaciones. En aquella marcha hemos visto algo, y ahora no he visto nada.

Mi madre lloró mucho al verme y yo la llené de caricias, para resarcirla de lo que por mí había sufrido.

¡Qué cambio de decoración! La rigidéz del cuartel, la severa disciplina de la ordenanza y la frugalidad de la vida del soldado, sustituidas de improviso por la magnanimidad paternal, los cariños de una madre, los goces de este gran mundo y el regalo del sibarita!

Sin embargo, no estoy de lleno en mi elemento. Así pasaré mientras haya paz: cuando venga la guerra, á su encuentro iré; porque, en tales casos, los hombres de corazón, y con mayor motivo los que obstentan títulos nobiliarios, *no deben permanecer ociosos*. ¿Qué se diría de una nobleza que en casos de peligro para la patria, no acudiese á la única fuente capaz de reverdecer los laureles conquistados por sus antepasados? . . .

Mi padre te envía recuerdos muy afectuosos, pues me consta que te aprecia; y dice que si necesitas alguna recomendación, *á otra cosa*, me lo avises. Ya sé tu modo de pensar, pero también sabemos que no siempre bastan los propios méritos para abrirse paso.

Siempre tuyo affmo. compañero y amigo que de corazón te abraza,

J. BALLESTEROS.

Inmediatamente que recibí la carta que acabo de copiar, cojí la pluma y escribí la que sigue:

«*Cádiz 4 de Octubre de 1862.*

Mi predilecto y noble amigo: Nunca ha sido mayor mi duda al escribir una carta, que la que me ocurre al trazar la presente, porque si en ella me valgo del *usted*, me parece que no podré demostrar toda la confianza y todo el cariño de un antiguo y distinguido compañero; y si no uso ningún tratamiento, falto, á sabiendas, al gran respeto y á la mucha consideración con que un humilde cabo del ejército, debe conducirse siempre en su trato, por escrito ó verbal, con el ilustre hijo y heredero del nobilísimo Conde de San Salvador. Creo que el modo de no incurrir en gran error, es hacerlo en las dos formas. Será este un caso nuevo y extraño, pero responde, por completo, á mi modo de sentir.

Yo siento un gran peso en mi corazón que aumen-

ta mi perplejidad; y es preciso que me descargue de él. . .

En cambio de mis defectos, tengo, ó creo tener, la gran virtud del agradecimiento, inseparable compañera de los huérfanos, que me hace mirar con mucha estimación á las personas que me dispensan algún favor, por pequeño que sea; y debiéndole á V., ó debiéndote á tí, los mayores beneficios y la más generosa y desinteresada amistad y *protección*—debo decirlo claro—que se me ha dispensado en el mundo; *siento que el mundo me falta*, faltándome tan hidalgo compañero. . . Ahora me siento más libre de aquel peso.

Mucho me alegro al saber que su señora y respetable madre se halla buena y gozosa con el regreso de su hijo: es muy justo que ella gane lo bueno que aquí hemos perdido y todos lamentamos.

No me extraña su decidido propósito de volver á empuñar las armas en caso de guerra, porque su genio y denuedo no podrían contenerse sin acudir al puesto de peligro. Por lo demás, en términos generales, es de creer que la nobleza acudirá como siempre á las filas del ejército, porque su buen ejemplo debe servir de guía á las masas populares. ¡Ojalá prevaleciese siempre el excelente espíritu que anima á los nobles condes de San Salvador!

Acerca del magnánimo ofrecimiento de su señor padre, ¿qué he de decirle? Solo diré que lo aprecio con toda mi alma, y que tal vez algún día tenga que molestarle.

Hoy, te ruego le hagas presente la más viva expresión de mi gratitud por todas sus grandes bondades; y usted mi antiguo y sabio consejero, reciba un respetuoso y tierno abrazo de,

LUIS OTERO PIMENTEL.

A esta separación, había que agregar la del exce-

lente gastador Leonardo Mira, que tan buenos servicios me prestara, y que, recientemente, había obtenido la licencia absoluta.

¡Qué cielo tan triste y encapotado el de la encrespada bahía de Cádiz, cuando, desde el alto castillo de proa del vapor «San Lorenzo», contemplábamos aquel hermoso conjunto de casas, murallas, cañones, morteros, torres y soberbios edificios, blancos como los copos de nieve; y todo rodeado de las agitadas, soberbias y azuladas aguas!

Padres, hermanos, parientes, amigos, compañeros, y todo lo que constituía el recuerdo de lo pasado, lo veía claro en mi mente, al alejarme de aquel punto, con la rapidéz del vapor que, lanzando por su chiminea sendas columnas de humo, emprendía el mismo viaje de las históricas carabelas que los gloriosos reyes católicos, pusieron bajo el mando del inmortal navegante Cristóbal Colón.

Muy pronto el cendal de mis lágrimas, más tupido é insondable que el de la triste y nublada atmósfera, me hizo perder de vista el último vestigio de la ciudad y de la tierra de la madre patria, que se desvanecían en el extremo horizonte, con la misma brevedad que la plateada y espumosa estela de la gallarda nave que nos conducía.

Para la distribución de los ranchos, la fuerza se organizó en grupos de diez hombres, á los cuales se les proveyó del correspondiente plato de hojalata, capaz para contener los diez ranchos de cada grupo; y de toscas y mal labradas cucharas de palo, que, sin duda, habían sido hechas por algún aprendíz de carpintero que debía de tener boca muy grande y labios de pedernal, si á su medida y á su temple se ajustó: además de ser muy anchas, tenían tres filos bien pronunciados para herir los labios de los que no las usasen con mucho cuidado. También tenían el capital defecto de ser casi

llanas, ó sea sin la suficiente concavidad para contener la parte líquida de los ranchos, que ha sido la mas abundante en toda la travesía. El primero de estos que se distribuyó, fué el correspondiente á la tarde del día 30, pues el de la mañana se había repartido *muy temprano* antes de embarcar.

Por causa del barullo que existía á bordo, como primer día de embarque, por la falta de costumbre para sostenerse en pié y andar guardando el equilibrio que requieren los fuertes balances; y por la série de peripecias que ocurren en semejantes casos, una buena parte del rancho de la tarde se vertió por la cubierta del barco siendo, por consiguiente, el alimento de la tropa mas escaso que frugal en aquél día.

Muchos soldados ni siquiera acudieron á la llamada que se les hizo para la distribución de aquella comida, por hallarse muy mareados, desde el mismo instante en que el buque empezó á andar; pero no perdieron gran cosa porque, como *estreno de la navegación*, y apesar de la proximidad del puerto, el primer rancho se componía de arroz y bacalao de inferior calidad y poco apetitoso; siendo, además, la galleta tan dura, que ni con el agua se ablandaba más que por las partes en que empezaba á asomar el gorgojo . . .

Las tinieblas de la noche cubrieron aquel cuadro con su impenetrable y misterioso manto, el mal caríz del tiempo empeoraba según íbamos avanzando, los golpes de agua, azotando la mura, empezaban á inundar la cubierta del buque; y, en este estado las cosas, se ordenó que la tropa se retirase *á su alojamiento*.

XX.

BRISAS MARINAS. . .

El departamento preparado para alojamiento de los 600 individuos de tropa que constituían aquella expedición, era un gran sollado ó bodega central del buque, que tenía un estrecho corredor á su largo y dos tarimas corridas por cada lado, ó sea á derecha é izquierda, por el estilo de los duros camastros de los cuerpos de guardia. Aquel ámplio local, no recibía ni podía recibir más luz ni ventilación que la que penetraba por la entrada ó escotilla, situada en la parte céntrica del mismo.

Peligroso era el descenso por la estrecha escalera, colocada casi perpendicularmente en el mencionado punto; pero aún más peligroso era el permanecer mucho tiempo en la insana y viciada atmósfera que allí reinaba. Sobre todo, en los extremos, la claridad y el aire respirable eran un mito.

El atolondramiento natural de los primeros momentos, la gran desazón proporcionada por el mareo,

la falta de previsión y de experiencia de que adolece siempre la juventud, y la necesidad de extendernos por todo aquel espacio, me impulsaron hácia uno de los confines del mismo; y, colocando mi morral en la más baja tarima, allí me acosté con la propia tranquilidad que hoy me acostaría en un lecho de plumas que se hallase colocado en una hermosa y ventilada estancia.

¡Qué noche y que día siguiente, pasados en aquel tenebroso sótano! El rugido del mar y el estruendo de las embravecidas olas que chocaban y rompían contra el casco del buque, lo hacían crugir con terrible fuerza, capaz de espantar á los ánimos más valerosos y despreocupados; pues como aquél vacío era tan grande, por él resonaba el eco del mar de un modo siniestro y aterrador.

Renuncio á describir las peripecias del mareo de mis camaradas y hasta del mío propio; entre otras razones, porque aun no me he podido dar cuenta exacta de todo lo que pasó en aquella nueva y peligrosa *Cueva de Montesinos*.

De lo único que tengo pleno conocimiento, es de que en toda la noche del día 30 al 31, permanecí con mi cabeza arrimada á la parte interior del mismo casco de la nave, de modo, que casi en mi cerebro se estrellaban las furiosas olas del mar; y aturdido por las mismas y por un grande y extraño marasmo que muy pronto me dominó, no me moví de aquel sitio, ni me interrumpió persona alguna hasta la hora del primer rancho del día siguiente, que, así como entre sueños, oí varias voces que decían: «Arriba», «arriba», «al rancho». Pero yo me hallaba tan postrado, que no hice el menor caso de dicha llamada y seguí en la misma disposición, hasta las últimas horas de la tarde, en las que se repitieron las mismas voces; que ya entónces llegaban

á mis oidos, mucho más tardías, confusas y debilitadas. . .

Ninguna voluntad tenía de moverme, ni de tomar alimento, pero conocí que me hallaba mal, muy débil y muy atontado; comprendí que allí no debía seguir, que corría grave peligro de asfixiarme, y, haciendo un gran esfuerzo, levanté la cabeza con ánimo de subir á la cubierta del barco. ¡Esfuerzo inútil! . . La cabeza la levanté, pero antes de que pudiera incorporarme, cayó nuevamente con irresistible fuerza, sobre el morral que me servía de almohada. Entónces comprendí toda la gravedad de mi situación, mi gran desfallecimiento, mi imposibilidad de levantarme; . . y, con la mayor resignación que Dios me ha dado en la vida, dije interiormente: *pues, aquí me quedo.* Así es la juventud.

Entonces aún podía hablar y pedir auxilio á los compañeros; pero ni se me ocurrió, ni comprendía la verdadera causa de mi desfallecimiento, atribuyéndolo únicamente al mareo . . .

Poco tiempo después perdí el conocimiento y empecé á delirar como no había delirado nunca, ni he vuelto á delirar desde entonces. ¡Joven, robusto y lleno de nobles ilusiones, me asaltó el pavoroso delirio precursor de la muerte! . . De la muerte fija, aterradora é implacable; porque si la Divina Providencia no ponía remedio en ello, yo no saldría ya de las siniestras garras con que la parca me tenía vencido y apresado.

Las últimas impresiones del sentido, eran las que prevalecían en mi delirio. Las furiosas olas, de tanto chocar contra el buque, lo habían despedazado; y los desdichados náufragos, luchando titánicamente con la agonía, marchábamos en horrible angustia, al impulso de las impetuosas aguas y en medio de grandes y variadas especies de fieras marinas, que á cada instante amenazaban devorarnos. . .

¿Qué tiempo duró este horroroso delirio, esta pavorosa situación de mi espíritu? Lo ignoro completamente. Pero, recuerdo que por momentos se hacía más sensible y angustioso; que me faltaban las fuerzas, el aliento y *la respiración;* hasta que, al fin, cesó el delirio, y con él desapareció *toda noción de la vida* . . .

¿Dónde me hallaba entonces? ¿Qué había sido de mí espíritu? ¿Qué fuerza vital existía en mi cuerpo? A nada de esto puedo contestar. No puedo decir que ya me hallase en la eternidad, porque de allí no adquirí noción alguna, ni es posible retroceder; pero es indudable que ya me había despedido de este mundo. . .

Sólo una inspiración de Dios podía salvarme y esta fué la que me salvó, tocando en el corazón de un antiguo y generoso compañero del regimiento del Rey. . .

Este noble y valeroso camarada, habiendo notado mi falta, aunque ninguna obligación tenía de ocuparse de mí, pues hasta poco nos habíamos tratado por ser de diferentes compañías; me buscó por toda la cubierta del barco, bajó á la bodega, reconoció á todos los que se hallaban acostados en las tarimas, y llamando ¡Otero! ¡Otero! llegó al punto en que yo me encontraba. Repitió á mi inmediación estas voces, que en medio de mi estupor, muy confusamente penetraron en mis oidos, como si salieran de debajo de la tierra; . . . pero nada pude contestar.

Me tocó, me sacudió y me arrastró con fuerza hácia sí: yo advertí que me movían, quise hablar; *pero tampoco pude articular ni una palabra* . . .

Otro que no tuviera tanto valor y tanto esfuerzo como aquel héroe, al verme en tan gravísimo estado, me habría dejado en el mismo punto hasta avisar á los oficiales ó á los empleados del buque; pero él, conociendo que lo urgentísimo era prestarme eficaz auxilio para sa-

lir de aquella perniciosa atmósfera, me echó sobre sus hombros con gran resolución y valentía; y, corriendo el peligro de caer derribado por la incómoda escalera, me subió y tendió en la cubierta del buque, pasando inmediatamente á buscar una taza de café, que me hizo tomar en el acto . . .

Según íbamos ascendiendo hácia la escotilla, donde el aire circulaba con libertad; el aliento, la respiración y la vida volvían tan rápidamente á mi organismo, que me admiré de aquella maravillosa transformación; y al poco tiempo de hallarme en la cubierta, respirando la pura brisa del mar, ya podía cantar victoria . . .

¡Oh noble, heróico y divino compañero! ¡Cuánto daría por abrazarte en este momento! ¿Cómo no he de consagrar mi más profundo amor al soldado? . . .

¿De qué modo escribiré el nombre de mi único y valiente salvador? Debería escribirlo con la sangre de mis venas; pues sin su generoso auxilio, yo habría sido víctima de la traidora *asfixia*, y los lectores no llegarían á contemplar este fiel espejo que hoy les presento *de la vida del soldado.*

Humildísima vida es, pero de inmensa enseñanza para los que, no habiéndola experimentado, no pueden concebir toda la realidad de la misma.

Tal vez mi relato haga sentir demasiado al lector sensible y generoso; pero yo no puedo negar á la pluma la verdad que me dicta el corazón.

Mi salvador se llamaba José Perez y Perez, natural de Allaríz, provincia de Orense; y murió peleando heróicamente á bayoneta calada, en la campaña de Santo Domingo.

¡Pobre Perez! *Solo Dios puede premiar tus nobles acciones.*

¡Si los valientes dominicanos que cortaron el hilo de aquella preciosa existencia, conocieran el gran cora-

zón de mi bienhechor; llorarían, como he llorado yo, su temprana y homicida muerte!

¡Pero el más fatal destino de las guerras, es que en ellas mueran los que siempre deberían vivir!

Mientras ocurrían las novedades que con religiosa exactitud acabo de relatar, ¿qué hacían los oficiales y el jefe encargado de la expedición? ¿qué hacía la oficialidad del buque? Y, sobre todo, ¿qué hacía el médico de éste, principal responsable de la salud de los expedicionarios?

Doy por sentado que el mareo impidió al jefe y á los oficiales militares, el ocuparse de sus tropas en el primero y segundo día de la navegación, pero los empleados del buque, y especialmente el médico, no tienen defensa alguna.

Estos sabían, ó debían de saber, que el alojamiento de la tropa era sumamente defectuoso, que carecía de luz y de aire ó ventilación suficiente para muchas horas; y que los infelices que se acostasen hácia los extremos del local, correrían allí grave peligro de vida, si no se les relevaba con frecuencia de aquella mortífera atmósfera.

¿Por qué no visitaban, pues, personalmente, aquel departamento para tomar las resoluciones que el estado *de los mareados* exigiese?

En la actualidad la mayor parte de los buques que se emplean en el transporte de tropas, tienen alojamientos mas apropiados que los de aquella época, y, por punto general, se ejerce mayor vigilancia para procurar alguna comodidad y mejor trato al soldado. Sin embargo de ello, como aun pudieran ocurrir escenas semejantes á la que dejo referida, todavía no ha pasado la oportunidad del conocimiento de aquellos percances, pues puede estimular á los jefes y oficiales encargados de las expediciones militares, á que vean y examinen *por sí*, diariamente, el alojamiento y los ranchos *que se*

distribuyan á la tropa, para asegurarse de que esta vá tratada y asistida como corresponde. Ninguna consideración debe eximirles de este deber, allí mas necesario que en tierra; pues con celo y buen deseo se pueden corregir muchas deficiencias, que, generalmente, son desconocidas ó pasan desapercibidas á los capitanes de los buques, altamente preocupados con la dirección y la responsabilidad de los mismos; y el inexperto soldado que se embarca por primera vez, tiene la cabeza aturdida con el mareo, y hay que dirigirlo en todo lo que ignora. [1]

---

(1) Como una prueba de lo mucho que vale la experiencia propia en todas las circunstancias de la vida, y de lo que puede conseguirse de los capitanes de los buques, con indicaciones oportunas; voy á citar un hecho sencillo, pero elocuente, relacionado con la materia de que habla este capítulo.

En el año de 1874, ó sea á los doce de mi primera navegación para esta Isla, he sido comisionado por el Excmo Sr. Comandante General de Puerto Príncipe, para conducir desde dicha plaza al hospital militar de la Habana, trescientos y pico de individuos de tropa heridos y enfermos por efecto de las vicisitudes de la campaña. Al hacerme cargo de ellos, observé que, si bien todos estaban delicados, unos ochenta de los mismos se hallaban tan débiles, que requerían un tratamiento especial.

Tan pronto como llegué á Nuevitas, me presenté al capitán del vapor «Niágara», que debía conducirlos, haciéndole presente el lastimoso estado de todos, y, en especial, el de los ochenta mencionados, por si le era posible proporcionarles alguna mayor comodidad en el buque, y, sobre todo, que en lugar del rancho reglamentario, *que estos últimos no podían comer*, se les diesen buenos caldos y sopas, ya que no pudiese hacerse otra cosa.

El capitán atendió y admitió mis indicaciones, y con el mayor agrado, hizo cuanto pudo en consonancia con ellas; habiendo tenido la suerte de que todos llegasen sin novedad á la Habana y muy agradecidos del interés que habían visto en su obsequio.

Escuso decir que procuré evitar que no se postrasen en los parajes ó rincones *escasos de luz* y *de aire respirable*. De algo me había de servir el recuerdo de mi pasado . . .

Si no se hace de este modo, y todos descansan en los empleados subalternos de á bordo, estos también pueden descuidarse; y con tan punible abandono, las *brisas marinas*, siendo tan saludables, pueden convertirse en nocivas, peligrosas y mortales.

Tómese, pues, nota de la enseñanza que se desprende de los hechos de este capítulo, para evitar que puedan repetirse; porque como comprenderá el discreto lector, no los refiero únicamente por prurito de exhibición.

Todo tiene su fondo, y *lo* del mar es insondable. . .

XXI.

TIEMPO BONANCIBLE

Al cuarto día de forzada marcha y segundo de mi milagrosa ascensión por la incómoda y recta escalera de nuestro *gran alojamiento*, llegó el vapor, *sin novedad*, frente á las Afortunadas, ó Islas Canarias, donde el mar se hallaba completamente sosegado; reinando un tiempo primaveral.

Después de preguntar el capitán al práctico que se acercaba, *si había muerto*, y de fondear el buque en el puerto de Santa Cruz, nos vimos rodeados de muchas embarcaciones menores, provistas de tabaco, licores, dulces, golosinas, aves, especialmente canarios, y frutos del país; entre los cuales abundaban excelentes naranjas, que era lo que más apetecíamos.

Apiñados y descolgados por la banda del buque, recibíamos los efectos que aquellos isleños, de bondadoso semblante, tostado por el sol, nos entregaban en cambio de algunas monedas que les costaba trabajo alcanzar, por mucho que ellos y nosotros nos estirásemos. Una agraciada joven que se hallaba puesta de pié en

un extremo de un pequeño bote, al hacer un esfuerzo para entregarme media docena de naranjas y recibir su importe, perdió el equilibrio y para sostenerse se apoyó contra el costado del buque; en cuyo momento el bote cedió para fuera y la pobre muchacha cayó de bruces en el mar, desapareciendo rápidamente de la superficie, con gran sentimiento de todos los espectadores.

Síntoma fué este que me hizo pensar de nuevo si el mar *me llamaría á su seno*, y lo mismo á los que conmigo tratasen.

Afortunadamente, la joven prontò reapareció en la superficie de las aguas, y con el auxilio de los hombres que la acompañaban, pudo salvarse. En su descenso al fondo del mar, no soltó de la mano derecha las monedas que había recibido, en pago de su mercancía.

La parada en dicho punto sólo duró unas cuatro horas; después de las cuales emprendimos nuevamente el viaje, siempre con rumbo á Occidente. Desde allí la mar estaba muy tranquila, y después de penetrar en la extensa parte del atlántico que lleva el nombre dulce y poético de *golfo de las damas*, ni un apacible y dormido lago presentaría sus azuladas aguas más llanas, mansas y deliciosas que las que allí contemplábamos; haciendo surgir en nuestra mente las imágenes y los idilios de las maravillosas sirenas, nereidas y ondinas que deberían reinar en aquel inmenso y encantador océano.

Los días eran tan claros y espléndidos y las noches tan serenas, plateadas y estrelladas, que daban el mayor realce al imponente y sublime cuadro de agua, cielo y espacio que se ofrecía á nuestra vista; ostentando la eterna pureza, frescura y originalidad con que había salido de las propias manos de Dios.

A las ocho de la noche, los oficiales del buque y los del ejército, mandaban retirar la tropa *á su alojamiento*, en cuya faena me veían mover de una parte para otra, au-

xiliándoles con la autoridad de mis galones de cabo, que me servían para decir y repetir: «¡Abajo;!» ¡abajo!; pero mirando, al mismo tiempo, donde podría yo *esconderme* para no cumplir por mi parte aquella orden general, que me causaba gran desazón y repugnancia. Era yo entonces un nuevo capitán Araña, que embarcaba la gente para quedarse él en tierra.

Con mi ingeniosa astucia, no tan fácil como inofensiva—pues algunas veces me era difícil evadirme—logré no volver á pisar aquel lúgubre y siniestro sollado, que yo miraba con invencible horror.

Exhibiéndome por la cubierta, estaba contínuamente expuesto á que los vigilantes me obligaran á pasar al dormitorio en que se hallaban mis compañeros; pero habiendo advertido que debajo del castillo de proa se hallaban dos vigas juntas y tendidas á lo largo del buque, y que por su forma redonda, dejaban un hueco en la parte superior, suficiente para tenderse en él un hombre, sin ser visto más que á muy corta distancia; allí me acostaba y acomodaba como en una elegante litera, pues, para mayor dicha, el frío ya había desaparecido y el morral me servía de cómoda almohada.

¡Qué noches tan agradables pasé en aquel tranquilo y ventilado paraje! Pues debo de advertir que mi cabeza se hallaba muy inmediata á una de las troneras ó boquetes que daban salida á las cadenas de las anclas; y que por allí entraba la más fresca y pura brisa que podría recibirse en la más lujosa cámara de un navío imperial. Yo dormía y descansaba encima de aquellas duras vigas, ó palos de respeto, y en aquella corriente de oxigenado aire; tal vez no tan regocijado, pero seguramente más libre de cuidados y de felonías que el Sultán de Constantinopla, en las mullidas alfombras de sus régios y voluptuosos harenes.

Pero, ¡la suerte es muy voluble y pasajera! pues

una noche en que me hallaba disfrutando de un profundo sueño, tranquilo y sosegado como el de una conciencia infantil; el cielo se obscureció con la rapidéz propia de la latitud tropical á que ya nos íbamos aproximando, el mar también se agitó más de lo que convenía para el dulce descanso de los navegantes, y el buque, empezando á cabecear y á luchar con las olas que lo atacaban de frente, dió una brusca embestida, semejante á una estocada á fondo, contra la gruesa marea, hundiendo en esta todo el casco de la proa, para levantarlo al instante con gallarda rapidéz; lo que ocasionó la entrada de dos impetuosos torrentes de agua por los boquetes ó troneras de las anclas, y un gran estruendo que me hizo despertar y estremecerme, completamente inundado desde la cabeza hasta los piés, por haber recibido á boca de jarro y á lo largo de todo mi cuerpo, uno de aquellos torrentes que, hasta me cortó la respiración, y me hizo creer de improviso que me hallaba sumerjido en el mar. . . ¡Indudablemente mi buena estrella volvía á eclipsarse!

Los lectores que no hayan navegado en iguales condiciones, tal vez juzguen exajeradas las peripecias que vengo relatando; pero yo les suplico que no vean en ello más que una sencilla exposición de la verdad á que rindo culto, pues la índole de los sucesos me permite exhibirlos sin escrúpulos de modestia, que quizás paralizarían mi pluma si entrañasen un fondo vanidoso ó de brillante resplandor. . .

Repuesto de aquel gran susto, tuve necesidad de pensar en el cambio de *alojamiento*, porque los boquetes de las cadenas seguían embarcando nuevos golpes de agua, que imposibilitaban la permanencia en aquel recóndito lugar, hasta entonces tan cómodo y placentero. . .

Lo abandoné, pues, con gran pena, saliendo á la

parte despejada del entrepuente, donde reinaba un molesto brisote y caía una fina é incesante lluvia que con gran indiferencia recibía en mi rostro y en la descubierta cabeza; pues la gorra de cuartel con que había embarcado, me fué arrebatada por aquel golpe de agua, y no pude encontrarla. La noche estaba muy obscura, el océano bramaba, en el buque no se oía ni un humano acento, reinando un grande é imponente silencio, solo interrumpido por lus crujidos del hélice, del casco y de la arboladura: los relámpagos iluminaban de cuando en cuando *aquel imperceptible punto* que se movía en el inmenso piélago del mar y del vacío, y yo, con mi inseparable morral en la mano, me hallaba plantado á la inmediación del palo mayor, resistiendo impasible la lluvia y el viento, y pensando únicamente donde podría pasar las horas que faltaban hasta que llegase la claridad del día. . .

¿A dónde podría dirigirme que no estorbase? . . . A ninguna parte, exceptuando la bodega; pero á ésta no bajaría más que á la fuerza.

Me ocurrió una idea y murmuré: «ya que debajo del castillo no puedo permanecer, ahora que nadie me vé, me subiré á la cubierta del mismo.» Sin vacilación, subí la escala que conducía á dicho punto, y allí me senté á la intemperie, esperando que el sueño me venciese, para acostarme. Como tenía mi ropa empapada, lo mismo que mi equipo del morral, y el viento era muy fresco, sentí frío en los huesos, sin ver medio de contrarrestarlo; pero, ¡oh pródigo destino de las inocentes criaturas! cuando me dominó el sueño y me tendí, sin ninguna esperanza de abrigo, dieron mis piés con un tupido lienzo, ó vela de lona, que estaba allí arrugada, y como dispuesta para cubrir mis ateridas carnes. No se hallaba del todo seca, pero, á pesar de esto, me vino muy á propósito para envolverme en ella, y que-

dar al poco tiempo muy abrigado y contento en mi nueva situación. . .

Bien pronto me acarició el sueño, no sé si por mucho ó por poco tiempo, hasta que me despertó un agudo y variado silbido de un pito que, seguramente, salía del puente de la nave y ordenaba alguna faena marinera. Pero yo no pertenecía á la tripulación del buque, era un simple pasajero y podía dormir tranquilo é indiferente á semejantes llamadas. . .

En efecto, los marineros habían sido llamados, pues á los pocos momentos, percibí el ruido de varias pisadas de hombres que se aproximaban al lugar en que yo me encontraba; después oí el eco de una potente voz que dijo: ¡iza foque! y al instante, *zás*, un extraño y gran tirón que levantó y estendió rápidamente la vela en que yo me hallaba envuelto; haciéndome salir rodando como una pelota en el aire. . .

¡Hombre al agua! . . . —gritaron los marineros que habían izado el foque.

¿Cómo es eso?—preguntó el contramaestre.

—Un hombre—replicaron aquellos—que estaba enrollado en el foque, y se fué por la borda. . .

—No me he ido por la borda, que aquí estoy—interpuse yo, medio asustado por el golpe recibido, y medio temeroso por el delito que había cometido.

¿Y que hacía V. aquí?—interrogó el contramaestre.

—Estaba durmiendo. . . —contesté.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Y por qué no duerme V. abajo como los demás?

—Por que de allí ya me subieron más muerto que vivo.

—¿Y cómo no se mueren sus compañeros?

—Eso yo no puedo contestarlo. . .

—Pues baje V., ó doy parte, para que lo metan en la barra.

—¡Es lo único que me falta!

—¿Qué ocurre?—preguntó el capitán del vapor, presentándose en el lugar de la escena.

El contramaestre le refirió lo ocurrido, y yo, antes de que el jefe del buque providenciase, me espresé de este modo:

«Señor Capitán: Suplico á V. que no me obligue á bajar á la bodega, porque de allí ya me subieron desmayado.»

¡Dejarlo!—dijo el capitán, retirándose, al mismo tiempo que por el Oriente asomaba el resplandor del nuevo día y del astro generador del globo que habitamos, dispuesto á enjugar con sus templados y amorosos rayos de la mañana, la humilde vestimenta del desdichado mendigo que no ha tenido donde guarecerse en las inclementes horas de la noche; y del sufrido soldado que la ha pasado al raso, en la tierra ó en el mar. . .

La navegación continuó bajo los auspicios del tiempo *bonancible*.

XXII.

¡TIERRA! Y TEMPORAL

Más ufano y alegre que unas páscuas, por haber ganado el dudoso pleito que yo venía sosteniendo con el rudo é inflexible contramaestre, me quedé muy satisfecho y orgulloso en lo más alto del castillo de proa, donde empecé á pasearme, de babor á estribor, cuanto permitía la total manga del buque; tanto para demostrar que ya tenía derecho á exhibirme en la cubierta del mismo, cuanto para ejercitar mis entumecidas y ateridas piernas.

Los pobres marineros ocupados en la frecuente faena del baldeo, no miraban con buenos ojos mi permanencia en la toldilla, en las horas de zafarrancho, y, al menor descuido ó distracción de una ú otra parte, me alcanzaban algunos cubos de agua, que yo no siempre podía sortear, porque el reglamentario aviso de ¡safa! que al mismo tiempo acostumbraban usar, llegaba más tarde á mis oidos que el agua á mi cuerpo.

Había que sufrir con paciencia y resignación *estas distracciones* para evitar disgustos que, llegando á cono-

cimiento del capitán, le hicieran arrepentirse de la gran concesión que me había hecho y que á mí tanto me convenía conservar.

En la noche del 14 al 15 de Enero, ya no fué posible contener la tropa en su alojamiento, por el excesivo calor que allí se experimentaba—segun decían—y por la creencia que todos abrigaban de que antes de amanecer se vería el faro de San Juan de Puerto Rico. Con tan fausto motivo, el bullicio y la algazara en la cubierta del barco fueron grandes é incesantes durante toda la noche; la cual se pasó cantando y bailando, al compás de guitarras, bandurrias y cítaras, tocadas en diferentes corros. Pero la luz del faro nadie la vió.

Sin embargo, al amanecer del día 15, repetidas voces de ¡tierra! ¡tierra! lanzadas por los que tenían mejor vista, fueron la señal para que todos dirigiésemos nuestras miradas hácia el extremo horizonte marcado por la dirección del buque; donde los menos expertos solamente divisábamos opacas y misteriosas nubes, en cuyo seno dormían las altas montañas de la bella y pacífica isla borinqueña.

¡Qué satisfactorios recuerdos nos asaltaban al contemplar aquellas eminencias de la tierra, después de haber salvado la inmensa llanura del atlántico!

¡Y qué exclamaciones de admiración salían de nuestros pechos para los arrojados nautas que, por primera vez, habían marcado aquella ruta, buscando tierra imaginaria en frágiles carabelas! ¡Solo viendo y contemplando aquella asombrosa distancia, recorrida por nosotros con rumbo fijo, conocido y al vapor, se podía penetrar toda la importancia de la maravillosa obra de Colón y todo el valor de los hombres que le acompañaban; sin más garantía para sus corazones que la esperanza de un sábio, tildado de visionario ó demente.

Vistas ya las montañas de la primera antilla españo-

la, pocas horas debían de faltar para desembarcar en el puerto de la misma, si no había inconveniente que lo impidiese; y llegando á la ciudad no faltarían víveres frescos y buena agua para satisfacer nuestro gran deseo, de comer y beber á nuestro gusto, ya que los de á bordo que se suministraban á la tropa, dejaban mucho, muchísimo, que desear. Los ranchos tenían poca carne, la grasa no estaba limpia de sebo, pan no se usaba en aquellos tiempos, y la galleta, excesivamente dura é insípida, no escaseaba en gusanos. Pero lo peor de todo, lo más malo de tomar era el agua, por hallarse completamente mareada, y con un olor aun más repugnante que el sabor. De otros artículos que en la actualidad se suministran, no hago mención, pues al que podía adquirirlos en la cantina, le costaban muy caros. En fin, que navegar en aquella época y en aquellas condiciones como soldado, y sin dinero en el bolsillo, era lo mismo que contraer grandes títulos de agradecimiento ante la patria.

¡Por algo los antiguos poderes ó gobiernos daban ciertas ventajas á los militares que de la Península pasaban á servir á los dominios de Ultramar! Porque, es justo declarar que nuestros antepasados, si bien es verdad que legislaban y escribían mucho menos que nosotros, no es menos cierto que, por punto general, nos aventajaban en saber lo que decían ó mandaban. Tenían un gran caudal de experiencia que se traducía en sus escritos.

Sin embargo del tratamiento nada satisfactorio que recibió aquella importante expedición, y de las malas condiciones del local en que la tropa fué alojada; todos aquellos individuos tenían tan arraigado el sentimiento de la disciplina y subordinación, que en todo el viaje no profirieron ninguna queja, ni dieron lugar al menor disgusto. Es de ensalzar esta gran virtud del soldado,

lamentando al mismo tiempo, que en aquellos tiempos, que ya lo eran del vapor y por consiguiente de la rapidez en las comunicaciones, no se diese mejor alimentación y más higiénico y saludable alojamiento á la tropa.

¡Tierra! ¡Tierra! ¡Ahora se vé bien clara!, decíamos todos según nos íbamos aproximando á la costa y divisábamos las cordilleras de montañas de la pintoresca isla de San Juan. Serían las siete de la mañana y se decía que, á las diez de la misma ya estaríamos fondeados en la bahía. Pero el hombre proyecta, y Dios dispone . . .

El horizonte de aquella vecina tierra empezó á entoldarse y obscurecerse, el viento procedente de la misma llegaba por instantes más fresco, rápido y fuerte; los moderados balances del barco adquirieron gran impulso hasta hacerse muy molestos; la cerrazón se acercaba por la parte de la proa, el capitán, sin duda vió peligro en acercarse á la costa sin la claridad suficiente para enfilar el canal de entrada en el puerto; y, prévia la orden del experto marino, el buque cambió de rumbo, volviendo la proa hácia el golfo. . .

¡Qué desencanto! Muy recio temporal debía de amagarnos por la parte de la costa, á juzgar por la extraña é inusitada maniobra del buque, por el gran movimiento que se observaba en la tripulación, afanosa en la tarea de aferrar las velas, vergas, botes y demás efectos y aparejos que podían presentar alguna resistencia al viento. Sobre todo, llamaba vivamente nuestra atención la gran rapidez con que la oficialidad del buque ejecutaba y trasmitía las prevenciones del capitán, pasando á la carrera de una á otra parte, y dirigiendo y presenciando todas las faenas de la marinería; mientras que el jefe, sin abandonar el puente, imprimía desde allí la dirección de la nave, y acercándose al aparato que co-

municaba con el maquinista, le decía con energía: ¡Máquina! ¡Toda máquina! . .

«Buen jaleo vamos á bailar, Luisillo»—me dijo el cabo Palomo, que, como yo, se hallaba observando las disposiciones del capitán.

—«El jaleo lo bailarás tú, contesté, pues yo me conformo con una alborada de mi tierra.

—Buena alborada te dé Dios, hijo, en estas alturas,—replicó el gaditano.

Efectivamente, *el baile* tenía ya una animación extraordinaria, que era digna de admirarse; pues por mucho que nosotros corríamos, el vendabal y las olas desarrollaban mayor celeridad, y batían la popa del buque con espantosa furia. Después de algunas horas de rápida y *estratégica* fuga, seguramente necesaria é indispensable para tomar posiciones y luchar en *campo abierto*, fuera de los traidores bajos ó invisibles peligros de la costa; la valiente y esbelta nave, describió un extenso semicírculo, evolucionando con visible arte, para resguardar su débil flanco ó costado del furioso embate de las olas. Después de esta maniobra, magistralmente ejecutada, y con una gallardía que el Dios Neptuno habrá admirado, dió frente á sus enemigos . . .

¡Qué altiva, airada y arrogante presentó su botalón y su afilada proa, á los impetuosos elementos que amenazaban sepultarnos en el fondo del océano!

¡Tan pronto se la veía alzarse con incomparable coraje, como hundir la proa en el seno del embravecido mar, para levantarla nuevamente hasta las nubes, desafiando las iras de sus poderosos adversarios! ¡No es posible contemplar un espectáculo más grandioso!

Los furiosos y aliados enemigos desempeñaban maravillosamente sus respectivas funciones, siempre dispuestos á auxiliarse y á protegerse mútuamente, para hacer más eficaz el esfuerzo ó combate general. Por eso,

el huracán luchaba con mayor fuerza contra la esbelta arboladura del buque, desgajándola y arrojándola del campo de la acción; mientras las olas batían el casco y barrían la cubierta con terrible é implacable impetuosidad.

Nadie se ocupó de disponer que la tropa se retirase á su alojamiento, pero tampoco ha sido menester, porque muy pocos individuos se veían por la cubierta. Este escaso número de soldados y clases, sorteando los grandes balances y resistiendo los golpes de agua, compartía con los marineros, ya bien fatigados, las múltiples y duras faenas del zafarrancho; siendo animados con halagadoras frases de los oficiales del buque, y con la simpática voz del capitán que desde el puente exclamaba: «¡Hala valientes! ¡Bravos soldados!» Aun me parece que le estoy oyendo.

¡Qué grata sonaba en mis oidos la voz del veterano capitán! ¡Con qué inmensa voluntad ejercitaba mis débiles fuerzas, prestando mi concurso para halar cuerdas, sujetar botes que se desprendían de sus amarras, levantar la cocina que había sido arrancada de cuajo, y auxiliar en otras análogas faenas que no podían desempeñar por si solos los pobres y cansados marineros.

No impulsaba mi ardoroso deseo de ser útil á la tripulación ni el temor del naufragio, que en aquella edad no pasaba por mi mente, ni la esperanza de una recompensa que sería ilusorio esperar, ni motivo alguno de interés ulterior . . . Solo me animaba el profundo agradecimiento que sentía en mi pecho, por la sencilla concesión que el capitán me habia otorgado de permanecer en la cubierta del buque, durante las horas en que mis compañeros descansaban en su alojamiento . . . Por eso su voz llegaba tan grata á mis oidos.

Esto demuestra que el favor que se hace á los seres humildes, suele ser muy agradecido.

XXIII.

AVERIA Y REMOLQUE

En plena borrasca pasamos el resto del día 15, la noche del mismo y casi todo el siguiente, hasta que en las últimas horas de la tarde, el viento y el mar empezaron á calmarse.

Muchos objetos de la cubierta, gran parte de la arboladura y un intrépido marinero fueron arrojados al agua; pero, afortunadamente, el tripulante logró salvarse, asiéndose con mucha agilidad de uno de los calabrotes que, á previsión, se hallaban tendidos por los costados y por la popa del buque.

A causa de un gran balance que dió la nave, en lo más recio del temporal, llegando sus vergas—increible me parecería si no lo hubieran visto mis ojos—á batir de lleno las más embravecidas olas, varios grandes y pesados gallineros, ó, mejor dicho, todos los que existían en la banda de estribor del castillo de proa, rodaron con violencia, hácia los que ocupaban el costado opuesto; y rompiendo, con tan brusco y rudo golpe, la barandilla del barco; unos y otros se fueron al mar, con

gran exposición de algunos individuos que, con el narrante, se hallaban próximos á dicho punto.

Las inteligentes aves, conociendo el inminente peligro que les amenazaba, piaban con triste y lastimero acento, mientras que los gallineros, flotando en la superficie del más elevado é impetuoso oleaje, seguían el infatigable curso de avance y retroceso de las agitadas olas; por lo cual, tan pronto los veíamos alejarse rápidamente de nosotros, como volver con mayor impulso, hasta chocar y estrellarse contra el casco del buque.

¡Despreocupaciones de la juventud! Los soldados contemplaban aquel interesante y nunca visto ni contado espectáculo, con vivas y expresivas muestras de curiosidad y algazara, como si ningún peligro propio se hallasen corriendo; y los más satíricos, al ver que las gallinas eran envueltas por las embravecidas ondas. exclamaban en tono jovial: ¡Nosotros somos tan generosos, que *las que habíamos de comer*, las cedemos á los pobres pescados!

La gravedad de la situación adquirió mayores proporciones, por efecto de una inesperada y repentina avería que nos puso en inminente peligro de naufragar. Esta avería, consistente en la rotura del eje de la máquina, ocurrió, afortunadamente, después de haber pasado la mayor furia del vendabal; pero el viento y el mar aún se hallaban imponentes, y el barco, con su máquina imposibilitada, no podía defenderse de tan poderosos elementos.

En tan críticas circunstancias, fué preciso recurrir al auxilio del velámen que podía utilizarse, pues, aunque insuficiente para emprender la derrota, podría, tal vez, facilitar las evoluciones necesarias para evadir los grandes choques de costado; que, siendo fuertes y repetidos, amenazaban destruir toda la obra muerta del buque, ya sensiblemente averiada.

Desde este momento, las faenas de la tripulación se multiplicaron, no solo por el mayor trabajo que requerían las maniobras del velámen y de la arboladura, con un mal tiempo tan obstinado, sino tambien por qué, habiéndose observado que los fondos hacían ó embarcaban considerable caudal de agua, especialmente por la parte de la popa; era necesario achicar constantemente con todas las bombas útiles, para desalojar el líquido que anegaba las bodegas.

Cansada, estropeada y mareada la tripulación;—yo he visto mareados á varios oficiales y marineros, por efecto de tanto trabajo, tantas maniobras y tanto correr de una parte para otra—demás está el decir que los individuos de tropa que podían sostenerse en pié, les prestaban el más voluntarioso y eficaz concurso; pero cuando todo el pasaje conoció la suprema necesidad de ayudar sin distinción de categorías, fué al enterarse de que el capitán había dispuesto que toda la carga, combustible y lastre que el vapor llevaba en los sollados ó departamentos de la popa, se trasportasen á los de la proa. . .

Grave era la resolución: grande debía de ser el peligro. Víveres, cajas, fardos, carbón, cadenas, hierro viejo, y otros objetos de peso que constituían el lastre, y no se habrían movido nunca desde que había empezado el servicio del barco; fueron extraidos de las bodegas y de los demás locales comprendidos entre la máquina y el timón, para pasarlos á los de la parte de la proa, que se atestaron sin dar cabida á los más pesados y voluminosos. Encima del castillo se hacinaron los mayores bultos, y como resultado de tan penosas tareas, el buque dejó descubierta gran parte de la quilla inmediata al hélice, y *hocicó* de proa, haciendo la figura de un caballo arrodillado.

En esta disposición, se izaron y anudaron las banderas en lo más elevado de los mástiles, y se dispara-

ban frecuentes cañonazos, pidiendo auxilio á quien nos viera, oyera y pudiera darlo. . .

Al tercer día de angustias, pasó una vela muy distante, los disparos de cañón en nuestro buque se hicieron entónces más repetidos, por si, merced á las detonaciones, podíamos ser vistos y socorridos; pero aquella vela siguió su rumbo desapareciendo de nuestras miradas, sin dar señales de ninguna clase y dejándonos en la incertidumbre de si los marinos que la dirigían se habrían ó no fijado en nuestra situación.

Los sucesos posteriores confirmaron que el capitán del buque á que me contraigo, observó lo que pedía el averiado vapor, pero, no pudiendo prestarle auxilio, por el mal estado en que también le habían colocado los temporales, se concretó á dar aviso de la novedad á las autoridades de Puerto Rico tan pronto le fué posible; en virtud de lo cual, una tarde en que nos hallábamos mirando con gran interés á todos los extremos del despejado horizonte, (pues ya los más indiferentes estábamos preocupados) pudimos divisar el incierto humo de un vapor, que parecía dirigirse hácia nosotros. . .

¡Qué alegría tan grande nos proporcionaron aquellas simples y confusas espirales de negro humo, que, al elevarse á las nubes, despertaban nuestra esperanza!

Esta se confirmaba á medida que observábamos la favorable dirección de aquel buque, de hermoso y expléndido porte, que acudía expresamente en nuestro socorro. Era el vapor de guerra «Hernán Cortés,» que llegaba á toda máquina y cuyos tripulantes, tan cultos como valientes, nos saludaban desde léjos, descubriéndose y agitando en las manos sus gorras blancas, como el sol que las iluminaba. . .

Muchos de nosotros no podíamos contestarles descubriéndonos atentamente como ellos, porque nuestras

gorras las habíamos perdido en las refriegas sufridas, y teníamos de antemano la cabeza descubierta.

Mucha impresión debió de ocasionarles la vista de nuestro barco, en el lastimoso estado ya descrito, y, sobre todo, el aspecto de *carboneros* que presentaban los marineros y soldados que tenía á su bordo.

Por nuestra parte, nos veíamos dominados de una profunda emoción. El Comandante del «Hernán Cortés,» que se hallaba en el puente de éste, tan pronto como se puso al alcance del eco de las bocinas, nos dirigió su potente y alentadora voz en esta forma: «Ya cesó el peligro; en el Hernán Cortés hay lugar para todos» . . .

A lo que seguidamente contestó nuestro capitán:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Viva el Hernán Cortés!

—¡Viva España! replicó el Comandante del buque salvador.

—¡Viva!, contestamos todos, con el mismo entusiasmo que si tan mágico grito lo hubiera pronunciado el heróico conquistador del Imperio de Moctezuma, cuyo glosioso nombre ostentaba aquella nave. . .

Porque ante aquel hermoso buque que en tal paraje y en tales circunstancias, nos salía rápidamente al encuentro, para prestarnos socorro, ondeando en sus topes nuestro glorioso pabellón y ostentando en el casco, con grandes caractéres, el mas sublime nombre de la larga série de valientes que realizaron la incomparable epopeya de la conquista de aquellos mares y tierras del Nuevo Mundo; nuestra soñadora imaginación creía ver algo sobrenatural, que nos hablaba y fascinaba con maravillosa elocuencia.

Y aquel oportuno grito de ¡viva España! con que contestó el Comandante del «Hernán Cortés,» y cuyo eco pareció surgir del propio seno del Atlántico, nos enseñaba que léjos de los pátrios lares, es donde el alma

se conmueve y extasía, evocando el sagrado y dulce nombre de la pátria. . .

Puestos de acuerdo los comandantes de ambos buques y no reconociéndose la imperiosa necesidad de que se efectuase el trasbordo del pasaje del *San Lorenzo*, atendiendo á la corta distancia que nos separaba de la costa; se procedió á tender los cables para efectuar el remolque, rompiéndose uno de ellos en la arrancada, y habiendo tenido necesidad de reemplazarlo con otro de mayor consistencia.

Bien sujetas las amarras de los dos barcos, el de guerra, moviendo con estrépito sus grandes y hermosas ruedas, empezó á marcar rumbo, dejando una ancha y plateada estela, al mismo tiempo que arrojaba por sus chimeneas muy densas columnas de humo, mezclado con la roja llama que brotaba de sus fornallas; y el «San Lorenzo,» con su máquina apagada, su aparejo estropeado y su cubierta desmantelada, le seguía humildemente llevando la proa oculta en las aguas, sin poderla levantar con aquella intrepidéz y arrogancia que había demostrado combatiendo al huracán. . .

XXIV

POR LAS ANTILLAS

Sin nuevos contratiempos llegaron los dos buques á la costa de la vecina isla de Puerto Rico, bordeándola hasta colocarse frente á la entrada de la bahía de San Juan, que ofrecía á la vista de los viajeros muy verdes, pintorescos y hermosos contornos.

Por el costado izquierdo de la nave, antes de penetrar en la ensenada, aparecían, en primer término, dos avanzados castillos que sirven de atalayas á la modesta capital de aquel fecundo país, famoso en el mundo civilizado por sus excelentes producciones de azúcar, miel, cacao, tabaco y café; competidor este último del más aromático y superior de todas las regiones del Asia.

Después se veía una deliciosa campiña, por la que se deslizaban compactos grupos de gente curiosa, que acudía á presenciar la entrada de los dos barcos, el uno al remolque del otro, saludando con afecto al pasaje del «San Lorenzo;» y, más adelante, se alzaba el blanco y vistoso caserío de la ciudad, con un mezclado aspecto de construcción europea y americana.

A la derecha del estrecho y peligroso canal, surgían varios islotes, con algunas edificaciones tan plácidas y serenas, como las suaves y tranquilas ondas del mar que las circundaban; y, por último, la más diligente y penetrante mirada se perdía en el extenso paisaje de amena, frondosa y lozana vegetación, cubierto por un cielo claro y transparente, que semejaba á una inmensa concha de nácar.

Sin embargo de tanta gala que la pródiga naturaleza ofrecía en aquel punto, sea por efecto de la especial disposición de mi ánimo,—siempre más propicio á la melancolía que al esparcimiento, como condición peculiar de todos los séres que durante su tierna infancia se agitan en el dominio de la orfandad—ó sea por otros invisibles é impenetrables arcanos, es lo cierto que al entrar en la bahía de Puerto Rico, he creido advertir un ambiente ó sello de tristeza que formaba gran contraste con la hermosa y espléndida brillantez de aquel cuadro. ¡Misterios que el alma siente, sin que la razón lo explique!

Tan pronto como dió fondo el vapor, desembarcó la expedición, pasando á acuartelarse provisionalmente al castillo del Morro, donde se proveyó á todos los individuos de la muda de ropa necesaria para poder presentarse con el debido decoro. Como alimento *refrescante* y *reparador*, se les dió en el primer día, el rancho más salado que ha podido condimentarse en el transcurso de los siglos; pues los rancheros,—nuevos en el oficio—aturdidos con la urgencia con que desembarcó la tropa, sin preparación ni conocimiento de aquella faena, y, más que todo, por punible negligencia; en vez de buscar agua dulce para las ollas, guisaron los ranchos *con la del mar*, que la tenían más cerca . . .

Pero no todas fueron pérdidas en aquel día, porque antes de desembarcar, teniéndose sin duda en cuenta

las muchas vicisitudes que, con la mayor abnegación, se habían pasado en tan dificultosa y arriesgada travesía, y el eficaz y salvador concurso que la tropa había prestado en todas las faenas marineras que requerían su valiente esfuerzo; después de bien formados y alineados por la extensa cubierta del buque, se les recompensó *con generoso desprendimiento*, repartiendo por igual á cada cabo y soldado, *una copa de aguardiente*. . .

¡Espléndido sacrificio,—equivalente, en conjunto, á unos quinientos y pico de *chavos*, como llamaban en Puerto Rico á las monedas de á dos cuartos,—que no todas las empresas navieras *habrían podido resistir!*

Empero, la empresa no se hallaba presente al hacerse el sacrificio por los empleados del buque; y es justo que cada cual lleve la parte de *honor* que le corresponde.

La permanencia en dicho castillo no tenía más objeto que el de dar tiempo á que el vapor «San Lorenzo» fuese reparado de lo más indispensable, para poder llegar al puerto de la Habana; pero, sin embargo, fué preciso organizar la fuerza por compañías y escuadras, repartiendo entre ellas las pocas clases que existían, entre las cuales se contaban algunos cabos interinos. Para la formación de las listas, los sargentos encargaron á los cabos que hicieran las de las respectivas escuadras; trabajo fácil en otras circunstancias, cuando se sabe escribir y hay elementos para ello, pero difícil allí por carecerse de mesa, papel, pluma y tinta indispensables. A pesar de este inconveniente, todos los cabos se *ingeniaron* para salir del apuro, y, bien ó mal, hicieron sus listas, merced al auxilio de las clases del destacamento y de la guardia del castillo, que les facilitaron aquellos efectos.

Pero un cabo interino, procedente del banderín, que aun no tenía tiempo de servicio ni nociones de dis-

ciplina, ni sabía que en el ejército algunas veces hay que discurrir ó hacer milagros para llenar ciertos cometidos; no dió cumplimiento á la citada orden, y cuando todos sus compañeros se reunieron para entregar las correspondientes listas, él continuó formado sin moverse de su lugar, ni darse por entendido de la parte que le correspondía. . .

El sargento lo llamó con viveza y el cabo contestó sin rebozo, entablándose el diálogo siguiente:

—¡Cabo Tizón! ¿No oyó V. que he pedido las listas?

—¿Qué listas? . .

—¿Qué listas han de ser? Las de las escuadras.

—Pero si yo no tengo pluma, ni papel, ni tinta, ni dinero. . .

—Pues si eso tuviera V. no sería ningun mérito. . . Hágalas V. en el acto, ó píntelas inmediatamente; porque sinó. . .

—¿Sinó qué? ¡Déme V. á medias andaremos, pues! . .

Esta falta de respeto le costó al bravo Tizón, la pérdida de sus interinos galones y una gran reprimenda del comandante. Ignoro qué castigo se habrá impuesto al sargento, pues también lo merecía por exigir imposibles y amenazar al cabo, del modo que lo hizo.

Al tercer día de permanencia en el castillo, se tocó marcha y la tropa, ya medianamente aseada, pudo salir á recorrer las calles y plazas de la ciudad, que se hallaban más frecuentadas por personas oriundas de Africa, que de España.

El color de ébano, las pronunciadas facciones, la flemática paciencia, el bondadoso aspecto y los grandes tabacos que fumaban las humildes negras, sentadas al frente de pequeños tableros, provistos de dulces, frutas y curiosos *tallullos*; llamaban vivamente nuestra atención. . .

Todas nos parecían de igual rostro, de iguales fac-

ciones y de igual *hermosura*, poniéndonos en cuidado el pensar como se arreglarían para conseguir su objeto, los que pretendiesen distinguir las unas de las otras. Con el tiempo hemos venido á fijarnos en que entre ellas existen análogas diferencias que las bien marcadas que se observan en sus semejantes de la raza blanca. Es decir: que en su clase las hay hermosas, pasajeras y feas y que, por lo tanto, no todas son iguales.

Respecto á las bellas puertoriqueñas, poco puedo decir con acierto; porque no he frecuentado los teatros ni los círculos de aquella sociedad, donde me fuese posible apreciar *sus méritos* ó cualidades físicas; pero la mayor parte de las señoras y señoritas que veíamos en los balcones, ventanas y paseos, eran de delicado y flexible talle, agradable y dulce semblante, y, sobre todo, de tierna y amorosa mirada. Este es el sello más característico que después hemos tenido ocasión de advertir en todas las sensibles criollas del archipiélago antillano.

A los veinte días de permanencia en Puerto Rico, mal reparadas las principales averías del vapor «San Lorenzo», nos recibió nuevamente á su bordo y emprendió su interrumpida marcha; con visibles muestras de alegría por nuestra parte, al verlo surcar de nuevo los mares con su valiente proa levantada.

Algunas horas después de la salida y en las últimas de la tarde, la tropa que ocupaba el castillo de proa dió la voz de ¡un hombre al agua! : todos corrieron hácia los costados del buque, el Capitán que se hallaba en el puente recorrió con avidéz todos los contornos y viendo ó creyendo ver, al náufrago que dejábamos por la parte de la popa; dió rápidamente las órdenes para el cambio de rumbo y el mayor impulso de máquina.

Desde aquel instante, el vapor marchando con toda la velocidad posible, empezó á describir un gran semi-

círculo, hasta dirigir la proa en la misma dirección que antes marcaba la popa; y todos llenos de ánsia y zozobra veíamos *al desgraciado* que nadaba y se ajitaba en las olas, desapareciendo por momentos, como si ya se agotasen sus fuerzas, y reapareciendo al poco tiempo, como si hiciera supremos esfuerzos para dar tiempo á la llegada del buque que acudía á salvarlo. . .

¡Allí está! ¡Allí está!, gritaban todos, señalando el punto en que reaparecía el náufrago; y cuando se ocultaba de nuevo, quedábamos sin aliento; temiendo, fundadamente, que ya no volvería á salir con vida.

¡Qué momentos de indescriptible impaciencia! Marchábamos á todo vapor, y nos parecía que el barco no se movía.

Por fin, nos aproximamos, y un gran golpe dado con la planta del pié del Capitán, á la par de una gráfica y tremenda exclamación que profirió, nos hizo ver que el *náufrago* era *un barril de patatas*, que había sido arrojado al mar. . . .

Volviendo á nuestro derrotero, continuó el buque sin novedad hasta . . . las altas horas de la noche, que se reprodujo la avería de la máquina, y quedó nuevamente incapacitada del funcionamiento de la misma. Como aun no habíamos perdido de vista la costa de la pequeña antilla, al día siguiente se pudo comunicar con la misma; y telegrafiándose á la capital, de allí salió por segunda vez, el buque de guerra que anteriormente nos había auxiliado, para conducirnos en la propia forma al mismo fondeadero; si bien en esta ocasión el *San Lorenzo* llevaba la proa levantada.

Los representantes de la Empresa naviera hicieron entonces lo que debieron haber hecho antes, que fué contratar con los consignatarios del vapor *Pájaro del Océano*, la conducción directa del *San Lorenzo* y su pasaje militar á la capital de la Isla de Cuba; y, sin

nuevas contingencias, al rayar el sol, después de una brillante aurora tropical, del 22 de Febrero de 1863, ó sea á los cincuenta y cinco días de navegación y arribadas desde nuestra salida de Cádiz, se hallaban los dos mencionados buques á corta distancia del luminoso faro de esta capital. Los pasajeros que por primera vez efectuábamos dicho viaje, mirábamos sorprendidos el magnífico, alegre y cautivador panorama de la Habana.

Por mi parte, confieso ingénuamente que, á pesar de la mucha fama que tiene en el mundo la verdadera perla de las Antillas, no me había imaginado hallar un conjunto de tierra, agua y cielo tan delicioso como el que, en aquellos momentos, recorría mi vista; pues si bella era la perspectiva de la ciudad, con su azulada y rizada franja de mar por la ribera del norte, hermosa y arrobadora se ostentaba la bóveda celeste, que enlazaba sus encantos con la amena, poética y matizada campiña que en toda la circunferencia le servía de guirnalda.

Otras populosas capitales presentan al observador más ricos y soberbios monumentos debidos á la mano del hombre, pero la misma variedad de estos objetos hace divagar la vista, sin cautivar los sentidos; mientras que en la contemplación de la Habana y su despejado horizonte, lo que más subyuga y deleita es el sublime atractivo de las maravillas de Dios.

Desde el alto castillo de proa—mi predilecto lugar en aquel memorable viaje—todo el ámplio perímetro de la ciudad se abarcaba de una sola mirada, sin eminencias, obstáculos, nubes, ni celajes que la interceptasen ni distrajesen del conjunto ó cuadro más expléndido, risueño y majestuoso que puede ofrecerse á los ojos del alma.

XXV.

ADMIRABLE CUADRO

¡Qué cambio tan grande dieron las cosas desde la época á que me vengo contrayendo! De la Habana de aquel tiempo á la de hoy, hay una diferencia inmensa.

Yo no llegué á ver *rodar* las onzas de oro por las calles de esta capital, pero en los primeros años de mi llegada á la misma, se oía hablar de ellas como quien oye llover. Que había gran riqueza, es indudable. Una prueba de esto es que en los casos de excitación patriótica como la motivada por la guerra de Africa, los donativos alcanzaban una cifra admirable. Es histórico y notorio que cuando le presentaron á *Pancho Martí*, las listas de la suscripción abierta para las atenciones de aquella campaña, al ver que varios *ricachos* figuraban en ella con un donativo de *mil pesos* cada uno; el célebre Pancho dijo, desdeñosamente: «¡Eso es una miseria! Apúntenme á mi con *mil onzas;* y que esos *tacaños*, hagan otro tanto.» La indicación surtió sus efectos, pues todos los hombres que pasaban por ricos y, en efecto, lo eran, siguieron el ejemplo de *Pancho.* Pero, de aquellos grandes rasgos, no queda mas que el recuerdo . . .

Afortunadamente, lo que desde antaño se perdió por un lado, también se ganó por el otro; porque los hombres de aquel tiempo, si bien es verdad que tenían mucho dinero, no lo es menos que carecían de otras *ventajas*, que hoy nos acarician, pues no se hallaban tan *instruidos*, ni tan *esclarecidos*, ni tan *ennoblecidos*, como los del presente. Y entre las onzas de oro, y los prestigiosos honores, la elección no es dudosa. . .

Según puede comprobarse con las estadísticas comerciales de las épocas más florecientes, desde los años de 1860 al 65, alcanzó la capital de la Isla de Cuba, el mayor grado de prosperidad mercantil, que registran los anales de su historia.

Las más ricas producciones de este feracísimo suelo y el principal ramo de su industria, que es la elaboración del incomparable tabaco que en sus extensas vegas se cosecha, tenían muchos y muy fáciles mercados: aún no habían llegado á luchar con la implacable guerra de tarifas que las diversas naciones han confeccionado para cerrar sus fronteras á los artículos extranjeros, ni se habían advertido las criminales falsificaciones que con el tiempo se fueron desarrollando en muchos puntos. Por efecto de estas falsificaciones, se finjen y monopolizan como azúcar y tabaco de la Habana, los similares de otros países que ni siquiera han pasado por las puertas de la misma. Si bien para los inteligentes que conocen las verdaderas propiedades del azúcar cubano y el exquisito gusto y aroma del tabaco habano, dichas falsificaciones resultan ineficaces; como la mayoría de los consumidores no saben distinguir los legítimos de los falsificados, admiten como bueno lo más inferior, con gran perjuicio de los intereses de esta Antilla.

Por otra parte, la gran competencia que el azúcar de remolacha viene sosteniendo con el de la caña, cerró los mercados de Londres, París y Berlín, á la producción

más importante de esta isla; y, escaseando la demanda, bajan los precios, disminuyen los fletes y se paralizan las operaciones de venta que, en otros tiempos solían efectuarse con gran facilidad antes de la terminación de las zafras, sin que el productor tuviese necesidad de discurrir sobre este interesante extremo.

Existiendo antiguamente mucha emulación entre los grandes mercados de Europa y América, para la compra de los azúcares de las Antillas, á ellas concurría un considerable número de buques de vela con el exclusivo objeto de cargar aquel dulce, según lo iban produciendo los ingenios; y como la mayor parte de la exportación de los frutos de esta Isla se efectuaba por el puerto de la Habana, en él se reunían con las demás embarcaciones dedicadas al transporte del comercio en general, constituyendo todas, especialmente en los meses de la zafra, una flota tan numerosa, aglomerada en el mencionado puerto que, seguramente, no tenía rival en otro alguno del mundo.

A todo esto hay que agregar que á principios del año de 1863, se sostenía entre los federales y confederados del norte de América, la más encarnizada lucha que se ha visto en el nuevo mundo; y, debido á ello, no solo aumentaban los pedidos de los frutos de esta Isla, haciendo venir á sus puertos mayor número de buques mercantes que en otros años lo efectuaban; sino que también se utilizaban sus ensenadas como puntos de refugio para los barcos de guerra de uno y otro bando, que se veían acosados por sus contrarios, según se observó con las famosas escuadras de monitores,—de formidables espolones,—que hemos visto en el puerto de la Habana.

Y por si tantas y tan poderosas causas no fuesen aun suficientes, para convertir esta bahía en un gran empóreo de riqueza naval y comercial de todas clases y

procedencias, la lucha empeñada por las armas francesas en el vecino territorio mejicano, había hecho del mismo puerto de la Habana el preferido y necesario lugar de escala para muchos transportes de víveres, personal y material que desde Europa se dirigían al teatro de las operaciones; siendo también el punto de reunión de las poderosas armadas que, en mayor ó menor número, todas las principales naciones sostenían en estos mares, observando los graves acontecimientos que á la par se desarrollaban en los dos países mas extensos é importantes de la mal llamada América.

Bajo el imperio de estas múltiples circunstancias que, seguramente, no volverán á concurrir en el transcurso de muchos siglos, llegó el vapor «Pájaro del Océano», remolcando al «San Lorenzo» frente al puerto de la Perla de las Antillas.

Mientras los citados buques permanecieron al costado norte del castillo del Morro, la esbelta torre, los elevados muros de este y el promontorio de tierra en que se halla asentada la gran fortaleza de la Cabaña, nos impedían totalmente la vista del puerto, oculto por dichos obstáculos; pero tan pronto como nuestras embarcaciones rebasaron la zona de la «Playa del Chivo»,—terrenos de aquellas fortalezas—y enfilaron la entrada del canal, poniendo de repente al descubierto la bella y espaciosa bahía, una profunda exclamación de sorpresa se escapó de nuestros labios.

¡Qué grande y animado espectáculo!

Toda la superficie de la extensa y pintoresca ensenada se hallaba atestada de embarcaciones de alto y bajo bordo, formando una masa tan unida y compacta, que parecía imposible poder penetrar en ella.

Indudablemente, aquel era el día de las mayores sorpresas; pues no he visto ni pienso ver otro espectáculo semejante.

Nuestros barcos se deslizaban con mucha lentitud y esmeradas precauciones, para sortear y salvar las grandes dificultades que ofrecía el paso por aquel laberinto de calles, avenidas y encrucijadas, formadas por los millares de naves de todas clases y condiciones, que se hallaban ancladas en la ámplia estensión de la bahía; y para no entorpecer la marcha y las evoluciones de las que al remo, al vapor, al remolque y á la vela, entraban, salían ó se trasladaban de una á otra parte, ya para atracar á los insuficientes muelles, donde se unían entre sí por los costados, del modo más conveniente para ocupar menos espacio, ya para separarse de ellos, después de efectuar las operaciones de la descarga, que todos practicaban por las compuertas ó planchas de la proa.

Nuestro asombro crecía maravillosamente á medida que íbamos avanzando por el interior del puerto, donde permanecían reunidos é inmóviles por la gravedad de su enorme peso, los más potentes y majestuosos navíos, los más extraños y sólidos monitores, las más esbeltas y airosas fragatas y otros buques de guerra de alto bordo, nacionales y extranjeros, montando en sus troneras, torres y castillos, una multitud de relucientes y poderosos cañones del más grueso é imponente calibre.

Extendiendo y elevando más la atención y la mirada, una y otra se perdían y abismaban en la inmensa, ruda, marcial, dulce y confusa algarabía de mil ecos y mil sonidos distintos, originados por el bullicioso trasiego de los zafarranchos y otras faenas de las tripulaciones, las voces de mando de los jefes, el ruido de las armas en los ejercicios y maniobras militares, el silbido de los pitos, el toque de las cornetas, los acordes y melodías de las bandas de música y el estruendo de frecuentes salvas que atronaban el espacio y se unían en los sentidos con la insólita perspectiva del intrincado

bosque de mástiles, chimeneas, vergas, járcias, velas y topes matizados con negras y blanquecinas espirales del humo de las chimeneas y de la explosión de la pólvora, todo ello coronado con los gallardetes é insignias de las respectivas escuadras y las banderas de todas las naciones civilizadas, que ondeaban graciosamente al impulso de una brisa suave y encantadora; como si esta grata emanación del cielo, bendijese á los colosos del mar, congregados en el *seno del mundo colombino*, para rendir un elocuente homenaje de afecto y consideración al augusto pabellón español, que, con la mayor solemnidad, se obstentaba en el centro de aquel grandioso y admirable cuadro.

XXVI.

LA HABANA DE ANTAÑO

Dejando al gallardo, pero desgraciado vapor «San Lorenzo», en el último confin de la ensenada de Marimelena, próxima á la vecina villa de Regla, para que allí descansase de las fatigas sufridas en tan accidentada navegación; desembarcó el pasaje militar—único que desde Puerto Rico había traído á su bordo—en el muelle de Caballería de la rica y famosa ciudad de la Habana, justamente ensalzada con el sobrenombre de «Perla de las Antillas».

En el antiguo Cuartel de la Fuerza—donde hoy me hallo trazando esta obra comenzada en el Castillo de la Cabaña—se hizo la distribución de aquel contingente, entre los diferentes cuerpos afectos á la guarnición de la Isla; siendo yo destinado al batallón de cazadores de Isabel II, número 3, que como otros de análoga y brillante historia, ya no existe; por virtud de las repetidas economías que se han aplicado al ejército.

Tan pronto como me fué posible, me dediqué á recorrer las calles y plazas de la población, tanto para

ejercitar las piernas, que se hallaban entumecidas; cuanto por el deseo de examinar de cerca, lo que de lejos me cautivara. Es preciso confesar que la realidad del interior, no correspondió á las apariencias del exterior.

El movimiento en los muelles y sus avenidas era inmenso, haciéndose muy difícil y peligroso el tránsito por los mismos, sobre todo, en las horas de la descarga de los buques. Los vehículos con que se efectuaba el transporte de toda clase de efectos, recibían carga superior á la fuerza animal que los impulsaba, ocasionándose con ello, frecuentes y perjudiciales detenciones en las calles más concurridas de negociantes y carruajes.

Durante el día, pocas familias se veían por las calles, exceptuando en las últimas horas de la tarde, en que salían muchos carruajes particulares al paseo de Cárlos III, conduciendo hermosas y esbeltas señoras y señoritas, las cuales aparecían graciosamente sentadas, formando curiosos triángulos en cómodos, elegantes y voluptuosos quitrines; y, tanto por la belleza de las damas, cuanto por la artística posición que en aquellos típicos carruajes adoptaban, con sus vaporosos trajes adornados con lazos, cintas y otras galas, semejaban preciosos ramilletes de rosas tropicales.

Por la noche asistían en gran número á la Plaza de Armas, ó á la Alameda de Paula, para oir, desde sus asientos, las melodías de las músicas militares que daban la retreta en dichos puntos, ó la voz de los enamorados mancebos que las cortejaban al estribo de los quitrines.

El movimiento de carruajes de alquiler, especialmente en las horas del día, era mayor que en la actualidad; y, se explica por el considerable número de ómnibus que en estos tiempos transitan por las principales vías, y las muchas carreras ó diligencias personales que

ahora evita el servicio de la red telefónica, que se extiende por todos los ámbitos de la ciudad.

Todos los carruajes particulares y de alquiler eran guíados por individuos de la raza negra ó mestiza, denominándoseles «caleseros,» como derivación de las antiguas calesas de Europa, con las que tenían bastante parecido las volantas y quitrines existentes en la época á que me vengo refiriendo.

En las volantas de alquiler los «caleseros,» iban montados en el único caballo que las arrastraba, pero en los quitrines particulares ó de lujo, que llevaban dos ó tres potros muy enjaezados, el «calesero» montaba en el del lado izquierdo que marchaba con soltura por la especial disposición de los arreos, aunque formando parte del tiro del carruaje.

El traje que usaban los caleseros de las casas particulares consistía en un flamante y estrecho pantalón blanco, chaqueta azul ó encarnada, tan corta como las de los toreros, con galones plateados ó dorados, sombrero de jipijapa, altas botas de montar y grandes espuelas de plata.

La antigua Habana se hallaba ceñida por una sólida muralla de bastante altura con varias puertas de salida y entrada al campo y á los barrios de extramuros, cuya muralla partía de la Punta y cerraba en el Arsenal.

Muchas calles del interior y todas las del exterior carecían de adoquinado y de aceras.

Los puntos de paseo y recreo eran además del de Cárlos III, de la Plaza de Armas y de la Alameda de Paula, ya nombrados, la Cortina de Valdés; los cuales se hallaban mejor cuidados y vigilados que en la actualidad, debido sin duda, al mayor interés que ahora se dedica á los parques centrales, que se hicieron posteriormente.

Es de sentirse que algunos de aquellos puntos de

recreo se hayan abandonado al extremo de que las fuentes que existían en los mismos y que eran hermosas obras de arte, se van desmoronando por incuria de los que debían atender á su conservación; pues antes que pensar en costosas edificaciones, debe cuidarse lo existente.

Sobre todo, la Plaza de Armas, por su proximidad á los muelles de desembarque, por hallarse cercada de buen caserío, de los palacios en que residen las dos autoridades superiores de la Isla y el Ayuntamiento, así como del histórico «Templete», y por ser el punto que atrae más curiosos extranjeros; requiere más esmero en su cuidado, mejor piso, mejores jardines y más curioso y *no primitivo* alambrado, y, en fin, más arte y más gusto en la dirección de su adorno y embellecimiento.

Aunque no escaseaban los edificios de buen aspecto, el caserío de la ciudad, en general, era de planta baja, sencilla arquitectura y modesta apariencia; pudiendo verse desde la vía pública la sala y los principales departamentos de las viviendas particulares.

Los principales templos que existían eran la Catedral, no obstante su humilde exterior, la iglesia de Santo Domingo y la de Nuestra Señora de las Mercedes; venerándose en la primera las cenizas del Almirante Cristóbal Colón, descubridor de América, sin que la reciente, extraña é inverosímil noticia de la aparición de las mismas en la Basílica de la isla de Santo Domingo, pueda ocasionar la menor duda de que las auténticas existen en la de la Habana, como superabundantemente se ha demostrado con testimonios irrecusables.

Los monumentos públicos más notables, eran la fuente de la mencionada Alameda de Paula, con su alta columna de mármol, en forma de obelisco, adornada con varios escudos y dibujos de mano maestra y coronada por un hermoso león; la de Neptuno, dedicada por el

Comercio de la Habana al memorable Capitán General D. Miguel Tacón, y la de la India, preciosa joya artística, costeada por el Conde de Villanueva. La estátua de Colón que ahora existe en el patio del Palacio de Gobierno, y la de S. M. la Reina doña Isabel II, que adorna el parque central, también son obras de mérito.

Teatros no existían más que dos, uno de ellos de excelentes condiciones arquitectónicas y acústicas, el cual se hallaba mejor pintado y decorado que en esta época; y el otro, un viejo caserón de madera que ya desapareció. Se llamaban respectivamente de «Tacón» y «Villanueva».

A la entrada de la Plaza de Armas existía y existe, el «Templete», ó sencillo monumento conmemorativo de la primera misa que se celebró á la inmediación de una gran ceiba, en el antiguo puerto de «Carenas», nombre que primeramente se dió á éste de la Habana.

Dicho acto religioso fué celebrado por el sacerdote que acompañó á los fundadores de esta ciudad, y se halla representado en un lienzo que ocupa el costado izquierdo del interior del «Templete», ó sea á la derecha del observador que penetra en el mismo; hallándose al frente opuesto otro lienzo en que aparece una curiosa representación de Diego Velázquez presidiendo el primer cabildo del Ayuntamiento de la Habana. En el testero del fondo existe un gran cuadro de mayores dimensiones que los dos expresados; viéndose en él los retratos, perfectamente delineados, de muchos personajes que asistieron á la misa de la inauguración del mencionado monumento, celebrado en el año de 1828, por el Rvdo. Obispo Espada, de grata memoria.

Llama la atención del observador la corpulenta ceiba que existe en el vestíbulo del «Templete», la cual fué sembrada en el mismo año 28, en el propio punto en que se hallaba la que sirvió para apoyar el altar en

que se dijo la primera misa, cuya ceiba ya había sido derribada por la acción de los años, sin que se haya tenido la curiosidad de conservar ni una parte de ella, como lo requería su gran valor histórico.

Este monumento no se abre más que una vez al año, el día de San Cristóbal, patrón de la Habana; y es lástima que no se ejerza más vigilancia para asegurar una completa limpieza en sus alrededores y evitar que á su verja ó muro *se adhieran* maderas, hierros ú otros objetos que le hacen perder su aspecto severo y propio de los importantes y religiosos sucesos que conmemora.

Una de las costumbres que llamaban la atención del forastero que llegaba á la Habana, era el ver por las calles de la misma grandes piaras de vacas que llevaban la leche á las puertas de los domicilios, con la ventaja de que los consumidores la pudieran tomar muy reciente, aunque no siempre muy pura; pero con perjuicio del aseo de las calles, ya sin esto no muy limpias.

La prensa periódica se hallaba dignamente representada por la *Gaceta Oficial*, y dos cofrades dedicados á los intereses generales, redactados con mucha cortesía y moderación. Eran el *Diario de la Marina* y *El Siglo*, aquél gubernamental por los cuatro costados, y éste algo más avanzado, aunque muy contenido en la exposición de sus ideas liberales que finamente utilizaba para sazonar sus escritos; pareciendo entonces muy radicales, los que ahora podrían pasar por lecciones de catecismo . . .

La diversión popular más extraña de aquellos tiempos, se veía por la festividad de los Santos Reyes, en cuyo día, presentaban las calles y plazas de la Habana un aspecto tan singular y abigarrado, que, seguramente, no se presenciaría otro semejante en parte alguna. Una inmensa turba de negros y mulatos de ambos sexos, casi todos esclavos, tenían libertad y expansión, duran-

te dicho día, para recorrer la ciudad, en grandes ó pequeños grupos, vestidos y ataviados con los mejores y más extravagantes trajes, unos de simples particulares, otros como guerreros del Africa con sables y machetes de hojalata, el rostro pintado de rojo, verde y amarillo, llevando grandes cascos de cartón adornados con plumas de gallo; y los restantes, que funcionaban como jefes de cabildos, iban adornados con fajas, entorchados, condecoraciones y tricornios, semejantes á los de los Generales. . .

Las mujeres también obstentaban sus más vistosas y relucientes galas, con muchos lazos, cintas, perifollos, grandes collares, zarcillos y enormes miriñaques; formando unos y otras las más compactas y bulliciosas masas que, tanto hallándose detenidas, como en marcha, bailaban, saltaban y se contoneaban con vivo y gracioso donaire; entonando, al mismo tiempo, sus cantinelas ó estribillos rústicos, pastoriles y sentimentales, al compás del repetido *tucutún*, *tucutún*, *tucú-tucú-tucutún*, de los altos y grandes tambores, tocados con las palmas de las manos. . .

En esta disposición, se reunían y apiñaban en la Plaza de Armas, formando diferentes corros, junto á las banderas españolas que llevaban los jefes de los respectivos «Cabildos»; en torno de las cuales bullían, se agitaban y bailaban sus más animados «tangos», que terminaban con la pantomima de la *muerte de la culebra*, desempeñada por los guerreros más diestros en el manejo del machete y más ágiles y esperimentados en las muecas y contorsiones que dicho acto requería.

A las doce en punto llegaban al palacio del Excelentísimo señor Capitán General las dos figuras más prominentes de la expresada raza, que vulgarmente se denominaban Reyes de la misma; siendo en aquella fecha un negro anciano y de prestigio entre ellos, y una

mujer del mismo color sumamente gruesa, que cuando se sentaba, necesitaba dos sillas bien fuertes unidas, para poder acomodarse. . .

Estos personajes pasaban á ofrecer sus respetos á la Superior Autoridad de la Isla, y después se franqueaban las puertas del Palacio, á la muchedumbre que se hallaba aglomerada frente al mismo, y en él entraban con la mayor algazara, repitiendo allí sus bailes, y siendo obsequiados con mucha largueza y generosa atención, cual correspondía al representante de los Monarcas españoles.

Por último, se diseminaban por las calles y plazas de la ciudad, atronando el espacio, ensordeciendo á los vecinos y transeuntes y acosándolos con súplicas para obtener el aguinaldo, que con más pesadez y encarecimiento, *piden ahora los libres y felices blancos.* . .

XXVII.

GRATOS RECUERDOS

El batallón de Isabel II á que yo he sido destinado á mi llegada á esta Isla, lo mandaba como primer jefe, el coronel graduado teniente coronel D. Nicolás Argentí y Sulse, uno de los más perfectos modelos de ilustración, firmeza y rectitud, que he conocido en el ejército. ¡Lástima es que haya fallecido cuando por su elevada posición de oficial general, más útiles y trascendentales podían ser sus importantes servicios!

Lo más difícil de contrarrestar por parte de los jefes que tienen á su cargo elevados mandos, es el influjo de las recomendaciones, ó los compromisos de la amistad y del paisanaje, que los acosan con menoscabo de la equidad que casi siempre es opuesta á los favores é inclinaciones que de aquellos compromisos se derivan; pues, por punto general, el verdadero valimiento no usa ni busca influencias ni apela á extraños recursos para elevarse en una carrera que se halla reglamentada en debida forma para garantizar los derechos de los que la abrazan. Sin embargo, como una cosa son los reglamentos y otra es la interpretación de los mismos, no siem-

pre acertada por los que tienen la delicada misión de aplicarlos; de ahí se origina, en ciertos casos, la necesidad de pedir favor y hasta de acudir á recomendaciones, no para obtener privilegios, sinó simplemente para alcanzar justicia. ¿En qué carrera ó profesión no sucede algo de esto?

Así como es notoriamente injusta la preferencia de los recomendados, cuando sus propios méritos no la abonan, del mismo modo será un grave error el no oir ó atender debidamente á los que, *con recomendación ó sin ella*, acuden en respetuosa forma á sus superiores, en queja ó exposición de agravios recibidos; y aún más grave y censurable será que el oficial ó la clase contra quien se dirija la queja, obstruya ó se oponga á dicho recurso, que más bien debe facilitar por la razón de que como su proceder debe de ser siempre justo y por completo desapasionado,—según su leal criterio—mayor garantía de su acierto tendrá con la aprobación de sus superiores, si sus actos llegan á merecerla; y, de todos modos, facilitando el recurso de los que se juzguen agraviados, siempre dejará á salvo la buena fe con que hubiese procedido en los actos ó decisiones que originen la queja.

De esto se deduce que el gran mérito de los jefes, como jueces de sus subordinados, se cifra sencillamente en saber dar á cada cual lo que le corresponde, sin preferencias, ni apasionamientos, ni prevenciones, ni consideraciones de ningún género.

Para ello es preciso buscar un ejemplo, y lo tendremos perfecto en los actos del malogrado señor Argentí. Este jefe, tanto para los ascensos y conceptuaciones, cuanto para las recompensas que en su mano estaba el conceder ó proponer, solo se inspiraba en los méritos ó circunstancias de los interesados; y en cuanto se relacionaba con las faltas y los castigos, procedía tan dis-

cretamente, que, merced á ello y á su celosa investigación, donde él mandase, serían improbables ó imposibles los casos de error y de injusticia.

Exigía mucha claridad en los partes, verbales ó escritos, examinándolos detenidamente, hasta en sus menores detalles, para formar cabal juicio del valor de las acusaciones, por la experiencia que tenía de que éstas no siempre se formulan con sereno, exacto é imparcial juicio, *ni siempre puede descansarse en el examen que de ellos deben hacer los inferiores;* después oía á los interesados, pesando los descargos que pudieran aducir y que en muchos casos, suelen atenuar ó destruir la responsabilidad de las faltas; y, de este modo, ó sea, asegurado *por sí* de la importancia de los asuntos, resolvía ó informaba á las autoridades, en minuta ó comunicación de su puño y letra, con arreglo á los dictados de su conciencia, y sin atender á ningún género de influencias, nacimientos ni recomendaciones. Para él, con haber nacido en Madrid, en los asuntos del servicio lo mismo eran los madrileños, que los que hubiesen visto la primera luz en el más humilde ó pobre rincón de España. . .

¡Qué diferencia entre este proceder, que es el marcado en la ordenanza, y el de otras clases que se ven dominadas por la pasión del paisanaje! . . .

Ciertamente, el elevado criterio de tan digno y justiciero jefe, era una gran garantía para todos sus subordinados, pues con su celo estimulaba al exacto cumplimiento de los deberes de los demás jefes, oficiales y clases, evitaba que por negligencia, malicia ó apasionamiento llegasen á ocultarse ó mistificarse los hechos; y, como consecuencia de todo, impedía que se dictasen providencias contrarias á la justicia, que son el más fecundo germen de la indisciplina.

Pues, los castigos son tanto más eficaces para el

ejemplo y la subordinación, cuanta mayor relación guarden con la índole é importancia de las faltas que con ellos se corrijan; y surten efectos contrarios cuando no llevan el sello de la más respetable ley, que es la fuerza de la razón.

Pero en las filas del ejército, para mantener las tropas en perfecto estado de disciplina, no basta que los castigos sean justos: es preciso é indispensable que sigan inmediatamente á la falta.

En prueba de la inflexible entereza con que siempre se conducía aquel malogrado jefe, citaré uno de sus rasgos que, como otros muchos análogos, he presenciado por hallarme de escribiente en su oficina.

Cierto día se le presentó un quinto, con una carta de recomendación que le entregó, y después de haberse enterado de ella, el jefe se expresó de este modo:

«Aprecio mucho las recomendaciones de mi madre, pero ella ya sabe que en los asuntos del servicio, si los recomendados no se distinguen, yo no puedo distinguirlos. Después que sepas la instrucción, pasarás á la Escuela y *cuando lo merezcas*, serás Cabo.»

Estas palabras pueden servir de regla para todos los casos análogos.

El recomendado, que era un joven instruido, no salió muy satisfecho de aquel parco ofrecimiento, pues abrigaba otras ilusiones fundadas en su ilustración, *en ser paisano* del teniente coronel y en que ambos eran de familias amigas, según la carta expresaba; pero el mencionado jefe tenía mucha experiencia del mundo, y hasta conocer las condiciones y el comportamiento de los recomendados, jamás les daba á entender que podían fiarse y descansar en su protección, con preferencia á los demás compañeros.

Sin embargo, no desatendía ni olvidaba las recomendaciones que se le hacían: con frecuencia se entera-

ba si los interesados se mostraban *dignos de ellas;* y, en cuanto no perjudicase á los demás individuos, no perdía ocasión de favorecerlos, haciéndolo de un modo indirecto y tan discreto, que ni los mismos recomendados pudieran darse clara cuenta del favor que recibían, y menos del verdadero origen del mismo.

Pensando de igual modo que la mayoría de los jefes de aquella época, el teniente coronel Sr. Argentí entendía y practicaba el principio de que la ejemplaridad de los correctivos, más que en la dureza de éstos, está en la rápida y oportuna forma de aplicarlos, según ya más arriba he dado á entender.

Era de la escuela del Sr. Brigadier García Torres, aquel famoso jefe del regimiento del Rey, que todo lo prefería para sus soldados, antes que la deshonra de un presidio. En los cuerpos que ellos mandasen, no se instruirían más procedimientos sumariales que los que fuesen de todo punto irremediables; y la reunión de un consejo de guerra tenía que acusar un gran acontecimiento. Por eso estos actos infundían un gran respeto, que va disminuyendo á medida que aquellos aumentan.

Si ambos jefes resucitaran en la actualidad y vieran el considerable y excesivo número de sumarias y voluminosos expedientes que ahora se instruyen, sobre todo en este distrito—más que por aumento de la criminalidad ó de las faltas que no existe, y antes bien ha disminuido, por propia virtud del soldado que no es el de la denigrante leva ni el castigado de los antiguos tiempos—por la restrictiva, difusa y complicada estructura de los modernos códigos penales que, en lo esencial, pugnan con el espíritu rápido y expeditivo de la ordenanza; y por la ya arraigada y cómoda costumbre *de mandar proceder por diligencias.* Si dichos jefes, repito, y otros muchos de su tenor, levantaran la cabeza y vieran semejante transformación en el ejército, es seguro

de que la considerarían sumamente perjudicial para el espíritu de las tropas, la fuerza moral de los jefes y el buen sentido de la disciplina.

¿Pero, es que aquellos jefes dejaban sin castigo las faltas de sus subordinados? Nada de eso. Los castigaban ejemplarmente, cuando lo merecían, como lo efectuó el señor Brigadier García Torres con el cabo Matías; pero los libraban de consumirse, pervertirse y deshonrarse en los calabozos y presidios . . .

Jefes discretos, experimentados y conocedores de la índole y de las condiciones del soldado, todo su anhelo se cifraba en que éste cumpliese bien su campaña, y después regresase digno, educado y ennoblecido al virtuoso hogar de sus padres . . .

El servicio salía ganancioso, la sociedad no perdía muchos hombres que hoy albergan las cárceles y los establecimientos penales; y los interesados que tenían la desgracia de incurrir en faltas que sus jefes corregían como verdaderos padres, guardaban siempre un gran agradecimiento hácia ellos, por haberles evitado el calvario de los interminables procedimientos y de la consiguiente y bochornosa condena, que de otro modo se haría indispensable, como en la actualidad acontece.

El señor Argentí, aplicó un banco á un soldado de su batallón, al poco tiempo de llegar á Santo Domingo, no por falta tan grave como la del cabo Matías, pues solo se trataba *del sacrificio* de una gallina cogida en corral ageno; pero en circunstancias muy extraordinarias que exigían un rigor ejemplar, como lo justificó con las siguientes palabras.

«Si las tropas que vienen á defender las vidas y haciendas de los habitantes pacíficos, entran en campaña apoderándose de lo que no les pertenece, ó cometiendo otros denigrantes excesos, como los merodeadores que se hallan fuera de la ley, ¿qué prestigio ni conside-

ración hemos de alcanzar en el país? ¿Cómo correspondemos á la confianza que en nosotros ha depositado Su Majestad la Reina?

Es preciso que todos velemos por el honor militar, pues antes que perderlo, debemos morir.»

¡Cuántas faltas y cuántos correctivos evitaron estas enérgicas, oportunísimas y trascendentales advertencias, seguidas al duro castigo que acababa de aplicar, para escarmiento de todos los aficionados *á gallinas* y otros *bocados* semejantes, que si en todas partes excitan el apetito de la robusta é impetuosa juventud, aún lo despiertan con mayor fuerza en las largas continencias de las campañas.

De todo lo expuesto acerca de esta delicada é importantísima materia, ¿habrá quien deduzca que yo preconizo el uso y el abuso del castigo ejemplar ó corporal? ¿Habrá quien me juzgue tan duro de sentimientos que pida el restablecimiento de los antiguos y crueles suplicios? Si alguno pensase de este modo, desde luego le anticipo que se halla en un manifiesto error.

Yo podré hallarme equivocado respecto á la eficacia de mis ideales, pero no puedo dudar de la bondad de los mismos. Después de todo, con desear que se aplique al soldado lo que, hallándome en su lugar, habría deseado para mí, nadie puede reprochar mis intenciones. El dilema es éste: cometida una falta que hay que castigar con presidio, ó con corrección ejemplar ó corporal dentro del regimiento; la elección para mí no es dudosa: opto por el justo, concienzudo y rápido castigo que dispongan los jefes, ó las autoridades militares.

Estos, por duros que sean, siempre llevarán el sello del afecto y del interés que, aunque visiblemente no lo demuestren, todos los jefes sienten por sus soldados; y en ningún caso les acompañará la ignominia propia, inherente é inevitable de los castigos del presidio.

De este modo dejo aclarada mi firme convicción respecto á las faltas graves, y en cuanto á las leves, que son las más frecuentes, expondré también mi sentir.

Prohibición terminante y absoluta de castigo corporal por todas las faltas *involuntarias*, sean de la clase que fueren, las cuales pueden y deben corregirse con arrestos, servicios mecánicos, amonestaciones, etc.; y castigo corporal preciso, justo é inmediato por las faltas *voluntarias* ó *maliciosas* que impliquen ó lleven consigo el concepto de la insubordinación, de la desobediencia ó de la insolencia en las palabras ó acciones.

Bajo esta regla, el soldado digno y decoroso, animado del deseo de cumplir como corresponde, ó sea, el noventa por ciento de los individuos que nutren las filas, puede hacer su campaña sin temor de sufrir el menor castigo corporal; y el insignificante resto que piensa de otro modo; viendo la severa corrección tras de la maliciosa falta, no cometerá tantas graves, ni dará lugar á las reincidencias en las leves que suelen llevarlos á los calabozos y al presidio.

¡Cuántas ventajas resultarían de una discreta y exacta aplicación de estos sencillos y equitativos principios; si á los mismos se agrega toda la respetuosa consideración que la ordenanza manda guardar entre las diversas clases! Este es el espíritu de la ordenanza.

La exactitud de los saludos del inferior al superior y la *precisa correspondencia* de éste, la reprensión y corrección oportuna de todas las faltas leves para prevenir las graves, el severo castigo á las clases que abusen de su autoridad y aquel precepto de que no habrá nunca inferior sentado donde el superior se halle en pié, son requisitos que parecen insignificantes, pero son indispensables para afianzar una perfecta disciplina; y, por consiguiente, para que el ejército se halle dispuesto á realizar grandes hechos, que la confianza, la tolerancia y el abandono

de estos salvadores principios, no pueden garantizar.

Todo esto disminuiría considerablemente el número de los procedimientos que se vienen instruyendo, en los cuales invierten un tiempo precioso y necesario para otros cometidos de la profesión militar, los jefes, oficiales y clases que funcionan de jueces instructores, secretarios de causas, fiscales, defensores, vocales y presidentes de los consejos de guerra; sin contar á los que se emplean en guardar á los desgraciados que sufren la larga prisión motivada por el respectivo procedimiento.

Al ascender el Sr. Argentí á coronel, le reemplazó en el mando del batallón, el no menos pundonoroso, pero más suave y patriarcal, coronel graduado teniente coranel D. José Fernández Loygorri, una legítima representación de los hidalgos de la edad media, tan celoso del brillo de las armas, como amante de sus pergaminos.

Nunca con más entera justicia podrá escribir mi pluma una honrosa semblanza como la que dicho jefe merece, del cual puede decirse que habiendo nacido noble, lo justificó siempre con sus hechos, hizo todo el bien que pudo, fué más querido que temido de sus subordinados; y de mí, en particular, querido, amado y respetado como un padre por la bondad y pureza de sus sentimientos y por el afecto que siempre me ha demostrado.

Aún resuenan gratamente en mis oidos estas palabras textuales que me dijo cuando me separé y despedí de él:

«Puede usted marchar satisfecho de que en el batallón se le aprecia; pero yo le aprecio tal vez más que todos porque le conozco mejor que ellos.»

Ya que, gustoso, dedico algunas líneas á la memoria de tan dignos jefes, como lo eran los dos expresados, no omitiré consignar los nombres de los bizarros comandantes D. Miguel Clausells y Mariné, D. José Inu-

rrigarro y Rovira, D. Manuel Báscones y Olmo, y don Federico Esponda y Morell, á cuyas órdenes presté mayor ó menor servicio; habiendo recibido de todos un trato atento y bondadoso que me complazco en recordar. La constancia y bizarría con que los dos últimos se distinguieron en las campañas de Santo Domingo y de esta Isla, les hizo contraer méritos tan notorios y reconocidos, como ensalzados; pues el Sr. Báscones siendo ya Brigadier, fué víctima de su noble empeño de no separarse de las operaciones á pesar de hallarse enfermo; y al señor Esponda lo salvó su gran fortaleza.

También mencionaré á los directores de las academias de cabos y sargentos que ha tenido el referido Batallón de Isabel II durante los seis años que he pertenecido al mismo; puesto que los mencionados jefes y directores han sido mis principales maestros y consejeros en el servicio.

Los directores de dichas academias en la época á que me contraigo, fueron los ilustrados y celosos tenientes D. Antonio García Mesa, D. Manuel Cassola y Fernández, y D. Lino Merino y Juárez, que ya poseía el grado de capitán. Respecto de este último, tengo muy especiales é inolvidables motivos de agradecimiento que me hacen recordarle siempre con una estimación superior á la elocuencia de la palabra; sientiendo, al mismo tiempo, que la suerte no le haya proporcionado los más elevados puestos de la carrera, como otros de su época los alcanzaron; pues sus indiscutibles facultades, su gran experiencia y su talento le permitirían desempeñarlos con brillo para el ejército y con honra para la patria.

XXVIII.

CIENCIA Y EXPERIENCIA

Sin embargo de que á nuestra llegada á esta Antilla, existía un cuartel ó depósito de aclimatación en la inmediata Isla de Pinos, para las tropas ó reemplazos que, por primera vez, se incorporaban á este ejército, á los individuos que condujo en aquella expedición el vapor «San Lorenzo», no se les aplicó dicha regla preservativa, sin duda, por haberse tenido en cuenta que con el largo tiempo transcurrido en la navegación, en las arribadas á Puerto Rico, y las malas condiciones de tan accidentado viaje, unidas al *parco* y poco apetecible alimento suministrado á la tropa durante los 54 días invertidos en la travesía; los reemplazos habían llegado ya *bien aclimatados*, si por aclimatación se entiende el hacer perder á la sangre la vigorosa fortaleza propia de los buenos alimentos y de los climas frios y templados.

El discurso, ó sea la excepción, fué acertado y el caso es digno de estudio. Se observó que de los individuos de aquel contigente, muy pocos sufrieron la fiebre

amarilla, la terrible enfermedad que tantas víctimas ocasiona en este ejército; con cuya ventaja hemos podido decir que «no hay mal que por bien no venga», porque nos dió la compensación de las privaciones y vicisitudes que, durante la travesía, habíamos experimentado.

A los pocos meses de llegar á la Habana me asaltó una fiebre muy alta que me obligó á ser conducido en camilla al Hospital, con la firme creencia de que llevaba el vómito negro, ó sea la fiebre amarilla; porque así me lo manifestó *con toda franqueza*, un compañero que lo había oido decir al facultativo del batallón.

En efecto, el galeno del cuerpo, que era recien llegado de la Península, lo creyó así, pues con celo especial digno de alabanza, pasó al Hospital para recomendarme, y allí se expresó en términos que no dejaban lugar á dudas, respecto á su diagnóstico; pero su colega de la Sala en que me asistieron, procediendo con más conocimiento y más experiencia de la enfermedad endémica, no diagnosticó del mismo modo; y, viendo mas claro en el asunto, procedió con arreglo á su acertada opinión, evitando de este modo las graves consecuencias que podía originar el error de tratar como fiebre amarilla, otra enfermedad que no tenía ninguna relación con aquella.

Por tan auténtico, gráfico é irrecusable testimonio de la experiencia, por otros casos análogos que después he oido y presenciado, por la vaga idea que en la Península se tiene de las condiciones de la fiebre amarilla y su tratamiento; y, sobre todo, por lo que, acerca de tan terrible mal, escribió con admirable claridad, un autor tan científico, experimentado y competente, como era el Doctor D. Casimiro Roure y Bofill, cuya pérdida debe lamentar siempre este ejército; me parece que no hay ni puede haber en las conveniencias ó exigencias de la organización militar, incluso el movimiento de las

escalas, ninguna ventaja, razón ni motivo bastante poderosos que, aisladamente, ó reunidos, superen á la palpable necesidad de evitar, en cuanto sea posible, la frecuente remoción del personal médico de las Antillas, y especialmente los regresos forzosos á la Península de los facultativos que por su larga permanencia en las mismas, llegan á adquirir la seguridad del conocimiento de las enfermedades propias de estos climas, entre las que figura la traicionera fiebre amarilla que tantos estragos ocasiona en la más robusta juventud peninsular, y que no solo requiere mucha experiencia para diagnosticarla, sino también para combatirla.

Fijando la atención en un asunto tan importante y en las irrebatibles afirmaciones del Sr. Roure, tendremos que convenir en que nuestros antecesores procedían con gran acierto, *al menos en lo que concierne al Cuerpo de Sanidad Militar*, procurando estimular, más bien que impedir, la larga permanencia de su personal en los ejércitos ultramarinos; porque el principal elemento para la conservación de los mismos es la salud de las tropas, que requiere, ante todo, una experimentada asistencia.

En sus «Consideraciones sobre la fiebre amarilla y reglas higiénicas para preservarse de esta enfermedad», publicadas en esta capital en el año de 1884—de cuyo interesante libro he merecido la señalada honra de recibir un ejemplar con especial dedicatoria de su autor—dió el Sr. Roure una brillante muestra de sus grandes conocimientos científicos, coronados con más de veinticinco años de acertada profesión. Dió también una gran muestra de su amor al ejército, con la circunstancia de que sus claras premisas y terminantes conclusiones, merecieran la aquiescencia de las demás notabilidades científicas de esta Isla; pues nadie se lanzó á rebatirlas, en mucho ni en poco.

Yo creo que aquella obra del Sr. Roure es de tenerse muy en cuenta para seguir sus luminosos consejos en cuanto lo permitan los recursos y las circunstancias; pues por donde quiera que el lector pase la vista á sus páginas, encuentra indicaciones, razonamientos ó fórmulas de provechosa é interesante enseñanza.

Tan es así, que, deseando extractar alguna parte de ella, después de haberla leido y releido con la mayor atención, me veo perplejo para elegir lo más conveniente, porque todo es superior.

Abriendo el libro al azar, me encuentro con las páginas 156 y 157, de las cuales transcribo los siguientes conceptos:

«*La salud del pueblo es la suprema ley*, y todo es poco, según hemos ya dicho, para asegurar la salud, y la civilización y el porvenir de Cuba. Con las medidas que hemos señalado, con las reformas propuestas y con otras que puedan estimarse convenientes, puede salvarse Cuba del más terrible de sus males, desterrando para siempre de su maravilloso suelo, el mortífero vómito negro; pero si por lo contrario se nos contesta con el silencio, la indiferencia ó el desdén, *lasciati ogni speranza!* Cuba seguirá llamándose eternamente el *espantoso cementerio de los españoles.*

»Todo individuo al llegar á Cuba, sabe que aquí se padece la enfermedad conocida, entre otros nombres con los de fiebre amarilla ó vómito negro; pero lo que quizá ignora es que esa terrible dolencia lleva al sepulcro á una quinta parte de los inmigrantes.

Podrá tacharse por algunos de crueldad nuestra franqueza; sin embargo, es mucho más cruel engañar á los recién venidos, inspirándoles cierta confianza, que les hace vivir agenos á todo cuidado, y que suele serles de funestas consecuencias, por desatender aquello que verdaderamente les puede ó pudiera convenir.»

En efecto, respecto á tan notables indicaciones, hasta ahora imperó el silencio, la indiferencia ó el desdén, que presentía el señor Roure: «*lasciati ogni speranza*». . . . . .

Pero *yo contribuiré á inmortalizarlas.* El ilustre doctor ya falleció . . . su voluntad era noble, sus ideas generosas, y el asunto tan grandioso, que brillará perennemente en el seno de la humanidad.

En cuanto al tratamiento de la expresada enfermedad, que es lo más interesante y digno de atención, para confirmar con la autoridad de la ciencia, lo que una vulgar experiencia no puede advertir; decía el señor Roure:

« . . . Mas, como quiera que la fiebre amarilla y la biliosa grave de los países cálidos, han sido confundidas hasta el extremo de sostenerse por algunos notables talentos que ambas constituyen una sola entidad morbosa; nos vemos precisados á presentar las culminantes diferencias que existen entre una y otra.»

«Para los que ejercemos en localidades donde la fiebre amarilla reina, su diagnóstico no ofrece la menor dificultad. Sin embargo, para convencernos de la profunda sima que separa la fiebre amarilla de la biliosa grave, necesitamos relatar á grandes rasgos los caractéres principales que ofrecen durante su curso esas dos terribles dolencias; *con tanta más razón, cuanto que, de no distinguirlas oportunamente, se juega con ello la vida del enfermo.* . . .»

¡Valiente y admirable declaración que sólo podía hacerla una grande y verdadera notabilidad en su ciencia! Pues, es de advertir, que el Sr. Roure se hallaba dispuesto á demostrar palmariamente la evidencia de su aserto, si alguien se atrevía á contradecirle . . .

Ante una afirmación tan rotunda, de una verdadera eminencia médica que tenía sobrados motivos para po-

der justificar la verdad de sus palabras, nadie dudará de que es de alta conveniencia el sostener en este ejército por el mayor número de años que sea posible, al personal facultativo *que tenga acreditada su ciencia en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades propias y especiales de este clima.*

El celo del señor Roure no se limitaba á consignar muy interesantes preceptos preservativos contra el vómito negro, pues proponía los medios que á su juicio son conducentes para llegar á desterrarlo de esta Isla. No se ocultaba á su gran talento que, en conjunto, su plan ofrece muchos inconvenientes y exigiría considerables gastos que el estado siempre angustioso de la Hacienda pública no puede cubrir; pero, lo cierto es, que, en principio y como ensayo, algo puede hacerse paulatinamente, para conocer la eficacia de sus grandes proyectos.

De ello se deduce que sin muchos recursos que es muy difícil reunir, porque el país cree que ya paga demasiado y el Tesoro no recauda lo preciso para las ordinarias é indispensables atenciones—lo cual consiste, principalmente, en la carencia del verdadero conocimiento de toda la riqueza y de las ganancias públicas, que obliguen á contribuir *á todos en general, con el íntegro* impuesto que las leyes determinen—no es posible lograr el supremo ideal de la completa desaparición de la fiebre amarilla; pero la higiene privada puede contribuir eficazmente á la disminución de las invasiones, por lo cual es siempre oportuno y conveniente propagar, siquiera sea en ligero extracto, los consejos que, sobre este punto, indicaba el Doctor Roure. Son los siguientes:

«Primero.—Que los inmigrantes que tengan posibilidad de efectuarlo, se retiren en los tres primeros veranos desde Mayo á Octubre, á una localidad del litoral

ó del interior de la Isla, que tenga pocas ó ningunas comunicaciones con los puntos infestados.

Segundo.—Que durante los tres primeros años de su residencia en Cuba, procuren los inmigrantes huir del local en que exista algún enfermo del vómito negro.

Tercero.—Que la anterior prevención se entienda aplicable á los hospitales, casas de salud y particulares donde existan ó hayan existido recientemente enfermos de dicha dolencia.

Cuarto. — No hacer uso de coches de alquiler, mientras éstos se empleen para transportar enfermos á los hospitales y casas de salud.

Quinto. — Evitar todo contacto con los convalecientes de fiebre amarilla, hasta que hayan transcurrido quince días por lo menos de la convalecencia de éstos.

Sexto.—No bañarse en los establecimientos destinados á este servicio, y si no hubiere otro medio asegurarse de la limpieza de las bañaderas, y no usar sábanas, tohallas ni peines del servicio público.

Séptimo.—No trasnochar ni transitar por las calles después de las diez de la noche.

Octavo.—Huir de las casas de mala vida.

Noveno.—En los hoteles y fondas asegurarse de que la ropa de la cama no ha servido para ningún enfermo.

Décimo.—No concurrir á los entierros.

Undécimo.—No entrar en las casas en que existan *trenes funerarios*.

Duodécimo.—Si sus circunstancias se lo permiten dormir en una habitación amplia y ventilada, teniendo cuidado de cerrar la ventana ó el balcón durante las horas de la noche.

Décimotercero. — Ser morigerado en sus costumbres.

Décimocuarto.—Desayunarse al levantarse, almor-

zar entre diez y once de la mañana y comer entre cinco y seis de la tarde.

Décimoquinto.—El desayuno debe consistir en una taza de café solo ó con leche, y las dos comidas que *sean parcas*, haciendo menos uso de las carnes que de los vegetales. Los alimentos deben ser sanos y condimentados, sin excitantes como la pimienta, mostaza y otros.

Décimosexto.—Las frutas maduras puede tomarlas sin temor de ningún género.

Décimoséptimo.—Se abstendrá en absoluto de las bebidas alcohólicas y hasta de vino á las comidas, si puede pasar sin él. Sobre todo el alcohol ó aguardiente después de la fruta, es funesto.

Décimooctavo.—Por la noche antes de acostarse, tomará un vaso de limonada ó del refresco de la pulpa de tamarindo, al natural.

Décimonono.— Cuidará de tener el vientre corriente.

Vigésimo.—Cada ocho, diez ó quince días, según le indique su temperamento, tomará un laxante salino de sulfato ó citrato de magnesia, ó bien de cremor tártaro.

Vigésimo primero.—Todos los días ó cuando pueda tomará un baño *templado*, al levantarse ó por la tarde antes de la comida. El agua debe estar ligeramente templada.

Vigésimo segundo.—*Los baños frios ó de mar son altamente perjudiciales á los no aclimatados.*»

Conviene fijarse mucho en esta última prevención, porque existe muy generalizada la creencia de que los baños de mar son convenientes á todos y hay grandes pruebas de que el Sr. Roure está en lo cierto al considerarlos altamente perjudiciales á los no aclimatados.

El plazo de aclimatación lo fijaba en tres años de constante permanencia en el país; debiendo, por consi-

guiente, observar con exactitud sus prevenciones, durante el transcurso de dicho tiempo; y después no olvidarlas.

En las «disposiciones especiales concernientes á las tropas», proponía una serie de medidas que de poder realizarse al pié de la letra es seguro que darían el mejor resultado; pero lo que á mi juicio es de fácil observancia está condensado en los siguientes párrafos:

1º Que los soldados ó marineros que sufran la fiebre amarilla en los hospitales, no vuelvan á su cuartel ó buque con la misma ropa que llevaron á aquellos establecimientos, pues ésta debe quemarse.

2º Que durante el tiempo de la convalecencia no se reunan á sus compañeros.

3º Que las tropas recién llegadas se alejen de los puntos infestados por la fiebre amarilla, llevándolas á los pueblos del campo ó campamentos más altos de la Isla.

Y 4º Que los buques de guerra, durante los meses de verano, se sitúen en uno ó varios puntos de las costas que no tienen comunicación con los infestados.

Siendo notorio que la mayor parte de los reemplazos que llegan de la Península, ignoran en absoluto estas útiles y ventajosas reglas preservativas; creo prestar un servicio al ejército resumiendo y propagando las observaciones de una larga experiencia propia, con las de la agena y acreditada ciencia de que dejo hecho mérito, en la seguridad de que del conocimiento y observancia de las mismas, puede depender la disminución de los estragos que ocasiona la fiebre amarilla.

¡Cuántas veces se enferman los más robustos soldados, por ignorar que las bebidas alcohólicas son perniciosas después de comer de las frutas del país!

Contribuyamos todos á desterrar tan funesta ignorancia, porque es un deber de humanidad mirar por la

salud del ejército, y porque de ella depende, en primer término, la conservación de Cuba para España, para el progreso y para la civilización. Progreso y civilización que, á pesar de todos los defectos que se atribuyen á la administración española, son tan palmarios y evidentes, como visible y marcada es la decadencia de los demás países americanos, de igual ó superior feracidad, que se emanciparon de la madre patria. Véase Santo Domingo, la antigua colonia más floreciente y feracísima de España. Y no se diga que el gran progreso actual de Cuba se debe al negro borrón de la esclavitud, porque afortunadamente, hace ya largo tiempo que el sol de la libertad brilla aquí para todos, bajo el glorioso pabellón nacional.

XXIX.

PUNTO NEGRO

Desde los antiguos tiempos existe muy generalizada en la Península la creencia de que las funciones del servicio militar en los ejércitos ó distritos ultramarinos, difieren en rigidez y ordenancismo de las que se desempeñan en el territorio de la madre patria; por lo cual suele decirse en sentido irónico, que con el mucho tiempo de permanencia en las Antillas, llega el hombre á *aplatanarse*.

Yo no confirmo ni rechazo en mucho ni en poco esta opinión, ni otras análogas que existen muy arraigadas; pero me consta que, en mis juveniles tiempos, á los que llegábamos á las Antillas después de haber servido mayor ó menor plazo en los cuerpos de la Península, nos causaba mala impresión el deslucido uniforme que en aquellas se usaba, y ciertas costumbres ó tolerancias que, en parte, ya han desaparecido; algunas de las cuales, si bien redundaban en beneficio de la masa general, en cambio, nos parecían poco brillantes bajo el punto de vista militar.

Esto acontecía con la industria cigarrera, en la que se ocupaba la tropa durante las horas que tenía libres de servicio.

En dichas horas, los locales ocupados por las compañías, ofrecían el aspecto de grandes talleres de cigarrería, donde la mayor parte de los soldados y hasta varias clases, teniendo un tablero delante y una vela encendida—si era de noche—se entretenían y afanaban liando picadura y ajustando grandes ruedas de cigarrillos que les proporcionaban un considerable ingreso en sus fondos de masita; equivalente, por término medio, á unos doce pesos mensuales. Merced á este recurso, y á la consiguiente economía de una parte de su haber, cuando llegaba el momento de licenciarse, después del largo plazo de seis años que se servía en este ejército,—dos menos que en la Península,—tenían reunidos grandes alcances que les servían de mucha utilidad y hasta, en varios casos, de base para una fortuna; ventaja de que carece la tropa en estos tiempos.

Hoy las compañías cuentan con escaso personal presente, recargado en el servicio á que tiene que atender, por cuyo motivo, poco ó ningún tiempo podrían dedicar á dicha faena, aunque el estado de esta industria lo permitiera: y ya no lo permite, porque con las máquinas que se han inventado para la elaboración de los cigarrillos, y la aglomeración de brazos, especialmente de chinos, en las capitales donde existen fábricas ó talleres de cigarros; la demanda de trabajo dentro de los mismos establecimientos, impide la extracción de picadura para elaborarla fuera de las fábricas.

Cierto es que el soldado puede pasar sin dicho recurso, porque su haber, aunque modesto, le es suficiente para todas las precisas atenciones de la vida, pero las demás humildes clases del país no se hallan en el mismo caso; y es de sentirse que las cosas hayan tomado y

sigan un giro nada favorable para los que libraban ó podían librar su subsistencia mediante aquella ocupación, la más propia y lucrativa de las ya escasas que tenía expeditas la pobre mujer, para poder trabajar y vivir honradamente. . .

Yo no soy ni he sido nunca enemigo de los chinos, porque no desconozco que forman parte del linaje humano; y no tengo motivos especiales para sentir aversión hácia ellos. Admiro su ingeniosa laboriosidad, pero la caridad bien entendida entra por la conservación de la familia propia, y después la de la sociedad y nación á que uno pertenece. Si entiendo que, debido á la ingerencia de los asiáticos, ó de otra extraña raza, pueden comprometerse ó perjudicarse los intereses de la familia española, ó hispano cubana, y, sobre todo, los de la débil mujer, por la que todos debemos interesarnos; no titubeo en declararme partidario y defensor enérgico de la familia y de la sociedad á que pertenezco.

Y que con la ingerencia de los chinos en estas poblaciones, se originan grandes perjuicios á las mismas; es tan cierto é indiscutible, como palpable y evidente.

Mientras dichos individuos se dedicaban á las faenas agrícolas, bajo condiciones obligatorias ó de su libre albedrío, es innegable que prestaban su concurso para el desarrollo de la Agricultura, (que es la fuente de toda riqueza) siendo en tal concepto beneficioso su trabajo; pero desde que abandonaron los campos, retirándose á las ciudades y á los poblados para dedicarse á la explotación de las industrias, de los oficios mecánicos y del comercio; su competencia ha sido, es y será cada día más funesta para todas las demás clases que se dediquen á dichos ramos, y para el país en general. Porque ni los cubanos, ni los peninsulares, ni los extrangeros de las demás naciones de Europa y América aquí residentes, se hallan en condiciones de poder

competir con los chinos en la misma profesión que ellos abracen ó ejerzan.

Es la raza china tanto ó mas exclusivista que la de los judíos: en sus empresas, industrias ó comercios ninguna participación confieren á los extraños; pues sea grande ó pequeño el establecimiento de su propiedad, en él no intervienen más personas que ellos mismos.

Salvo rarísimas excepciones, si alguna existe, sus trajes, muebles, ajuares y todo lo necesario para su peregrina existencia, lo confeccionan de su mano, ó lo importan de su nación, sin proporcionar ningún beneficio al país que los admite en su seno; y en estas condiciones, sin iguales necesidades propias que las demás clases de nuestra sociedad, *sin familia, sin ningún compromiso que les origine dispendios;* todas sus operaciones acrecientan el *haber*, sin gravar el *debe*, y lo que los industriales y comerciantes de nuestra raza necesitan vender en dos, pueden ellos ofrecerlo en uno y medio, ó *en uno*, para salir gananciosos.

De este modo, á la corta, más bien que á la larga, las ganancias ó utilidades de los chinos, tienen que producir la inevitable ruina de los españoles, antillanos y peninsulares, que se dediquen al mismo ramo industrial ó comercial que aquellos exploten . . .

Pero no es solamente bajo los puntos de vista económico, industrial y comercial, como hay que estudiar y considerar este problema interesantísimo; porque no es menos importante bajo los aspectos religioso, político y genérico.

Por sus creencias y condiciones físicas y morales, los chinos son refractarios á nuestra religión, cultura y civilización.

Son tan escépticos y positivistas, que nada favorable puede esperarse de ellos, mientras que los perjui-

cios que ocasionan á las clases proletarias del país, con la sustracción de las ocupaciones que constituyen su modo de vivir, puede ocasionar graves conflictos y complicaciones, tanto más difíciles de salvar, cuanto más numerosa sea la colonia china; *haciendo también disminuir la inmigración peninsular, que es el elemento mas necesario para la conservación de las Antillas.* En el orden genérico, son igualmente perjudiciales, porque ni ellos se avienen á nuestras costumbres, ni las mujeres de nuestra raza los admiten en matrimonio, por la gran repulsión que les inspiran.

¿Y qué beneficio se puede esperar de una raza que ni aún para el aumento de la población puede servir? . . .

De lo que no puede dudarse es de sus grandes aptitudes para asimilarse las de los demás; y de ahí resulta que con la mayor facilidad brota de entre ellos un enjambre de cigarreros, cocineros, lavanderos, dulceros, vendedores ambulantes y de puestos fijos, de cantinas y figones y hasta de comerciantes de alto vuelo, con pretensiones á la banca, que pronto establecerán, si no se pone remedio á ello; pues para todo giro mercantil tienen cálculo y condiciones.

Veinte años en la vida de los pueblos es menos que un segundo en la vida del hombre, y si fuera posible hacer un estudio minucioso de lo que en dicho plazo ha cambiado el aspecto de la colonia china de esta Isla, y una exacta estadística de las operaciones comerciales y de las verdaderas utilidades que han realizado en este período, se vería que constantemente ha venido y viene en creciente y considerable aumento su prosperidad; sin que esto amerite el proporcional desarrollo de la riqueza del país, ni de la de nuestra nación, si no simplemente que ellos van ganando y asegurando el terreno que, para no recuperarlo, pierden los de nuestra raza.

Pero su influencia es trascendental y perniciosa, hasta en los asuntos que parecen más triviales.

Entre otras costumbres asáz inmorales, han importado el asqueroso juego, denominado de la «charada» que primero lo explotaban solamente entre ellos, y después lo propagaron por todos los centros de las ciudades y de los campos, arraigándose de tal modo en los barrios más pobres y populosos, que constituye el vicio más deplorable de las clases menesterosas.

Diariamente, acuden á él con todo lo que pueden reunir, muchas personas de ambos sexos, dándose frecuentes casos de que las mismas amas de casa llevan ó mandan al tugurio del chino, el único peso con que cuentan para la alimentación propia y de su familia; originándose de esto graves contiendas domésticas.

La notable baja experimentada de algunos años á esta parte en la renta de la lotería oficial, *reconoce por causa principalísima*,— sin que esto quiera decir que no existan otras—el desarrollo que ha tomado el clandestino y repugnante juego de la «charada», que lleva á manos de los chinos todas las cantidades de que pueden desprenderse las clases enviciadas en el mismo.

Hace cosa de diez años he tenido el honor de dar la voz de alerta, sobre este problema social, en un escrito que, bajo el epígrafe de «Los chinos en Cuba», vió la luz pública en el ilustrado periódico madrileño *La Epoca;* ó sea en la capital en que, por residir la fuente de los poderes públicos, hay más necesidad de que sea conocido y examinado como su importancia requiere, para que con tiempo se puedan adoptar medidas que atajen y conjuren el mayor mal que para lo venidero entraña. Como desde entonces nada, que yo sepa, se ha hecho en este sentido, y la colonia china viene aumentando progresivamente, y aumentará más cada día por la fama que este país vaya adquiriendo en la nación asiática, y

por efecto de la ley que rechaza á los chinos del territorio de los Estados Unidos del norte de América; creo cumplir como buen patriota y con espíritu previsor, repitiendo mi voz con mayor extensión y claridad, en el libro que vengo escribiendo con toda la franqueza de mi alma; pues el tema del presente capítulo no vacilo en calificarlo de punto negro, y bien marcado, en el horizonte de Cuba.

XXX.

CAZADORES Y ZUAVOS

Reciente aun el retorno á esta Isla de las tropas españolas que, de acuerdo ó en alianza con las inglesas y francesas, habían formado parte de la expedición á Méjico, bajo las inmediatas órdenes del ilustre General D. Manuel Gasset, y á las superiores del heróico Marqués de los Castillejos, donde este bravo caudillo agregó á las coronas de roble y laurel, la diadema del talento, librando á la nación de un compromiso grave y trascendental que, entre otros males, habría empañado el brillo de la proverbial hidalguía española; los cuerpos de este ejército se hallaban al completo de todo su personal en estado de guerra, presente en las filas, animado de un excelente espíritu, y en buen estado de instrucción teórica y práctica, casi diariamente ejercitadas en el cuartel y en los campos militares; á pesar de cuanto en la Península se decía respecto á que los ejércitos de Ultramar vivían *aplatanados*.

Como en todas partes sucede, en el Batallón de

Cazadores de Isabel II existían algunos individuos que, por sus especiales condiciones de caracter, energía y resolución, eran mirados con cierto respeto por parte de sus compañeros de clase. Entre los más notables *cheches* de dicho cuerpo descollaba un veterano gastador, de apellido Costales, que, realmente, no merecía la denominación de *cheche* ó perdona vidas, por cuanto él no hacía alarde de su gran fuerza y valor, mas que cuando era provocado á ello; pero, de todos modos, si bien desconocía el manejo del florete, con su machete ó una estaca en la mano, era un verdadero *Pini* de aquellos tiempos.

Por su serenidad de ánimo, su prudencia y su moderación, á la par de su valentía, y por ciertos hechos muy notables realizados dentro y fuera del cuartel, Costales había llegado al apogeo de la fama, no solo entre los demás individuos de su compañía, sino también entre todos los del batallón. Y como á esto se agregaba su buen comportamiento, subordinación y exactitud en el servicio; los mismos jefes, oficiales y clases, lo miraban con la simpatía que siempre inspiran los actos de grande y natural valor.

Costales no era refractario á las diversiones entre sus compañeros, pero no le gustaba que se abusase de los más infelices, ni menos que los muchos atropellasen á los pocos. Un día, al llegar de la calle, se enredó á *cachete limpio* con dos compañeros de la misma escuadra á que él pertenecía, porque en unión de otros soldados, que acataron su reprensión, se hallaban *manteando* á un quinto, del mismo modo que fué manteado *Sancho*, ante las propias barbas de Don Quijote; con la diferencia de que el famoso caballero andante, no pudo defender á su escudero, y Costales logró salvar al azorado recluta.

Pero donde el bravo gastador había llamado más vivamente la atención pública, fué hallándose en Vera-

cruz, con los cuerpos militares de la triple y *circunstancial* alianza de aquel tiempo.

El batallón á que el interesado pertenecía, se hallaba alojado, á corta distancia de uno de zuavos franceses, y ambos se surtían de agua de una misma fuente.

Un día que se hallaban los rancheros y aguadores del batallón español, llenando sus cubas y barriles en dicha fuente, llegaron los del batallón francés; y, bajo el pretexto de que tenían prisa, separaron las vasijas de los españoles, colocando en su lugar las que ellos llevaban. Los nuestros, procediendo más bien por deferencia que por temor, consintieron que los franceses llenasen antes sus cubas y se marchasen con la brevedad que parecía apremiarles . . .

Pero, después hubo sus comentarios entre los mismos soldados de uno y otro cuerpo, no faltando quien se jactase de que los españoles habían cedido *por miedo*. Costales, tan pronto lo supo, concibió y realizó un ingenioso plan que halagó el amor propio de los españoles; y, *allá en su interior*, debió ser muy aplaudido por el mismo general Prim.

Puesto dicho gastador secretamente de acuerdo con los demás individuos de la escuadra, compuesta de cuatro hombres por compañía, al nombrarse en las mismas en la propia noche del día en que ocurrió aquel suceso, el servicio para el siguiente; aunque los citados individuos, considerados como soldados distinguidos, se hallaban exentos de las faenas mecánicas, en aquella ocasión se ofrecieron voluntariamente para desempeñar *la de aguadores*.

Por este medio, antes de que transcurriesen las veinte y cuatro horas desde el momento en que había tenido lugar el mencionado hecho,— que es el plazo señalado para pagar las visitas entre representantes internacionales — los aguadores del batallón espa-

ñol, dirigidos por Costales, se encaminaron hácia la fuente en que debían hallarse los zuavos franceses; llegando *con tanta oportunidad*, que ya éstos tenían unas cubas casi llenas y las otras rebosando . . .

Pero en esta vez los españoles también tenían prisa, y se presentaron muy *impacientes*. Llegando repentinamente, Costales llevó *la voz cantante:* sin prólogos ni preludios, entró en el acto en materia, y desenvainando su ancho y pesado machete, dijo, con imperioso acento:—*¡De plano, muchachos*, y que vayan á llenar á las ventas . . .* de Alcorcón!

Por supuesto, se armó la de San Quintín: los bravos zuavos, ante una acometida tan fuerte y repentina que no les dió tiempo para prevenirse y concertarse, lo primero que lanzaron fué una exclamación de asombro, después intentaron defenderse y, en efecto, se defendieron con su ingénito valor; pero, por último, decidieron retirarse con toda la rapidéz que las imperiosas circunstancias exigían, dejando el lugar de la acción cubierto de cubas vacías . . .

Los españoles se apresuraron á llenar sus vasijas, para llegar con premura á su alojamiento; pero por mucho que corrieron no lograron adelantarse al parte de la novedad que, en aquel momento, había llegado á sus jefes.

Inmediatamente se produjeron reclamaciones, protestas y polémicas muy vivas por parte de los jefes de ambos cuerpos, llegando el hecho á conocimiento de los respectivos generales en jefe francés y español, y haciéndose necesario detener en sus cuarteles á los batallones, en evitación de mayores conflictos. Hasta se llegó á alejar un cuerpo del otro, para impedir una grave colisión entre *los aliados:* por fin, á los franceses se les dió una justa satisfacción de desagravio, con la seguridad de que se castigaría debidamente á los promovedores de la algarada.

En efecto, en la orden del cuerpo se dispuso que los gastadores de nuestro batallón sufrieran cuatro días de arresto en las compañías, *excepto Costales que sufriría ocho, por haberse permitido corregir, sin permiso de sus jefes*, una ofensa que creían se había inferido por varios zuavos franceses, á algunos cazadores españoles . . .

Como se vé, la nota basada en la certeza de los hechos, más bien enaltecía que deprimía á los gastadores; y Costales, con ser el más castigado, resultaba ser el más distinguido.

Los individuos de la escuadra sufrieron resignados el correctivo que se les impuso; pero en el batallón prevaleció el criterio de que á los aguadores del mismo en el día anterior, debía nombrárseles para el destino de *acemileros*, por tiempo indefinido.

De este modo—se decía— ya que la airosa extralimitación de los unos no quedó impune; la inocente condescendencia de los otros se *premiaría* como merecía.

Con tan brillante aureola, y próximo ya á cumplir su campaña de seis años, se hallaba el bravo gastador, cuando llegó de la Península un cabo primero veterano, de gran figura, tan fornido, pero más alto, más bigotudo y más grave y presuntuoso que Costales.

Dicho cabo se llamaba Manuel Tamargo.

Al principio nada de esta Isla le gustaba, y cuando se hablaba de los diferentes ejércitos, solía decir con mucho enfado:—«No hablemos de lo de aquí, porque esto no es uniforme, ni es ejército, *ni es ná*.»

Lo que más le fastidiaba era ver los dormitorios convertidos en talleres de cigarrería, pues él quería soldados y no operarios. En los primeros días observó que, distraída la tropa en sus tareas, no prestaba la más exacta atención á los toques de corneta, ni acudía con toda rapidéz á la fila cuando se daba la voz de *á formar;* pues mientras liaban el cigarrillo que tenían en las ma-

nos y cerraban el tablero y lo arrimaban á la pared, pasaban algunos minutos que, seguramente, parecerían siglos al impaciente y marcial espíritu del cabo Tamargo . . .

Sin embargo, acerca de esta observación no dijo ni una palabra hasta que empezó á prestar el servicio de cuartel; pero llegado dicho día, al primer sonido de la corneta para la primera lista, se plantó y cruzó de brazos en el centro del dormitorio, y allí, severo y mudo como una rígida estatua, esperó que todos sus subordinados acudieran á la formación.

Llegado este instante, preguntó:

¿Están todos en la fila?

—Sí, señor—contestaron varias voces.

—¡Ya era tiempo!—Repuso el cabo Tamargo, con acento cada vez más firme, irónico é imponente; y en el acto agregó:

Por ser la primera vez que yo me hallo aquí de cuartel, pase . . . (aquí hizo una pausa) pero advierto que en las demás listas, si al primer sonido de corneta no se hallan todos en la fila, con sus blusas y corbatas, *como soldados decentes;* cierro puertas y ventanas, cojo el mango de la escoba, y *van á salir los hombres por las rendijas* . . .

Juzgue el discreto lector qué esfuerzos no habrán tenido que hacer para no reirse ni chistar los que oyeron tan graciosa y quijotesca andanada, lanzada por un atleta de continente tan gallardo y respetable como era el cabo Tamargo.

Dadas sus grandes presunciones, era imposible que no llegara á fijar su mirada en el bizarro gastador, que, con tanto fundamento, venía pasando por el soldado más valiente de toda la compañía y hasta del batallón. Tamargo pronto llegó á enterarse de las extraordinarias cualidades de dicho individuo, del alto concepto que go-

zaba y de lo más notable que había hecho para alcanzar tanto renombre; pues á los pocos días de aquella general advertencia dirigida á toda la compañía, hallándose nuevamente de cuartel y pasando la lista de retreta, por no haber contestado el famoso gastador á la primera llamada que de él se hizo, lo examinó y reprendió del modo siguiente:

—¿Ha venido Costales?

—Presente—contestó éste.

—¡Venga usted acá! . . . ¿Dónde se hallaba usted cuando le llamé la primera vez?

—Me he detenido un poco con un paisano.

—¡Hombre! . . eso es muy extraño en usted, que ya debe *tener olvidado* que en la milicia no hay paisanos. . . Yo sé que es usted un hombre valiente; *pero con los valientes me gusta á mí entenderme.* Si otra vez que yo pase lista, no se halla usted presente para contestar en el acto que le llame; sepa usted, que de la primera *guantá que le arrime*, le van á parar las muelas á *eze* pueblo que llaman *Guarnabacoa.* . .

El gran gastador Costales, no contestó palabra alguna á las fanfarronadas del cabo Tamargo, que más bien hacían reir que atemorizaban; pues bien pronto se conoció que no era de malos sentimientos, y lo único que no podía resistir era que se dijese que en el mundo había un hombre más valiente que él, quijotesca presunción, ó *chifladura crónica*, que á Costales le tenía sin cuidado. . .

XXXI.

ESPAÑOLES Y DOMINICANOS

El día 30 de Agosto de 1863, zarpó del puerto de la Habana, el vapor mercante «San Francisco de Borja», llevando á su bordo el Batallón de Cazadores de Isabel II, número 3, con rumbo á la Isla de Santo Domingo, de la cual se habían recibido noticias alarmantes que requerían el inmediato envío de tropas.

En alta mar el «Borja» se avistó con el vapor de guerra «Isabel la Católica», que venía de la costa dominicana; y deteniendo ambos buques su marcha, el comandante de este último, puesto al habla con el primer jefe del batallón, le indicó que si no tenía órdenes precisas que se lo impidiesen, convenía que se dirigiesen directamente á Puerto Plata, porque dicha ciudad necesitaba inmediato socorro de fuerzas; y agregó que si deseaba algún auxilio de dinero ó de otra especie, el buque de guerra podía facilitárselo.

El Teniente Coronel Sr. Argentí, jefe del batallón, contestó que tomarían la dirección indicada, y que nada necesitaban, porque dicho cuerpo iba dispuesto para

entrar en campaña, hallándose toda su fuerza al corriente de los haberes, y llevando además la caja 35.000 pesos.

En efecto, el «Borja» siguió con rumbo á Puerto Plata, á cuyo punto llegó el día 3 de Septiembre, desembarcando seguidamente el batallón. En dicha plaza habían ocurrido ya hechos de armas sangrientos, y, entre otras bajas, se había experimentado la del coronel de Ingenieros; pero á la llegada de aquel cuerpo, los revolucionarios se habían ausentado de las inmediaciones, tomando, según se decía, el camino de la capital del Cibao; ó sea, de Santiago de los Caballeros. De la guarnición de esta provincia, cuna del movimiento insurreccional, hacía algún tiempo que nada se sabía, por haber cortado los insurrectos las comunicaciones entre Santiago y Puerto Plata y hallarse sublevados todos los habitantes de las dos provincias.

En Puerto Plata se organizó una columna compuesta del batallón de Isabel II, otro del Regimiento de la Corona, dos compañías del batallón de Madrid, del distrito de Puerto Rico, una sección de Artillería con dos piezas de montaña y un escaso número de militares dominicanos, adictos á la causa española; mandando dichas fuerzas el Coronel del E. M. del Ejército D. Luis de Cappa.

Esta columna salió en la madrugada del día 4 para Santiago de los Caballeros, marchando todo el día sin novedad y pernoctando al raso en un punto denominado «Cañaveral de Suero». A la mañana siguiente, continuó su marcha sin hallar tampoco enemigos ni habitantes pacíficos en todo el trayecto recorrido, pues todas las viviendas se hallaban abandonadas: la fuerza pasó tranquilamente la noche en un punto conocido por «Limones».

Ciertamente nadie auguraba que la soledad de tan

desierta mansión y aquella paz sepulcral, fuesen indicios satisfactorios; pero, al menos, se avanzaba hácia el punto en que debían hallarse las fuerzas de la guarnición del Cibao, que, seguramente, se hallarían en apurado trance; por haberse reconcentrado allí toda la insurrección. Era grande el deseo de llegar cuanto antes al lado de los camaradas que por momentos esperarían auxilio.

En la mañana del día 6, continuó su marcha la columna, también sin ser hostilizada ni ver á persona alguna; pero cuando solo faltaban unas tres ó cuatro leguas para llegar á Santiago, empezaron á oirse detonaciones de cañón y á verse en el espacio grandes y siniestras nubes de humo.

En virtud de estas novedades, redobló el paso la columna, y, debido al cansancio que ya llevaba la misma, al excesivo calor, á la precipitada marcha y á la carencia de agua para apagar la sed; la tropa marchaba muy fatigosa y estenuada.

Por fin, se llegó á la inmediación de Santiago; desapareció el espeso y alto monte firme, que hasta allí existía por ambos lados del camino y entrando en una despejada sabana, ó campo descubierto, pudo verse la ciudad *ardiendo por los cuatro costados;* convertida en un horroroso montón de llamas. . .

Como medio kilómetro antes de la entrada en el pueblo, existía un fuerte denominado «Dios, Pàtria y Libertad», defendido interior y exteriormente por fuerzas muy considerables, con una pieza de artillería, emplazada frente al camino que conducía al mencionado fuerte; y á corta distancia de éste existía una numerosa avanzada que hizo una descarga de fusilería tan pronto como avistó á la vanguardia de nuestra columna, incorporándose después rápidamente al grueso de su fuerza.

Llegadas nuestras tropas al campo descubierto y

dadas por el jefe superior de las mismas, las órdenes que estimó oportunas para el ataque; el batallón de Isabel II que marchaba en cabeza, formó en columna cerrada para atacar de frente, apoyado por las dos piezas de Artillería: el batallón de la Corona con las dos compañías del de Madrid, se preparó para penetrar por un costado de la ciudad.

En tan críticos momentos, hallándose la tropa muy cansada, pero con buen espíritu, y viéndose al frente una fortaleza, una masa enemiga muy numerosa y el caserío de la ciudad envuelto en las llamas; el Teniente Coronel Sr. Argentí, conociendo la gravedad de la situación, dirigió á sus subordinados esta breve y mágica arenga:

«¡Cazadores! Entre esas llamas están nuestros hermanos, y en ellas hay que penetrar para salvarlos. ¡Que todos seais los primeros en llegar! ¡Viva España! ¡Viva la Reina! ¡Fuego! . . . ¡A la bayoneta!» . . .

Sonó en el acto una imponente descarga, lanzándose seguidamente el batallón al paso ligero y con bayoneta calada, hácia el enemigo. Este, formando compacta masa, rompió nutrido fuego de fusil y cañón, causando la metralla del último muchas bajas de muertos y heridos en nuestras filas, especialmente en la primera y segunda compañía; las dos piezas de artillería de la columna, dirigidas por el capitán D. Alejandro Rodríguez Arias, recientemente fallecido siendo Capitán General de esta Isla, hicieron dos certeros disparos, logrando inutilizar la cureña del cañón emplazado en el fuerte: el batallón avanzaba con admirable ardimiento, trabándose un terrible combate al arma blanca que motivó grandes episodios y heróicas hazañas, realizadas por ambas partes.

El bravo capitán de la segunda compañía D. Enrique Boniche y Taengua, viendo á un soldado de la misma cuyo nombre siento ignorar, pues quisiera per-

petuarlo en estas páginas, algo separado y cercado por varios enemigos, contra los que luchaba bizarramente al arma blanca, ya teñido con la sangre que manaba de sus grandes y profundas heridas; se abalanzó como el rayo hácia el punto en que aquel héroe, con la bayoneta calada, se batía cuerpo á cuerpo y desesperadamente. En el acto, el capitán Boniche atravesó con su espada á uno de los enemigos, haciendo retroceder de improviso á los demás; pero estos bien pronto se rehicieron para volver con más furia al combate. Al instante, cercaron de nuevo al soldado y á su heróico capitán, y uno de los que se hallaban á la espalda del último, levantó con furia su grande y afilado machete, para hender con él la cabeza del Sr. Boniche; la que habría sido partida en dos mitades, si no hubiera mediado la milagrosa intervención de un nuevo héroe, que lo evitó.

El sargento segundo de la misma compañía, Juan Peidro, habiendo observado el movimiento de su intrépido capitán, le siguió con la propia rapidez con que éste lo había hecho para acudir en auxilio del valiente soldado; y al ver el inminentísimo peligro que corría su superior, cuando el machete enemigo se alzaba para matarle; paró heróicamente el golpe; cubriendo con el cañón del fusil la cabeza de tan bizarro adalid y exclamando al mismo tiempo: «¡Mi capitán, que lo matan!»

Incontinenti, Peidro dió un gran impulso á su arma hácia arriba, al mismo tiempo que el machete bajaba como una centella: los dos aceros chocaron; el más débil—el machete—saltó partido en dos pedazos; y un raudal de brillantes chispas, semejante á una rápida y maravillosa antorcha, iluminó aquel sublime cuadro de hidalguía, destreza y heroismo.

¿Quién podrá ver con malos ojos que los autores de estos hechos y otros semejantes, sean elevados y distinguidos con las más honrosas recompensas?

Y, bajo otro punto de vista, si la guerra requiere, ante todo, hombres de gran corazón; *lo que el interés de la patria aconseja*, es elevar á los que más corazón demuestren. Además, cuando la elevación es justa, la conciencia pública aplaude.

A duras penas, el capitán y el sargento lograron abrirse paso para reunirse á su compañía, que seguía avanzando hácia el fuerte; pero el pobre soldado no pudo efectuarlo á pesar del esfuerzo de su capitán por salvarle, pues ya había caido exámine y desangrado entre los demás muertos y heridos de ambos bandos que quedaron unidos y confundidos en el propio campo. ¡Honor á aquellos humildes é ignorados héroes!

La masa enemiga, aunque muy superior en número, fué arrollada por el incontrastable empuje de tan bizarros soldados; el fuerte fué asaltado y tomado en el acto, con una heroicidad digna de ser cantada por las épicas liras de Ercilla, Camoens, Homero y Virgilio; y los valientes dominicanos, después de una brillante defensa que es justo consignar, se retiraron á otra fortaleza que tenían en una altura situada en la parte Este de la ciudad, desde la cual se dominaban los edificios de esta no destruidos por las llamas.

Entre los muchos valientes que cayeron muertos al asaltar el fuerte, se hallaban los intrépidos tenientes don José Porta y D. Manuel Carrasco y Torres; y dos sargentos primeros.

El batallón siguió avanzando hácia el edificio en que se hallaba refugiada y sitiada la escasa guarnición del Cibao; y para llegar al mismo, fué preciso penetrar á la carrera por las calles que se hallaban obstruidas por escombros de las casas derribadas, teniendo que sortear las lenguas de fuego que en algunos puntos se cruzaban de uno á otro frente; ocasionando un calor tan sofocante, que varios individuos no pudieron resistirlo,

cayendo asfixiados en el trayecto que había que recorrer. La mayor parte de los que salvaron tan inminente peligro, al llegar al cuartel que ocupaban los sitiados, se desmayaron y no volvieron en sí, hasta que las humanitarias y caritativas mujeres que se hallaban en el mismo edificio, los auxiliaban con ron y aguardiente, aplicándoles frotaciones de agua y vinagre, para facilitar la circulación de la sangre.

En todas partes la sensible y generosa mujer, cumple su humanitaria y divina misión de templar los rigores de la vida y de las pasiones del hombre; y las generosas dominicanas dieron entonces y más adelante muy señaladas pruebas de sus tiernos sentimientos.

La situación en que se hallaban los refugiados era en extremo crítica y apurada; y por eso la emoción y la alegría que experimentaron cuando vieron llegar á sus salvadores, es indescriptible: según iban llegando estos, aquellos corrían á su encuentro y los abrazaban sin distinción de grados, ni de empleos, ni de cuerpos, ni de armas; sellando con sus lágrimas, con sus sollozos, con la sangre que derramaban sus heridas y con la mayor efusión de su agradecida alma, la noble, fraternal, elevada y sublime misión de la gran familia militar que á tales sacrificios se presta heróicamente, bajo la sagrada bandera que ha jurado defender.

Después de reunidas las fuerzas auxiliadoras con las sitiadas, se exploró la voluntad de los individuos que se hallasen con fuerzas para salir á recoger los asfixiados y heridos que habían quedado en el campo y en las calles: todos los que podían moverse se ofrecían voluntariamente á ello; pero solo salieron los que, á juicio de los jefes, se hallaban con más resistencia para aquella nueva empresa.

La citada operación dió buen resultado, pues además de algunos heridos que se hallaron con vida, se re-

cogieron *veintisiete asfixiados*, sin habla; á los cuales se procuró salvar por todos los medios posibles, pero, desgraciadamente, todos fallecieron, dándoseles sepultura en una fosa común, abierta á la inmediación de la capilla de aquella semi fortaleza. ¡Pobres compatriotas!

Según se deduce de lo que dejo relatado, la columna que había salido el día 6 de Puerto Plata, acababa de llenar dignamente su principal cometido, llegando al mismo punto en que se hallaba la guarnición del Cibao, y en ocasión oportuna para prestarle su auxilio; pero seguidamente surgió un gran conflicto que ignoro si había sido previsto ó era inevitable, motivado por la absoluta carencia de provisiones para sostenerse en dicho punto, como seguramente lo aconsejaba el interés de la campaña. La fuerza auxiliadora llegó con las raciones completamente agotadas y la sitiada tenía como única existencia comestible, *seis sacos de arroz*.

Todos los víveres y efectos del comercio y de los particulares que no habían recogido ó utilizado los revolucionarios, acababan de ser pasto de las llamas, como supremo recurso á que éstos acudieron para imposibilitar la permanencia de las tropas en aquel punto . . .

Se supo que existían algunos sacos de harina en una panadería situada hácia un extremo del pueblo que no había sido incendiada, y allí se acudió á pesar de los disparos de cañón que, desde su elevada fortaleza, hacían los enemigos para impedirlo; logrando nuestras tropas apoderarse de la citada harina, con la que se hizo pan que se repartía á razón de tres onzas diarias por plaza; pero á los tres días se concluyó, quedando tan solo alguna cantidad de arroz que se suministraba en escasísima proporción y se cocía y comía sin grasa.

Al quinto día, ó sea el 13, prévias ciertas conferencias parlamentarias con los generales ó cabecillas de la revolución, señores Polanco y Pimentel, la fuerza espa-

ñola formó para emprender la marcha á Puerto Plata, dejando allí los heridos y enfermos graves, bajo la promesa (no en vano ofrecida) de que serían respetados y, en lo posible, asistidos.

Parece ser que á la masa revolucionaria, se le había hecho entender por sus jefes que los españoles entregarían las armas, puesto que al salir éstos del ya destruido pueblo, los sublevados se mostraron sorprendidos porque no las entregaban; y, arrastrando un cañón de montaña, pronto empezaron á hostilizar la retaguardia de la columna. También los exasperó el ver que las mujeres que se habían refugiado con la guarnición, seguían voluntariamente á la misma.

Esta continuó la marcha, y el batallón de Isabel II, que cubría la retaguardia, organizó la defensa por escalones, disponiendo noblemente el teniente coronel, señor Argentí, que las mujeres y algunos paisanos de avanzada edad que también acompañaban á nuestra fuerza, pasasen á situarse á la cabeza del batallón, á fin de que no fuesen víctimas indefensas del fuego ó machete enemigo. Algunos soldados y el sargento de cornetas, viendo á las desgraciadas mujeres—que no habían tratado nunca—prorrumpir en amargo llanto, por no poder resistir el peso de sus tiernos hijos, los cargaban en sus hombros, por la compasión que tan tiernos y delicados séres les inspiraban. ¡Así es el soldado español!

La noche del 13 se pasó sobre el mismo camino y el enemigo acampó también á corta distancia; pero cesando el fuego hasta el día siguiente. Los dominicanos entendían que la noche se ha hecho para descansar.

Al amanecer del 14, se emprendió nuevamente la marcha y, con la aurora, empezó el tiroteo; contándose entre los muertos de este día el famoso músico mayor del batallón, Sr. Chamochín.

A las cuatro de la tarde se pasó por el pueblo cono-

cido por Altamira, que, como todos los demás caseríos, se hallaba deshabitado. Al bajar la cuesta de este pueblo el enemigo cargó con extraordinaria pujanza, hiriendo á una mujer y á un niño, además de ocasionar otras bajas á la columna. Durante esta jornada se avistó un toro y fué muerto á balazos, repartiéndose la carne del mismo, que los unos comieron asada sin sal y los otros la devoraron cruda. En la tarde de este día se encontraron muertos é insepultos cinco soldados del batallón de la Unión; y poco después se pasó un río bastante caudaloso en el cual daba el agua por la cintura. Allí arreció el fuego del enemigo y después cesó sin volver á repetirse en las tres leguas que faltaban para llegar á Puerto Plata. Durante el trayecto de esta retirada que comprende unas 18 leguas, la tropa no comió otra cosa que guayabas—que afortunadamente había en abundancia por el monte—y el toro que se mató al tercer día.

No me propongo continuar la reseña de las operaciones posteriores de aquella campaña, que duró unos diecisiete meses; pues mi ánimo es sólo demostrar con este verídico relato de la toma y retirada de Santiago, las vicisitudes propias, inherentes é inevitables de la penosa profesión militar.

Pero no daré fin á este capítulo sin consignar que los expresados heridos, enfermos y prisioneros que quedaron en la capital del Cibao, y otros que en diferentes acciones cayeron en poder del enemigo, fueron siempre respetados y asistidos del mejor modo posible por los dominicanos; y, especialmente, por las generosas mujeres de aquel hermoso y feracísimo país.

Todos los que allí corrieron las vicisitudes del cautiverio tienen grandes motivos de agradecimiento hácia aquellas buenas gentes que, en medio de su modesta posición ó de su pobreza, han dado muchas pruebas de civismo y de desprendimiento pocas veces igualadas y

nunca superadas en los países más cultos; correspondiendo de este modo á la elevada y generosa conducta que las tropas españolas también observaron en aquella campaña y aún antes de iniciarse la guerra, ó sea desde el momento en que pusieron su planta en el territorio que, voluntariamente, se había anexionado á su antigua metrópoli.

Los dominicanos no ignoraban—y conviene que lo sepa el mundo civilizado—que el digno señor brigadier Peleaz, primer jefe español de alta representación que fué á dicha Antilla, después de haberse proclamado en la misma la soberanía española por el partido santanista, procediendo dicho jefe de acuerdo con las instrucciones del Excmo. Sr. Capitán General de la Isla de Cuba, procuró por todos los medios posibles, allanar la infranqueable barrera que dividía á los dos bandos que se disputaban la supremacía de los destinos del país; esmerándose en extirpar, ó, cuando menos, suavizar el rencor conque unos y otros se miraban, y en humanizar los actos del poder que, después de la anexión, siguió ejerciendo, en nombre del Gobierno español, como gobernador superior y capitán general, el expresidente de la república, D. Pedro Santana.

El señor Brigadier Peláez protestó enérgicamente de los fusilamientos que, sin previa formación de causa ni justificación legal, el señor Santana intentaba seguir ejecutando—como de antigua costumbre—en los conatos de rebelión que observaba. Entendía el jefe español que hallándose ya la Isla bajo la autoridad de España, este procedimiento era contrario al derecho público de nuestra nación, que ya debía responder ante la historia de la buena ó mala aplicación de la ley en aquel país; y que también era opuesto á los humanitarios sentimientos de S. M. la Reina, claramente expresados en el sentido de que deseaba y ordenaba se tratase á los domini-

canos con todos los derechos, miramientos y consideraciones de los demás súbditos españoles.

¡Elevada, noble y generosa conducta de España, que las más verídicas páginas de la historia tienen que patentizar y enaltecer!

Aún después de iniciada la guerra, nuestras tropas procedieron con una ejemplar disciplina y un esmerado comedimiento, dignos de los mayores elogios.

El resultado de la campaña no correspondió al hidalgo y heróico comportamiento de nuestros soldados; pero no han sido ellos los responsables, y, por su parte, dejaron allí el eterno recuerdo de sus grandes virtudes.

La retirada de los mismos, ó sea el abandono de aquel territorio, no puede atribuirse en modo alguno á la fuerza de las armas que luchaban contra las nuestras.

Sin negar, y antes bien reconociendo, el ingénito valor de los dominicanos; su defectuosa organización no les permitía competir en igualdad de circunstancias con el empuje de nuestras ordenadas y disciplinadas columnas, como se demostró en todos los combates. Otras causas *de fundamental origen*, decidieron la suerte de aquella contienda. Veré si acierto á expresarlas:

La imprevisora, costosa é insostenible administración general creada allí de improviso, antes de conocerse, abrirse y desarrollarse las fuentes de la producción pública, como si se tratase de un país con arcas repletas y en floreciente estado de pingües y seguros rendimientos para el Erario, cuando unos y otros se hallaban en un evidente y lamentable estado de penuria y abatimiento; he aquí la que yo juzgo principal, ineludible é irrebatible causa del abandono de la Isla de Santo Domingo. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Sirva siquiera esta *elocuentísima lección* de la

historia contemporánea viva, fija é indubitable, de provechosa lección para ser más previsores, más prácticos y menos empíricos y fastuosos en lo sucesivo; porque los errores de esta naturaleza que no son correjidos en tiempo oportuno, suelen entrañar males de gran trascendencia, ó catástrofes irreparables . . .

Las grandes dificultades que ofrecía el sostenimiento del numeroso personal de jefes y oficiales del ejército dominicano, cuyos títulos, nombramientos ó despachos se prodigaron al verificarse la anexión, por los muchos compromisos del partido dominante; los muchos gastos propios de las atenciones ordinarias y los extraordinarios que la guerra originaba á los tesoros de la Península, Cuba y Puerto Rico, que ya llevaban sufragados sobre veinte millones de pesos para atenciones de la isla de Santo Domingo, desde el momento de la anexión hasta la en que se acordó el abandono de la misma, sin próxima ni remota esperanza de indemnización; fueron el inevitable complemento de aquella gran verdad y la palmaria demostración de que cuando se cierran los ojos á la evidencia, cuando se crea, *se malgasta* ó se edifica sin base firme, positiva y real para sostener el edificio, ó cuando, temerariamente, se sostienen cargas superiores á las fuerzas de un país, las armas son impotentes para evitar que el edificio se desplome. . .

Esto no quiere decir, en modo alguno, que no concurriesen otras causas secundarias para precipitar aquellos acontecimientos; como son los errores atribuidos, con mayor ó menor fundamento, á varios funcionarios de los diversos ramos de la administración pública, que, seguramente, con el mejor deseo pero desconociendo la índole de aquellos habitantes, el mejor modo de tratarlos y despreciando los consejos de la prudencia, de la fuerza de las costumbres y del orden fijo, natural é indeclinable

de la vida de los pueblos; quisieron cambiar bruscamente y de un modo radical, los hábitos y defectos sociales generalizados y arraigados en el país, por efecto de los males que treinta años de lucha con el vecino pueblo haitiano y las incesantes discordias intestinas, habían sembrado en el mismo. Excesivamente celosos, dichos funcionarios quisieron correjir en un día lo que era obra de muchos años, sin comprender que, en tales casos, las mejoras no se obtienen más que con mucha prudencia, mucha perseverancia y excelente ejemplo; y nunca con arrebatos ni con medidas violentas que puedan ofender ó deprimir la legítima susceptibilidad de los pueblos . . .

Esta fatalidad, unida al descontento del partido anti-santanista que había repudiado la anexión y no le proporcionaba las ventajas que disfrutaban sus contrarios, fueron motivos suficientes para provocar la guerra mucho antes de lo que podía esperarse; surgiendo seguidamente el gran problema de su difícil sostenimiento, por los cuantiosos gastos que originaba y que, por completo, tenían que sufragar las cajas de la Península, Cuba y Puerto Rico, constituyendo para ellas una carga abrumadora.

Planteado dicho problema, los poderes supremos acordaron el abandono de aquella Isla que, por los nobles sentimientos de sus hijos, merecía hallarse siempre unida y abrazada á la generosa nación española.

Pero, entiéndase que estas palabras no encierran la idea del más remoto interés político. Me las dicta el corazón.

En confirmación de mi aserto, viene el recuerdo de los hechos presenciados por nuestro ejército al abandonar dicha Isla.

Otro pueblo que luchase por la independencia, al ver embarcarse á los adversarios y al tomar posesión de

los cuarteles y fortalezas que éstos desalojaban, lo habría efectuado con mil demostraciones, alardes y transportes de regocijo; pero los dominicanos adictos á España, los indiferentes y *los mismos que habían sostenido la lucha* contra nuestras tropas, en el acto de la marcha y separación de éstas, mostraban más pena que alegría en sus semblantes. Todo indicaba que en su interior sentían más afecto que repulsión hácia nuestro ejército.

Es natural que así sucediese, porque allí ambos contendientes se habían batido con valor, pero sin crueles represalias. Ambas partes habían respetado siempre á los heridos y prisioneros; con lo cual nuestras tropas respondían á los principios de su disciplina é hidalguía, y las fuerzas enemigas al verdadero sentimiento de aquel pueblo, que guardaba en su corazón un antiguo y sincero amor á los españoles; amor que ni los enunciados errores de algunos funcionarios políticos, militares, administrativos, judiciales y eclesiásticos, ni los odios y rencores de la política, ni los males de la guerra, ni ningún bastardo interés, habían podido amortiguar.

En cuanto hace relación á las sensibles y caritativas mujeres que en Santiago de los Caballeros, en Puerto Plata, en Santo Domingo, en Azua y en otros puntos asistían, auxiliaban y velaban por la salud y la vida de nuestros heridos, asfixiados y prisioneros, del mismo modo que pudieran hacerlo por sus compatriotas que se hallasen en iguales condiciones; sólo cabe exclamar con el más puro acento del alma:

¡Generosas y caritativas dominicanas! ¡Felices y benditas seais por los siglos de los siglos!

XXXII.

PROVIDENCIAS EJEMPLARES

Para que la fuerza armada se mantenga con la interior satisfacción que, sabiamente, recomienda la Ordenanza, es preciso que los sanos y severos principios de justicia, resplandezcan en todas las clases, y, muy especialmente, en las que ejerzan el inmediato mando del soldado.

Por eso, los más distinguidos jefes. y los más concienzudos tratadistas de la fuerte y vidriosa profesión militar, han prestado siempre el mayor interés á la elección y enseñanza de las clases de tropa, porque los cuerpos que cuenten con buen plantel de cabos y sargentos, instruidos, celosos, entusiastas por el servicio, y, sobre todo, animados de la prudencia, energía é imparcialidad que requiere el trato con el inferior; obtendrán grandes ventajas en todos los servicios, principalmente en los de campaña, que encierran la suprema misión del ejército, y evitarán muchos disgustos que la ignorancia, la destemplanza ó la arbitrariedad, suelen originar.

Por punto general, los soldados procuran ceñir su conducta á la de sus inmediatos superiores, y en vano se pretenderá que aquellos demuestren gran entusiasmo por la profesión de las armas, si los cabos y sargentos no saben inspirárselo con su consejo y su ejemplo.

Los individuos que desempeñan lealmente sus obligaciones, lo hacen con doble voluntad cuando sirven á las órdenes de clases competentes y consideradas; pues si muchas veces las cualidades del inferior pasan inadvertidas para el superior, las de éste no se ocultan en ningún caso á la curiosa é investigadora mirada de aquel. La condición humana induce á fijarse en los de arriba, pasando por alto ó desdeñando á los de abajo.

Dada la importancia y la instrucción que requieren las múltiples funciones de las clases de tropa, ¿es posible sostener buenos cuadros de cabos y sargentos, sin estimular su continuación en el servicio con disposiciones que satisfagan sus razonables y legítimos deseos?

¿Es posible dar é inspirar á dichas clases el buen espíritu militar y todos los conocimientos necesarios, sin una larga permanencia en el servicio, sin reorganizar las academias de los cuerpos, sin dotarlas de los elementos indispensables y sin poner al frente de las mismas directores tan celosos é idóneos como los oficiales dedicados al profesorado en los colegios de alumnos para oficiales y con iguales ventajas y preeminencias que estos últimos profesores disfrutan?

Contesto negativamente á estas interrogaciones que me son sujeridas por el deseo de la mayor gloria de nuestras armas; creyendo, además, que nadie imaginará la existencia de un ejército animado de excelente espíritu militar, si las clases de tropa carecen de él y solo esperan el momento de cumplir para licenciarse *con los mismos quintos*, compañeros y paisanos que en su compañía han venido al servicio; pues de este modo mal podrán incul-

car al soldado un espíritu de que ellos carecen, ni aun exigirle la exactitud de sus deberes con toda la libertad de acción que la profesión militar requiere, exactitud de que en todos casos deben responder, en primer término, las clases más inmediatas al soldado.

La misión de esas clases es más interesante y difícil de lo que á primera vista parece, porque, además de ser el espejo en que se miran sus inferiores, diariamente tienen que intervenir en varias y pequeñas diferencias ó cuestiones suscitadas entre éstos, que rara vez llegan á conocimiento del oficial; y si son instruidos, discretos y experimentados para resolverlas con acierto, á fin de que la razón impere, su intervención será eficacísima para lograr la interior satisfacción de todos sus subordinados, porque el buen juicio se impone siempre á la conciencia pública y hasta los más obcecados acaban por rendirle homenaje. Si, por el contrario, proceden desacertadamente, fomentando con ello el error, la injusticia y el disgusto en las filas, no podrán los superiores destruir el trascendental, oculto y pernicioso daño que tal conducta ocasione; del cual suelen originarse los conflictos de indisciplina.

En cuanto al influjo en las acciones de guerra que las buenas clases ejercen, el bizarro y justiciero teniente coronel D. Nicolás Argentí,—sin proceder de las de tropa—al redactar el parte de las operaciones practicadas en la entrada y retirada de Santiago de los Caballeros, y al referir los sangrientos hechos de armas que allí se sostuvieron; manifestaba que todo el batallón de su mando había rivalizado en valor y abnegación, pero que la benemérita clase de sargentos se había excedido en el heroismo que los más exigentes podrían esperar; haciendo, por lo tanto, muy especial recomendación de la misma.

Es natural que así sucediese, porque todos aquellos

sargentos eran veteranos de varios años de servicio, que se hallaban en la mayor pujanza de su edad—25 á 30 años—unos voluntarios, otros reenganchados, los demás perpetuados y todos con esperanzas de merecidos progresos en la carrera, por la que sacrificaban gustosos su sangre y su vida; dando á la tropa tantos ejemplos de heroismo, como acciones de guerra se presentaban.

Grande y deplorable error será, pues, *para el brillo de las armas*, esperar tan voluntarios y sublimes sacrificios, por virtud de *ventajas pecuniarias ó de otra índole, agenas al halagador adelanto en las filas;* que es la única aspiración que cautiva y domina á la belicosa juventud.

Con clases, oficiales y jefes conocedores de las verdaderas condiciones y necesidades del soldado, atentos al bien del mismo y celosos de *su buena administración;* en muy raros casos surgirán conflictos de indisciplina, por mucha que sea la fatiga y muy penosas las vicisitudes del servicio.

También suele influir para la mayor ó menor satisfacción del ejercito, la acertada ó errónea aplicación que de las leyes, reales órdenes y reglamentos generales, hagan las oficinas ó centros encargados de interpretar ó desarrollar los preceptos, principios ó derechos fundamentales que aquellos establezcan.

Este cometido, por afectar al régimen, gobierno y administración general de la milicia, y, por consiguiente, á los servicios, destinos, progresos é intereses morales y materiales de la misma, siempre ha sido delicadísimo y muy difícil de desempeñar acertadamente; pero en estos tiempos, es de mayor trascendencia, porque la ilustración general de todas las clases y la gran publicidad que se viene dando á las disposiciones orgánicas y administrativas de que se derivan aquellos derechos, facilitan el estudio y el conocimiento de los mismos á los interesados; y, claro está, que si los encargados de apli-

carlos incurren en equivocaciones más ó menos perjudiciales, darán con ello lugar á quejas y censuras contrarias á la disciplina y casi siempre inevitables.

Bien sabemos que esto deben prohibirlo y lo prohiben—pocas veces con buen éxito—todas las clases superiores que lo observen, pero es de sentido común que pudiendo evitarse las causas de los disgustos, no debe llegarse á la corrección ineficaz de las censuras que estos originen.

Menos mal si los oficinistas causantes de los errores que algunas veces cometen—yo también los he cometido—tienen la virtud, poco común, de reconocerlos, y, como seres no infalibles, procuran remediarlos cuando verbalmente, ó por escrito, se les demuestra su equivocación. De este modo, los perjuicios son fácilmente reparados, pero si por un exceso de amor propio, se aferran á sostener lo hecho, para no dar su brazo á torcer, como vulgarmente se dice; en este caso la víctima, ó sea el perjudicado, necesita una gran dósis de prudencia, paciencia y resignación cristiana, para acatar *lo mal hecho y escudado con la firma del jefe superior*, y esperar que el asunto pase á otras manos mejor guíadas é inspiradas para las justas resoluciones . . .

Pues, según me dijo, en cierta ocasión, un amigo á quien consulté acerca de una instancia que yo pensaba promover; son precisas varias circunstancias para que uno alcance lo que pide.

Ya tienes una de las cosas que necesitas—me dijo dicho camarada—porque la razón te asiste, pero aún te faltan dos.

¿Cuáles son?—le pregunté.

—Para justicia alcanzar—repuso mi interlocutor—tres cosas son menester: tenerla, hacerla ver, y que nos la quieran dar . . .

Por punto general, los funcionarios de las diversas

dependencias del Estado que tienen á su cargo las secretarías, negociados y secciones de dichos centros, tanto en esta Isla como fuera de ella, acostumbran tramitar los asuntos de despacho ordinario con especial reserva para los interesados que acuden á enterarse del estado de sus recursos; contestándoles sencillamente que *se hallan en estudio*, al despacho ú otra cosa semejante, y evitando entrar en todo género de explicaciones que en muchos casos podrían servirles de utilidad, por facilitar el conocimiento de los propios asuntos, toda vez que nadie se fija con tanta atención en ellos, ni en la legislación á que se contraen, como los mismos interesados.

Este sistema de reserva es poco ó nada satisfactorio para el público ilustrado que desea saber ú obtener alguna contestación más explícita; y por eso varios discretísimos jefes de E. M. del Ejército á cuyas órdenes he servido, muy gratamente, en la Capitanía General de esta Isla, no lo observaban ni lo recomendaban á sus subalternos, por entender que el concepto de reservado, solo debía aplicarse á los pocos expedientes que por su índole especial lo requerían.

Cuando los asuntos no tenían este caracter y los interesados ó sus representantes legales, deseaban conocer el estado y hasta el criterio favorable ó adverso formado de sus peticiones; se les ponían claramente de manifiesto en las horas de audiencia y en el estado ó trámite en que se hallasen, sin rehuir la breve discusión que el criterio desfavorable originase y procurando convencer, en este caso, á los interesados de que la ley ó legislación respectiva no les favorecía; salvando siempre la opinión de la autoridad superior, si aún no estaban resueltos ó acordados por la misma.

Pues los citados y muy distinguidos jefes decían, que si un oficial ó un soldado, ó un particular, solicitaba la aplicación de una véntaja que creía corresponderle por

tal ó cual ley ó reglamento, la misión del funcionario encargado del respectivo negociado se limitaba á informar si, en efecto, el recurrente estaba ó no comprendido en la disposición á que se acogía, ó en otra que para el caso le fuese favorable.

Si se opinaba por la afirmativa, ningún inconveniente existía en contestarlo así, cuando lo interrogase la parte interesada, y si se creía lo contrario, bien porque ésta hubiese interpretado erróneamente el precepto en que se fundaba, ó porque existiesen otras disposiciones posteriores que derogasen las que servían de fundamento á la instancia, debía desengañársele con el texto de la vigente legislación en la mano; pues al que pide, ó cree pedir en justicia ó en derecho, lo menos que puede dársele es una franca y *atenta manifestación de que tal derecho ó justicia no le asisten.*

Ha dicho un discreto autor que «en las cuestiones de Estado, la buena forma es el todo», y esto tiene universal aplicación en todos tiempos y cuestiones.

Nadie desconoce que las autoridades superiores tienen sobre sí un cúmulo de atenciones tan grande y complejo, que les impide descender á los detalles que vengo insinuando, y que, por otra parte, incumben á las respectivas secretarías, secciones ó negociados; pero el celo ó la negligencia que estas dependencias demuestren en los asuntos del público, se reflejan siempre en torno de las autoridades y hasta del Gobierno supremo, por lo mismo que el vulgo achaca siempre la buena ó mala administración general, á los poderes más elevados. Al menos de lo malo, haya ó no razón para ello, siempre se echa la culpa al Gobierno.

Por eso los jefes á que me vengo contrayendo, exigían que las notas de los expedientes y las minutas de las comunicaciones se redactasen con mucha claridad, sobre todo cuando la resolución era contraria á los peticiona-

rios, pues cuando era favorable, pocas palabras bastaban para llevar al ánimo de los mismos, la convicción de que se procedía en justicia y no arbitrariamente . . .

A pesar de esto, podría suceder que, cuando las resoluciones eran negativas, algunos interesados no se convencieran de su error; pero siempre que las comunicaciones llegasen á sus manos bien fundadas y razonadas, si ellos no tenían discernimiento propio para entenderlas, ó se hallaban obcecados, no les faltarían amigos que les hiciesen comprender lo que ellos ignoraban.

Procediendo de otro modo, ó sea con las sencillas fórmulas de: *no ha lugar*, *ó no ha tenido á bien acceder*, *etcétera*, que sólo son aplicables á las peticiones puramente graciables y no basadas en preceptos de derecho; la interior satisfacción no podrá sostenerse á la altura correspondiente.

Por punto general, las resoluciones ó providencias que recaen en los expedientes, ya marcan la pauta que deben seguir los negociados para las redacciones de las comunicaciones; porque la experiencia y la sabiduría de los Generales ó autoridades superiores, se traducen en sus acuerdos ó decretos.

Yo he visto varios de estos muy ingeniosos é instructivos, consignados por autoridades que en pocas palabras compendiaban el contenido de las comunicaciones; corrigiendo á la vez los grandes ó pequeños lunares que para los negociados pasaban inadvertidos, como se verá por los siguientes casos.

En una ocasión se dió cuenta de una *Memoria* de un jefe de cuerpo que proponía algunas variaciones en el sistema de alimentación y en el *ajuar de cocina y mesas* de los cuarteles; cuya novedad, si bien refinaría algún tanto las antiguas costumbres, tenía que ocasionar mayor gasto, con aplicación al haber de la tropa.

La sección examinadora, bien fuese porque el

asunto era dudoso y no estaba previsto en la legislación, ó bien por no contrariar al jefe que lo proponía, que era de los más influyentes é ilustrados; no se detuvo á emitir su parecer acerca de dicho asunto, y se concretó á extractar la *Memoria* y elevarla á la resolución superior, en virtud de lo cual, S. E. decretó:

«Contéstese atentamente al jefe autor de la adjunta *Memoria*, que es muy laudable el celo que en ella demuestra; pero que mientras no sea posible aumentar la módica cantidad señalada para el alimento del soldado, no estimo conveniente distraer parte alguna de ella, ni aún para aplicarla con el buen acierto que en dicha *Memoria* se indica.

Prohibo á las secciones que omitan su opinión, favorable ó adversa, en los expedientes que presenten al acuerdo; pues con el cómodo sistema usado *en este caso, huelgan las cuentas.*»

Otra resolución que conservo en mi cartera de apuntes curiosos é interesantes, recayó en un expediente relativo á una cuenta de compra é inversión de efectos, remitida por una dependencia subalterna; á cuya cuenta se acompañaban varios comprobantes de las operaciones practicadas, unidos á la misma por medio de curiosos clavitos dorados y flexibles, de doble pié, que, después de taladrar el papel, se abrían en sentido inverso y dejaban sujetos los pliegos ó cuartillas que alcanzaban.

Modernísima invención que, como otras muchas de estos tiempos, abreviaba el trabajo, haciendo más susceptible de aumento ó disminución el número de hojas ó comprobantes justificativos; sin necesidad de aguja ni de hilo para coserlos.

La Sección, estimando que el expediente se hallaba en debida forma, lo presentó con todos los requisitos al superior acuerdo; pero el General, en un rápido exámen, debió observar *que andaba algún cabo suelto;* pues antes

de estampar una providencia definitiva, cogió la pluma y escribió:

«No se une el comprobante de la nota de precios, cuya falta debieron advertir la sección y el negociado. Para evitar desprendimientos, vuélvase al cosido antiguo, y déjense de *hierrecitos*».

En tan pocas líneas se ven compendiados el talento superior para la advertencia, la viveza de ingenio para expresar sus ideas y una forma concisa, originalísima y graciosa de demostrar que no le fascinaban las invenciones de *más dorada apariencia*, que no entrañasen una verdadera ventaja.

En otro expediente de larga tramitación, al resolver acerca del fondo del asunto, S. E. agregó:

«La morosidad con que se ha tramitado este expediente, acusa una falta que no está disculpada en el mismo; y á fin de exigir las correspondientes responsabilidades, acompáñese nota del tiempo que lo han tenido á su cargo las dependencias, secciones y negociados que intervinieron en él.

Sirva, además, esta prevención de regla general para lo sucesivo» . . .

Esta advertencia era entonces y es hoy tan necesaria, especialmente para ciertas oficinas agenas al ramo de guerra, que debería existir fijada en un cuadro y con letra muy clara, ante la vista de los empleados; pues me consta, por haberlo experimentado, que aún en estos tiempos, ó sea después que *tanto hemos progresado*, hay algunos centros no militares, *en que si los interesados no se presentan á suplicar ó gestionar el despacho de sus instancias*, allí se estancan y duermen el sueño eterno, en los grandes legajos de lo pendiente . . .

Esto es un gran descrédito para la administración general, porque da fundados motivos para las amargas y constantes censuras del público.

Pero donde una ilustre autoridad dió muy brillante muestra de su profunda filosofía y del exacto conocimiento de la flaqueza humana; marcando, al mismo tiempo, una notable línea de conducta para los casos en que la presunción y el amor propio pueden ofuscar los sentidos y dominar las conciencias, fué en el caso que voy á referir:

Un modesto oficial á quien, de acuerdo con lo informado, se había desestimado por la misma autoridad á que me contraigo, una respetuosa instancia; acudió con nuevo recurso, alegando más claros y sólidos fundamentos que daban mayor fuerza al pretendido derecho en un principio sencillamente solicitado, por sí, en vista de sus razonamientos, S. E. creía que existían motivos para modificar el acuerdo y acceder á la petición formulada.

La sección y el negociado se limitaron á informar que, tratándose de un asunto ya resuelto en sentido negativo, procedía contestar al interesado que se atuviese á dicha resolución; pero S. E. no fué del mismo parecer y decretó lo que sigue:

«Antes de contestar lo que se propone, infórmese si las nuevas razones aducidas por el recurrente, son ó no fundadas, porque *la segunda instancia no es igual á la primera.*»

Bien estudiado el asunto, las disposiciones citadas en él y los antecedentes en que se apoyaba la nueva exposición, no pudieron rebatirse satisfactoriamente los argumentos de la misma; y el General, penetrado de todo, resolvió en definitiva, lo que voy á transcribir:

«En vista de los mayores fundamentos expuestos por el recurrente en la segunda exposición, los cuales demuestran el derecho que le asiste; anulo el anterior acuerdo, sustituyéndolo por la concesión de lo que se solicita.

En lo sucesivo, cuando ocurran casos como el presente, si la sección que ha informado en sentido desfavorable acerca de la primera instancia, entiende que debe seguir sosteniendo el mismo criterio, á pesar de las nuevas razones ó pruebas que expongan los interesados; antes de ratificarlo, declárese incompetente para emitir nuevo informe en el asunto, *porque ya no podrá verlo con entera imparcialidad.*»

Estas providencias bien merecen calificarse de *ejemplares*, en la más extensa acepción de la palabra; porque están basadas en los puros consejos de la razón, de la experiencia y de la conciencia, que son las verdaderas y cristalinas fuentes del derecho en general y de la justicia universal.

XXXIII

EMOCIONES DEL ALMA

Después de una larga ausencia de doce años, durante los cuales he tenido ocasión de recorrer y observar las costumbres más visibles de varias y lejanas provincias peninsulares y ultramarinas, regresé, temporalmente, á mi querida Galicia, la inolvidable región de mi nacimiento, de mis inocentes recuerdos y de mis infantiles ensueños; animándome el grande y legítimo deseo de ver y abrazar á los deudos y demás personas de mi cordial y antiguo afecto, que aún no habían pagado su tributo á la muerte.

Entre ellas se hallaba mi amada y tiernísima madre, á la cual yo puedo y debo dar, sin pasión ni exajeraciones, el calificativo de *santa*, porque de este sublime concepto disfrutaba en toda la comarca en que su grato nombre y su virtuosa vida eran conocidos y ensalzados.

¿Qué templos ó santuarios famosos, qué pobres mendigos, qué seres dominados por notoria desgracia y qué personas celosas de la verdadera luz del cristianismo, comprendidos en el extenso triángulo formado por

la Jerusalén de Occidente, ó sea la histórica y monumental ciudad de Santiago, con las villas de Arzúa y Lalín, no recuerdan y bendicen la ardiente fé, la inagotable generosidad, la admirable abnegación y las puras y ejemplares máximas de *Doña Manuela Pimentel y Pastoriza?*

¡Dulce y amantísima madre mía! . . ¡Hoy que te hallas gozando de la gloria celestial, heróicamente conquistada en este valle de lágrimas; con qué profunda contemplación te consagro mi espíritu, en los más solemnes instantes de mi vida!

En mi candorosa infancia, cuando las tribulaciones ocasionadas por alguna desgracia ó calamidad pública, reunían en tu hospitalario hogar, á los sencillos y devotos vecinos de aquellos contornos, que acudían á oir las palabras y las oraciones de «la señora»; ya me cautivaba el orgullo de verte entre ellos, digna, solemne y majestuosa por la propia excelsitud de tu inmensa caridad; y cuando tus consejos y plegarias, tan claros como elocuentes, derramaban el bálsamo de la esperanza, de la conformidad y de la resignación, en el pecho de tus oyentes, hasta el extremo de hacerles verter lágrimas de gozo en tu presencia; ¡qué grande y señalada honra para tus hijos, la de poder presentar una madre tan discreta, cristiana y bondadosa!

Y cuando, en la misma tierna edad, me llevabas al templo *del Salvador del mundo*, donde había recibido el agua bautismal, de las milagrosas imágenes de San Roque, la Virgen del Carmen, Santa Margarita, Santa Lucía, la Esclavitud, Nuestra Señora de los Desamparados y otros lejanos puntos; y después de rigurosos ayunos, vigilias y privaciones, más voluntarios que forzosos; te veía colmada de celestial regocijo, por haber logrado arrodillarte al pié de los sagrados altares de tu mayor devoción, ¿cómo había de privarme de la maravillosa

gracia que Dios prodigaba sobre tu clara y limpia conciencia? Si en tus fervorosas plegarias, más divina caridad implorabas para tus hijos que para tí, ¿cómo el Ser Supremo dejaría de mirar bondadosamente al más tierno vástago de tus entrañas?

Desgraciadamente, el noble autor de mi vida don Manuel Otero y Mato, había dejado de existir con bastante antelación á mi partida, cuando yo solo contaba cuatro años de edad; y este inmenso infortunio, unido á otros reveses de la suerte, originó mi peregrinación por el mundo, por efecto de una temprana vocación hácia el servicio militar, que la influencia del consejo paterno, si mi buen padre viviese, tal vez habría podido contener.

¡Qué rápida avanzaba la nave que me conducía por la dilatada llanura del Océano, hácia la risueña costa de la madre pátria; y, sin embargo, qué lentamente parecía la marcha comparada con mi impaciente deseo de pisar el suelo nativo!

Más cómodamente alojado, sin los penosos contratiempos que entorpecieron y agravaron las malas condiciones con que había efectuado mi primer viaje; parece que á mi regreso todo contribuía á facilitar la alegre expansión de mi ánimo, por las inmensas y tranquilas regiones del Atlántico, tan manso y sosegado en esta ocasión, como furioso y terrible en la anterior.

El confortable y ventilado camarote provisto de todo lo necesario para descansar, dormir, vestirse y asearse con la necesaria tranquilidad y holgura, la opípara y artística mesa cuajada de tan variados y suculentos manjares como la de un palacio condal, y el esmerado y puntual servicio de las lujosas cámaras, del que libremente disfrutaba como uno de tantos pasageros de primera clase; eran circunstancias que formaban memorable contraste con la siniestra bodega, la *parca* y poco

escrupulosa alimentación y las grandes vicisitudes que á la venida había alcanzado.

Pero en este mundo conviene pasar y saber algo de todo, porque es indudable que quien sufrió lo malo, es más feliz con lo bueno que los demás seres nacidos, criados é identificados con la opulencia; los cuales, no pudiendo apreciar debidamente la gran distancia que media entre los rigores de la desgracia y los halagos de la fortuna, se muestran poco satisfechos con el propio bienestar; y el menor contratiempo ó desaire de la dicha, les mortifica y exaspera de un modo intolerable.

Al pisar las hermosas playas del país en que he nacido, después de muchos trabajos y riesgos corridos, y al ver aquella tierra nunca olvidada, ¡con qué avidéz contemplaban mis ojos las altas montañas, los amenos valles, las verdes é incomparables praderas, los frondosos bosques, los argentinos rios, las cristalinas fuentes, los murmuradores arroyos y los demás encantos que allí prodigó la excelsa mano de Dios!

¡Y con qué amargura lamentaba mi alma la triste condición de los pobres labriegos que pasan mil necesidades, y especialmente de las tristes mujeres que en varias comarcas de aquellos floridos y espinosos campos, desempeñaban los más rudos trabajos de la agricultura, por hallarse ausentes sus padres, hermanos ó esposos.

En presencia de tales cuadros surgía pavoroso en mi mente el gran problema de la emigración . . .

Veía ausentarse una gran parte de aquella juventud, que marchaba y marcha poco menos que al azar, sin estrella ni rumbo fijo, sin que la espere nadie, sin recursos suficientes para el viaje, sin saber si hallará un hogar donde guarecerse; ni como será recibida por los pueblos á donde se dirija . . .

Veía los tristes episodios de la separación y las madres que se morían de pena por la ausencia de sus

hijos; pero aún no era esto lo que más interesaba á mi espíritu . . .

Al fin, aquellos jóvenes no quebrantaban ningún lazo social, ningún compromiso contraido, ningún juramento prestado. Eran libres como el ave que se remonta en el espacio, y como el ave deseaban volar por los ámplios confines del mundo.

Tal vez fracasarían todos sus ideales y la negra suerte les llevaría á morir ¡infelices! en lejano y pobre hospital ó en ardiente é insoportable clima, sin ser socorridos ni auxiliados de nadie . . .

Todo esto podía acontecer, pero, ¡quién sabe! también podrían ser afortunados; y, alcanzando buenas colocaciones, llegar á adquirir bienes, brillo ó fama para sí y sus deudos, que en vano pretenderían alcanzar en su pobre pueblo, ó humilde aldea.

No reprochaba, pues, su ánimo emprendedor y aventurero.

Pero, para los demás emigrantes que se hallaban en otro caso; esto es, para los que dejaban el hogar creado por ellos mismos, con los indisolubles lazos del amor y del matrimonio; que abandonaban á sus tiernos hijos y á sus jóvenes esposas, echando sobre los débiles hombros de las mismas una carga que ellos no habían podido soportar, y exponiéndolas á mil peligros que el más acrisolado honor tal vez no podría evadir; para estos emigrantes, digo, no había justificación ni indulgencia posible en el fondo de mi alma . . .

La contemplación de aquellas mujeres en tan difícil estado, en contínua soledad, en horrible incertidumbre, en perenne lucha con los duros é insoportables trabajos, con grandes necesidades y siempre amenazadas por la perfidia de los hombres; eran otros tantos cuadros demasiado tristes y abrumadores para mi generoso espíritu.

A la vista de ellos, la noble, gallarda y fascinadora imagen de Doña Rosalía Castro de Murguía, llegaba en mi auxilio con la viva antorcha de su admirable ingenio y la fiel inspiración de la musa mas sentimental de Galicia. Surgiendo á cada paso del seno de la tierra y elevándose como el ángel que se remonta á la gloria, difundía en el espacio los más tiernos y sensibles acordes de su vibrante lira, ya para reflejar la inocente y rápida dicha de la tierna juventud, que allí como en todas partes, es la única que la disfruta; ya para llorar la insondable y acibarada amargura que se alberga en los corazones combatidos por la negra desgracia.

Sus más lastimeros acentos y sus más dolorosos ayes, se mezclaban con las sentidas estrofas que el eminente poeta Sr. Ruiz Aguilera dedicó un día á Galicia, bajo la impresión del *canto ó llanto* de la melancólica «Gaita Gallega»; á las que aquella inspiradísima poetisa contestó cumplidamente.

Son dignos de grabarse en la imaginación de todos nuestros compatriotas, los bellos y elevados conceptos de las dos composiciones á que me contraigo, y por esta razón voy á transcribir las primeras octavas de las dos sentidas poesías, para dar una ligera idea de ellas á los lectores que las desconozcan; pero sin responder de alguna pequeña inexactitud en la copia que fío á la memoria, por no tener á la vista el interesante tomo de «Cantares Gallegos», de que forman parte, y que por dos veces adquirí.

De este modo empieza el canto del Sr. Ruiz Aguilera:

«Cuando la gaita gallega
el pobre gaitero toca
no sé lo que por mí pasa
que el llanto á mis ojos brota;
ver me figuro á Galicia
bella pensativa y sola

como amante sin su amada
como Reina sin corona.»

....

A lo que la Sra. Castro de Murguía contestó brillantemente, empezando en este tenor:

«Cando ó teu cantar poeta
na lira xemendo entonas,
non sei ó que por min pasa
que as lagrimiñas me afogan;
que ante de min pasar vexo
á *virxen mártir* que invocas
cos pés cravados de espiñas
cas maus cubertas de rosas.»

....

Hallándome ya próximo al lugar de mi nacimiento, ante todo, dirigí mis pasos al humilde y solitario cementerio en que descansan los restos de mis antepasados, para rendir en las tumbas de los mismos, y especialmente en la de mi amante padre, el homenaje de mis sentidas oraciones.

La profunda y misteriosa soledad de aquel sagrado recinto, que se asienta en el centro de una frondosa vega, donde sin pompas ni vanidades mundanas reposan muchas generaciones que en la vida y en la muerte han sido fieles observadoras de los sublimes ejemplos de resignación, modestia y humildad dados por Jesucristo; la multitud de ideas y recuerdos íntimos y dolorosos que afluían á mi cerebro, y la seguridad de que la acción que yo realizaba sería grata á los ojos de Dios, eran otros tantos pensamientos que cautivaban mi alma, inundándola de celestial emoción.

¡Qué grande y milagroso contraste! Allí, donde la vida terrenal se me representaba con todos los atributos de la sencilla humildad que le son peculiares; allí crecía, palpitaba y se agigantaba la fé cristiana, elevándose mi ser á la diáfana esfera de lo infinito, desde la cual sólo una profunda conmiseración me inspiraban las vanidosas pretensiones y las miserables rivalidades del altivo y soberbio género humano.

Ambiciones, rencores, envidias y todas las demás pasiones que tanto arraigo y dominio ejercen en nuestro débil organismo; desaparecieron por ensalmo durante aquel éxtasis brevísimo y arrobador.

Blando y purísimo céfiro impulsaba el verde y matizado césped del alfombrado pavimento, semejando las suaves ondulaciones de un matizado y reflejante lago; el musgo, la yedra, las acacias y otras plantas y florecillas silvestres, abriendo sus hojas y sus pétalos al amoroso destello de los rayos del sol primaveral, vestían y engalanaban los añejos muros y los seculares troncos de la vecina arboleda, entre cuyo limo y follaje, cuajados de diamantinas perlas que el rocío extrajera del fondo de los mares; se agitaba el ténue y misterioso murmurio de una embalsamada brisa, formando cautivador y peregrino concierto con las inspiraciones de los fogosos mirlos y de los dulces ruiseñores que en la espesura de las ramas y de las zarzas entonaban á porfía sus más brillantes y melodiosos trinos y arpegios, mientras que las admirables calandrias ejercitaban sus incomparables facultades, cantando y bailando al mismo tiempo en el aire, con el ritmo, la expresión y la viveza de su música divina.

No pude levantarme de aquel bendito suelo, sin aclamar la gracia, la elocuencia y la virtud de tan bellos, diminutos é inspirados *artistas*; pues con mi presencia, daban mayor impulso á sus cantos y danzas, mirándome

fijamente con la más viva atención, como si se propusieran obsequiarme, halagarme y cautivarme en la visita que yo hacía á los muertos. ¡Todo puede creerse de unos seres tan inteligentes!

Por eso yo exclamé: ¡Dichosas aves del paraíso, cantad!

¡Cantad con la celestial melodía del amor y del agradecimiento, engendrados en vuestro pecho por estas pobres y virtuosas gentes que en su afanosa vida, labraron la tierra, abrieron el surco, sembraron el grano, regaron el prado, plantaron el cerezo, el peral, el manzano, la higuera y los demás árboles y frutos que producen y constituyen vuestro cotidiano alimento! . . .

¡Que el eco de vuestro canto no cese en el perenne transcurso de los siglos, para perpétua enseñanza de los seres racionales que tengan la dicha de oir y penetrar las sentidas demostraciones de amoroso y agradecido afecto que sabeis rendir ante las tumbas de vuestros bienhechores! . . .

¡Desechad las cuitas que puedan entristeceros; y, viviendo siempre dichosas, sean vuestros cantos, vuestros himnos, vuestros idilios, vuestros nidos y vuestros hijuelos, la dulce y constante compañía, el sublime concierto y la universal delicia de las fieles generaciones que en tan cristiana y humilde Necrópolis, duermen el eterno sueño de los justos!

Pocos momentos después de ausentarme de aquella encantadora mansión, me hallaba en mi hogar paterno, abrazando á mis queridos hermanos *y á mi amantísima madre*; completándose, de este modo, el cuadro de las más hondas y más santas emociones del alma, que tengo experimentado en el transcurso de mi vida. . . .

Noble y digno había salido del amoroso regazo de mi madre, para formar parte de la generosa familia militar; y noble, digno y distinguido volvía á recibir el dul-

ce abrazo de la autora de mis días. ¡Que el ejército sea para todos tan buena escuela, y tan protectora familia, como lo fué para mí! Ya sé que todos no han de hacer carrera, pero el ideal se realiza, con que retornen con su licencia *limpia y honrosa.*

XXXIV

EL PÁRROCO DE SAN MARTIN

En los tiempos á que se contraen los anteriores capítulos, aun existían mis tios don Vicente y don Pedro de Otero, hermanos de mi difunto padre y curas párrocos, respectivamente, de las parroquias de Codeso y Pantiñobre; como así mismo don Francisco Pimentel, hermano de mi madre, que ejercía el propio cargo en la de Veigondo. Desgraciadamente, ya todos han fallecido.

Por consecuencia de las visitas que hice á dichos deudos y de la larga temporada que permanecí en la casa del último, cuya edad y especiales condiciones de caracter harmonizaban y simpatizaban en alto grado con las mías, huelga el decir que he pasado una vida regalada durante el verano del año de 1872 en que disfruté una licencia temporal, asistiendo á las fiestas, ferias y romerías más notables de la comarca central de Galicia; en las que era muy atendido y obsequiado, tanto por los señores sacerdotes amigos de mis tios, como por mis parientes y demás personas que llegaba á tratar. Observando la franqueza y generosidad con que mis paisanos

me agasajaban, anticipándose siempre á pagar ó gratificar donde hacíamos algún gasto, no podía menos de recordar la injusticia con que procede el vulgo mal informado de algunas capitales que tacha á los gallegos de tacaños ó interesados. Lo cierto es que aquellos modestos y discretos aldeanos procedían de un modo digno de agradecimiento y con más esplendidéz que los mismos habitantes de las ciudades que se complacen en criticarlos.

Mi tio de Veigondo era poco aficionado á las excursiones distantes de su domicilio, las que solía limitar á las inmediatas parroquias y á la no lejana Villa de Arzúa, donde ambos teníamos hermanos, primos y tios muy afectuosos; pero con mi compañía se animó extraordinariamente y tuvieron el gusto de verlo y oirlo cantar con su dulce y sonora voz en varias Iglesias á que nunca había asistido, incluso en las distantes de Callobre y Agar, próximas á la Villa de la Estrada, y regidas, respectivamente, por nuestros amables primos don Domingo Antonio Rilo y don José Torres, á quienes envío mi cordial saludo.

Por causa de mis paseos ocurrió en cierta ocasión una alarma bien singular, que llegó á conmover aquellos pacíficos campos y la antigua capital de Galicia.

En los días primeros de cada mes yo acudía á Santiago, con el objeto de pasar la revista de Comisario; y, como es natural, me presentaba vestido de uniforme. Uno de los meses pasé por el frente de la Iglesia Parroquial de Camanzo, en los momentos en que los fieles feligreses de la misma salían de oir la misa dominical; y, por estar lloviendo, yo llevaba puesto el impermeable que me cubría de piés á cabeza: montaba buen caballo y me servía de guía un criado del tio de Veigondo, que adolecía de sordera, era amigo de *refrescar* en los mesones y tabernas y después más volaba que andaba; sobre

todo por las cuestas hácia abajo, en las que tomaba gran ventaja al ginete . . .

Este viaje se efectuaba en la época de la primera sublevación carlista que, antes de propagarse por varios territorios, terminó con el convenio de Amoravieta; y como se temía que una parte de Galicia respondiese favorablemente al movimiento iniciado en las Provincias Vascongadas, se inventaban muchas noticias alarmantes que el pueblo fantaseaba á su gusto y ponían en cuidado á las autoridades. Preciso es reconocer que la conmoción *rural* y *urbana* que yo motivé, fué muy inocente, pero fundada.

Después de dejar á mi espalda el caserío de Camanzo, con todos sus vecinos reunidos en la puerta del templo, abandoné la carretera que venía siguiendo, y tomé por un camino vecinal de la izquierda que, más ó menos enlazado con inciertas y poco trilladas sendas, debía conducirme al lugar de Codeso; obedeciendo el cambio de ruta al deseo que me animaba de visitar á mi citado tio y de comer en su compañía, según lo efectué, siguiendo después el rumbo hácia la inmediata capital compostelaña, bien ajeno de la consternación que mis pasos ocasionaban.

Al penetrar por la calle del hórreo de la monumental ciudad, me enfrenté con una compañía del Regimiento Infantería de Murcia, que en traje de campaña y mandada por un teniente amigo mio, en ausencia del capitán que se hallaba en la Coruña, salía á paso acelerado en dirección del camino que yo había recorrido. El citado oficial, al verme, mandó que la compañía siguiese su marcha y deteniéndose él para saludarme, medió entre ambos el breve diálogo siguiente:

—¿De dónde viene usted?—preguntó.

—Vengo de *mi gran capital*, llamada Santomé de Insua.

—No sé donde está, ¿pero es hácia Camanzo ó Codeso?

—Sí; por los dos puntos pasé.

—¿Ha visto usted ó advirtió alguna novedad en esos puntos?

—Ninguna novedad he visto ni advertido.

—Pues, Adios, hasta la vuelta.

—Adios, y buena suerte.

El digno y entusiasta teniente comandante de la compañía, corrió para alcanzar su puesto en la misma, y yo me dirigí á la Comandancia Militar, donde se firmó mi justificante de revista; pasando después á la casa número 10 de la Carrera del Conde, en la que vivía mi querida hermana Francisca, que poco tiempo después pagó su tributo á la muerte. ¡Dios la tenga en la gloria, como ella merecía!

En dicha casa me esperaba un primo político de Camanzo, que, sabedor de mi llegada de Cuba, deseaba saludarme. Después de mediar algunas palabras, hube de preguntarle por qué no le había acompañado *la parienta;* á lo que contestó, con algún misterio, que ésta no había podido efectuarlo porque él hacía el viaje impensadamente y á la carrera, por mandato del alcalde . . .

—¿Habrá ocurrido alguna novedad de importancia? —dije.

—Si, señor—contestó el celoso mensajero.—Es reservada, pero á usted se la puedo decir . . .

—Esta mañana—siguió expresándose con mucho misterio—cuando la gente salía de misa, pasó por el mismo frente de la iglesia, un *cabecilla carlista que ha venido de Portugal.* Montaba un gran caballo, y llevaba un sable de más de diez cuartas de largo . . .

—Muchas cuartas son esas—interrumpí—pues ni la espada de Don Quijote era tan larga.

—Pues no dude V. lo que digo—replicó el buen

patricio, algo disgustado por mi incredulidad—porque el cabecilla iba embozado en una gran capa que cubría toda *la barriga* del caballo, y el sable se veía como tres cuartas más abajo: . . . desde la punta del sable á la cintura del ginete, hay las diez, que nosotros contamos.

—¿Y el cabecilla venía solo?

—No, señor: delante de él marchaba un asistente, corriendo como alma condenada y los dos se metieron por los montes de Codeso, *donde tienen la partida.*

—¿Y por eso has venido tú á Santiago?

—Por eso mismo he venido con un parte del Alcalde para el Gobernador Militar.

—Y no tenías miedo que el cabecilla y su partida te atrapasen.

—No dejaba de tener, pero el parte venía cosido en la *cincha de la yegua* y además, he dado un gran rodeo.

—Pues de buena te has librado, porque el *Cabecilla Carlista era yo*, el sable era este que tengo puesto, que no es tan largo como tú dices, por mas que lo pareciese, por traer los tirantes sueltos; y el asistente es ese mozo que está cuidando el caballo. La partida debía estar emboscada, porque yo no llegué á ver mas que algunos rebaños de cabras y ovejas.

—¿Pero V. pasó esta mañana por Camanzo?—interrogó con mucho interés mi buen primo.

—Pasé cuando los vecinos salían de la Iglesia.

—Y siguió V. la carretera de Santiago?

—No seguí la carretera: me dirijí por el camino de la izquierda, para comer con el tio cura de Codeso.

—¡Qué chasco hemos llevado!—exclamó el patriota . . .

Verdaderamente, aunque el asunto era *reservado*, nada se perdió con habérmelo referido el mensajero, pues, *ya lo sabía todo Santiago.* Los ánimos se hallaban

bastante preocupados por la osadía del *Cabecilla Carlista*, que de un modo tan inusitado desafiaba las iras del elemento liberal de Camanzo; y ya se hacían mil comentarios acerca de las batallas que tendrían necesidad de empeñar las tropas que habían salido á su encuentro.

En una de las fiestas á que asistí con el tio de Veigondo, después del referido acontecimiento, tuve la suerte de conocer y entablar relaciones con uno de los párrocos más ilustres y virtuosos de Galicia; y, seguramente, el más inspirado y de mayor voluntad, para interesarse por la moralidad y cultura de sus feligreses. Era el venerable rector de la Parroquia de San Martin, una de las más extensas de los campos de Galicia.

Atentamente invitado por el mismo, pasé á disfrutar algunos días de su amable compañía, sin esperar las gratas impresiones que allí había de recibir. En la casa rectoral vivía el párroco, una respetable señora hermana del mismo y dos criados.

Desde luego llamó mi atención el aseo, el órden y buen método que en todo se observaba; y tanto por esto como por la blancura interior y exterior de las paredes, mas bien parecía casa de ciudad que de aldea.

Durante las primeras horas de la noche se reunían en la morada del párroco varios feligreses de ambos sexos, formando agradable tertulia con el mismo y su discreta hermana, cuyo hecho hablaba muy alto en favor del prestigio y de la influencia que entre aquellos disfrutaban.

Habiendo dirigido al párroco mis felicitaciones por las novedades que allí observaba, aumentó mi sorpresa expresándose de este modo:

«Esto—dijo—tiene una explicación muy sencilla para todos, y V. ni explicación necesita; porque, no obstante sus pocos años, ya tiene alguna experiencia de la

vida, y, como es observador, penetra bastante donde fija su mirada. El buen sentido del pueblo podrá sufrir perturbaciones que, durante más ó menos tiempo, le impidan oir y entender los claros y elocuentes consejos de la palabra; pero jamás deja de apreciar el valor de los buenos ejemplos. . . .

Yo también tengo mis recuerdos bélicos—dijo sonriendo—y no sabe usted cuanto gozo en este momento. Tal vez sea el más feliz que he pasado desde que me retiré á esta soledad . . .

Ya vé usted si tengo motivos para estimarle su visita; máxime siendo sobrino de quien es, porque su tio (aludía al de Veigondo) es un ángel.»

—Gracias por todo—interpuse: yo también experimento una inmensa satisfacción, con lo que estoy contemplando.

—Repito—prosiguió el párroco—que yo también tengo mis recuerdos bélicos, porque antes de vestir los sagrados hábitos, he vestido y usado el honroso uniforme del soldado; y del *soldado raso*, como dice el vulgo, para denominar al que no tiene mando. Pero mi condición militar, no me impidió continuar mis estudios y, con el tiempo, desde soldado pasé á capellán de la Armada.

Las marchas y vicisitudes de mi accidentada juventud, por países más ó menos lejanos de nuestra hermosa y poco afortunada Galicia, me hicieron conocer que las lecciones del mundo son demasiado duras para todos los que se exponen á recibirlas, y más duras y amargas para los gallegos que para los hijos de otras provincias. ¿Es esto exacto?

—Exactísimo—contesté.

—Pues bien: de todas las lecciones que el mundo se encargó de darme donde quiera que he puesto mi planta, ningunas me han hecho tanta mella como las

de las clases sensatas é ilustradas, por lo mismo que eran las únicas que merecían los honores de la reflexión y del cotejo histórico y estadístico, pertinente al caso que las motivase. En cuanto concierne á las infundadas críticas de los ignorantes, nunca hice el menor caso.

Si los ignorantes nos tienen por lerdos, tacaños, interesados y otras zarandajas semejantes, á nosotros nos corresponde ensalzar su *mayor inteligencia*, su gran penetración, su desprendimiento y todas las ventajas que puedan ostentar.

Satisfechos podemos estar con que nos concedan el título de la honradez, que, por cierto, es muy difícil de alcanzar en las condiciones en que nos encontramos; pues como ha dicho un ingenioso autor:—«Yo, señor, soy muy honrado, si es que el pobre puede serlo.»

Decíamos que usted encuentra plausible que mi casa sea el centro de reunión de mis feligreses, y yo me felicito de que su parecer coincida con el mio respecto á las ventajas que de ello tienen que resultar.

He implantado esta costumbre desde mi llegada á este curato, porque tengo el gusto de ver con frecuencia á mis feligreses, para conocer sus necesidades, disipar los disgustos que entre ellos suelen originarse por el aprovechamiento de aguas, montes y otras utilidades de la comunidad; y por *altos fines morales* que solo pueden desarrollarse ó conseguirse con una constante y discreta dirección en las conversaciones familiares, como base de la educación general.

La ignorancia y la rudeza de costumbres en los pequeños pueblos y aldeas, son las principales causas de muchas faltas, desgracias y *críticas fundadas*, que usted y yo conocemos. Discurriendo acerca de estos males en mis horas de ócio de los cuarteles, y en mis largas vigilias por la inmensa región de los mares, surgía á mi mente este problema: dado el fraccionamiento en

que vive la población rural de Galicia, la deficiente instrucción que la juventud recibe en las escasas escuelas existentes, y la imposibilidad de mejorarla sin corregir ciertas costumbres sociales, ¿qué clase ó corporación puede emprender una ventajosa reforma en la educación moral é intelectual del citado país? Y, seguidamente, la resolvía contestando: el clero parroquial es el único elemento capaz de realizar el milagro.

Obtenida esta respuesta, en ella verá usted cifrados los móviles que me impulsaron á abandonar el servicio espiritual que prestaba en la brillante Armada, para venir á continuarlo en estos obscuros campos; y verá también resplandecer *los altos fines morales* que me he propuesto alcanzar, como *pastor* y *maestro* de mis feligreses.

—¡Magnífica idea y sublime abnegación!—Exclamé.

—Esta parroquia tiene su vecindario diseminado en varios lugares y caseríos situados los unos á bastante distancia de los otros, según acontece con todas las del campo de Galicia.

Las escuelas municipales, se hallan establecidas á considerable distancia de la mayor parte de los lugares ó aldeas de las diferentes parroquias que cada escuela comprende; y, salvo rarísimas excepciones, los maestros de ellas son poco idóneos para la instrucción intelectual, é incompetentes para la enseñanza moral. No asisten con regularidad á las clases y, lejos de estimular la aplicación y el estudio de los discípulos, contribuyen con su abandono al mal resultado de los esfuerzos que los labradores tienen que hacer para mandar sus hijos á la escuela.

Por otra parte, muchos alumnos carecen de los libros indispensables para la debida instrucción, sin que sus padres ni los maestros se preocupen de ello; y, unas veces por falta de textos, otras por no asistir los discípulos ó los maestros á las clases, y siempre por el mucho

tiempo que invierten en los viajes de ida y vuelta al lejano paraje en que se hallan establecidas las escuelas; lo cierto y positivo es que transcurren los años sin verse el favorable resultado que, salvando dichos inconvenientes, podría obtenerse.

Por eso se advierte que la juventud de estos campos carece de los conocimientos que fácilmente adquiere la de las ciudades, donde las escuelas se hallan inmediatas y más perfeccionadas. Muchos de estos aldeanos salen por el mundo, bien al servicio militar ó á ganar el amargo pan de la emigración; y su deplorable ignorancia sirve de regla á los que los contemplan, para juzgar la ilustración y cultura general de Galicia. Esta es la causa primordial de las añejas críticas que aún presenciamos, y *cuyo remedio depende de nosotros mismos.*

Penetrado de estas verdades, y de que no hay cauterios mas eficaces que los aplicados á la raiz del mal que los requiere; adopté la resolución de fundar y sostener, con el concurso de mis feligreses y *en el lugar más céntrico de la parroquia*, una escuela especial para la enseñanza de la instrución primaria, adicionada con las máximas y reglas más precisas de religión y cultura. En ella ejercen alternativamente las funciones pedagójicas, los vecinos más competentes, bajo la dirección que yo y mi digno compañero, el Capellán Coadjutor, estimamos oportuna. El local de este nuevo plantel de educación, es de modesta apariencia, pero decoroso y abrigado según lo requiere el servicio que desempeña y la crudeza de este clima.

Reducidas considerablemente las distancias, y provista la escuela de los libros necesarios para una instrucción sólida y elemental, adquiridos al módico precio que tienen señalado al por mayor, y facilitándose gratis á los pobres; ya hemos logrado que ningún niño de esta parroquia llegue á la edad competente sin ma-

yores ó menores conocimientos de las letras. Mañana podrá V. visitar nuestro humilde *Templo de Minerva*, y me dirá las deficiencias que observe en el mismo.

—Con mucho gusto visitaré ese centro ejemplar —contesté—y á los nobles vecinos que con su admirable párroco y capellán auxiliar, ejercen en él las funciones del magisterio; pero sería temerario que yo me permitiese señalar defectos en una obra que ha salido de las manos de tan excelente maestro.

—Nada de eso—replicó modestamente el Rector.— Con el buen juicio y la experiencia que V. tiene, se halla en condiciones de señalar lo que estime susceptible de mejora, máxime cuando yo entiendo que la ciencia y el arte pedagójicos, son muy complejos y aun no se ha llegado á la altura que es de desear, en los mismos puntos en que su conocimiento es más extenso; y mucho menos aquí, que tenemos necesidad de amoldarnos á las humildes condiciones ó grandes penurias de la localidad. Hoy, por hoy, mi obra no es más que el cimiento del edificio que debe levantarse para la regeneración moral é intelectual de estos pueblos, bajo los inmutables principios de Dios, Patria, Honra y Honor. . . .

Por muy desconsolador que á mi llegada á esta parroquia me pareció el cuadro de la instrucción pública, más me alarmó el de algunas costumbres sociales que constituyen inminente peligro para la paz y tranquilidad de las pobres familias.

Las incautas doncellas que en todos los países requieren la inmediata vigilancia de sus padres, como único valladar capaz de contener la osadía de los hombres poco escrupulosos en cuestiones de honra; tenían aquí que confiarse á su único esfuerzo para defenderla, en muchas circunstancias de la vida.

Las múltiples faenas de una casa de labradores impide la constante vigilancia de los padres cerca de

sus hijas; pero entre la necesidad impuesta por las diversas ocupaciones á que unos y otras tienen que atender y las antiguas costumbres que implican imprudencia, imprevisión y abandono, hay una profunda distancia que puede allanarse.

Por efecto de dichas costumbres, muchas incautas hijas de humildes familias asistían á las fiestas, romerías y otras diversiones, acompañadas de amigas ó compañeras poco respetables y menos celosas; llegando la negligencia de algunos padres al extremo de confiarles el cuidado de las faenas molineras durante la noche, sin la compañía del padre ó del hermano que pudiera impedir atropellos improbables, pero posibles.

No quisiera hacer á la juventud de estos tiempos la ofensa de suponerla más inmoral que la de los pasados; pero lo cierto es que ya los jóvenes no tienen aquel sello característico de inocencia y timidez que se reflejaba en el semblante de mis contemporáneos.

Podrá ponerse en duda la eficacia de otros progresos, pero por esta senda es indudable que hemos adelantado . . .

Veo que se sonríe V. de mis últimas palabras, pero si algo pecan de ráncias, más tienen de verdaderas.

Así lo entiendo—contesté.

Por lo demás—prosiguió el párroco—no es que yo lamente la pérdida de la timidez de los jóvenes en un sentido general; pues lejos de esto, quisiera verlos cada día más fuertes y varoniles. He querido decir simplemente, que han perdido parte del respeto ó miramiento que debe infundirles la mujer; y esto es lo que yo deploro, porque esto implica un retroceso, toda vez de que la cultura de los pueblos se mide por el nivel que en ellos ocupa la más débil mitad del género humano.

Y ante un progreso ó retroceso tan evidente como el que dejo señalado, ¿debemos dejar desamparadas á las

inexpertas doncellas? ¿Debemos cruzarnos de brazos ante los mayores peligros que cada día las amenazan? ¿Debemos seguir despreciando á las que mancillan su honra, sin acudir en su auxilio cuando más indefensas las dejan las leyes y menos conciencia dirije las acciones de muchos hombres? . . .

Seguir impasibles ante estos males, sería lo más inícuo y criminal del mundo; y por esto, mas bien que por otras causas, he venido á *sepultarme* en estas aldeas . . .

—Cada vez me parece mas sublime—dije—la divina inspiración de V.

—Pues esta inspiración que V. califica de divina,—replicó el gran moralista—y que yo tengo por sublime mandato de Dios, es la que me da fuerzas para cuidar de la educación general de mis feligreses.

Por ella hago que mi casa sea el centro de reunión de los mismos, para que mi conversación y la de mi hermana que es discreta y virtuosa, pueda despertar la inteligencia de los que no advierten ni conocen el cambio de los tiempos, y, por consiguiente, no ven la necesidad de cambiar las costumbres; por ella he fundado y con la ayuda de mis vecinos sostengo la Escuela que viene dando los mayores frutos, y por ella, en fin, celebro conferencias dominicales, para aconsejar lo que juzgo conveniente.

Como resultado de estos esfuerzos, se ha logrado que las jóvenes de mi parroquia dejen de asistir á las romerías, bailes y diversiones, si no pueden ir acompañadas de sus padres, hermanos mayores ú otras personas de respeto; y se ha conseguido tambien, mediante el concierto de todos los vecinos, que las familias que no tienen los padres ó hijos varones presentes, efectúen las faenas de la molienda durante las horas del día, para que en ningún caso tengan que exponerse las jóvenes

á pasar la noche en el molino, *sin hallarse acompañadas de sus padres ó hermanos de mayor edad.*

—Pues ha prestado V. y sigue prestando un inmenso servicio á Galicia,—interrumpí—porque es imposible que su admirable ejemplo no se propague por las demás parroquias.

—Esa sería mi mayor satisfacción,—replicó el párroco—pero yo no la veré realizada y moriría dichoso si supiera que las próximas generaciones están llamadas á coronar mi obra.

—Al menos no se perderán sus luminosos consejos —repuse—porque son de aplicación universal, y yo mismo los propagaré por el mundo.

—Dios se lo pagará—dijo sentenciosamente el dignísimo Ministro de Jesucristo.

Al domingo siguiente de esta conversación, después de la misa mayor, se reunieron en la casa rectoral todos los feligreses que eran cabeza de familia y que no tenían urgente ocupación á que atender.

Congregados ante su anciano párroco, les dirigió éste la palabra en los siguientes términos:

«Nunca ha sido mayor mi gozo que el que experimento en este día, al ver á mis feligreses reunidos en esta casa; porque nunca ha presenciado nuestras conferencias una persona más digna de estimación, que la que hoy nos favorece con su asistencia.

Hoy tenemos aquí un pundonoroso oficial del ejército, muy atento observador y experimentado en las cosas del mundo; y él podrá deciros cuánto vale en todas partes una buena educación.

Visitó nuestro centro de enseñanza, y dice que puede servir de modelo en todas las parroquias del campo de Galicia. Le llamó gratamente la atención que allí tengamos la bandera nacional, mapas de todas las posesiones de España y cuadros con máximas morales y no-

tas históricas y curiosas de que se carece en varias escuelas de las ciudades; pero lo que más le admira es que todo se haya logrado con nuestros únicos recursos: nueva demostración de que, con el auxilio de Dios, nada hay imposible.

Si los beneficios de la instrucción son de gran importancia para el hombre, no tienen menor interés para la mujer; porque las jóvenes bien educadas y advertidas de que la honra constituye su mayor tesoro, serán más celosas en conservarla, que las infelices é ignorantes que no dan la debida importancia á su pureza. Por eso no me canso nunca de advertir á los padres, y, especialmente á las madres, que no descuiden las advertencias que sobre este particular deben hacer á sus hijas. Con estos consejos, con el buen ejemplo de las madres y con una constante y posible vigilancia, las jóvenes podrán salvar todos los peligros.

Ya comprenderéis que esto no tiene más objeto que el de dignificar y ennoblecer á la mujer; es decir, á vuestras madres, esposas é hijas, para que ellas os dignifiquen y ennoblezcan á vosotros. No hay pueblos honrados ni verdaderamente cultos, si las mujeres no son las primeras en la honradez y en la cultura; ni hay duradera dicha para el hombre, donde la mujer sea desgraciada.

Por eso, uno de mis mayores cuidados en la instrucción que se da á los niños consiste en inspirarles los sentimientos de miramiento y consideración que deben guardar á las niñas, y especialmente á las mujeres de más edad; para que desde la infancia se acostumbren á mirarlas y tratarlas del modo que requiere la mayor sensibilidad del sexo femenino. Mi ideal en este punto se condensa en pocas palabras. El hombre debe ser atento, generoso y condescendiente con la mujer: ésta debe ser altiva y enérgica en la defensa de su honra, moderada y compasiva en los demás actos de la vida.

Basada la modesta instrucción que aquí puede darse á la juventud, en estos y otros análogos principios de educación universal; cuando llegue el día de las quintas ó de la emigración, que yo deploro, pero no puedo evitar, los hijos de esta parroquia que se ausenten de la misma, tendrán los conocimientos indispensables para saber presentarse y conducirse ante las clases de mayor cultura, que cuentan con grandes elementos de enseñanza. Yo los veré partir con el dolor que siempre me ocasiona la despedida de los feligreses que he bautizado y dirigido con mis lecciones espirituales, morales é intelectuales; pero me quedará el consuelo de que llevan mucho adelantado para su felicidad, y la esperanza *de que sabrán honrar y enaltecer á sus padres y al país en que nacieron.* Pues, del mismo modo que la grandeza de España ha de surgir de su seno; *de aquí tiene que partir la mejor ó mas brillante fama de Galicia.*

Con estas notables palabras terminó aquella memorable conferencia en que el párroco ejemplar compendiaba su vasto plan de educación moralizadora; y con esto termino yo el extenso capítulo consagrado á las humildes clases de mi inolvidable Galicia.

¡Que los hombres de recursos, de inteligencia y de buena voluntad, se inspiren en el sublime ejemplo dado por tan cristianísimo párroco!

EPÍLOGO

SIN más consejo, ni maestro, ni auxilio, ni luz, ni guía que los concedidos por Dios á mis sentidos, he llegado felizmente á la cúspide de mi cautivador ensueño.

Con inefable arrobamiento se deslizaron mis pasos por las llanas y placenteras sendas que el más celoso espíritu me iluminaba; y, con todo el tino y toda la exactitud posibles, he presentado á los lectores los cuadros más humildes—que son los más elocuentes—más puros, más interesantes y más elevados que llegué á experimentar.

Cual fervoroso peregrino que, desde las más remotas regiones, y animado de sublime fé, llega á prosternarse ante la divina imagen del venerado Apostol Santiago, y al pié del sagrado altar del genio del cristianismo goza, se extasía y se eleva mentalmente á la gloriosa

mansión de los cielos; así también yo gozo, me extasío y me elevo á las maravillosas regiones de la dicha, después de rendir este amoroso homenaje de mi alma, en el sagrado templo de la patria. . .

Nunca me he visto más halagado por mi conciencia, que en este precioso instante de mi vida, porque nunca he escrito ni escribiré unas páginas más sinceras, puras y sentidas que las del presente libro.

Mi pluma no se ha detenido ante ningún género de vanidosas presunciones, ni de vulgares y pobres escrúpulos, ya fuese para describir las vicisitudes de mi pasado con toda la realidad y humildad de las mismas; ya para ensalzar á los vivos lo mismo que á los muertos, y á los poderosos de igual modo que á los infelices. En este punto no me ha preocupado la mayor ó menor jerarquía social de los seres aludidos; consideración que rechaza mi pluma, atenta únicamente á la brillantez del mérito, al resplandor de la justicia y al fulgor de las virtudes.

No podía ser de otro modo para quien desprecia el orgullo, vive ya satisfecho en su modesta posición y abriga la firme creencia de que ensalzando al mérito, á la virtud y á la justicia, es como la moral fructifica, crece y se arraiga en el corazón de los pueblos.

Las tres láminas con que va ilustrada la obra, debidas al poético é inspirado ingenio de mi amigo, compañero y comprovinciano D. José López Crespo, primer Teniente de Infantería, simbolizan admirablemente mi más legítimo y elevado pensamiento; si en las páginas de la misma, caben unos pensamientos más legítimos y más elevados que los otros.

En la primera aparece un gallardo y generoso quinto que, marchando á cumplir con los deberes que le impone la patria, se vuelve, por última vez, hácia el modesto pueblo en que ha nacido y, agitando en una mano

el pañuelo con que enjugara sus lágrimas en la tierna despedida de su madre; dirige el último ¡adios! á todos los seres queridos que le ven alejarse desde las humildes ventanas del nativo hogar . . . ¡Asunto más sencillo, más real y más elocuente, no puede presentarse!

En otro cuadro de la misma lámina, aparece el puerto de mar donde, más tarde ó más temprano, tendrá que embarcarse para acudir á la defensa de la bandera de la patria en Europa, Africa, América, Asia ú Oceanía; y, por último, se contempla una preciosa marina, un gallardo buque, semejante *al vapor «San Lorenzo»*, que con gran valentía va rompiendo las embravecidas olas del Océano . . .

La segunda lámina representa al mismo quinto, transformado ya en bizarro soldado con su galón de gastador, ó distinguido, que marcha airosamente á desempeñar una comisión del servicio.

Y la tercera, simboliza el instante de mayor dicha para el veterano y su familia que, después de haber cumplido lealmente con los elevados deberes de la patria; vuelve gozoso y satisfecho *con su limpia y honrosa licencia*, al amoroso seno de sus padres.

Este es el momento de más inmensa felicidad para aquella humilde y heróica madre y demás mujeres de su temple que, teniendo vivo en mi memoria *un cuadro original*, he retratado en el primer capítulo que habla de la despedida de los «Quintos»; y sería una inmensa crueldad que no se hiciesen los mayores esfuerzos para devolverle su hijo tan virtuoso y limpio de mancha como ella lo confió á las nobles filas del ejército.

Estas ideas me traen á la memoria un originalísimo suceso que presencié hace algunos años y que viene á demostrar que no soy yo solo quien se fija en el novísimo y perjudicial procedimiento de enviar á los individuos del ejército á sufrir penas correccionales á las

cárceles y á otros establecimientos públicos. Dicho suceso ocurrió del modo siguiente:

En una minuciosa y concienzuda visita de presos, cuarteles y cárceles, pasada en su primera época de mando, y recién llegado á esta Isla, por el actual Capitán General de la misma, Excmo. Sr. Don Emilio Calleja, cuyo acto duró desde las primeras horas de la mañana hasta las 3 de la tarde, pues S. E. se propuso conocer el estado de todos los procedimientos, tiempo de sustanciación invertido en los mismos, reclamaciones de los interesados, condiciones de los alimentos y de las prisiones, etc., teniendo ante su autoridad á los numerosos individuos procedentes de las filas militares que existían en la cárcel de esta capital, después de oir con gran paciencia é interés las amargas quejas, fundadas y viciosas, de aquellos desgraciados; pidió informe al Alcaide, cuyo funcionario—que éra un antiguo y veterano sargento 1º licenciado de la Guardia civil—después de aclarar ó desvirtuar aquellas quejas en el modo que estimó oportuno, se expresó en estos gráficos términos, que encierran un caudal de incontrastable fuerza y abrumadora filosofía:—«Excmo. Sr.:—dijo—Estos individuos son los pendencieros é insubordinados de todo el ejército, que los señores coroneles, tenientes coroneles y demás jefes, oficiales y clases de los regimientos no pudieron corregir; y los mandan aquí para *que yo solo los corrija*». . .

Todos los que presenciábamos aquel acto, hicimos una profunda inclinación de cabeza en muestra de asentimiento á lo que aquellas sencillas palabras del modesto Alcaide querían decir; pues ni el mismo Sr. Cánovas del Castillo, se habría expresado con más elocuencia.

He aquí, la síntexis, la esencia y el más elevado pensamiento que anima las páginas del presente volúmen:

Que el ejército sea una escuela ejemplar que, de

un modo suave, enérgico ó duro, según lo requiera la índole dócil, indómita ó viciosa del hombre, eduque, moralice y corrija debidamente á todos los que lo componen, como un severo padre corrije á sus hijos; para evitar, á todo trance, *que las puertas de las cárceles, de los establecimientos penales y de los presidios*, se abran para el soldado que *no ha llegado á cometer ningún delito infamante.*

Que no se manche con un padrón de ignominia al hombre que, no habiéndose hecho indigno de vestir el honroso uniforme de la milicia, puede y debe ser corregido *dentro del regimiento;* sin pasar á consumirse y á pervertirse, con la hez de la sociedad, en las bartolinas de las cárceles, de las penitenciarías ó de los presidios.

En una palabra: que las leyes, los códigos penales y los jefes militares, dediquen todo su anhelo al objeto de conseguir que el soldado cumpla *como tal*, su tiempo de servicio en las filas; y después *vuelva digno, educado y ennoblecido* al virtuoso hogar de sus padres.

Presento, pues, á la consideración pública una obra compuesta con alma, vida y corazón, que encierra grandes problemas militares y sociales; sin que me haga ilusiones de un pronto resarcimiento de los grandes gastos que me origina, pues no da pié para ellas el angustioso estado de las cajas y clases militares que vienen percibiendo sus devengos con considerable retraso. Pero, no todo ha de mirarse por el prisma del interés material, ni un libro es flor de un día que pierda aroma y color al rayar la nueva aurora. Si en él brillan los eternos sentimientos de amor, humanidad y justicia que se anidan y palpitan en lo más recóndito del corazón humano; eternos serán su vida y el resplandor de sus páginas.

Los lectores extrañarán que, habiendo sido el autor de estos REFLEJOS, un testigo ocular de los graves acon-

tecimientos que se desarrollaron en esta Isla, durante el largo período de la guerra sostenida en el propio territorio, no haya dedicado algunos capítulos al asunto de que hago mención; y esto merece muy breves palabras de mi parte. Lo he meditado mucho, y entiendo que, tratándose de una sensible discordia surgida entre miembros de una misma familia, *hijos de una misma madre y cuya buena harmonía á todos interesa;* aquellos tristes acontecimientos sólo deben recordarse para sentirlos, lamentarlos y procurar que jamás vuelvan á reproducirse.

Esto no obstante, rendiré el testimonio de mi simpatía á todos los que lucharon con valor, nobleza y elevación de ideas propias de la raza española, y á los que, en los combates y después de ellos se distinguieron por sus hidalgas acciones y sus generosos sentimientos, en favor de los vencidos, heridos y prisioneros; pues el valor no está reñido con la noble humanidad.

Asimismo, rendiré el testimonio de mi profunda admiración al ilustre y concienzudo gobernante, Excelentísimo Sr. Capitán General D. Joaquín Jovellar y Soler, (q. e. p. d.) que con tanta prudencia como sabiduría, unidas á su gran prestigio, logró salvar la época de más graves é inminentes peligros; sin que esto disminuya el gran mérito contraído, desde las alturas del poder, por el eminente tribuno, y aún más eminente español, Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.

Me inclinaré respetuosamente ante la memoria del propio Capitán General que, después de haber desempeñado los más elevados puestos del gobierno de la nación y en su mayor amplitud el de esta Isla; se prestó con peregrina y ejemplar modestia á ejercer un cargo menos brillante y lleno de dificultades que sólo su elevadísimo sentido y su acendrado amor á la patria, podrían allanarle. ¡Magnífico ejemplo!

Y, entusiasmado, rendiré el mayor tributo de alabanza que puede consignar mi pluma, al nobilísimo caudillo que, desde Coronel á General en Jefe, prestó en dicha campaña tantos y tan eminentes servicios, que el más valeroso espíritu se admira al contemplarlos.

Me contraigo al primer jefe de E. M. de la Comandancia General de las Villas que, recién llegado á la ciudad de Cienfuegos en los críticos días de mayor excitación popular, hallándose ya acostado, tuvo conocimiento de que un numeroso grupo de descontentos por la política que se imprimía á la naciente campaña, estaba reunido en la Plaza de Armas, disponiéndose para hacer una manifestación de desagrado al Comandante General; y, vistiéndose inmediatamente, *salió solo* para el mencionado punto, y una vez allí se dió á conocer como jefe de E. M. y, con la autoridad de su cargo, y la representación que asumió del mencionado Comandante General para aceptar de lleno la responsabilidad de los actos de dicha autoridad; se expresó con tanta energía, tanta nobleza y tanto valor, que dejó convencidos á todos los descontentos, haciendo exclamar á uno de los más exaltados:—«Este Coronel es tan puro como valiente, y lo que él haga ó defienda hay que respetarlo.»

Sigo contrayéndome al mismo Jefe que, al poco tiempo del anterior suceso, hallándose ya mandando las columnas del Departamento Oriental; imprimió tal acierto y actividad á las operaciones que, según valioso testimonio de uno de los más famosos cabecillas, no les daba tiempo á los sublevados «para comer, dormir ni descansar en parte alguna».

Me contraigo al *nuevo Aníbal* que hallándose descansando sobre una dura y rústica yagua que le resguardaba algún tanto de la gran humedad del cenagoso suelo del campamento; se levantó de ella y la entregó á su dueño, para su preciso uso, al saber que un humilde

soldado había tenido el trabajo y la curiosidad de recogerla en el camino y cargarla en la marcha.

Me contraigo al mismo adalid, tan fuerte y animoso como Viriato, que, dirigiendo personalmente penosísimas operaciones por las escabrosas sierras del expresado territorio; para dar vivo ejemplo de espíritu y abnegación al oficial y al soldado, marchaba *á pié como ellos, llevando sus raciones cargadas á la espalda.*

Me contraigo al propio caudillo que, elevado más tarde al cargo de General en Jefe del mismo ejército, realizó el milagro peculiar de los grandes capitanes, *cambiando y transformando en pocos días el cansado y decaído espíritu de las tropas, por el levantado entusiasmo que requiere el laurel de la victoria.*

Hago mérito del héroe que para reanimar el ánimo del ejército, cuando ya ostentaba la mas alta dignidad de la milicia, y sin llevar mas acompañamiento que sus bizarros ayudantes, entre los cuales se hallaba el caballeroso Coronel D. José Arderius y García, actual General Segundo Cabo de esta Isla, y una reducida escolta que no siempre podía seguirle, se lanzaba como el génio de la guerra por los campos y montes que hasta entonces no habían recorrido mas que grandes núcleos de fuerzas; y, subdividiendo estratégicamente sus tropas, ordenó terminantemente á los jefes de las grandes y pequeñas columnas que atacasen con resolución al enemigo donde quiera que le hallasen, *aunque tuvieran que combatir á fuerzas quintuplicadas.*

Me contraigo al mismo General en Jefe, que para encauzar la política de la campaña en un sentido altamente humanitario, solo empleó una frase tan digna, elevada y conceptuosa, como las más inspiradas y expresivas de Hernán Cortés. Hela aquí:—«El mayor mérito de las columnas en operaciones, consistirá en *presentar mayor número de prisioneros.*»

Hablo del General que, teniendo reunidos en su presencia á ciertos elementos armados de una importante localidad, para vituperar su negligente conducta en una sorpresa hecha por el enemigo, les dijo con admirable energía, capáz de transformar en valientes á los más pusilánimes:—«En el acto voy á mandar arrasar todas las trincheras del pueblo, que no sirven más que para amilanar á los cobardes; y mandaré fusilar sin contemplación á los que al primer tiro que vuelva á sonar, no acudan inmediatamente á su puesto.»

Finalmente, me contraigo al mismo ejemplarísimo prócer, qué, encerrando en su pecho el corazón de un gigante y los sentimientos de un niño; enjugó tantas lágrimas, como cuadros de desgracia presenciaron sus ojos.

Cierro, pues, con su nombre las páginas del libro de las más humildes y más elevadas virtudes militares, rindiendo un profundo homenaje de respeto y admiración á tan vivo espejo del acrisolado patriotismo, de la lealtad, nobleza y caballerosidad que encierra la gran figura militar española á que me vengo contrayendo; en cuyo espíritu resplandece el brillante génio de los antiguos y de los modernos guerreros, y á quien por estos y por otros mil honrosos hechos, Dios le ha señalado, con su gran justicia, como eminente pacificador de Cuba, perpetuando, de este modo, la gloriosa fama del *Excelentísimo Sr. Capitán General*, DON ARSENIO MARTINEZ DE CAMPOS Y ANTON.

...Y DESPUES REGRESE DIGNO Y ENNOBLECIDO.....

ÍNDICE

Capítulos.		Páginas.
	Grato Homenaje	IX
	Dedicatoria	XI
	Discurso Preliminar	XIII
	Prólogo, por el Dr. D. Francisco de Francisco y Díaz	XVII
I	Quintos	1
II	Alborozo Nacional	7
III	El Inmemorial del Rey	11
IV	Impresiones de un Recluta	15
V	Mis camaradas	25
VI	De tales padres, tales hijos	37
VII	La honra del Regimiento	43
VIII	Cargo de confianza	49
IX	El ídolo del soldado	55
X	Escuelas regimentales	67
XI	Disertación histórica	73
XII	Sobre el mismo tema	79
XIII	La epopeya de las Indias	85
XIV	La coronación de un héroe	95

Capítulos.		Páginas.
XV	Cambio de guarnición	101
XVI	Agradable jornada	109
XVII	Honor correspondido	117
XVIII	Régio soldado	123

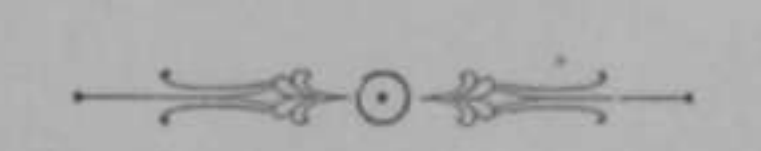
SEGUNDA PARTE

XIX	Con rumbo á Ultramar	135
XX	Brisas marinas	143
XXI	Tiempo bonancible	151
XXII	¡Tierra! y temporal	159
XXIII	Avería y remolque	165
XXIV	Por las Antillas	171
XXV	Admirable cuadro	179
XXVI	La Habana de antaño	185
XXVII	Gratos recuerdos	193
XXVIII	Ciencia y experiencia	203
XXIX	Punto negro	213
XXX	Cazadores y Zuavos	221
XXIX	Españoles y Dominicanos	229
XXXII	Providencias ejemplares	245
XXXIII	Emociones del alma	257
XXXIV	El Párroco de San Martín	267
	Epílogo	283

LAMINAS

1ª	El último ¡adiós!	VII
2ª	Lealtad y bizarría	133
3ª	Regresa digno y ennoblecido	293

OBRAS DEL MISMO AUTOR

IMPRESAS Y PUBLICADAS EN LA HABANA

Los Voluntarios de la Isla de Cuba.....	*Libro histórico, premiado de R. O., previos informes emitidos por una Junta especial y por S. A. el Consejo de Estado.*
La Gran Romería de San Cristóbal en 1883.....	*Folleto descriptivo.*
Semblanzas Caballerescas ó Nuevas aventuras de D. Quijote de la Mancha.....	*Novela humorística.*
Los Créditos y Abonarés del Ejército de Cuba.....	*Reseña del orígen y estado de estos créditos.*
Los Montepíos Civiles y Militares	*Estudio razonado sobre las deficiencias que tenía esta legislación, premiado de R. O. prévio informe de la Junta Superior Consultiva de Guerra.*
Reflejos de la Vida Militar.....	*Compendio de ideas, acciones y virtudes originales y ejemplares.*